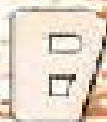


ANA GUEVARA

*Las orillas
del pasado*



SELECCIÓN

Ficción contemporánea

ANA GUEVARA

*Las orillas
del pasado*



SELECCIÓN

Ficción contemporánea

Las orillas del pasado

Ana E. Guevara



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Ana E. Guevara

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-824-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Nota de la autora

Agradecimientos

Promoción

—¿Cómo es posible? ¿Cómo he podido ser tan idiota? Y mira que se veía venir, que todo el mundo me lo decía, pero yo pensaba que esta vez sería diferente, que conmigo se portaría mejor que con las otras. ¡Mira que soy ingenua a veces!

Marta se hacía estas reflexiones en voz alta mientras conducía por la autovía de Madrid a Cartagena. Las gasolineras y mesones pasaban unos detrás de otros rápidamente a ambos lados de la carretera dejando una estela de vacío a su alrededor. Tras varios años trabajando sin descanso había decidido pedirse seis semanas de vacaciones para aclararse las ideas. Bueno, sería más justo decir que no tuvo otra opción, los responsables de la cadena fueron bastante tajantes al respecto, su situación sentimental estaba haciendo mella en el *share*, y eso no se podía permitir. En un primer momento las audiencias aumentaron porque a todo el mundo le gusta conocer las miserias de los demás, pero después, viendo que Marta no entraba al trapo y seguía con su vida como si no hubiera pasado nada, la gente perdió el interés y se pasaron a ver otros programas donde daban más carnaza y ahondaban más en las desgracias ajenas.

Porque ya es malo que tu novio te sea infiel, pero es peor ser portada de todas las revistas y tema de discusión en varias televisiones. Pero claro, eso es lo que pasa cuando «tu novio» es un jugador del Real Madrid y «tú» eres presentadora de un programa de cotilleo de máxima audiencia.

—No, no es culpa mía, no es que yo sea idiota, es que él es un cabrón. Y esa rubia con la que estaba... Prefiero ni pensarlo, porque no creo que pudiera decirle cosas demasiado bonitas. ¡Valiente pécora! —Sacudió la cabeza al decir esto y su larga melena morena se movió al compás.

Instintivamente, mientras conducía, pisó el acelerador, como si quisiera atropellar esos sentimientos, pero en seguida se dio cuenta de lo que estaba

haciendo y volvió a levantar el pie. Lo último que necesitaba ahora era un escándalo por exceso de velocidad. Suficiente mal estaban ya las cosas como para encima volver a ser portada de nuevo. Los kilómetros volaban mientras ella se dirigía a su ciudad natal. Volver siempre la reconfortaba porque veía a su familia y se reencontraba con sus amigos, pero esta vez todo era diferente. No le apetecía encontrarse a nadie pues veía la pena, la piedad o incluso el sentimiento de que ella solita se lo había buscado en los ojos de los demás. Su novio, «exnovio» se corrigió mentalmente, era un mujeriego empedernido antes de conocerla a ella, y por lo que reflejan las últimas ediciones de las revistas del corazón, después de conocerla siguió con sus antiguas costumbres a pesar de prometerle que cambiaría. Sintió de nuevo ganas de acelerar con lo que trató de distraerse poniendo uno de sus CDs favoritos en el reproductor del coche.

—Venga chicos, cantadme un poco. —Y subió el volumen de la radio, con la música alta no podría escuchar sus pensamientos. Y se dejó invadir por el ritmo de One Republic. Y con los acordes de *Counting Stars* se sumergió en una conducción intranquila hacia su ciudad natal.

—Muy bien, esto ha estado tranquilo estos últimos días, pero eso no significa que nos tengamos que dormir en los laureles.

—Entendido, jefe.

—¿Seguro? Porque tienes cara de no estar despierto todavía —le recriminó el inspector Martínez a su subalterno mientras lo miraba de reojo.

—Claro que sí, aunque no negaré que necesito un café —respondió Raúl al tiempo que iba derecho a la cafetera de la oficina. Movi6 su metro ochenta y tres de estatura con gracia y se sirvió una generosa taza de café con dos azucarillos.

El ambiente en la brigada de la Policía Judicial era bastante relajado ese lunes por la mañana. La luna llena había pasado y ahora tenían por delante una semana que se antojaba más tranquila que la anterior. Es un dato curioso y mucha gente no se lo cree, pero las estadísticas están ahí, cuando hay luna

llena, los crímenes se disparan. Cada uno de los miembros se dirigió a su mesa, pues siempre había trabajo que hacer, aun cuando parecía que la situación estaba calmada. La brigada de la Policía Judicial tenía una parte de la tercera planta para ellos, las mesas estaban alineadas junto a los grandes ventanales para aprovechar al máximo los trescientos días de sol al año de los que orgullosamente presumía Cartagena. Era un ambiente que conjugaba perfectamente lo moderno con lo funcional. Al fondo, tras una puerta de cristal al ácido, se encontraba el despacho del jefe de la brigada.

El «jefe» era el inspector José Antonio Martínez, aunque sus subordinados le llaman *Horatio* a sus espaldas por su parecido con el jefe de C.S.I Miami. Nada más poner un pie en la puerta de la comisaría para salir a la calle, sacaba de un bolsillo del uniforme sus gafas de sol espejadas, para deleite de su equipo, que se reía a escondidas. Rondaba los cincuenta, aunque nadie sabía con exactitud qué edad tenía y ninguno había osado nunca entrar en la base de datos nacional para comprobarlo. Tenía el pelo castaño claro salpicado de innumerables canas y unas arrugas bordeaban sus ojos dándole un aspecto de sabio consejero. A pesar de su edad, se mantenía en forma y sus amplios hombros quedaban ceñidos dentro de los jerséis de hilo que solía llevar.

Horatio había conseguido formar un buen equipo con el paso de los años. Eran personalidades muy distintas, pero que cuando se juntaban trabajaban estupendamente.

En la brigada podíamos encontrar a Pilar, o mejor dicho, *la Pili*, la secretaria de la unidad que ponía un punto de humanidad y de sentido común al equipo. Era un poco bruta hablando, pero con un corazón de oro, aunque a veces sus modales no lo demostrasen. Una mujer que de joven fue realmente guapa y que ahora aún conservaba parte de su atractivo aunque estuviera más regordeta y el tiempo no hubiera pasado en balde. Es amable y dicharachera y se comporta como la madre de todos los de la brigada. Pablo Romero, uno de los mejores investigadores, tranquilo, tímido y sereno, pero a quien no se le escapaba una. Cuando no se encuentra trabajando aprovecha para salir a

navegar pues es un apasionado de la vela. Susana Gutiérrez, la chica del equipo, parecía una princesita porque era delgada y con carita de niña buena, pero era una de las personas más duras de toda la unidad. Se giró a mirar por la ventana y el sol extrajo reflejos color oro de su cabello rubio. Tecleaba a gran velocidad un informe en el ordenador con sus largos dedos de color porcelana. Y por último tenemos a Raúl Albaladejo, que aún estaba apoyado de espaldas en la mesa de la cafetera. No pudo reprimir un bostezo cuando finalmente cogió su taza y se la llevó a su mesa. Este era una mezcla entre Sonny Crockett y Austin Powers, siempre de buen humor, con la palabra justa para hacer sonreír a todo el equipo. Su altura y su envergadura evidenciaban su pasado como boxeador semiprofesional. Unos ojos verdes como la menta que se le echa a un té moruno y una sonrisa con blanquísimos dientes son su seña de identidad. Le cuesta tomarse la vida en serio, pues tiene muy claro que no va a salir vivo de ella, por eso siempre bromea y su buen humor se acaba contagiando a todos los miembros del equipo.

Llevaban unos años trabajando juntos, y habían conseguido resolver algunos casos bastante interesantes. Uno, de hecho, fue hace unos años, cuando pillaron a un asesino en serie que estaba trabajando en Cartagena y que llenó el litoral de asesinatos rituales con una cuidada a la vez que macabra puesta en escena. Fue una noticia que catapultó al equipo de *Horatio* a lo más alto. Fueron portada de todos los periódicos y concedieron varias entrevistas en la televisión nacional pormenorizando los detalles del caso y cómo fueron capaces de resolverlo para encontrar al asesino. Desde entonces, y gracias a Dios, habían tenido casos más sencillos. Nadie quiere vérselas con un asesino en serie todos los días.

El jefe se encaminó tranquilamente hacia su despacho pasando su mirada despacio por sus subordinados. Se rascó la sien de forma automática con el pulgar de la mano derecha pensando que esta calma es la que precede siempre a la tormenta. Al llegar a su mesa se sentó disgustado en la silla, tenía un mal presentimiento, las cosas iban a ponerse feas de un momento a otro.

—Va a salir mal. No puede salir bien.

Ella murmuró las palabras, casi susurrando, con el miedo dibujado en las comisuras de los labios y en sus profundos ojos castaños. La habitación estaba casi en penumbra, una pequeña ventana con la persiana hasta la mitad dejaba entrar unos rayos de sol que parecían aletargados y faltos de vida. La luz se reflejaba en la pintura color pastel de las paredes y se escurría hasta bañar suavemente los muebles que cubrían las paredes de la habitación. Estaban sentados en una cama con un cabecero de madera maciza rematado por querubines regordetes. A ella nunca le había gustado esa cama, le había inspirado desconfianza y algo de aprensión el hecho de tener que dormir bajo la mirada de esos niños ángeles. Él se había reído de ella aduciendo que eso no eran más que tonterías y ella había acatado sus órdenes, como siempre hacía, pues él era lo más importante de su vida. Fue él quien consiguió sacarla de aquel horrible barrio y ofrecerle una vida más o menos de verdad.

—Deja de decir eso, ya está hecho y no podemos volver atrás. Hicimos lo que teníamos que hacer para salvar el pellejo, ahora ya no es nuestro problema.

Él trataba de mantener la calma, aunque por dentro era un hervidero de sensaciones encontradas. Miraba al techo distraído intentado que ella no se diera cuenta. Le costaba admitir que ella pudiera tener razón, aunque eso pasaba bastante a menudo. Recordó la vez que le dijo que no le gustaban los ángeles regordetes del cabecero de la cama, él se había reído de ella y sin embargo, con el paso del tiempo, él había comenzado a detestarlos también. ¿Podría tener ella razón ahora también como ya la tuvo con los querubines?

—Siempre será nuestro problema, ¿es que no lo ves? —preguntó ella, apelando a su humanidad, reconectándolo con su lado bueno. Él estaba decidido, no daría su brazo a torcer y las cosas se harían a su manera.

—Veo que te estás comportando como una histérica, que si sigues así nos pillan fijo. Así que cierra la boca y trata de parecer tranquila.

No le gustaba la idea, pero no sabía qué otra cosa podían hacer. Ella respiró hondo, se concentró en su respiración, en sentir cómo el aire entraba y

llenaba sus pulmones lanzando el diafragma hacia abajo. Luego, muy despacio, exhaló el aire, lo fue soltando poco a poco. Repitió esta operación varias veces, aire dentro y luego fuera, hasta que consiguió calmarse. Se ajustó la falda, sacó una de sus mejores sonrisas y decidió salir a enfrentarse a la vida con la mentira que les había tocado vivir.

Paso rápidamente a ver a su madre y a recoger la llave de la casa de la playa. Su madre no dijo nada, pero tenía la frase «te lo advertí» escrita en la mirada. Era una mujer prudente, y sabía que su hija estaba pasando por un mal momento, así que decidió no añadir más leña al fuego; pero Marta sabía que le tocaría una charla con ella tarde o temprano. Prefería que fuera tarde, su madre siempre acababa ganando ese tipo de discusiones. Se montó en el coche y el espejo retrovisor le devolvió unos enormes ojos color avellana, detrás de ellos su madre seguía en el porche con los brazos cruzados y los labios apretados. Se despidió con un gesto de la mano que su madre le devolvió segundos antes de darse la vuelta y meterse en la casa. Se marchó dejando un rastro de perfume en el ambiente y un murmullo de ropa almidonada tras de sí. Terminadas las formalidades con su madre, se dirigió rumbo a la casa que sus abuelos tenían en la playa.

—¡Maldita cerradura! Sí que tiene que hacer tiempo que nadie la usa porque está atascada —se lamentó en voz alta mirando alrededor por si había alguien capaz de echarle una mano. Trató de girar la llave al mismo tiempo que empujaba con el hombro y, tras un momento de indecisión por parte de la puerta, las bisagras cedieron y esta finalmente se abrió.

El olor a polvo era bastante insoportable, así que no perdió ni un segundo y lo primero que hizo al entrar fue abrir todas las ventanas y dejar que el aire marino inundara la casa. Miró alrededor contenta, no era el Palacio de Buckingham, pero para seis semanas podría bastar.

Su madre le había dado la llave de la casa de verano de sus abuelos. Desde que ella y sus primos crecieron apenas la usaban. Su hermano la debe haber utilizado en alguna ocasión para pasar un fin de semana con sus amigos, pero

eso era todo. La casa seguía teniendo esos horribles muebles que recordaban de forma muy directa a los ochenta con estampados imposibles y tejidos más imposibles todavía. Decidió dejar la maleta en la entrada y sacar el portátil. Tuvo que apartar un búho hecho con conchas y una caracola de escayola de la mesa delante del sofá para poder hacer sitio. La funda de flores del sofá estaba polvorienta, se dijo que debería poner una lavadora si no quería morir de un ataque de asma. Además, tendría que pasar por la tienda a comprar algunas provisiones, porque salió corriendo de Madrid y solo llevaba consigo medio paquete de Chips Ahoy y varias latas de Coca Cola light.

Ya se dedicaría a todo eso más adelante, ahora no tenía ni las ganas ni el coraje de ocuparse de algo tan mundano. Sintió una presencia a su lado y Loken se echó a sus pies. Era el labrador dorado que el futbolista le había regalado cuando empezaron a salir. Él ya podía ponerse como quisiera, pero el perro no se lo pensaba devolver.

—Venga, vamos a darte de comer, chico guapo. Tú al menos no me traicionarás. —Le puso algunas de sus croquetas en su plato y aprovechó para salir al porche a respirar el aire salado.

Sus abuelos tenían una casa enfrente de la Playa de Levante en Cabo de Palos. Era una pequeña construcción de paredes encaladas, con una puerta que en otra época fue de un azul muy vivo, y ahora era una mezcla de azul oscuro y gris. Hacía años que no entraba en esa casa y le sorprendió lo poco que había cambiado. No se puede decir lo mismo del entorno, antes había pequeñas chalés como los de sus abuelos a un lado y a otro, ahora había chalets muy lujosos, varios con piscina y todo. Siempre pensó que era un estupidez tener piscina teniendo el mar justo delante. ¡Y qué mar! El Mediterráneo, fiero y tranquilo, profundo y antiguo. Era algo que había echado muchísimo de menos en Madrid, allí no hay mar. No se había dado cuenta de lo mucho que lo añoraba hasta que volvió a tenerlo delante. Cerró los ojos un instante saboreando el salitre del aire y dejándose mecer por el arrullo constante de las olas.

Salió un poco al paseo marítimo, a la izquierda se veía la Manga, con sus

monstruosas construcciones que se abarrotaban en verano de turistas ávidos de un trozo de arena y de unas cuantas olas. Estábamos en pleno mes de abril, ya había pasado la Semana Santa y el tiempo había refrescado un poco, con lo que no había turistas, la Manga estaba prácticamente desierta. Si miraba a la derecha ahí estaba el faro. Su abuelo siempre le contaba la historia del faro y ella lo miraba fascinada mientras representaba la construcción y cambiaba las voces para ser unas veces el farero, otras el rey y otras un pirata berberisco. El faro fue al principio una torre de vigía que se construyó en el siglo XVI para defenderse de los piratas, pero siglos después, en el XIX, fue demolida, y sus sillares se emplearon en la construcción del nuevo faro. «Los cartageneros no olvidamos nunca nuestra historia, la reciclamos y la volvemos a integrar en nuestras vidas», le había dicho su abuelo una vez.

Entró de nuevo en la casa, cogió la correa de Loken y una chaqueta, saldrían a dar un paseo. Le sentaría bien caminar por la playa desierta. A Loken le volvía loco la arena. Es curiosa la atracción que ejerce el mar en un perro nacido en Madrid, cuando estuvo de vacaciones en la costa con el futbolista...

—No, no vamos a pensar en él, ¿verdad, Loken? Ahora vamos a pensar solo en nosotros.

Y dicho esto, bajó los escalones que separan el paseo marítimo de la playa. Loken salió disparado a meterse en el mar, pero nada más tocar el agua con las patas dio media vuelta. Por lo visto no estaba preparado para la temperatura del agua en abril. Estuvo tentada de quitarse los zapatos y pasear descalza por la arena, pero al ver la reacción de su perro se lo pensó mejor, no parecía sensato andar descalza en pleno mes de abril, por muy en la costa mediterránea que se encontrara. Suspiró y se dispuso a dejar su mente vagar perdiéndose en el murmullo de las olas y la brisa mediterránea.

—¿Cómo has visto a la niña?

—Estaba bien. Me la esperaba más triste, más deshecha, pero supongo que ya no es nuestra pequeña. Ya se ha hecho una mujer, podrá lidiar con esta

ruptura —lo dijo con la boca pequeña, pues no quería preocupar a su marido, aunque ella tampoco estaba muy convencida de sus palabras. El rápido encuentro con Marta solo había servido para dejarla aún más intranquila, desaparecer durante seis semanas en Cabo de Palos no le parecía la mejor solución al problema, ella hubiera preferido que se quedara con ellos en casa. Así podría consolarla como cuando era pequeña y venía buscando refugio en su regazo tras caerse del tobogán y hacerse un rasguño.

—No es solo una ruptura, es el escarnio público, es salir en prensa, en que tu nombre se asocie a un malnacido que no tiene huevos para ser un hombre de verdad. —Fernando, el padre de Marta, siempre había sido muy temperamental, sobre todo con los asuntos que atañían a su hija.

La pareja estaba hablando en la cocina de la casa de los padres de Marta. Era un dúplex con jardín que se encontraba en uno de los barrios de la periferia cartagenera donde últimamente había habido una gran expansión inmobiliaria amparada por la ya célebre burbuja del ladrillo. Ellos fueron de los primeros en comprar, antes de que los precios se dispararan y se volvieran prohibitivos para la mayoría de los mortales a menos que quisieran ver sus destinos enlazados con el del banco al menos en treinta años. Así que bien podían decir que habían sido afortunados.

La cocina la habían ido ampliando con el paso de los años ganándole terreno al patio que, desde que se fueron los hijos, ya apenas utilizaban. Era una estancia bastante amplia con una gran mesa de comedor donde reunían a la familia para las grandes ocasiones y electrodomésticos metálicos de última generación que daban un aspecto un tanto industrial a un espacio moderno pero hogareño.

—Vale, Fernando, vale. Yo también estoy cabreada, ese futbolista no me gustó nunca, pero es a quien Marta eligió, así que no nos quedaba otra que aguantarnos. —De nuevo dijo esto para calmar a su marido, no porque realmente lo pensara—. Además, tú conoces a tu hija, sabes que si le hubiéramos dicho que no nos gustaba, se hubiera comprometido con él, se hubieran ido a vivir juntos o cualquier cosa similar. Ya la conoces, es una

cabezona que no soporta que le digan cómo tiene que hacer las cosas. No se puede negar que es hija tuya —dijo señalándole con el dedo de forma acusadora.

—No sé de qué me estás hablando, mujer. —Y le dedicó a su esposa una sonrisa sincera. ¡Qué bien lo conocía Irene! Más de treinta años de matrimonio, con sus altos y sus bajos, evidentemente, pero aún seguían teniendo esa complicidad propia de los primeros años de matrimonio. Fernando se levantó pesadamente de la silla de cocina en la que estaba sentado, los años no estaban pasando en balde y ya comenzaban a resentirse sus rodillas si pasaba demasiado tiempo en la misma posición. Se acercó a su mujer y la abrazó por detrás dándole un beso en el cuello.

—Vamos a darle tiempo para que se instale, y el fin de semana la invitamos a casa a comer paella. Se lo podemos decir a su hermano también y nos reunimos todos —dijo Irene ilusionada.

—Los vecinos van a pensar que es Navidad, porque solo en esa fecha nos ven a todos juntos comiendo en casa —añadió Fernando con una sonrisa irónica que no solo se quedó en los labios, sino que subió decidida hasta sus ojos.

—¡Eres imposible! Ya sé de dónde ha sacado la niña eso también. —Pero no pudo evitar sonreír, pensando que su marido tenía razón. Hacía ya varios meses que no se juntaban todos, el trabajo de Marta en Madrid le dejaba poco tiempo libre y, cuando tenía unos días de descanso, solía irse con su novio de turno o con sus amigas. Es una vida que a ella le costaba trabajo comprender, pero que tenía que respetar. Además, ahora estaba aquí, su pequeña ha vuelto a Cartagena, seguramente será sólo cuestión de tiempo que deje la cadena de televisión para sentar cabeza aquí. O al menos, con eso soñaba Irene cada noche.

Le dejaría unos días para que se instalase con tranquilidad en la casa de la playa, y después la llamaría para proponerle la comida. Sin más dilación, se puso a hacer mentalmente la lista de la compra anotando todo aquello que necesitaría para una auténtica paella familiar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Pablo mirando por encima del hombro de su compañera el papel que ella sujetaba en la mano.

—Un folleto sobre apartamentos de vacaciones, estoy pensando irme unos días en el puente de mayo. —Susana lo dijo mitad hablando mitad suspirando de ganas.

—¿Y se te ha ocurrido ahora? Ya tiene que estar todo pillado desde hace meses.

Pablo apenas levantó la vista del informe que estaba leyendo, se pasó la mano por el pelo castaño y se ajustó las gafas de pasta con un dedo apoyando sobre el puente de la nariz. Siempre había sido el más cerebral del equipo, y no es algo que comenzara en la edad adulta, ya siendo un adolescente siempre había sido el más responsable de su pandilla. Era analítico y eso lo hacía en ocasiones parecer frío o insensible, cuando en verdad solo era una fachada protectora tras la que esconder su más que evidente timidez. Nunca había destacado en los estudios ni en los deportes, siempre había estado en el medio, bien protegido dentro de la masa, destacar no era su punto fuerte. Su pelo castaño caía en mechones desiguales sobre las gafas, que ocultaban unos ojos color miel llenos de inteligencia.

—Tú y tu manía de ser tan realista, Pablo. Déjame que disfrute pensando en que puedo pasarme unos días tranquila alejada de esta comisaría, y ¿por qué no decirlo? ¡De todos vosotros! —Les guiñó un ojo a sus compañeros mientras añadía esto último y los señalaba con el dedo.

—Vaya, princesita, no sabía que ahora te caíamos mal —rio Raúl desde detrás de su mesa.

—Os quiero con locura, pero eso no significa que no quiera un poco de tiempo para mí.

—¿Solo para ti? ¿No hay nadie que quieras que te acompañe? —añadió Pili, sumándose a la broma general.

—Si no tienes a nadie, sabes que yo me ofrezco voluntario, no imagino mejor plan que pasar un fin de semana con una belleza como tú. —Raúl le soltó una sonrisa de galán al tiempo que le guiñaba lascivamente un ojo.

—Bueno, dejadlo ya todos. En especial tú, Raúl —y apuntó airada con el dedo a su compañero, aunque no dejó de sonreír.

—Como el jefe nos pille hablando de vacaciones y de bellezas en vez de adelantando informes se nos va a caer el pelo a todos. Así que, chicos, a trabajar.

—Pablo, eres un cortarrollos... —masculló Raúl pero, dicho esto, se sumergió en sus papeles con cara de extrema concentración.

Susana echó un último vistazo al folleto promocional que había recibido en el buzón de casa y que había decidido conservar en vez de tirarlo directamente a la papelera de reciclaje. Es verdad que no tenía nadie especial con quien compartir su vida en ese momento, pero eso no implicaba que no pudiera pasar unas vacaciones divirtiéndose lejos de casa. Se le ocurrieron varios nombres de amigas que estarían interesadas en hacer el viaje con ella, nada de novios, solo chicas. La idea la hizo sonreír y pensó en ese viaje como en un capítulo de *Sexo en Nueva York*, beberían martinis y criticarían a los hombres. Ya había llegado a esa edad en la que irremediablemente empiezas a preguntarte cuánto tiempo le queda a tu arroz antes de pasarse. No es que tuviera unos sentimientos maternales demasiado fuertes, pero imposible no darse cuenta de que en las bodas de sus amigos con los que compartió instituto la mesa de los solteros se iba empequeñeciendo peligrosamente y ella aún no había dado el salto a la mesa de los casados, o al menos, a la de los que tenían pareja. Aun así, no lamentaba su vida, le gustaba su trabajo, sus compañeros de equipo, y no lamentaba casi ninguna de las decisiones que había ido tomando a lo largo de los años.

Sí, un viajecito con las amigas le sentaría de maravilla, sería como en los viejos tiempos, solo chicas con ganas de pasárselo bien y de olvidar sus problemas, que para unas eran no tener aún pareja y para otras no tener casi tiempo libre justamente por tener una pareja estable.

—No ha ido tan mal, ¿no crees?

—He hecho lo que he podido, he sonreído, he respirado, y sobre todo, no

he confesado lo que habíamos hecho.

Ella lo miraba con infinita ternura, sabía que todo lo que había hecho era por los dos, por salvarlos, por encaminarlos hacia una vida lejos de la miseria que habían conocido en sus primeros años. Además, él estaba tan guapo cuando se ponía serio... Tenía la piel morena y la mandíbula fuerte y masculina que servía para encuadrar un rostro viril y unos preciosos ojos verdes.

A ella lo que más le gustaba eran sus brazos, con los músculos bien contorneados fruto del trabajo duro y de levantar pesas en casa cada noche antes de acostarse. Sus manos eran fuertes, con las palmas ásperas propias de aquellos que han tenido que ganarse la vida a fuerza de esfuerzo y trabajo. No le sobraba ni un gramo de grasa, la piel se pegaba a sus músculos dibujándolos debajo de la camisa azul celeste que ahora llevaba remangada justo por encima del codo.

Una sombra cruzó por su mirada antes de que añadiera en tono cansado:

— ¿Ya estamos otra vez con eso? No tuvimos más remedio. No le des más vuelta, por favor. Ahora ven aquí, sé una forma de que pares de pensar en eso

La atrajo con suavidad hacia sí y comenzó a acariciarle la nuca. A él también le estaba costando trabajo dejar de lado lo que había pasado, pero no iba a permitir que ese pequeño *percance*, como él lo llamaba, influyera en sus planes. No iba a volver a prisión, eso podía jurarlo. Además, sentía que esos horribles querubines no dejaban de mirarlo y de juzgar todo lo que había hecho en el pasado.

—Está decidido —dijo en voz alta sobresaltándola un poco—. Mañana tiramos esta cama a la basura y nos compramos una nueva. No prepares nada para mañana por la tarde que vamos a ir al Ikea a comprar algo que pegue más con nuestro estilo y que no tenga niños rechonchos en las esquinas.

Ella sonrió y le besó suavemente en los labios. Se acurrucó un poco más en el hueco de su pecho y apoyó la cabeza contra él sintiendo los latidos de su corazón al compás de su respiración. Notaba su pecho subiendo y bajando al tiempo que el corazón martilleaba sin descanso bombeando sangre hacia

todo el cuerpo. Él siempre conseguía hacerle olvidar todo lo malo que había en su vida solo con unas cuantas palabras.

Loken se lo estaba pasando pipa. Iba lleno de arena, desde las orejas hasta la punta de la cola y apenas se apreciaba el color dorado de su pelaje bajo la montaña de arena que lo cubría. Había escarbado un hoyo enorme y luego se había revolcado en la arena, había vuelto a intentar meterse en el agua, pero había recapacitado en el último momento y había corrido playa arriba y abajo. Ahora parecía entretenido olisqueando un montón enorme de algas que estaba a unos cincuenta metros de donde ella se encontraba. Marta lo miraba divertida, cómo podía pasárselo tan bien con tan poco. Empezó a ladrar y a gruñir al montón de algas y ella no pudo retener una sonrisa. La playa estaba desierta, estaban solo ella, su perro y el mar. El cielo estaba de un azul claro y limpio y el Mediterráneo se reflejaba más bonito que nunca. La arena se hundía con cada uno de sus pasos dejando pequeñas marcas de la suela de sus deportivas.

Se paró y se puso a dibujar un círculo con el pie, dejó la mente en blanco y se transportó a los años noventa, a cuando venía a pasar los veranos con sus abuelos, su hermano y sus primos. La casa se llenaba de voces de niños, y de olor a pescadito frito que hacía su abuela en el porche bajo el gran alero de madera blanca y azul. Por las tardes bajaban a la playa y se pasaban horas jugando en la arena. Jugaban a saltar las olas, y a hacer carreras de natación, había que llegar hasta la boya y volver y, sobre todo, había que esquivar todas las medusas. Sí, ahora que estaba aquí lo recordaba con increíble claridad. Hacían concursos de castillos de arena con los niños de las casas vecinas, y salían a buscar conchas para decorar las almenas, y con palos de polo hacían el puente levadizo. Pero eso fue hace muchos años, antes de dejar Cartagena para irse a Madrid, antes de que el futbolista entrara en su vida. De repente se levantó un poco de viento y le dio un escalofrío, deberían ir volviendo a casa si quería lavar al perro antes de pasarse por el supermercado y comer a una hora decente.

—¡Vamos, chico, es hora de volver a casa! —gritó y el viento arrastró lejos sus palabras.

Pero el labrador no le hizo caso, siguió dando vueltas alrededor del montículo sin parar de gruñir y ladrar.

—¡Venga, Loken! No te hagas de rogar, vámonos a casa que tenemos que bañarte.

El perro la miró durante un segundo, y luego volvió a ladrarle a las algas.

—Está bien, iré a por ti. Veo que hoy nos hemos levantado un poco rebeldes. —Y dicho esto, comenzó a andar en dirección al perro con la correa en la mano para poder llevarlo hasta casa.

Al llegar junto al perro trató de ponerle la correa pero él empezó a ladrar y a correr alrededor de las algas. Era un montículo de tamaño considerable y con un fuerte olor a algas en descomposición, seguramente había sido arrastrado por la marea de la noche anterior pues según le había contado su madre, llevaba dos días haciendo mucho viento y el mar andaba bastante revuelto. Por supuesto, terminó diciendo que tuviera cuidado si decidía bañarse pues las corrientes son fuertes en esta época y dado que estamos en temporada baja no habría nadie en la playa que pudiera socorrerla si se ahogaba. Su madre siempre había sido una agorera de primera categoría, y Marta tuvo prácticamente que jurarle que no se bañaría en el mar, algo que estaba claro que no pretendía hacer, ya que el agua fría del mes de abril no era algo que la tentara especialmente.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Hay algo en ese montículo? Seguro que es un pez o un pulpo y ahora sí que va a apestar la casa cuando volvamos — dijo dirigiéndose al perro directamente.

Se acercó para mirar más de cerca y vio a lo que Loken le había estado ladrando. No era un pez, y desde luego no era un pulpo, era una mano. Retiró con cuidado las algas para descubrir un cuerpo bajo el montículo.

—Bien, si queríamos pasar desapercibidos hemos empezado con mal pie, chico. Al menos sé exactamente a quién debemos llamar.

Sacó su móvil y marcó el número de una de sus mejores amigas, era una

pena no llamar para ponerse al día y saber más sobre su vida, sino para decirle que su perro acaba de encontrar un muerto en una playa mientras ella trataba de que nadie supiera que estaba en Cartagena.

—Desde luego, Loken, mi vida se parece cada vez más a un libro de Jardiel Poncela.

El equipo tardó unos veinte minutos en llegar a la Playa de Levante. Susana les había dicho que seguramente había un cadáver y que debían ser muy discretos con el tema. Llegaron a la playa y tras comprobar que, efectivamente, el cuerpo estaba sin vida, llamaron por radio al 091 pidiendo un juez para el levantamiento del cadáver y a los de la Policía Científica. Susana se alejó para hablar con la testigo, que se había mantenido apartada y aún no habían podido verla bien, lo único que apreciaban era que parecía ser una chica joven, alta y que tenía un perrazo acompañándola.

—Bueno, comienza a balizar la zona mientras yo voy a hablar con la testigo —le dijo a Raúl sin apenas mirarlo.

—¿Por qué tú? —preguntó Raúl—. Ya dijimos que las tías buenas eran cosa mía.

—Esta es mi amiga, de hecho, es casi como mi hermana, así que mantén tus garras fuera de la chica. ¡Ah! Y te toca hablar con los de la Guardia Civil, para explicarles por qué nos quedamos nosotros este caso. ¿Entendido?

—Alto y claro, como si fuera un bulldog el que hablara.

—De verdad, a veces no sé cómo te soporto —y se alejó riéndose mientras su compañero comenzaba a acordonar la zona esperando a los técnicos.

Raúl miró hacia donde se había marchado su compañera. Las dos mujeres formaban una extraña pareja, Susana era bajita, de piel clara y pelo rubio; uno pensaba en una de esas muñecas de porcelana de colección cuando la veía. La otra mujer, no alcanzaba a verla bien desde la distancia pero era alta y morena, con el pelo largo. Su experiencia le decía que debajo de esos vaqueros medio rotos y esa sudadera vieja había una mujer con un buen cuerpo. Por el lenguaje corporal vio que no se comportaban como el clásico binomio testigo-agente, sino que su actitud era más cercana. No sin cierto pesar se dio media vuelta para volver al trabajo dejando que Susana se

encargara de ella.

—Veamos, llevas semanas sin dar señales de vida, te he dejado mensajes, te he enviado e-mails y te he llamado como cien veces, y cuando decides volver a ponerte en contacto conmigo es para comunicarme que has encontrado un muerto. ¿Te parece que nuestra relación de amistad es muy normal? —le reprochó Susana con cierta cordialidad a Marta.

—Lo entiendo, Susi, de verdad que sí, pero... Es que no me apetecía hablar con nadie.

Había tratado de llamarla varias veces, de hecho hasta llegó a marcar su número en alguna ocasión, pero se arrepintió antes de que comenzara a sonar el teléfono. Susana era una de sus mejores amigas, se conocían de toda la vida, y la entendía mejor que nadie, pero precisamente por eso no podía ni quería hablar con ella. Sabía lo que le diría, no hacía falta ni que abriera la boca, solo con mirarla a los ojos ya sabía lo que tenía previsto decirle. Y lo peor de todo es que tendría razón. Bajó la mirada avergonzada sintiendo una punzada de odio contra sí misma en el estómago. Saber por qué había hecho las cosas mal no justificaba el hecho de que su amiga estuviera preocupada y dolida.

—Toma, pónstela —dijo tendiéndole una gorra que parecía bastante usada.

—¿Una gorra del Barça? ¿En serio? ¡Mi vida es pura ironía! —dijo Marta poniendo los ojos en blanco.

—Sí, sí, como una película de Woody Allen... Anda, no te quejes, es lo único que he podido encontrar. Y toma, ponte estas gafas de sol también.

Miró las gafas durante un segundo y acabó accediendo, mejor parecer una turista disfrazada que aparentar ser quien realmente era.

—Y ahora cuéntame todo.

—¿Lo del futbolista?

—¡No, mujer! Lo del cadáver. Lo del tipo ese lo dejamos para hablarlo tomándonos un café, o un copazo, ¿tú qué opinas? —respondió resuelta Susana mientras miraba directamente a su amiga.

—Creo que la idea de la copa va más con la situación.

—Bueno, menos cháchara y ve al grano, ¿cómo encontraste al cadáver? —apuntó con el dedo al montón de algas.

—No fui yo, fue Loken. Estábamos paseando por la playa, me apetecía respirar algo de aire fresco y él se puso a jugar y a ladrarle al montón de algas. Pensé que habría algún pez muerto y que por eso estaba tan inquieto. Lo llamé varias veces para que viniera pero no había manera de convencerlo, así que fui a buscarlo para ponerle la correa y entonces vi una mano. Al principio no sabía bien lo que estaba viendo, así que aparté algunas algas y descubrí que había un cuerpo entero pegado a la mano. Después de eso te llamé corriendo, es una suerte que estuvieras en la comisaría.

—Marta, con los recortes que tenemos lo raro es que no estemos trabajando veinticuatro horas todos para ahorrar costes —dijo con un suspiro de desaprobación por las políticas económicas que estaban aplicando últimamente.

Una furgoneta llegó a la playa y se bajaron dos mujeres y un hombre. El policía que llegó con Susana en el coche se fue a ponerlos al corriente. Estuvieron hablando un rato, mientras señalaban hacia donde se encontraban las dos mujeres. Finalmente, uno de los investigadores de la científica se encaminó hacia ellas mientras sus compañeros se metían en sus monos de trabajo y cogían sus maletines para recuperar pruebas.

La investigadora era una mujer de mediana edad con el pelo entrecano y un gesto frío en la mirada. Tenía los labios finos que se curvaban hacia abajo dándole el aspecto de estar permanentemente disgustada o defraudada con los demás. Cuando estuvo a unos pocos pasos de distancia de las dos mujeres saludó con la mano a Susana y sonrió invirtiendo la curva natural de sus labios. Marta pensó que le recordaba a un retrato que había visto una vez que visitó el Museo del Prado, pero no fue capaz de recordar el nombre del cuadro o tan siquiera el autor del mismo.

—Hola Susana

—Hola Inés. Esta es nuestra testigo... Em... La señorita Ortiz —dijo

Susana haciendo un gesto con la mano hacia Marta, al que Inés respondió con una leve inclinación de cabeza a modo de respuesta.

—Hola ¿qué tal? —dijo dando un rápido vistazo a la chica con gorra y gafas de sol—. Bueno, ¿qué tenemos?

—De momento solo sabemos que el fallecido es un hombre blanco de veintipocos años. Para lo demás, estamos esperando que hagáis vuestra magia —y le dedicó una sonrisa realmente encantadora.

—Allá vamos, te haré saber si necesitamos algo —dijo la investigadora dando media vuelta y encaminándose hacia el montículo de algas para proceder a tomar fotos y muestras del cadáver.

—Te acompaño, ¿te puedes quedar aquí con Loken? —le preguntó a Marta.

—No hay problema.

Vio a las dos mujeres alejarse y ella aprovechó para sentarse en un banco del paseo marítimo. Loken la siguió y se tumbó a sus pies.

—Mira que me metes en líos, muchacho. Ahora la perspectiva de que fuera un pulpo podrido que apestara la casa me resulta mucho más apetecible. —Se agachó para rascarle detrás de la oreja al labrador, que aprovechó para girar sobre sí mismo hasta conseguir que le acariciara también detrás de la otra.

Vio la actividad frenética que se estaba desarrollando en la playa, gente echando fotos, poniendo marcadores, metiendo trozos de alga en bolsas de plástico. Vio cómo llegaba otra furgoneta, esta vez venían a llevarse el cadáver al instituto forense para terminar de examinarlo allí. Susana se acercaba y tenía cierto aire de preocupación. El hombre que había llegado con Susana en el coche, y que Marta supuso que sería su compañero, estaba al teléfono con alguien y gesticulaba mucho al tiempo que hablaba. Marta estaba tan absorta siguiendo con la mirada los gestos del hombre que apenas se percató de que Susana estaba de vuelta y que su semblante era más serio que hacía unos minutos.

—Tengo una noticia que no te va a hacer ninguna gracia, el equipo técnico

tiene que llevarse a Loken.

—¿Cómo dices? —preguntó abriendo mucho los ojos y dejando la boca abierta para dar más énfasis a su desconcierto.

—Estuvo en contacto con el cadáver, tú misma has dicho que estuvo jugando y olisqueando el montón de algas, es posible que algunas pruebas las lleve todavía encima. Los de la científica no quieren dejar nada al azar. —Y terminó levantando los hombros en un gesto de impotencia.

—Debes estar de broma. ¿Mi perro es ahora una pieza de vuestra investigación?

—Esperemos que no. De momento se lo tienen que llevar para mirar si en las patas o entre el pelaje hay algo que nos sea de utilidad. Tranquila, se lo quedarán un par de horas como máximo, el tiempo de revisarlo a fondo, y luego te lo devolverán para que sigáis dándoos paseos.

—¿A dónde se lo llevan?

—Al Instituto Forense, está a la entrada del cementerio de Santa Lucía.

—¿Te llevas a mi perro a Lo Campano? —preguntó Marta recordando historias de su juventud sobre ese barrio en concreto.

—No, yo no he dicho eso, nos lo llevamos al Instituto Forense —puntualizó Susana fríamente.

—Que está en Lo Campano...

—Mira, entiendo que estos días están siendo duros para ti, pero confía en mí, Loken va a estar bien. Nosotros tenemos que volver a comisaria porque el jefe tiene que estar que se sube por las paredes con lo que está pasando. Esto no es demasiado ortodoxo pero, ¿quieres venir con nosotros? Puedo convencer a Horatio de que tienes que quedarte con nosotros por el perro, que estamos esperando el informe de los técnicos.

—Eso estaría bien, no me apetece nada quedarme sola ahora. —Se agachó para rascar al labrador detrás de la oreja y darle un último abrazo.

—Por cierto, ¿seguro que estás bien? Ver un cadáver puede ser algo muy traumático.

—No te lo vas a creer, pero apenas lo he mirado. En cuanto me he dado cuenta de lo que era te he llamado y he procurado no mirar más hacia esa zona. De hecho ni siquiera le he visto la cara, y me he enterado de que es un hombre porque tú se lo has dicho a tu compañera.

—Ya sabes que si necesitas acompañamiento psicológico, solo tienes que decírnoslo, ¿entendido? Bueno, vamos a marcharnos antes de que empiece a llegar la prensa. A pesar de que tratamos de hacer las cosas con sigilo, no sé cómo pero siempre se acaban enterando. ¿Cómo lo hacéis?

—Lo siento, si te lo contara, tendría que matarte —dijo recuperando un poco la sonrisa.

—Venga vam... Espera un momento, antes de que vengas con nosotros tengo que hablar con alguien.

Vio cómo su amiga salía corriendo para hablar con su compañero. Sabía exactamente lo que iba a decirle. Bueno, su visita secreta comenzaba a no serlo tanto. Susana se acercó a Raúl y poniéndose muy seria se plantó delante de él, que se quedó un poco sorprendido de ver a su compañera con esa actitud.

—Raúl, nos vamos a llevar a la testigo a la comisaría, va a esperar allí a que los de la Científica le devuelvan el perro.

—Me parece muy bien, siempre listos para servir al ciudadano —y le lanzó una sonrisa en la que le enseñaba todos los blanquísimos dientes.

—Sí, pero antes de irnos hay algo que debes saber. Nuestra testigo es Marta Ortiz.

No pudo evitar sonreír mientras Raúl abría los ojos como platos. Su compañero era el más alto del equipo, era moreno, con unos bonitos ojos verdes. Y tenía la sonrisa más canalla que alguien pudiera echarse a la cara. Raúl podría salir en un diccionario al lado de la palabra «español», pues cumplía con todos los tópicos, siempre estaba haciendo bromas, y no dejaba pasar ninguna oportunidad de piropo a una mujer. Pero en el fondo, era un buenazo, una persona con la que siempre puedes contar, a pesar de que disfrazaba el exterior de gallito de gimnasio mujeriego.

—Un momento, ¿la Marta Ortiz presentadora? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Esa misma.

—¿La que ha sido elegida dos años seguidos como la presentadora más sexy de la televisión?

—Seguramente, no estoy al corriente de ese tipo de publicaciones —dijo Susana suspirando y pensando que era un error revelarle la identidad de Marta a alguien como Raúl.

—¿La que es imagen de una marca de bañadores y sale en un anuncio revolcándose por la arena de la playa? ¿La que yo he dicho varias veces que me parece la mujer más guapa de este país y que me casaría con ella sin pensarlo? —añadió sin dejar de tener los ojos desorbitados.

—Bueno, ya está bien. Deja de darme datos siniestros sobre mi amiga. Así que ahora ya sabes, compórtate como un caballero.

—¿Acaso sé hacerlo de otra manera? —y volvió a sonreír a su compañera, mientras ella hacía un gesto con la mano indicando a Marta que se uniera a ellos.

Marta se acercó mirando a sus pies todo el camino, no se encontraba cómoda encontrándose cara a cara con los compañeros de trabajo de Susana, pensaba que su visita cada vez iba siendo menos secreta. Raúl la observó atentamente mientras ella se acercaba al coche, debía medir uno setenta y cinco más o menos, con una preciosa piel tostada. El pelo moreno le caía sedoso en una cascada desordenada sobre la espalda. La gorra no le permitía ver bien su rostro, pero él lo conocía de sobra de haberla visto en la televisión y en innumerables revistas, tenía unos preciosos ojos almendrados color avellana, y una boca de labios sensuales y carnosos. Era una mujer endiabladamente sexy, que destacaba aún más junto a la delicada belleza de Susana.

—Marta, te presento a Raúl, mi compañero —dijo Susana no demasiado segura.

—Encantado, señorita Ortiz. Debo reconocer que soy un admirador —dijo

al tiempo que se inclinaba en una reverencia galante—, y que no entiendo cómo el futbolista se lió con la rubia esa, porque así, en persona, tú parece estar mucho más buena que ella.

Susana puso los ojos en blanco.

—Gracias Raúl, precisamente a eso me refería al pedirte que fueras un caballero.

Marta se sonrojó un poco pero entró divertida en la parte de atrás del coche. Ese comentario tan fuera de lugar había hecho que se sintiera cómoda con Raúl inmediatamente. Al menos no trataría de camelarla con cuentos o se mostraría diferente solo por ser ella una persona conocida. Agradeció el balde de realidad que le había tirado encima Raúl y automáticamente sintió aprecio por el joven. Entendía perfectamente por qué a su amiga le encantaba su trabajo.

—¿Alguien ha visto hoy a Pepe? Se suponía que iba a estar en la oficina toda la mañana y son casi las dos de la tarde y aún no ha aparecido — preguntó Ana un tanto airada.

—A lo mejor está en clase —respondió Juan mientras terminaba de descargar en el ordenador las fotos de la última salida en el velero que habían hecho ese fin de semana.

—No, este cuatrimestre no tiene clase los lunes. Por eso se suponía que iba a estar aquí. Le dije que terminara los carteles para el proyecto de los humedales, queríamos presentarlos a la consejería de Medio Ambiente para ver si nos echan una mano. —Ana era la presidenta de la Asociación de Protección de la Diversidad. Tenía unos cincuenta años y parecía, por su forma de vestir, que seguía anclada en el estilo hippy de los años sesenta. Tenía el pelo castaño y, aunque comenzaban a asomar bastantes canas, prefería no cubrirlas. Hoy llevaba el pelo recogido en un moño que sujetaba con un lápiz y un caftán verde lima sobre unos pantalones de lino beige. Era una mujer energética, que había dedicado toda su vida al medio ambiente y a su protección, lo que la había hecho descuidar un poco su vida sentimental,

aunque no lo lamentaba. No era del tipo de mujer que necesitaba marido e hijos para sentirse completa.

Los lunes por la mañana la oficina de Cartagena de la Asociación de Protección de la Diversidad solía tener bastante actividad. Durante el fin de semana se realizaban distintas actividades y era el lunes cuando tocaba evaluar el impacto que habían tenido. Dependiendo de la época de año, se realizaban reforestaciones, avistamiento de cetáceos o captura de aves para anillarlas y seguirlas en años venideros. El lunes era el día que aparecía en la prensa las noticias referentes a las actividades realizadas durante el fin de semana. Para esta asociación, que dependía casi exclusivamente del voluntariado y de las cuotas de los socios, es importantísimo tener relevancia mediática; eso les ayuda a captar nuevos socios y a *forzar* a las autoridades a darles fondos para algunas de sus campañas.

—Lo he llamado dos veces a su móvil y está apagado —continuó diciendo Ana.

—Pues eso sí que es raro, porque encima Pepe es un madrugador, así que queda descartado lo de que se haya quedado dormido. Mira que si está en el hospital con una urgencia familiar y estamos aquí nosotros poniéndolo a parir.

—Nadie lo está criticando, solo digo que es raro que no haya llegado aún y que tampoco haya llamado para decir que llegaría tarde. —Arrugó la nariz y se tocó mecánicamente el lápiz que sujetaba en precario equilibrio su moño.

En ese momento se abrió la puerta y una pareja de lo que parecían extranjeros entró en el local. Iban armados con una enorme cámara réflex y, a pesar de que el tiempo no era para nada primaveral, ya llevaban bermudas. Ana no pudo evitar poner los ojos en blanco al ver los calcetines blancos con las chanclas, nunca soportó esa moda que tienen los turistas de llevarlas como si fuera un especie de uniforme. Venían buscando información sobre excursiones a la costa para ver aves. La primavera es una época excelente, pues comienzan las migraciones de aves desde África hacia Europa donde van a reproducirse, y los humedales de Cartagena son parada obligatoria para

muchas de ellas. Es un buen momento para ver aves y sacar algunas fotos espectaculares. Echó un último vistazo a los turistas y vio divertida cómo a pesar de llevar una cámara de cientos de euros, esta iba en modo automático, sacarían buenas fotos, porque la cámara era buena, pero no serían espectaculares. Dejó que Juan se encargara de la pareja mientras ella se dedicaba a terminar los carteles de la campaña de los humedales, tendrían que darse prisa si querían presentarlos antes del próximo pleno. Escribió en un post-it que debía llamar a Pepe antes de irse a casa, no era normal en él faltar a un compromiso y encima hacerlo sin avisar.

La Comisaría de la Policía Nacional de Cartagena se encuentra en la calle Menéndez Pelayo. Es un moderno edificio que fue remodelado por completo hace unos años. El llamativo exterior está recubierto de placas de color verde pistacho, que le da un toque muy actual, es difícil pensar que ese edificio es una comisaría pues su exterior recuerda más al de un museo de arte contemporáneo o un gimnasio caro. El interior del inmueble es diáfano, permitiendo ganar espacio y dar luminosidad. En la parte trasera está el parking para los vehículos oficiales. Entraron por detrás, y subieron directamente hasta la planta donde se encuentra el equipo de delitos contra las personas.

—Ya era hora de que llegais, Horatio os está esperando —dijo Pilar sin apenas darles tiempo a dejar sus cosas encima de sus respectivas mesas.

—Gracias, Pili. Oye, ¿puedes quedarte con nuestra testigo? Es amiga mía, nos conocemos desde siempre —preguntó Susana con la duda asomando a sus ojos. Pilar era una persona estupenda, pero la discreción no era su punto fuerte y temía cómo podía acabar un encuentro entre ambas.

—Tranquila, la trataré como si fuera mi propia hija —anunció contenta y se curvaron sus labios en una sonrisa bonachona.

Susana y Raúl entraron al despacho que se encontraba al final de la sala, mientras dejaban a Marta con la secretaria del equipo.

—Ven, siéntate aquí —dijo señalando una silla detrás del escritorio más

cercano—. ¿No quieres quitarte las gafas de sol? Estamos dentro de un edificio, ¿o es que eres ciega? No me digas que eres ciega y que he metido la pata al hacer esa pregunta, ¿verdad?

Marta no pudo evitar reírse. La naturalidad y espontaneidad con las que hablaba Pili eran contagiosas. De hecho, se sintió segura cerca de ella y accedió a quitarse las gafas y la gorra.

—¡Por el amor de Dios! Pero si tú eres... Tú... ¡Ay! Las amigas de la partida de tute no se lo van a creer nunca cuando se lo cuente —dijo Pilar al tiempo que se abanicaba teatralmente con la mano.

—En verdad, agradecería que no se lo dijera a nadie, estoy tratando de pasar desapercibida —dijo Marta casi en un murmullo.

—Claro que sí, tienes toda la razón. Es por lo del chico ese, ¿a que sí? A mí me daba mala espina con tantos tatuajes, y pendientes. Además, ¿quién necesita ponerse tanta gomina en el pelo? Claro que he visto las fotos que ha sacado anunciando calzoncillos y entiendo perfectamente qué pudiste ver en él. ¡Vaya abdominales! Si dan ganas de ponerse a rallar queso en ellos. Bueno, tendrás ganas de un café, ¿verdad? Tú no te muevas que ya te lo traigo yo. Y unas magdalenas, que estás flaquísima. Las chicas de ahora os alimentáis del aire me parece a mí. Bajo ahora mismo a la panadería de la esquina. No te muevas, ¿eh? —Cogió su chaqueta y su bolso y salió sin dejar que Marta respondiera ni una sola vez.

Marta se había quedado sentada mientras esa mujer hablaba sin parar. No pudo evitar pensar que le daba cierto aire a su madre, de unos cuarenta y cinco años, con el pelo rubio teñido y la cara un poco regordeta. Eso sí, su madre era más prudente y nunca hubiera comenzado una conversación con una extraña de esa manera.

—Hola. ¿Cómo te encuentras? —Era Pablo quien preguntaba. Había visto la conversación de Pilar con Marta desde el otro lado de la sala y trató de ir en su ayuda pero justo recibió una llamada en ese momento.

—¿La verdad? Me siento como si me hubiera pasado por encima un tren de mercancías —dijo Marta con una sonrisa al tiempo que soltaba un suspiro.

—Sí, Pili puede tener ese efecto a veces, aunque en el fondo es quien nos devuelve un poco a la realidad. Es el equivalente a Donna Noble para David Tennant como Décimo Doctor. ¿Así que eres tú quien ha encontrado el cadáver? —No pudo evitar sonrojarse un poco al mirar directamente a la chica.

—Técnicamente ha sido mi perro, pero sí, se puede decir que he sido yo. No irás a darme tú también la charla sobre mi mala suerte, ¿verdad? Primero el futbolista y ahora un muerto, debo estar gafada.

—No podría ni aunque quisiera porque no tengo ni idea de lo que me estás hablando —admitió Pablo al tiempo que elevaba las palmas de las manos en un gesto de absoluta ignorancia.

—¿En serio? Creo que ya empiezas a caerme bien. —Y se permitió sonreírle de corazón—. Por cierto, ¿qué era eso que has dicho de un doctor?

—Es de Doctor Who, la serie. Dime que ves esa serie.

—No, no sé de qué va —admitió Marta, replanteándose si el chico le caía bien o era una especie de friki peligroso.

—Pues deberías, es sobre un extraterrestre que es un Señor del Tiempo y que tiene el poder de viajar por el tiempo y el espacio. Y suele llevar un acompañante que es un terrícola para ayudarle en sus aventuras.

—¿Tú que eres? ¿Una especie de friki loco o algo así?

—Veo que no te acuerdas de mí. Fue hace bastante tiempo, la verdad. —Bajó la mirada al tiempo que se sonrojaba ligeramente—. Y Doctor Who no es friki, ¡es historia! —añadió la última frase con un deje de orgullo herido.

—¡Claro! Ya decía yo que tu cara me sonaba de algo. Del instituto, ¿no es cierto?

—Sí, coincidimos en último curso. Nos acabábamos de mudar a Cartagena desde Vigo. —asintió Pablo y notó cómo toda la sangre le subía a las mejillas y se ponía aún más colorado.

En ese momento sonó el teléfono.

—Lo siento, tengo que ir a responder, hoy el teléfono está que no para —

dijo al tiempo que se daba la vuelta y prácticamente corría hacia su escritorio agradeciendo mentalmente la oportunidad que le daba el teléfono de escapar de una mujer como Marta. Si en el instituto había sido guapa, ahora era guapísima, se dijo para sí.

Marta se lo quedó mirando mientras él se sentaba tras su escritorio para responder a la llamada. Pablo era un chico que no destacaba del montón, era de estatura normal, con el pelo castaño claro y gafas de pasta. Seguía teniendo la misma sonrisa tímida que en el instituto, y seguía habiendo algo en él que llamaba poderosamente la atención. Era difícil explicarlo con palabras, era un sentimiento, una sensación, la necesidad de querer abrazarlo y acurrucarlo en tu regazo. Era como si sintieras que está indefenso y quisieras protegerlo. No lo recordaba demasiado de aquel último año de instituto, solo sabía que se sentaba en las últimas mesas y que no destacaba especialmente en nada. Tenía una amiga que estaba completamente colada por él, a pesar de que no habían intercambiado más de dos o tres frases en todo el año. Sonrió al recordar aquella época que ahora se le antojaba infinitamente lejana. Estaba pensando esto cuando la puerta se abrió y entró Pili como un vendaval sacándola de sus nostálgicos recuerdos.

—Pues ya estoy aquí. Mira, te he traído empanadillas y un pastel de carne, porque no sabía qué te apetecería. Y ahora mismo voy a preparar café. ¿Lo quieres solo o con azúcar? — Depositó una bolsa de plástico al lado de Marta y le hizo un gesto con la mano para que comiera algo. Marta no pudo evitar ponerse a curiosear en el interior de la bolsa y cogió una empanadilla que tenía una pinta estupenda.

—Con azúcar, por favor. Pero no tienes que molestarte, estoy bien.

—No es ninguna molestia, mujer. Y ahora, venga, cuéntame cómo te sientes. Y sobre todo, qué hace una famosa como tú en una comisaría de Cartagena. —Pilar acribillaba a Marta a preguntas, pero eso no le impedía llenar la cafetera y cambiar el filtro sin perderse ni una sola palabra.

—Pili, deja a la muchacha en paz, que ya ha tenido bastante por hoy — dijo Pablo, que ya había terminado de hablar por teléfono y estaba de vuelta

junto a las dos mujeres

—Está bien. Pero creo que le vendría bien desahogarse —rezongó Pili de mala gana.

—No, de verdad, estoy bien. Solo tengo ganas de recoger a mi perro. —Y se zampó sin pensarlo una empanadilla de las que había traído Pilar. Le tenía que preguntar dónde las había comprado porque estaban buenísimas.

Se abrió la puerta del despacho del fondo y salieron Susana, Raúl y el jefe, a ese al que su amiga llamaba *Horatio*. Él se adelantó y se dirigió directamente hacia ella.

—Señorita Ortiz, soy el Inspector Martínez. Veo que ya conoce a mi equipo. Ya tenemos su declaración, y nos acaban de llamar del Instituto Forense para decirnos que ya puede ir a recoger a su perro. Así que creo que hemos terminado con usted de momento. Susana tiene sus datos por si tenemos que volver a ponernos en contacto con usted y, si recuerda alguna otra cosa, no dude en llamarnos. —Le dio un papel donde estaba apuntado su número de móvil y el número de la secretaría del equipo con un movimiento sucinto antes de dar media vuelta y encaminarse a su despacho.

—Venga, te acompaño a recoger a Loken —dijo Susana poniendo una mano en el hombro de su amiga.

—Por cierto, el fallecido no está en el SAID, el Sistema Automático de Identificación Dactilar —añadió el jefe de la brigada al ver que Marta parecía algo perdida con esas siglas antes de abrir la puerta de su oficina—, así que no lo hemos fichado nunca. Habrá que esperar a la identificación del forense. Los demás podéis volver a casa. De momento no podemos hacer mucho más hasta que los técnicos nos digan algo. Por lo visto, el cadáver no llevaba encima documentos, con lo que no sabemos quién es, ni en qué circunstancias murió. Mañana comenzaremos a saber algo más. Pilar, vigila las alertas en personas desaparecidas, tal vez alguien haya denunciado su desaparición.

—Por supuesto, jefe —respondió esta rápidamente.

Fueron abandonando poco a poco la comisaría. Susana llevó a Marta hasta

su coche, un Renault Clio color cereza que estaba aparcado no muy lejos. Dejó sus cosas en el maletero del coche y despejó el asiento trasero para dejar espacio al perro de su amiga, que iban a recoger en unos minutos.

—Bueno, vamos a ver cómo se encuentra Loken, y luego te llevo a casa. Podemos pedir unas pizzas y ponernos al día.

—A mí me suena como una idea genial —añadió Marta agradecida. Estas mini-vacaciones no estaban comenzando de la forma que ella esperaba, pero al menos tenía a su amiga a su lado.

Pararon en la puerta del Instituto Forense y Susana bajó a recuperar a Loken mientras ella se quedaba esperando en el coche. Su amiga le dijo que era lo mejor, que el olor a formol y a productos químicos no es agradable y que es necesario un tiempo para empezar a acostumbrarse y que no te moleste tanto. Se quedó pensando en todo lo que le había pasado desde que llegó a Cartagena y le pareció realmente surrealista. Comenzó la mañana dando un tranquilo paseo por la playa, y ahora estaba recuperando a su perro de la oficina del forense, desde luego su vida daba para mucho. Pensó divertida que alguien debería escribir un día un libro sobre ella, eso sí que sería gracioso.

Se quedó pensando en el Cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, o Cementerio de Santa Lucía como era mejor conocido, que estaba a unos pocos metros de donde estaba aparcado el coche. Había oído que desde el ayuntamiento estaban organizando visitas para conocer el cementerio, pues algunos de los panteones son realmente espectaculares. Ahí estaba enterrado, por ejemplo, Víctor Beltrí, el célebre arquitecto modernista, alguno de los edificios más bonitos de la ciudad eran obra suya. Tenía que mirar en la web del ayuntamiento cuándo se realizaban esos paseos, seguramente podría decírselo a sus padres, les haría ilusión ir a visitar la tumba de alguno de los cartageneros más ilustres. Además, tenía entendido que merecía la pena el paseo pues aunaba arquitectura, modernismo e historia.

Vio a Susana salir del edificio con Loken y eso la hizo volver a la realidad.

El perro venía tirando con fuerza de la correa que Susana pugnaba por mantener entre sus manos, al ver a su dueña se puso a ladrar de alegría y a mover frenéticamente la cola. La lengua le caía a un lado de la boca y se levantó sobre las dos patas traseras para apoyarse en el lateral del coche y saludar a Marta a través de la ventanilla bajada.

—Bueno, aquí tienes a tu perro, por lo visto se ha portado de maravilla —dijo Susana tendiéndole la correa.

—Oye, está completamente limpio. ¿No me digas que lo han bañado? —preguntó sorprendida al tiempo que rascaba a Loken detrás de las orejas. Solo se habían separado unas horas, pero saber que su perro estaba en un instituto forense la había puesto muy triste, pensó que el día que le faltara ese perro se sentiría completamente perdida. Él respondió a las caricias meneando la cola juguetón y, tras un instante, saltó a la parte trasera del vehículo.

—Sí, era la forma más fácil que quitarle los restos. Lo han lavado y luego han pasado el agua por un tamiz, ya nos dirán dentro de unos días si han encontrado algo relevante o no. Al menos, te han devuelto a tu perro lavado.

—¿Le han cortado también el pelo? Porque si el servicio es completo, la próxima vez lo traigo aquí en vez de llevarlo al veterinario —dijo sonriendo a su amiga y rascando al perro una vez más con cariño.

—Ahora que ya estamos todos, vamos a llevarte a casa. Ve pidiendo las pizzas, que si no, van a tardar una eternidad —dijo Susana mientras giraba la llave en el contacto y se oía el sonido del motor en marcha.

—Dicho y hecho. Pero antes, ponme algo de música, Susi, que si no el viaje se hace muy pesado.

—Está bien, ¿qué te parece Meghan Trainor?

—No la conozco —respondió Marta mientras su amiga abría los ojos marcada por la sorpresa.

—¿En serio? Pues te va a encantar. Ya verás. —Sonrió maliciosamente al tiempo que buscaba un CD en la guantera del coche.

Mientras de fondo sonaban los pegadizos compases de *All about that bass*, Loken se tumbaba en la parte trasera del coche, Marta buscaba en su móvil el

teléfono de alguna pizzería con servicio a domicilio en Cabo de Palos y Susana ponía el coche en dirección a la autovía de la Manga.

—He llamado a la novia de Pepe y ella tampoco sabe dónde está. Dice que va a esperar unas horas más y después lo va a denunciar a la policía —dijo Juan mientras colgaba el móvil.

—¿Ha hablado con sus padres? —preguntó Ana con una actitud seria pero serena.

—No creo, la verdad es que no llevaban tanto tiempo saliendo juntos, y dudo que conozca a su familia.

—Es raro, ese muchacho era muy cumplidor, por eso me cuesta tanto entender toda esta historia. —Ana estaba saturada de trabajo en esas fechas y respondió con cierta brusquedad.

—Vamos a esperar un poco más, es posible que esté en el monte, sin cobertura, o que se haya ido a visitar a algún amigo que está pasando un mal momento y nosotros estamos aquí montando un jaleo increíble

—Sí, tienes razón. —Pero Ana no creía ni por un momento que su compañero estuviera simplemente en el monte, tan embelesado con la naturaleza que había olvidado llamar para decir que hoy no iría la oficina. Ella tenía el presentimiento de que algo le había pasado, y que eso iba a traer consecuencias para todos.

Decidió no pensar demasiado en ello, pues el tema de los carteles de los humedales le estaba quitando muchísimo tiempo, y encima tenía que presentar los presupuestos de la asociación para dentro de tres días y una subvención para la comunidad autónoma. Pensó que tal vez deberían llamar a algunos voluntarios que tenían de forma ocasional para que echaran una mano, dudaba mucho que entre ella y Juan fueran capaces de sacar todo el papeleo adelante. Una pila desordenada de papeles se acumulaba encima de su mesa, tenían que ordenar y clasificar todo para antes de que terminara la semana. Vería cómo pasaban el día de hoy pero si no avanzaban lo suficientemente rápido le diría a Juan que llamara a uno de los voluntarios, su

labor era demasiado importante como para no completarla. Se sumergió una vez más en su ordenador tecleando a velocidad frenética mientras sacaba el tema Pepe de su cabeza por el momento.

—Ahora que por fin estamos solas te toca, cuéntame qué ha pasado —dijo Susana atacando de buena gana la pizza cuatro quesos que su amiga había puesto encima de la mesa. Como ninguna tenía ganas de complicarse, estaban comiendo en platos de plástico para luego no tener que fregarlos. Las Coca Cola light que Marta se había traído de Madrid se las estaban bebiendo directamente de la lata, hoy no era un día para más quebraderos de cabeza, aunque que eso significara dejar un poco de lado las buenas maneras.

—¿Con el muerto?

—No, esta vez quiero que me hables del futbolista. Desde luego, hoy no nos estamos poniendo de acuerdo. —Susana puso los ojos en blanco y se estiró para coger la Coca Cola de la mesita baja del salón. Dio un largo trago y la dejó en su sitio al tiempo que ella volvía a recostar en el sofá con su plato de plástico en la mano. Pasó distraídamente la mano por la tapicería floreada del sofá de los abuelos de Marta y le recordó todos los veranos que pasó ahí de niña junto con la familia Ortiz. Marta la invitaba todos los años a pasar varios días junto con sus primos; a fin de cuentas, Susana era para los Ortiz casi de la familia. Recordaba a la abuela de Marta sentada en el porche de la casa tejiendo cojines de punto de cruz mientras ellas salían a jugar al escondite con los otros niños que veraneaban por allí. Su primer amor fue un chico dos años mayor que ella de Madrid que pasaba todos los veranos quince días en un chalet cerca del de los abuelos de Marta. Él nunca se fijó en ella, pero Susana se quedaba embelesada cada vez que pasaba con la bicicleta por delante del grupo de amigas.

—Tampoco hay mucho que contar —dijo al fin Marta, sacándola de sus recuerdos estivales—. Lo conocí en una discoteca y luego coincidimos en un par de eventos. Yo soy imagen de una marca de bañadores y él de una de calzoncillos que pertenecen a la misma empresa, así que nos vimos en varias

presentaciones y bueno, un día, simplemente, empezamos a salir los dos solos. Ya sabes, ir a cenar, alguna escapada romántica... Lo que hacen las parejas cuando están empezando. —Hizo una pausa para coger aliento y otro trozo de pizza. Se sentía como si el tiempo nunca hubiera pasado, daba igual la distancia, o los meses que pasara sin hablar con Susana, con ella tenía la sensación de haberla visto el día anterior. Su amistad era una de las pocas cosas que había resistido el paso del tiempo y de la fama.

—¿Y no lo viste venir? ¿Lo que iba a pasar? Digo... Tú trabajas en un programa de cotilleos, das noticias sobre futbolistas infieles prácticamente todos los días, ¿no hubo nada que te hiciera saltar las alarmas? —Susana se avergonzó un poco al plantear estas preguntas, pero ella siempre le hablaba a Marta francamente y sin rodeos.

—¡Claro que sí! No soy tan tonta, pero mira, primero no te lo quieres creer, quieres pensar que vosotros seréis los próximos Beckham, con cuatro niños preciosos y un futuro prometedor juntos. Piensas que tú serás la que le hará entrar en razón, la que hará que se comprometa. Además, estos últimos días estaba más atento que de costumbre —rezongó Marta mientras se hundía un poco en el sofá adoptando una actitud defensiva.

—¡Porque sabía que había hecho algo malo! ¿Qué explicación te dio? —Susana la miraba directamente a los ojos y había dejado su trozo de pizza en el plato, ahora toda su atención se centraba en Marta.

—La verdad es que no le dejé que me diera ninguna. Las fotos hablaban por sí solas, y aunque no soy especialmente rencorosa, no quise hablar con él. Vino a mi casa una noche y no le dejé entrar. Es más, aproveché y tiré la ropa que se había dejado por una ventana. —Elevó los hombros como queriendo esbozar una disculpa al tiempo que ponía cara de ingenua.

—¡No puede ser! —rio Susana y casi se atragantó de la risa.

—Te lo aseguro. Una vecina nos amenazó diciendo que llamaría a la policía si no recogíamos todas las cosas y acabábamos con el escándalo.

—Vaya, vaya, señorita Ortiz, eres más bruja de lo que yo recordaba. —Rio ente dientes Susana. No se imaginaba que su amiga pudiera tener tanto

carácter. Vivir sola en Madrid la había hecho cambiar en algunas cosas, por lo visto.

—No digas eso, sabes que tú hubieras hecho lo mismo.

—Seguramente, pero además, yo tengo un arma, así que lo habría amenazado con volarle los huevos si se acercaba a menos de cien metros de mi casa —dijo Susana poniendo la voz de Clint Eastwood en *El Bueno, el Feo y el Malo*.

—¡Y luego la bruja soy yo! —rio con ganas Marta antes de ponerse seria y mirar a su amiga a los ojos—. Ahora cuéntame tú.

—¡De eso nada! Aún no hemos terminado contigo, ahora dime, ¿de qué has hablado con Pablo? Os vi juntos en la comisaría —inquirió Susana retomando la pizza que había dejado abandonada encima de la mesa.

—¡Ah! Solo vino a preguntar cómo me encontraba, es un chico muy majo. Ya sabes que lo conozco del instituto, pero vamos, no hablamos de mucho, enseguida vino Pili con intención de cebarme como si fuera un cochinitillo para San Martín. —Y se rio pensando en la secretaria de la unidad.

—Ten cuidado con Pablo, ¿vale? Es como la mascota del equipo, a todos nos cae de maravilla y no queremos que nadie le haga daño. —Marta se dio cuenta de que Susana se había puesto muy seria al decir eso, lo que la dejó momentáneamente perpleja.

—¿Por qué crees que iba a hacerle daño?

—Por nada, pero solo ve con cuidado con él. Raúl es otra historia.

—Sí, sí que lo es. Oye, es graciosísimo, ¿es siempre así?

—Por desgracia, sí —añadió con una sonrisa de oreja a oreja. Todos se quejaban de la actitud de Raúl de broma pero, en el fondo, sabían que eso era solo una pose, que nada era real, y que era una de las mejores personas de todo el cuerpo.

Loken se levantó de su cesto moviendo la cola y miró a su dueña con ojos suplicantes.

—Sí, sé que es tu hora de dar un paseo, pero viendo lo que ha pasado esta

mañana, ya no me fío de salir contigo por la playa. —El perro apoyó su cabeza en el regazo de Marta.

—Tranquila, esta vez iré yo con vosotros pero, por si acaso, chico, no encuentres más cadáveres, ¿te parece? —Se agachó hasta ponerse a la altura de los ojos del perro y le dijo esto de forma muy seria.

Su vida no había sido fácil, empezaron en uno de los peores barrios de Barcelona y consiguieron salir con mucho esfuerzo, claro que ese pasado siempre te acompaña y no salió completamente *limpio*. Allí conoció a Elena, cuando ambos tenían diecisiete años, entre la basura, las drogas y los vehículos robados. Vivían en el mismo barrio, y la primera vez que la vio dos chicas le estaban dando una paliza porque ella había mirado al novio de una de ellas. Intervino y consiguió separarlas, no sin antes llevarse un par de buenos golpes pero, al final, Elena estaba libre de sus agresoras. Y allí, mientras seguía tirada en la acera con el labio partido y sangrando por las rodillas, supo que su destino estaría ligado al de ella para siempre.

—Lárgate —dijo en un susurro, dolorida.

—Déjame que te ayude a ponerte en pie. —Él dio un paso adelante acercándose cada vez más a ella.

—Como me toques te juro que te mato —masculló entre dientes y con la mirada cargada de odio.

—Venga, no creo ni que puedas levantarte sin ayuda. Confía en mí, soy legal. No voy a tocarte, te lo prometo —le dijo él suavemente, con el mismo tono que se usa para tranquilizar a los caballos cuando están excitados.

—Pues si no vas a tocarme, lárgate entonces —escupió cada una de las palabras como si le quemaran en la boca.

—Mira, ponte como quieras, pero no voy a dejarte aquí tirada en la calle sabiendo que esas dos todavía tienen ganas de zurrarte, y que no te han dado más porque yo he intervenido. Venga, apóyate en mí. —Su mirada era suplicante, y su actitud nada amenazadora; verdaderamente él quería

ayudarla. Acabó cediendo, dejando que él le pasara uno de sus fuertes brazos bajo los de ella al tiempo que le ayudaba a ponerse de pie. Él la acompañó a su casa dejando que ella se apoyara en él para caminar con más facilidad y aspiró su aroma, olía a jabón barato, a tabaco y a salitre. Jamás se había sentido tan protegida, tan a salvo cerca de alguien en toda su vida. Cerró los ojos y dejó que su olor la embriagara, la llenara, la transportara lejos. Supo en ese instante que sus vidas estarían siempre entrelazadas.

Esa fue la primera vez que se vieron, y fueron esas circunstancias las que les hicieron fuertes. Elena era mejor persona que él, pero eso la hacía más débil; él debía encargarse de alguna de las decisiones difíciles. Se dieron cuenta de que juntos formaban un buen equipo, y todo iba bien hasta que él sufrió un pequeño *percance*; pasó unos meses en un centro de menores porque la policía lo pilló llevando droga para una entrega. Durante el tiempo que pasó ahí dentro solo pudo pensar en Elena, en si ella estaría bien. Se sentía culpable por haberla dejado sola durante esos meses, por no poder cuidar de ella como le prometió. Cuando salió tomó una decisión, se marcharían, dejarían atrás ese barrio, esa gente y empezarían de nuevo lejos de allí. Se fueron sin decir adiós, de todas formas, tampoco había mucha gente de la que despedirse. No tenían destino fijo, solo una ambición, no volver a ser los que eran, no repetir los mismos errores.

Apenas cumplieron los dieciocho años decidieron juntos escapar de toda esa miseria, no tenían dinero, ni estudios, pero Elena era muy guapa y sabía ganarse la confianza de la gente con su sonrisa sincera, él podría hacer por ella lo que hiciera falta. Fueron rebotando de un sitio a otro, trabajando en lo que encontraban: vendimiaron, recogieron tomate, Elena trabajó limpiando suelos y él haciendo chapuzas aquí y allá, hasta que el azar hizo que se encontraran con Juan y Laura. Esa pareja les salvó la vida, aunque ellos no lo supieran en aquel momento, y aunque tuvieran que hacer varias cosas ilegales para ello. Ellos fueron su tabla de salvación, y ahora volvían a serlo. Él tenía un gran instinto de supervivencia y sabía distinguir una presa fácilmente, no por nada él se había criado en un barrio que era una auténtica jungla.

—Veamos, ¿qué tenemos esta mañana? —preguntó el inspector nada más entrar por la puerta. Parecía cansado, tener un cadáver sin identificar es siempre un quebradero de cabeza. Además, había que lidiar con la prensa, que están siempre ávidos de contenidos y que no dudaban en criticar la actividad policial en cuanto no había resultados. No se imaginaban lo difícil que es tener que buscar pruebas en sitios improbables, bucear en las vidas de personas que acaban de morir, sacando en ocasiones trapos sucios que no traen más que dolor a las familias, ya de por sí rotas por la pérdida de un ser querido.

—Hace unas semanas encontraron un cadáver en una playa de Alicante, estaba envuelto en plásticos y atado con cuerdas. Los compañeros de Alicante sospechan que se trata de un ajuste de cuentas entre bandas, nuestro caso no se parece demasiado pero no vamos a descartar nada de momento — comentó Pablo con cierta desgana revisando el papel que tenía en la mano.

—Me parece bien. ¿Algo más?

—El fallecido llevaba vaqueros y un jersey, con lo que eso descarta que estuviera nadando y se lo llevara una corriente, pero es posible que estuviera navegando y su barco volcara —dijo Susana, no del todo convencida.

—¿Tú estuviste allí conmigo? Ese tío no tenía manos de marinero, tenía manos de señorito —farfulló Raúl.

—De momento, vamos a tener la mente abierta —sentenció el inspector dando por zanjada la discusión sobre si el muerto sabía navegar o no.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe! —Pili gritó para llamar la atención del inspector desde el otro lado de la sala. Venía con un papel en la mano y parecía eufórica.

—¡Pilar, por Dios! No hace falta que grites de esa manera —le espetó malhumorado el inspector Martínez.

—Es que tengo buenas noticias —dijo haciendo caso omiso al tono ciertamente poco amistoso de su jefe y desplegó una sonrisa de oreja a oreja —, ya sabes que soy la mejor.

—Bueno, pues cuéntanos —comenzó a impacientarse Raúl.

—He llamado a los del Instituto Forense, y por lo visto están hasta arriba de trabajo. ¡Qué manía le ha dado últimamente a la gente con morirse! Pero les he dicho que o le dan prioridad a nuestro caso o les voy a estar llamando cada hora para ver cómo avanza la investigación. Y creo que eso los ha asustado bastante y en cuanto terminen con lo que tienen empezado cogen nuestro caso.

—Tienes razón, Pilar, eres la mejor —sonrió el inspector, impresionado por las artimañas que su subalterna era capaz de utilizar para cumplir sus órdenes.

—Pero aún hay más; ayer me dijiste que me pusiera con lo de personas desaparecidas, y como soy muy eficiente... Eso es algo que siempre me decía mi madre: «Pilar, tú puede que no seas muy guapa ni muy lista, pero eres muy eficiente», y claro, cuando una madre te dice algo así, pues tú le haces caso a pies juntillas, aunque en aquella época no sab...

—Pili, ¿quieres ir al grano, mujer? —comentó Raúl exasperado.

—¡Uy! Cierto, eso también me lo decía mucho, que me voy por las ramas enseguida. —Iba a continuar contando anécdotas de su madre, pero vio la cara de impaciencia de sus compañeros y decidió darles directamente la información—. El caso es que anoche una chica denunció la desaparición de su novio, así que cogí las fotos de la denuncia y se las mandé a los forenses y ¡bingo! Ya tenemos a nuestro chico. Se llama José Fernández Cantero, tiene veintidós años y es de Cartagena. Estudia en la UPCT, por lo que he podido saber. —Y les tendió a sus compañeros una hoja con todos los datos de contacto del joven y el pecho lleno de orgullo.

—Pues vamos a ponernos a ello. Pablo y Susana, os encargáis de la novia, ha dejado su teléfono cuando denunció la desaparición, Raúl y yo vamos a ver a los padres. —El inspector despachó las tareas y se dirigió a su despacho

a coger su chaqueta.

Todo el mundo se puso en marcha, pero antes de salir el inspector se giró y le dijo a su secretaria:

—No sé qué haríamos sin ti, Pilar. Gracias. —Y por un breve lapso de tiempo se permitió sonreír.

—¿Has leído lo del cadáver que han encontrado en Cabo de Palos? —comentó Ana preocupada.

—Sí, ¿no pensarás que es...? —Juan fue incapaz de terminar la frase.

—No sé qué pensar, espero que no, pero... ¿tú sabes algo más? —Parecía conmovida, pensando que pudiera ser uno de sus colaboradores.

—No mucho, ayer llamé a su novia y me dijo que iba a poner la denuncia, que si sabía algo más me llamaría. Pero de momento no lo ha hecho, eso da esperanzas, ¿no? Ya sabes eso que dicen: ausencia de noticias, buenas noticias.

—Sí, o también puede ser que las noticias no viajan lo suficientemente rápido —respondió lacónicamente Ana mientras se ajustaba el lápiz dentro del moño. Hoy llevaba una especie de casaca peruana bordada con flores de llamativos colores que resaltaba su piel bronceada por pasar muchas horas al sol en el campo. Unos vaqueros desgastados y unas botas que habían vivido ya sus mejores años completaban el vestuario de la presidenta de la APD.

—Venga, no seas cínica. Vamos a pensar en que esto es solo una locura juvenil, desaparecer durante unos días para volver con una gran resaca, un tatuaje nuevo y sin acordarse de nada.

—¿Ese es el argumento de Resacón en Las Vegas? —preguntó mirando a Juan por encima de la pantalla del ordenador.

—Sí, es una de mis películas favoritas.

Ana puso los ojos en blanco y dio un resoplido, su colaborador era un experto en aves del Mediterráneo, pero desde luego, su gusto cinematográfico dejaba mucho que desear.

—Venga, no me puedo creer que no te guste —rio Juan.

—Lo que yo no me puedo creer es que te guste a ti. Desde luego, joven Padawan, te queda mucho por aprender sobre buen cine —dijo ella al tiempo que hacía una reverencia la estilo samurái.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que la Guerra de las Galaxias es mejor que Resacón?

—Eso es algo que no merece ni discutirlo, por supuesto que sí —sentenció Ana sin apenas levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Incluyes en esa lista los episodios I, II y III? —preguntó Juan levantando una ceja y esbozando una media sonrisa irónica.

—Yo no las vi tan malas... Es cierto que no llegan al nivel de las primeras pero siguen siendo buenas películas. Algo muy distinto de Resacón, que son malísimas —dijo ella haciéndose la ofendida de forma teatral para demostrar que estaba de broma.

Siguieron un rato más hablando sobre franquicias cinematográficas, ambos sabían que lo hacían para no pensar en Pepe, para no hablar de lo que realmente sentían, porque si lo pronunciaban, el miedo podía volverse realidad. Así que lo mejor era dejarlo de lado mientras discutían sobre superproducciones. Ana no podía evitar sentir un nudo en el estómago que no se aflojaba por más que hablara sobre droides y sables láser, y podía intuir que a Juan le pasaba lo mismo.

Pararon el coche frente a la casa de los padres de José. Era un bonito dúplex de los que se han construido recientemente en el Polígono de Santa Ana. Tenía un amplio jardín con un porche y un banco donde estaba sentada la madre, que les estaba esperando. Habían llamado desde la comisaría para avisar de que iban para que alguien estuviera en casa. Llamaron al timbre, a pesar de que la mujer les había visto llegar.

—Buenos días, señora, soy el inspector Martínez y este es mi compañero Raúl Albaladejo, ¿podemos pasar? —preguntó formalmente el inspector al

tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacía Raúl.

—Adelante, ¿esto es sobre Pepe? —preguntó con un hilo de voz. Era una mujer guapa de unos cincuenta años largos con el pelo hasta los hombros cuidadosamente teñido de rubio oscuro. Iba poco maquillada y llevaba unos vaqueros y un jersey grueso de lana. Se notaba en todo el conjunto mucha clase y calidad, los padres del chico debían tener bastante dinero, se dijo Raúl al ver la casa y a la dueña.

—Preferimos hablar con usted dentro. ¿No está su marido? —inquirió el inspector, que aún no había dejado hablar a su compañero.

—No, está en Zúrich, viaja mucho por trabajo, cuando me han llamado he tratado de hablar con él enseguida, pero me ha saltado el buzón de voz de su móvil. Debe estar reunido —dijo la mujer no sin cierta congoja.

Pasaron al salón de la casa, estaba decorado con muy buen gusto, pocos muebles pero se notaba que eran caros. Los cuadros de las paredes llamaron en seguida la atención del inspector, le sonaba el nombre de alguno de los pintores que firmaban las obras. Sí, esta pareja debe estar forrada, pensó Raúl mientras comparaba mentalmente su piso de alquiler lleno de muebles de Ikea a este.

—Bueno, ahora ya pueden decirme de qué se trata —dijo sentándose en uno de los comodísimos sofás de piel del salón. Hizo un gesto para que ellos la imitaran. Ambos se sentaron en el sofá que quedaba.

—Bien, hemos encontrado el cuerpo de su hijo, apareció en la Playa de Levante, en Cabo de Palos. Lo sentimos mucho —dijo el inspector Martínez tratando de sonar neutral. A pesar de sus años en el cuerpo, aún no había llegado a acostumbrarse a estos momentos, así que trataba de dar las noticias de la forma más aséptica posible, no le gustaba andarse con rodeos.

La mujer ahogó un grito y se cubrió el rostro con las manos. Luego, débilmente, empezó a temblar, por su experiencia los agentes supieron que estaba llorando y decidieron dejar unos minutos para que se recobrara de la noticia.

—Sé que ahora mismo es demasiado para digerir, pero necesitamos

hacerle algunas preguntas para poder avanzar en la investigación. ¿A su hijo le gustaba salir a navegar? ¿Tenían un barco? —preguntó discretamente Raúl, tratando de sonar tan profesional como su jefe pero sin conseguirlo.

Levantó muy despacio la mirada, estaba perdida, pero trató de recomponerse. Paseó la vista por el salón deteniéndose en alguno de los cuadros antes de responder con la voz entrecortada.

—¿Un barco? No, ¿por qué? ¿Piensan que se cayó de un barco?

—Ahora mismo no sabemos nada, pero nos gustaría que nos contara algo más sobre José.

—No soportaba que nadie le llamara José, le recordaba a cuando su padre le castigaba de pequeño. —Al decir esto se permitió esbozar una tímida sonrisa—. Era muy buen chico, militaba en varias asociaciones ecologistas, y un día a la semana iba a ayudar a una asociación de medio ambiente.

—¿Recuerda cómo se llama la asociación? —inquirió el inspector mientras hacía un gesto a Raúl para que sacara una libreta y comenzara a tomar nota de todo lo que decía la dueña de la casa.

—No sé, algo como Lucha por la diversidad o algo así.

—¿Asociación por la Protección de la Diversidad? —preguntó Raúl, levantando rápidamente la vista del cuaderno.

—Sí, eso debe ser. ¿Les apetece algo de beber? Porque yo necesito un vaso de agua.

Ambos negaron con la cabeza, y ella se levantó para ir a la cocina, Raúl había anotado todo lo que había dicho para poder revisarlo. Oyeron el grifo del fregadero sonar durante más de un minuto, hasta que por fin la señora Cantero lo cerró y volvió al salón con los agentes. Había estado llorando de nuevo, asimilar la muerte de un hijo debe ser el sentimiento más difícil de este mundo para un padre.

—¿Puede decirnos algo más? —preguntó el inspector Martínez en voz baja y mirando a la madre de Pepe de forma cariñosa.

—Andaba con una chica, no sé quién es, ya conocen a los jóvenes de

ahora, no sé si iban en serio o no. Solo sé que la conoció en la universidad. Era un buen estudiante, ¿saben? Una ingeniería es algo muy difícil, pero a él le encantaba, se le daba de maravilla. —Una chispa de orgullo asomó a sus ojos antes de esfumarse al recordar que ya no podría enorgullecerse más de los logros de su hijo.

—¿Qué estudiaba exactamente? —preguntó de nuevo el inspector.

—Agrónomos. Bueno, ahora ya no se llama así, ahora es Grado en Ingeniería de las Industrias Agroalimentarias, pero es lo que se ha conocido desde siempre como Agrónomos. Decía que administrando mejor los recursos agrícolas se podían evitar muchas guerras y conflictos. Era un idealista. Reciclaba, iba a clase en bicicleta o en transporte público, compraba comida bio y nos hacía regalos de la tienda esa de *comercio justo* que hay cerca de la Plaza del Lago. Pensaba dejar este mundo mejor de lo que lo encontró, pero parece que no podrá ver su sueño cumplido. —Esta vez se puso a llorar de forma incontenible. Se levantó y fue a buscar un paquete de kleenex.

—¿Vivía solo? —preguntó el inspector cuando la mujer comenzó a serenarse.

—No, compartía piso con otros tres chicos. Uno era Pedro, se conocen desde el instituto, es muy buen chaval, les puedo dar su número si quieren. Los otros dos no sé quiénes son, nosotros solamente pagábamos el piso, pero nunca íbamos a visitarlo si no nos invitaba, y cuando lo hacía, sus amigos nunca estaban presentes. Cosas de jóvenes, no quieres que tus padres se mezclen en tus asuntos. —Se tiró de las mangas del jersey para cubrirse las manos como si tuviera frío.

—Creo que nosotros ya tenemos lo que necesitábamos, si recuerda alguna cosa relevante, llámenos —dijo Raúl tendiéndole una tarjeta con su número.

Ella se puso en pie y les acompañó hasta la puerta. Les despidió con la mano y cerró lentamente tras de sí. Al salir a la calle se tomaron un minuto antes de subir al coche.

—Es horrible —dijo Raúl manteniendo el tono bajo que había utilizado

con la madre de Pepe.

—Pues no mejora con el paso de los años, Raúl. Al contrario, se va haciendo cada vez más difícil —respondió el inspector mientras se pasaba el pulgar derecho por la sien. Tomó aire y se dirigió hacia el coche de policía en el que habían llegado y que estaba aparcado justo enfrente de la casa.

—Encima, parece realmente un buen chico, por lo que cuenta su madre.

—Sí, eso parece, pero ya sabes que a esta edad los padres hay muchas cosas que no saben de sus hijos. Venga, volvamos a comisaría, a ver si Susana y Pablo ya han vuelto y empezamos a obtener respuestas. —Se sentó tras el volante y puso rumbo hacia el centro de la ciudad sumido en sus propios pensamientos y pesares.

—¿Dónde hemos quedado con ella? —preguntó Pablo.

—En la cafetería del campus. Cuando la llamé para decirle que íbamos estaba en clase, así que la veremos por aquí —respondió Susana mientras miraba alrededor.

Estaban parados delante del edificio que acogía la biblioteca y la cafetería del campus. Unas letras azules enormes formaban el letrero en el que se podía leer *biblioteca*, y por su puerta no paraban de entrar y salir jóvenes con mochilas y cuadernos. El cambio que había experimentado la universidad en los últimos diez años había sido espectacular, se habían remodelado los edificios, ampliado los campus, ahora había tres, el de la Muralla, el del Paseo y el del Puerto que ocupa el antiguo Cuartel de Infantería de Marina, y modernizado las instalaciones. La Universidad Politécnica de Cartagena, conocida también como UPCT, había pasado de ser una universidad de poca monta a ser una fuente de patentes y de investigaciones en el campo de la ingeniería.

—¿Cómo vamos a saber quién es entre tanto universitario? —preguntó Pablo inquieto, quería terminar pronto y volver a la seguridad de su despacho, no le gustaba estar rodeado de tanto universitario.

—Quedamos en que la llamaría cuando estuviéramos aquí.

Estaban en el jardín de la UPCT y se sentaron en un banco a la sombra de los árboles que tachonaban con sus sombras el suelo del patio. En ese momento una joven rubia de unos veintipocos años se les acercó con un grupo de amigos, dos chicos y una chica. Parecía nerviosa, y una compañera le tenía la mano. No era especialmente guapa, pero tenía una mirada gatuna, a pesar de la tristeza que se veía reflejada en ellos. Medía un metro sesenta aproximadamente y llevaba unos leggins negros y una camisa de cuadros en distintos tonos de azul, se protegía del frío con una cazadora de cuero y un gorrito de lana. Sus amigos parecían tristes y el grupo caminaba como envuelto en un halo de melancolía. La otra chica del grupo era pelirroja, con una piel blanquísima tachonada de pecas y unos bonitos ojos verdes. Llevaba un abrigo fino largo de color azul celeste que recordaba el cielo de los días de primavera. Iba de la mano de un chico alto con el pelo moreno y rizado que mostraba ser el más afectado del grupo. La mano que le quedaba libre sujetaba un pañuelo de papel que metía y sacaba mecánicamente del bolsillo de su pantalón vaquero. El otro llevaba el pelo cortado al cepillo. Eras más bajo que su amigo y tenía una nariz chata y aplastada, con una expresión de eterno disgusto en su semblante. Pablo pensó que le recordaba a un bulldog enfadado.

—Hola, soy Cristina, la novia de Pepe, creo que es con usted con quien he hablado esta mañana —dijo la chica rubia dando un paso al frente y saludando con la mano.

—Sí, yo soy Susana, y este es mi compañero Pablo, queríamos hablar contigo sobre la desaparición de José. ¿Prefieres que lo hagamos a solas? — Susana paseó la vista por los jardines del campus, no tenía ni idea de dónde podían ir para estar a solas con esta chica, pero ya era tarde para corregirse.

—No, la verdad es que ahora prefiero estar con más gente, porque me imagino lo que me van a decir. Además, estos son los compañeros de piso de Pepe, así que tarde o temprano tendrán que hablar con ellos también.

—Está bien. Mira, Cristina, hemos encontrado el cuerpo de José en una

playa de Cabo de Palos. De momento no sabemos qué pasó, así que estamos barajando todas las hipótesis —dijo Susana llevando el peso de la conversación por el momento. Trató de sonar neutra, pero cordial, tal y como le habían enseñado en la academia, aunque nunca se acostumbraba a tener que dar este tipo de noticias.

La chica miró al suelo y su nerviosismo se acentuó, pasaba la mirada de sus pies a sus manos, y de ahí a los árboles que se encontraban frente a la cafetería. Sus compañeros también parecían azorados. Ninguno de ellos habló, apenas se movieron. La chica que le estaba dando la mano a Cristina se la apretó con más fuerza, y el joven alto de pelo rizado estiró el brazo para tocarle el hombro pero lo dejó a mitad de camino, como si tuviera miedo de acercarse demasiado a ella. Lentamente el brazo volvió a su costado y no se movió de ahí.

—Sé que es un momento difícil, y que necesitareis tiempo para procesar toda esta información, pero vamos a necesitar vuestra ayuda. José apareció vestido cuando lo encontramos, lo que descarta que se ahogara mientras nadaba, pero ¿vosotros sabéis si tenía un barco? —comenzó Pablo, mientras sacaba una libreta para apuntar lo que dijeran los jóvenes.

Todos negaron a la vez. El más alto de ellos era el que parecía más afectado de todos, no había podido mirar aún a los agentes directamente, y se le notaba que estaba haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—¿Podéis decir algo sobre José? ¿Cómo era? ¿Tenía enemigos? ¿Se dedicaba a algo ilegal? Ya os decimos que ahora mismo tenemos todas las vías abiertas.

—¿Pepe? No, nunca haría algo ilegal. Al contrario, era el tío más legal y decente que he conocido nunca —dijo el chico alto—. Yo... lo siento, de verdad, pero no puedo... —Se alejó unos metros, la muchacha pelirroja se fue con él, y vieron cómo se abrazaban.

—Pedro era su mejor amigo. Se conocen desde hace años —explicó el chico que quedaba, el que tenía cara de perro rabioso—. Tiene razón, Pepe era muy buena gente. Era un ecologista convencido, siempre tratando de

hacer lo mejor. Hizo un escrito pidiendo al rector que pusiera papeleras de distintos colores para poder reciclar, y que los detritos orgánicos se convirtieran en compost. —Se le escapó una sonrisa recordando esa anécdota—. No se me ocurre quién querría hacerle daño.

—¿Tú lo conoces desde hace mucho? —preguntó Susana.

—Somos compañeros de piso desde el año pasado. Nos llevábamos bien, pero no vamos a la misma clase, yo estoy en Telemática con Cristina, y él estaba en Agrónomos —respondió el joven alzando los hombros a modo de disculpa.

—Cristina, ¿cuándo te diste cuenta de que había desaparecido? —Pablo hizo la pregunta sin apenas levantar la vista de la libreta en la que tomaba rápidas notas.

—Veamos —la joven pareció reflexionar unos instantes—, no lo había visto en todo el domingo, y el lunes me llamaron los de la oficina de la APD varias veces porque no había ido a trabajar. Así que traté de llamarlo yo también al móvil, y comencé a preocuparme. Por la noche me decidí a poner la denuncia, porque era muy raro en Pepe desaparecer así.

—Entiendo, ¿qué es eso de la APD? —dijo Pablo levantando esta vez la vista de la libreta y clavando sus ojos color miel en los de la chica.

—La Asociación por la Protección de la Diversidad, es una asociación medioambiental. Como este cuatrimestre no tenía clases los lunes, iba a echar una mano por las mañanas. Le encantaba ese trabajo.

—Solo como pregunta rutinaria, ¿dónde estuvisteis el sábado por la noche?

—Estuvimos en una fiesta con unos amigos. Debe haber como un millón de fotos en Facebook de esa noche. —El chico sacó su móvil del bolsillo y después de unos instantes empezó a pasar una galería con varias fotos donde se veía al grupo junto a otros jóvenes en uno de los pubs de la zona.

—¿José no estaba con vosotros? —preguntó Susana mirando las fotos con detenimiento.

—Estuvo un rato pero se fue pronto, dijo que tenía otras cosas que hacer

—atajó el joven sin darle tiempo a la chica a abrir la boca.

La pareja que se había alejado volvió, los dos tenían los ojos rojos de haber estado llorando. El chico tenía a la chica por la cintura mientras ella arrugaba con fuerza el pañuelo ya de por sí bastante manoseado.

—¿Hay algo más que nos queráis decir? —preguntó Susana dando un rápido vistazo al grupo.

Volvieron a negar todos.

—Bueno, en ese caso muchas gracias. Vamos a tener que coger vuestros datos por si necesitamos volver a ponernos en contacto con vosotros, y si recordáis cualquier cosa que os pareciera sospechosa de los últimos días, no dudéis en llamarnos para contárnoslo —dijo Susana dándoles una tarjeta a cada uno, al tiempo que les preguntaba sus nombres y teléfonos.

Se quedaron parados en mitad del patio del campus viendo cómo los cuatro jóvenes se alejaban. La pareja seguía abrazada mientras que Cristina y el otro joven hablaban sin parar, pero sin mirarse el uno al otro.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Susana.

—Que hay algo que no me cuadra, pero no sé qué es —respondió Pablo muy serio mientras mordisqueaba el extremo de su bolígrafo.

—Sí, yo tengo la misma sensación. En cualquier caso, creo que podemos descartar el móvil del ajuste de cuentas.

—Estoy de acuerdo. Voy a llamar a la unidad para decir que vamos a hacerles una visita a los de la APD, a ver si ellos saben algo más.

—Está bien —dijo Susana dándole la espalda a su compañero.

Pablo se apartó unos metros mientras sacaba el móvil y llamaba a Pili para contarles lo que sabían hasta el momento. Susana se tomó un minuto para mirar a su alrededor, todos esos jóvenes con libros y apuntes entrando y saliendo de la biblioteca, o repasando en uno de los bancos del jardín. Sus padres se quedaron bastante desencantados cuando les anunció que en vez de estudiar una carrera quería entrar en la Academia de la Policía Nacional. Ahora, aquí, en el centro mismo de la vida universitaria de Cartagena, veía lo

que se había perdido. Tomó aire lentamente y sonrió, en verdad no se estaba perdiendo nada; le encantaba su trabajo, sabía perfectamente que nunca hubiera sido feliz estudiando una carrera solo por tener a sus padres contentos y yendo todos los días a trabajar en algo que no la motivaba. El ambiente universitario era divertido, pero no era para ella. Cuando se sintió preparada se sacó Derecho por la UNED, pero nunca sintió que ser abogada fuera su trabajo, era un apoyo a su auténtica labor, que es ser policía.

—Ya está hecho, Pili los va a llamar para que nos estén esperando. ¿Estás bien? Pareces un poco perdida —preguntó Pablo mostrándose preocupado por ella.

—Sí, estupendamente. Venga, vamos a visitar a los de la APD, por cierto, conduces tú, que yo tengo que hacer una llamada.

—A sus órdenes, señora —dijo Pablo mientras le guiñaba un ojo.

Eran algo más de las once de la mañana cuando su móvil empezó a sonar, ella seguía aún en la cama, estaba de vacaciones, o de excedencia, o de lo que fuera, y ayer su perro descubrió un cadáver, así que no había ningún motivo por el que tuviera que madrugar. Alcanzó a tientas el móvil que a punto estuvo de caerse de la mesilla de noche, y reuniendo todo el coraje que pudo contestó.

—¿Quién es? —dijo con una voz pastosa y soñolienta.

—Susana, ¿no me digas que estás aún en la cama? Pero si son más de las once, todo el mundo está ya despierto —se escandalizó.

—Oye, hay mucha gente que seguro que aún o ha salido de la cama, como Lindsay Lohan o Mick Jagger —respondió Marta un poco ofendida.

—¡Vaya dos ciudadanos ejemplares has elegido! Bueno, solo llamaba para ver cómo te encuentras.

—Estoy bien, tranquila, he dormido de maravilla, ¿sabes que se oye el mar incluso con las ventanas cerradas? Es como un CD de esos de música relajante, pero gratis. —Se permitió bromear ahora que la luz iba lentamente

abriéndose paso a través de su cerebro despertando una a una a todas sus dormidas neuronas.

—Me alegra saber que te encuentras bien. Oye, ahora mismo estamos liados con lo del fallecido que encontró Loken, pero si quieres, nos vemos luego un rato.

—No, me apetece estar un rato sola, por eso es por lo que me vine aquí en un primer momento. Necesito tiempo para aclararme.

—Está bien, pero ya sabes que si necesitas cualquier cosa...

—Cuento contigo lo sé. Bueno, te dejo que voy a darme una ducha y luego tomarme un buen café o no soy persona. Además, tengo que ir a comprar que de mis provisiones solo me quedan dos latas de Coca Cola y las galletas —dijo estirando las piernas bajo las mantas para activar la circulación.

—¿Las Chips Ahoy? Estoy bastante segura de haber visto el paquete en el suelo cerca del cesto de Loken ayer cuando salía de tu casa.

Miró sorprendida al perro y este agachó las orejas.

—Sí, su cara de culpabilidad lo dice todo. Así que es oficial, o me voy al súper o me muero de hambre. Bueno, cada una tiene que cumplir con su deber de una manera —dijo riéndose.

—Pasa un buen día, te llamo luego, ¿vale? —dijo Susana antes de colgar.

—Vale.

Se quedó unos minutos más envuelta en las mantas antes de decidirse a salir. Es verdad que quería tiempo para pensar, las últimas semanas habían sido agotadoras a nivel profesional pero sobre todo a nivel personal. No se lo había dicho a Susana pero a pesar del numerito que montó tirándole la ropa por la ventana echaba de menos al futbolista. Sus caricias, sus ojos verdes profundos, el calor de su cuerpo cuando dormían juntos. Pero por otro lado estaba la rubia despampanante, las portadas de todas las revistas, los compañeros del mundo del cotilleo agobiándola con entrevistas... Este tiempo a solas le vendría de maravilla para aclararse y para descubrir qué es lo que realmente quería hacer con su vida.

Al final, recogió todo su coraje y lo juntó para salir de la cama y enfrentarse a un nuevo día. Se levantó y se estiró sobre la alfombra antes de dirigirse al cuarto de baño para comenzar el día con una buena ducha. Se paró a mirar por la ventana antes de llegar al baño, el mar estaba en calma y el sol estaba ya bastante alto. Pensó que después de su visita al supermercado bajaría a la playa a hacer yoga, no hay nada más relajante que hacer una sesión de yoga frente al mar. Siempre y cuando tu perro no encuentre otro cadáver, claro.

Llegaron a las oficinas de la Asociación para la Protección de la Diversidad de Cartagena en menos de diez minutos, se encontraban en una calle del centro, cerca de la Plaza San Francisco. La oficina parecía una antigua agencia de viajes reconvertida, había posters de playas y de aves, y al entrar había un pequeño expositor con folletos sobre las campañas que estaban llevando a cabo en estos momentos. Una mujer salió a recibirlos cuando abrieron la puerta.

—Supongo que son ustedes los de la policía, ¿no? Yo soy Ana, la directora de la asociación, allí al fondo está Juan, que lleva con nosotros unos meses. —Al fondo de la sala, detrás de una gran mesa de despacho, un joven de una veintena de años levantó la cabeza del ordenador y saludó rápidamente antes de volver a lo que estaba haciendo.

—Sí, yo soy el subinspector Pablo Romero y ella es mi compañera la inspectora Susana Gutiérrez. Tenemos entendido que José Fernández trabajaba aquí.

—Bueno, era una actividad voluntaria, quiero decir, no podíamos pagarle porque la asociación no tiene fondos para eso, pero apreciábamos enormemente su aportación. ¿Qué le ha pasado? No es propio de él no venir a trabajar y ni siquiera llamar. —Se mordió el labio con impaciencia al preguntar a los agentes. Estaba segura de lo que le iban a decir, pero eso no hacía que fuera más fácil escucharlo.

—Lamentamos decirles que ayer encontramos su cuerpo en la Playa de

Levante de Cabo de Palos. Pensamos que pudo ahogarse y ser arrastrado por la marea ¿Sabes cómo pudo llegar allí? ¿La asociación tenía un barco que él pudiera usar?

—Bueno, sí que tenemos un barco, pero es un velero de dos mástiles, es muy difícil que una persona sola lo maneje, además de que ahora mismo no está en Cartagena —respondió Ana con la tristeza reflejada en sus ojos, estaba haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—¿Dónde está el barco ahora mismo? —preguntó Pablo

—En Cádiz, estamos llevando a cabo una acción junto con una asociación gaditana en las costas andaluzas, así que no pudo utilizarlo. —Ana dijo esto rápidamente, soltando el aire al mismo tiempo. Tras eso, respiró profundamente, haciendo que el aire entrara despacio llenando enteramente los pulmones. Se notaba que estaba tratando de relajarse mediante la respiración para no echarse a llorar.

—¿Qué sabían sobre José? —preguntó Susana apoyándose en la pared más cercana a la puerta.

—Pues yo poco, la verdad, estamos ahora mismo muy liados con la campaña de aves migratorias, Juan hablaba más con él. Ya sabe, los dos son jóvenes, supongo que tenía más cosas en común con él que conmigo. Sé que estudiaba en la Politécnica, y que tenía una novia, pero vamos, eso creo que ya lo tienen que saber ustedes también.

Susana se encaminó hacia la mesa de despacho del fondo y comenzó a hablar con Juan. Él era moreno, guapo, con una mandíbula marcada y unos profundos ojos verdes.

—¿Sabrías decirnos algo más de José? Cualquier cosa nos vendría bien en este momento.

—Bueno, he quedado alguna vez con él fuera de la oficina. A veces salíamos los cuatro, nosotros dos con nuestras novias, Cristina y mi novia hicieron muy buenas migas —dijo el joven que estaba extremadamente nervioso. No levantó apenas la vista del ordenador y se concentró en seguir el puntero del ratón allá donde fuera por la pequeña pantalla.

—¿Sabías si alguien quería hacerle daño? ¿Si tenía problemas con la ley?
Juan miró al teclado, y luego a sus pies antes de contestar.

—No, Pepe era legal, mucho más legal de lo que puede ser la mayoría. Lo siento, pero no sé nada más. No puedo ayudarla. —Y dicho esto, volvió a su ordenador.

—Muy bien, si recuerdas algo importante, no dudes en llamarnos —dijo Susana tendiéndole una tarjeta que él no hizo amago de coger, así que la dejó con suavidad en la mesa al lado del ratón.

—Muchas gracias, Ana, si recuerda algo a lo que antes no le diera importancia, pero que ahora le parezca significativo, no dude en llamarnos —le decía Pablo a la directora de la asociación al tiempo que guardaba su cuaderno en uno de sus bolsillos.

—Bueno, hay una cosa... —comenzó a decir la presidenta de la asociación—. Hace unos meses comenzamos una campaña para evitar la urbanización de una zona de playa virgen en el Mar Menor. Ya sabe que la especulación inmobiliaria en el Levante es fortísima y pensamos que ya hay suficiente ladrillo en nuestras costas. Es una zona de nidificación de zancudas única en el sur de España y no podíamos permitir que se construyeran más casas que quedaran vacías casi todo el año solo para ocuparse un par de meses en verano. Viendo que ni el ayuntamiento ni la comunidad hacían nada para parar las obras creamos una petición que elevamos a las más altas instancias europeas y allí sí que nos hicieron caso y detuvieron el proceso.

—Supongo que eso tuvo que molestar bastante al dueño de los terrenos y al promotor de las obras —inquirió Pablo.

—¡Ni se lo imagina! Recibimos varias cartas con amenazas e incluso nos tiraron huevos a la fachada, pero no les dimos más importancia.

—¿Tienen las cartas todavía?

—Sí, deben estar por aquí —dijo Ana mientras rebuscaba en un cajón de su escritorio. Al cabo de un instante sacó un paquete de cartas que estaban dentro de una funda de plástico transparente—. Aquí las tienen. No pusimos denuncia porque no pensamos que fueran a ir en serio. Además de que el

promotor de las obras ha recurrido la sentencia europea y ahora se están preparando para el juicio.

—Denos el nombre del dueño de los terrenos y del promotor para que podamos investigarlos también —dijo Susana intercambiando una elocuente mirada con su compañero.

Ana anotó en un post-it los dos nombres y se lo tendió con amabilidad a la policía.

—Gracias por su tiempo, han sido muy amables y todo lo que nos han dicho ha sido de gran utilidad. Ya sabe, si recuerdan algo más no duden en ponerse en contacto con nosotros.

—Por supuesto, y pásenle el pésame a la familia, yo no tengo hijos, pero sí sobrinos, y tiene que ser horrible perder a uno de ellos. —Y dicho esto regresó a su asiento tras su mesa de trabajo no sin antes despedirlos con la mano y con una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, así lo haremos —dijo Susana de forma cortés

Salieron a la calle y se miraron instintivamente.

—Algo huele a podrido aquí también.

—No podría estar más de acuerdo, Pablo. Por cierto, el chaval ese del fondo, no me da buena espina y no sé bien porqué. Ahora volvamos, seguro que a *Horatio* le gustará saber lo que hemos averiguado.

—Además, con un poco de suerte, ya tendremos los resultados de la autopsia.

Raúl y el inspector entraron en las oficinas de la unidad un poco abatidos, decirle a una madre que ha perdido un hijo es uno de los peores momentos por los que un policía debía pasar en sus años de servicio.

—Venga Pilar, danos buenas noticias —dijo Raúl dejándose caer en su silla.

—Pues sí, ya tenemos los resultados de la autopsia y no os lo vais a creer, el chaval se ahogó —dijo Pili muy ufana.

—Eso era lógico pensarlo, lo encontramos en una playa, Pili —protestó Raúl.

—Ya, pero lo que no sabéis es que se ahogó en una piscina —añadió con una media sonrisa, consciente de que había dejado anonadados a sus compañeros.

Los dos policías se miraron perplejos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás segura? —preguntó el inspector Martínez abriendo los ojos como platos—. Eso lo cambiaba todo.

—Mira, no soy yo quien tiene que estar segura, son los forenses. Pero para que veáis lo competente que soy, cuando llegó el informe y me puse a leerlo tampoco daba crédito a lo de la piscina, así que les llamé. Les pregunté si lo había comprendido bien, porque como hay un montón de palabras largas y raras de esas que tanto les gusta usar a los médicos, pensé que tal vez lo estaba malinterpretando. Pero me dijeron que no, que había agua en los pulmones de la víctima, pero que contenía cloro, así que están cien por cien seguros de que se ahogó en una piscina.

—Bien, ¿cómo acaba en una playa alguien que se ha ahogado en una piscina? —preguntó Raúl aún sorprendido.

—La respuesta es simple, Raúl, alguien lo puso ahí. Así que ya no se trata de un ahogamiento accidental, ahora estamos en la escena de un crimen. Pilar, pásame el informe que le eche un ojo. —Empezó a leer en voz alta algunos fragmentos del informe forense—. Veamos, «se encontraron desgarros capilares en ambos pulmones, así como la ruptura de los tabiques de los alveolos».

—Sí, eso coincide con un ahogamiento —añadió Raúl.

—«Examen microscópico: presencia de diatomeas de agua dulce en forma de diatomita, así como cloro libre en el interior de ambos pulmones».

—Creo que no hay ninguna duda, este chico murió en una piscina. ¿Cuándo sitúan la hora de la muerte?

—Ya sabes que cuando el cuerpo aparece en el agua, es más difícil definir la hora de la muerte porque la descomposición se realiza más deprisa, además

de que los peces ayudan a acelerarla mordisqueando el cadáver. Pero según el forense fue en algún momento entre las veintidós horas del sábado y las cuatro de la mañana del domingo. —El inspector Martínez suspiró enojado, era un margen muy extenso.

—Bueno, eso nos da alguna base con la que comenzar —dijo Pilar, tratando de relajar un poco el ambiente.

—Aún hay más, según el informe «hay marcas y lesiones producidas por el arrastre del mar, así como restos de algas marinas entre la ropa del fallecido».

—Vale, lo ahogaron en una piscina y luego lo echaron al mar para deshacerse del cadáver. Debía ser alguien que no conociera las corrientes, porque en vez de llevarse el fallecido mar adentro lo trajo directamente a la playa —sentenció Raúl.

—Esto se complica cada vez más.

—¡Ah! Una cosa más —añadió Pili entusiasmada—. El perro de la señorita Ortiz ya no es sospechoso, por lo visto las pruebas estaban demasiado contaminadas y no se puede distinguir lo que el perro encontró cerca del cadáver de lo que pudo arrastrar de su paseo anterior.

—Eso parecía bastante claro, pero creo que estos forenses han visto mucho CSI y pensaban encontrar la prueba definitiva entre los pelos del perro —añadió divertido Raúl—. Bueno, nos toca a nosotros encontrar al verdadero culpable, ahora que el perro ha sido descartado como autor del crimen.

—Genial todo lo que habéis dicho, pero antes de que os lancéis a buscar asesinos, almorzad alguna cosa, que estoy segura de que el jefe no se ha tomado ni un café esta mañana —dijo Pili mirando muy seriamente a sus compañeros.

—Pilar, no tenemos tiempo que perder con este caso —rezongó el inspector tratando de zafarse de la secretaria de la unidad.

—Mira, dentro de dos minutos el chico va a seguir muerto, y el problema es que tú también lo estarás si no comes algo. Así que, venga, os preparo ahora mismo un café y os traigo unas galletas que hice ayer para mi hija. Es

que vino a cenar, y mira que veo poco a la chiquilla desde que se mudó a Murcia, pero claro, tal y como está la cosa no se puede...

—Pilar, el café me parece perfecto, pero no tenemos todo el día, por favor —gruñó el inspector Martínez sentándose en el sofá que tenían en la brigada. Se pasó una mano por el pelo cano y suspiró pesadamente.

—Tienes razón, es que me lío, me lío y al final se nos va la mañana —dijo Pili y salió disparada hacia la pequeña cocina de la unidad a preparar un café bien fuerte y sacar unas galletas del tupper que había traído.

Se sentía con ganas de vomitar y la cabeza le daba vueltas, había estado cerca. Demasiado. Cuando la policía comienza a hacer preguntas no pasa mucho tiempo hasta que la verdad sale a la luz. Y no podía permitirlo, no podía por ella, por Elena.

Trató de serenarse, comenzó a respirar profundamente, no solo tenía que fingir delante de la policía, sino también de todos los demás. Había cosas de su pasado que más vale que siguieran enterradas de por vida, y él haría todo lo posible para que siguiera siendo así.

Se levantó a por un vaso de agua, esta tarde saldría a pasear por Cala Cortina con Elena, se dijo. Les vendría bien algo de aire fresco, pisar la arena y sentarse abrazados viendo el mar. Tal vez el restaurante de la playa estuviera ya abierto y podría invitarla a cenar, eso les vendría bien a ambos. Pero sobre todo, no podía contarle que la policía había estado hablando con él o ella comenzaría a ponerse nerviosa y todo podía venirse abajo.

Se sentía mejor, había recuperado la calma y el color había vuelto a sus mejillas. Además, tenía un objetivo y no pensaba alejarse de él, ahora solo le quedaba seguir fingiendo, pero eso se le daba de maravilla, se había vuelto todo un experto de la sonrisa falsa y la mirada atenta.

Pensó en una playa caribeña de arena blanca y aguas turquesas, pensó en un mojito, y en Elena con un minúsculo biquini tumbada al sol bajo las palmeras. Esa imagen siempre le hacía sonreír, y le daba algo por lo que luchar, ese es el tipo de vida que quería para ella. Así que no dejaría que nada

lo apartara de su camino, desde luego, no dejaría que su nerviosismo le jugara una mala pasada y acabara cometiendo errores. La policía andaba demasiado cerca para equivocarse.

Despacio volvió a su mesa y trató de recordar qué estaba haciendo antes de que entraran los policías por la puerta. No fue capaz de concentrarse más de dos minutos, las paredes le resultaban asfixiantes, los barrotes de la ventana le recordaban al centro de menores. Más le valía calmarse si no quería llamar la atención de su jefa y la de toda la pasma de la ciudad, pues ahora mismo tenía *culpable* escrito en la cara con letras escarlatas.

Pensó en Elena, en sus ojos, en su boca, en la grácil curva de su cuello y el aire empezó a entrar con normalidad en sus pulmones. Se serenó a base de disciplina y, aunque su mente estaba dando vueltas en círculo y no se concentraba en nada, al menos ahora ya había dejado de sudar y el nudo que atenazaba su estómago se estaba soltando poco a poco.

Susana y Pablo llegaron a la unidad bastante satisfechos de su trabajo. Habían interrogado a la novia del fallecido y a sus amigos, así como a los compañeros de trabajo. Estaba siendo una mañana bastante fructífera, esperaban con ansías saber qué habían averiguado sus compañeros. Al entrar en la unidad, Raúl se levantó de un salto y, cogiendo unos papeles que estaban encima de su mesa, se encaminó con paso rápido hasta sus compañeros.

—Ya era hora de que llegarais, tenemos noticias que os van a sorprender —dijo Raúl con una sonrisa de oreja a oreja.

—Raúl, no frivolices con el tema —lo corrigió el inspector dirigiéndole una mirada acusadora al tiempo que dejaba su mesa para ir al encuentro del resto del equipo.

—Lo siento, pero es que me resulta fascinante lo que nos han dicho los forenses.

—¿Qué es exactamente? —preguntó Susana llena de curiosidad.

—Bien, el joven murió entre las veintidós horas del sábado y las cuatro de la mañana del domingo. Fue ahogado en una piscina y luego su cuerpo fue tirado al mar, donde fue arrastrado por la corriente hasta llegar a la playa.

Pablo y Susana estaban sin habla, y con los ojos como platos.

—Os dije que os iba a sorprender —dijo Raúl esbozando una sonrisa triunfal.

—Así que hemos pasado de la hipótesis del ahogamiento accidental al caerse de un barco a la del asesinato. ¿Vosotros que tenéis? —preguntó el inspector Martínez.

Pasaron a relatarles los encuentros que habían mantenido con Cristina y sus compañeros en la universidad y con los colegas de la APD. También les comentaron que había algo que no les cuadraba en ambos casos.

—No sé qué es, pero había algo... No sé, como si faltase alguna pieza —dijo Pablo mientras repasaba las notas que había estado tomando esa mañana.

—El instinto es muy importante en este trabajo. Si notáis que faltaba algo, es porque seguramente así era. No les quitaremos el ojo. Vamos a esperar a ver qué nos dice el informe toxicológico y a empezar a investigar a esos compañeros de piso y al constructor frustrado. Lo del agua de piscina en los pulmones cambia completamente el escenario. Susana, comprueba de todas formas que el barco de la APD estaba en Cádiz, es posible que haya vuelto antes a puerto y en la asociación no estuvieran al corriente.

—Por supuesto, jefe. —Se marchó solícita a su mesa para comenzar a hacer averiguaciones sobre el barco de la APD.

—Pablo, te toca volver a interrogar a los universitarios, tenemos que saber qué hizo José en sus últimas horas con vida, y lo más normal es que pasara el tiempo con sus amigos.

—Me pongo ya con eso.

—Pilar, usa tu magia para ver si en el laboratorio pueden darnos ya el informe toxicológico.

—¿Quieres que los amenace con llamarles cada hora como hice con el

forense? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—No quiero saber nada, solo quiero resultados.

—Tomaré eso como un sí. —Y se dirigió hacia el teléfono con una gran sonrisa.

—Raúl, revisa las notas de todo el mundo, puede que viéndolo todo con ojos nuevos encontremos lo que se nos está escapando.

—Yo veré qué sabemos del constructor y del dueño de los terrenos. Cuando la política se mezcla con una investigación policial nunca es fácil salir airoso, espero que este no sea uno de esos casos —dijo con desgana, y se pasó mecánicamente un pulgar por la sien.

Antes de que cualquiera de ellos tuviera tiempo de sentarse tras sus escritorios sonó el teléfono de la unidad.

—Bien, creo que va a haber un ligero cambio de planes. Los del servicio de limpieza acaban de encontrar un cadáver dentro de un contenedor de reciclaje en la urbanización La Florida de La Manga —dijo Pili tras colgar el teléfono.

—¿En La Manga? ¿Qué pasa con la costa este año? —preguntó Susana sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Apenas acaban de traer algunas respuestas sobre el primer crimen cuando se tenían que enfrentar a un segundo. Esta semana parecía no tener fin.

—No tengo ni idea, pero ya hemos solicitado un forense para el levantamiento del cadáver y un equipo de la policía científica. Raúl, Pablo, id para allá y volved lo antes posible, por lo visto se nos está acumulando el trabajo. —El inspector Martínez dijo esto de forma fría señalando a los dos hombres con el dedo índice—. Pilar, sigue con lo del informe toxicológico, y Susana, vamos a descartar el barco de la APD pronto para pasar a otra cosa. Me da la impresión de que vamos a tener unos días de mucho trabajo.

—¡Y todo esto sin ser luna llena! —exclamó Raúl al tiempo que cogía su chaqueta de detrás de su silla y caminaba junto a su compañero. Pablo ni siquiera había tenido tiempo de instalarse en su escritorio cuando el jefe les pidió que salieran a ver el segundo caso. Mientras salían de la comisaría le preguntó a su compañero—. ¿Crees que pueden estar relacionados ambos casos?

—Nos enteraremos cuando lleguemos, pero es verdad que están separados por pocos kilómetros, todo es posible. Por cierto, ¿puedo conducir yo? —preguntó tímidamente Pablo.

—¿Por qué? —preguntó Raúl mirándolo de soslayo.

—Susana dice que la última vez que cogisteis la autovía de la Manga acabó mareadísima porque conduces como un salvaje.

—¡Bah! Es que la princesita es muy delicada, pero no me importa si quieres llevar tú el coche —respondió el grandullón encogiéndose de hombros.

—Pues venga, allons-y —dijo Pablo con una gran sonrisa.

—Como diría el Doctor ¡allons-y, Alonso! —respondió Raúl y los dos amigos se miraron divertidos, más les valía tener algo de buen humor, sabiendo que llevaban dos cadáveres en menos de cuarenta y ocho horas y que el jefe empezaría a estar sometido a presiones *que vienen de arriba* y seguramente les tocaría hacer horas extra.

Después de la llamada de Susana se dio una buena ducha y decidió ponerse en marcha para una mañana productiva. Se recogió el pelo en una coleta alta y se cambió el pijama por unos vaqueros muy gastados y un jersey de lana bastante calentito. Se preparó un café que parecía brea y que hubiera sido capaz de levantar al mismísimo general Aníbal Barca de la tumba, y conectó el Ipod a los altavoces portátiles que se había traído. Nada la ponía de mejor humor que buena música. Seleccionó el remix de canciones de M. Pokora y lo puso a bastante volumen, le daba igual si molestaba a los vecinos, necesitaba ritmo, y nada mejor que este artista francés para conseguirlo. Mientras sonaban los acordes caribeños de *A nos actes manqués* comenzó a recoger fundas y sábanas polvorientas para poner una lavadora, quería haberlo hecho al llegar, pero los hechos del día anterior no le habían dejado finalmente tiempo libre. En menos de veinticuatro horas había quitado la ciudad en la que llevaba los últimos años viviendo, la habían obligado a coger vacaciones forzosas, su perro había encontrado un cadáver, se lo habían llevado a Lo Campano, se reencontró con un compañero de instituto casi olvidado y tuvo que soportar la bronca de su mejor amiga por no haberla llamado cuando estaba en medio de una tormenta sentimental. Desde luego, su vida no estaba pasando por su momento más fácil últimamente.

La imagen de Pablo pasó durante una fracción de segundo por su mente, los años le habían sentado bien, y aunque seguía teniendo cierto aspecto de

nerd ahora estaba mucho más guapo. Además, se notaba que se había entrenado para entrar en el Cuerpo pues los hombros eran anchos y su torso estaba bien delineado bajo el jersey que llevaba la última vez que le vio. Sus ojos color miel seguían siendo tímidos y los ocultaba tras las gafas y los mechones rebeldes de su flequillo que caían sobre ellos. Apartó estas imágenes con un movimiento de cabeza recordando la advertencia que le había hecho Susana sobre su compañero. Así que sin más dilación se acercó hacía los muebles de la cocina y se puso a quitar el polvo de los vasos y platos que allí se encontraban.

Loken la miraba divertido, no estaba acostumbrado a verla tan atareada en casa a esas horas, por lo general Marta dormía hasta tarde cuando no trabajaba.

—No me mires así, yo puedo ser una buena ama de casa si me lo propongo —le dijo al perro, que pareció sonreír con sus grandes ojos marrones.

Se puso a repasar en voz alta los artículos que necesitaba del súper mientras los iba apuntando en una lista.

—Veamos, café, mucho café, estevia, algo para hacer ensaladas. ¿Crees que tendrán quinoa en el supermercado de Cabo Palos? ¿Y semillas de chía? —preguntó una vez más a Loken, que la miró sin responder, se levantó y se puso a jugar con una pelusa que se encontraba debajo de la mesa de la cocina.

—No estás siendo de mucha ayuda, la verdad, pero supongo que querrás que apunte en la lista tus croquetas, ¿a que sí?

Dejó de lado la lista, y volvía a ella de vez en cuando para anotar algo que acababa de recordar. Estaba dispuesta a dejar la casa en perfecto estado de revista, su madre podía decidir presentarse sin avisar y quería ser precavida. Cogió el plumero y comenzó a liberar los libros de las estanterías del polvo acumulado por varios años de falta de uso. Nunca se había fijado mucho en esos libros, ya que cuando era pequeña pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa con sus primos, ahora los miraba desde otra perspectiva. Estaban las obras completas de Sherlock Holmes, y una colección de clásicos

de la literatura universal. Le llamó la atención un gastado ejemplar de *Mr Witt en el Cantón* de Ramón J. Sender y lo cogió para quitarle el polvo. Era uno de sus libros favoritos, le encantaba releerlo cuando estaba en Madrid, así recordaba su tierra, sus gentes, su forma de hablar. Le gustaba la historia de Milagritos, una cartagenera vivaracha y sin pelos en la lengua que se casa con Míster Witt, un ingeniero inglés del Arsenal durante la primera república, y posterior declaración de independencia de Cartagena. El libro había sabido plasmar la forma de hablar de los cartageneros y la geografía de la ciudad con increíble maestría. Le encantaba la frase que decía «estoy enamorado de Milagritos, y me doy cuenta, en este mes de mayo, que para mí ya no es primavera», resumía de manera magistral la personalidad de Míster Witt, cómo veía que el tiempo pasaba y que él cambiaba, pero que su amor por Milagritos seguía siendo como al principio. Devolvió el libro a la estantería paladeando los recuerdos que le evocaba y pensando que, ahora que tenía el mar justo enfrente de su ventana, ya no necesitaba de sustitutos que se lo recordaran.

En su e-reader se había traído el último libro de Harlan Coben, que estaba a punto de terminar, así que no sería mala idea coger uno de la biblioteca de sus abuelos. Ya se había leído todos los de Sherlock, pero son esos libros de los que nunca te cansas. Además, desde que Benedict Cumberbacht interpreta al nuevo Sherlock en la serie de la BBC, es un buen tema de conversación para sacar en una cena con los amigos. No estaría mal releer algunas de las historias para estar al día.

En el Ipod comenzó a sonar *Le jour qui se rêve* y cogiendo una espátula de la cocina a modo de micrófono se puso a cantar acompañando a M. Pokora. Estas seis semanas habían empezado de forma inusual, pero ahora estaba comenzando a pasárselo realmente bien disfrutando de tiempo para ella.

De repente sonó su móvil, conocía perfectamente esa canción pues tenía distintos tonos de llamada para sus contactos. Algunos grupos compartían la misma canción, para su familia tenía otro tono distinto, para su madre, por ejemplo tenía la música de *Tiburón*, pero esa canción sólo pertenecía a una

persona. Al futbolista.

Los dos agentes aparcaron justo al lado del camión de basura encargado de recoger los restos inorgánicos reciclables de esa zona de La Manga. El forense había llegado un minuto antes que ellos, y también había un par de agentes de la policía local que se habían encargado de balizar la zona y de despejar a los curiosos. Se encontraban en la urbanización La Florida, aproximadamente en el kilómetro dos de la Gran Vía de la Manga. Esta urbanización estaba compuesta por dúplex y plantas bajas que se organizaban formando un cuadrado, en cuyo interior se encontraban dos piscinas, una para adultos y otra infantil. Las casas de la cara este daban directamente al mar, pues en esa zona no había paseo marítimo. Habían remodelado las fachadas recientemente y ahora estaban pintadas de un color blanco brillante con las molduras de las puertas y las ventanas en color tostado. El conjunto resaltaba el contraste entre los edificios y el azul del mar que esta mañana estaba mezclado con grises y verdes. Era un clásico día de primavera con el cielo despejado sin una sola nube. Varios transeúntes se acercaron a curiosear al ver cordón policial.

—Buenas tardes a todos, yo soy el subinspector Pablo Romero y este es mi compañero el subinspector Raúl Albaladejo, ¿qué tenemos por aquí? — preguntó rápidamente Pablo nada más bajarse del coche.

Uno de los agentes de la policía local se adelantó para hablar con ellos, era corpulento, casi tan alto como Raúl, pero tenía una gran barba y un bigote lo que le daba un aspecto bastante fiero. Llevaba el uniforme con las hombreras reflectantes propio de los policías locales de Cartagena y se protegía del sol con una gorra azul marino con el distintivo policial.

—Los chicos de la basura estaban haciendo la ronda y al volcar el contenedor dentro del camión han visto el cuerpo. Han llamado rápidamente a emergencias y hemos venido nosotros los primeros, cuando hemos constatado que realmente había un fallecido os hemos llamado a vosotros — dijo muy ufano y lleno de orgullo. Se notaba que era la primera vez que tenía

un caso importante entre manos y se atusó el bigote con un gesto mecánico al tiempo que hinchaba el pecho como un pavo.

—¿Cuándo fue la última vez que se vaciaron los contenedores? —preguntó Raúl.

—El contenedor de reciclaje no se vacía cada día, a diferencia del de desechos orgánicos, la última vez que pasaron fue el sábado por la mañana —respondió una vez más el más corpulento de los agentes sin dejar de mostrar satisfacción por poder ayudar en un caso relevante.

Raúl y Pablo intercambiaron una mirada significativa, ambos asesinatos habían sido cometidos en el fin de semana y con poco kilómetros de separación. Se despidieron de los dos agentes al tiempo que una técnico del equipo de la Policía Científica se les acercó saludándolos con la mano.

—Vaya una belleza tenemos aquí esta mañana, porque vas andando que, si no, pensaría que eres una sirena.

—Vale Raúl, déjalo ya —aunque Inés dijo esto con una sonrisa de oreja a oreja. Todo el mundo conocía el carácter guasón de Raúl y caía bien a todo el mundo.

—¿Tenéis algo para nosotros? —preguntó Pablo tratando de sonar más profesional que su compañero.

—El cuerpo lleva al menos dos días sin vida, sabremos más cuando hagamos la autopsia. Como estaba en el contenedor de reciclaje, el cuerpo no está demasiado contaminado. Además, tengo algo que puede solucionaros bastante la vida. Seguidme.

La siguieron al interior de la urbanización la zona de las piscinas. Ya estaban llenas, pues en Semana Santa algunos turistas siempre quieren hacerse los valientes y darse un chapuzón. La piscina principal tenía forma redonda con un dibujo de un delfín en el fondo hecho con teselas. La piscina infantil era un círculo mucho menor que se encontraba pegado al de los adultos separado por unos pilares de obra y que permitía el libre intercambio de agua entre ambas piscinas. Había unas pocas tumbonas de plástico alrededor de la piscina, aunque la mayoría se encontraban apiladas cerca de la

caseta de mantenimiento. Alrededor de la piscina había un jardín que lucía un lustroso césped y un seto de cipreses para garantizar la privacidad de los bañistas. Unas sombrillas de paja se localizaban a intervalos irregulares sobre el césped y unos parterres con caléndulas indicaban las dos puertas de entrada a la piscina. Un camino de pizarras discurría de forma sinuosa enlazando la entrada con la zona de las duchas y con el vestuario. Este se encontraba al fondo del jardín y actualmente estaba cerrado ya que solo abría de mediados de junio hasta finales de septiembre y que permitía a los propietarios cambiarse al salir de la piscina sin tener que pasar por su casa. Rodeando el jardín de la piscina había un parking para los propietarios, separadores de cemento y grandes números pintados en el suelo con pintura blanca. El equipo de la policía científica se afanaba alrededor de una plaza en concreto de aparcamiento, sacaban fotos desde todos los ángulos posibles y metían fragmentos en bolsas de pruebas.

—Voilà! —dijo la mujer señalando el bloque de cemento que separaba las dos plazas de aparcamiento—. Hay sangre por todas partes, es solo una impresión, pero diría que la herida de la cabeza del fallecido puede coincidir con un fuerte golpe contra el separador de cemento, aunque hasta que no tengamos la autopsia nada es definitivo.

—Bien, me parece un buen escenario: golpe contra el separador y luego lo tiran al contenedor para deshacerse del cuerpo —dijo Pablo mientras giraba para hacerse una idea general de la situación.

—Hombre, eso es algo bastante chapucero —se quejó Raúl.

—El autor o los autores entraron en pánico, y se deshicieron de la forma más rápida que encontraron.

—Y chapucera —insistió Raúl.

—Pero mis regalos no han acabado para vosotros —dijo con una leve sonrisa la técnico.

—¿Ves? Sabía yo que eras un ser mitológico traído desde el fondo del mar para ayudarnos en nuestra búsqueda —añadió Raúl al tiempo que le guiñaba un ojo y hacía una reverencia.

—¡Para ya! —dijo su compañero poniendo los ojos en blanco.

—Romero tiene razón, para un poco —respondió divertida Inés dándole un suave codazo en las costillas a Raúl—. Lo que tengo para vosotros es que ya hemos identificado el cuerpo.

—¿Llevaba documentación? —preguntó Pablo sorprendido por la rapidez con la que el equipo forense había actuado.

—Mucho mejor, vive en esta urbanización y otro vecino pudo identificarlo sin problemas. Le llaman Don Miguel, pero según los buzones su nombre completo es Miguel Ros Ortega. Mira, ese señor de allí que lleva el perro es el que lo ha nos ha facilitado la información, por si queréis interrogarlo —dijo al tiempo que señalaba a un hombre que se encontraba tras la baliza policial sujetando un perro pequeño.

—Desde luego, habéis hecho un trabajo excelente, muchísimas gracias —dijo Pablo mientras no paraba de tomar notas en su pequeña libreta de espiral.

—De nada. Bueno, vuelvo a mi trabajo, os llamaré en cuanto sepa algo, no es necesario que Pili se pase el día colgada del teléfono amenazando a mi equipo. —Y se encaminó hacia la escena del crimen tras dedicarles una mirada con cierto reproche.

—Yo voy a por el testigo mientras tú hablas con los de la basura por si saben algo más, ¿te parece? —sugirió Raúl.

—Por mí vale.

Cada uno se marchó hacia un lado distinto de la urbanización. La hora de comer se acercaba y el número de curiosos había ido disminuyendo. El testigo era un señor mayor, de más de setenta años, con el pelo cano y una chaqueta de lana de varios colores, así como una camisa con corbata. Le recordó a su propio abuelo que siempre que se levantaba se vestía con camisa y corbata aunque no fuera a salir del salón en todo el día. Le acompañaba un perro pequeño. Raúl fue incapaz de reconocer la raza, pero vio que era un perro bastante feo y con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes, soy el subinspector Raúl Albaladejo, mi compañero me ha dicho que ha podido usted identificar a la víctima, ¿es así? —Trató de

sonar profesional, ya no tenía el tono divertido que había utilizado con la técnico minutos antes.

—En efecto, es Don Miguel, es de los que viven aquí todo el año, como yo. No se imagina cómo se pone esto de turistas en verano, pero el resto del año es bastante agradable vivir aquí. —El anciano dijo esto a media voz, aún afectado por la muerte de alguien a quien conocía.

—¿Dónde vivía Don Miguel?

El perro olfateó con asco a Raúl y después comenzó a ladrarle con un tono infinitamente agudo. Raúl se preguntó cómo podía ese hombre convivir con un bicho así.

—Vamos, Petunia, tranquila. Pues vivía justo ahí, en el dúplex que está en la esquina, al lado del banco de madera —dijo señalando con el dedo una casa que estaba a pocos metros de la plaza de aparcamiento ensangrentada.

—¿Sabe si tenía enemigos o alguien que quisiera hacerle daño? —Raúl hizo la pregunta sin quitarle el ojo al perro, que seguía ladrando sin parar. Estuvo tentado de pedir cinta americana para cerrarle el hocico, pero se contuvo y siguió con su trabajo.

—No me puedo imaginar quién podría hacerle daño a Don Miguel. Es verdad que era bastante cascarrabias y se estaba siempre quejando por todo, las asambleas de propietarios eran un infierno cuando él tenía algo que decir. Sin ir más lejos, propuso en la última asamblea que quitáramos el banco que está al lado de su casa porque los jóvenes se sientan ahí por las noches y montan escándalo. Al final le pudimos convencer de que somos más los adultos que usamos el banco durante el día de forma responsable, que los jovencitos que se pueden sentar de noche —dijo el anciano cruzándose la chaqueta por encima de la pechera.

—Comprendo, nos va a tener que hacer una lista de los otros propietarios que viven aquí todo el año porque vamos a tratar de ponernos en contacto con todo el mundo. Tenga, le dejo mi tarjeta y, si recuerda algo que piense que puede sernos de utilidad, no dude en llamarnos —añadió tendiéndole una cartulina con sus datos de contacto y el sello de la Policía Nacional.

Petunia había dejado de ladrar, pero mantuvo un gruñido continuo durante toda la conversación que mantuvieron los dos hombres. Raúl había anotado todo perfectamente, sabía que las disputas entre vecinos pueden degenerar a veces en casos de violencia extrema. No sería la primera comunidad que se veía sacudida por una riña que acaba siendo algo más. Tendrían que preguntar a otros vecinos si vieron u oyeron algo sospechoso.

Por su parte, Pablo ya había terminado con los empleados del servicio de basuras, no habían podido aclararle demasiado, los hombres simplemente encontraron el cuerpo mientras hacían su ronda, pero no pudieron decir mucho más. En cualquier caso, les dio su tarjeta por si recordaban algo que pudieran utilizar en la investigación.

—Bueno, creo que deberíamos volver a la unidad para poner a todos al corriente de esto y tenemos que comer algo porque yo me muero de hambre —dijo Raúl al tiempo que su estómago rugía.

—Estoy de acuerdo, podemos seguir esta tarde interrogando a los vecinos, creo que al jefe le gustará saber lo que hemos encontrado aquí.

—Pues vámonos, pero esta vez, conduzco yo —dijo Raúl al tiempo que extendía la mano derecha reclamando las llaves del coche.

—Me parece correcto.

El camino a Cartagena fue silencioso, los dos tenían muchas cosas en las que pensar, había puntos en este crimen que podían relacionarse con el de José, pero seguían sin ver una conexión. De hecho, ni siquiera sabían si había una conexión posible. El rompecabezas se iba haciendo cada vez más grande, y tenían la impresión de que cada vez les faltaban más y más piezas.

—Vaya, esto es precioso —dijo Elena mientras paseaba la vista por la playa casi desierta a esas horas—. Da igual cuántas veces vengamos aquí, cada vez que me bajo del coche me quedo sorprendida y sin aliento. Es magnífica.

La llamó cerca de la hora de comer para decirle que tenía una sorpresa

para ella y que pasaría a recogerla cuando acabara su turno. Cuando se montaron en el coche y comenzaron a rodear el puerto de Santa Lucía ella ya sabía a dónde la iba a llevar, y al llegar a la rotonda de la grúa Sansón no le quedó ninguna duda. Cala Cortina es una pequeña cala que se encuentra a pocos minutos del centro de Cartagena, tiene una isla natural y unas vistas espectaculares del Mediterráneo. Es una pequeña cala muy familiar, tiene columpios para los niños y un restaurante, en cuya terraza se encontraban ahora los dos tomándose unas cervezas con una tapa de ensaladilla. El atardecer desde Cala Cortina es uno de los más bonitos de Cartagena, el sol se pone tras las montañas que conforman el litoral costero y los últimos rayos de sol arrancan destellos de oro a las olas. Ahora el sol estaba en lo más alto, y aunque aún no calentaba tanto como en verano, era agradable sentir su calor rozando la piel.

—Lo sé, por eso te he traído, pensé que te gustaría desconectar un poco, mientras comemos al solecito.

—Ha sido la mejor idea que has tenido en mucho tiempo —dijo ella mientras le sonreía abiertamente.

Se quedó pensativa mientras miraba la playa y las construcciones aledañas.

—Me encantarían que algún día rehabilitaran esos edificios —dijo señalando a las antiguas baterías costeras que estaban casi en ruinas—. No sé muy bien qué son, pero me apetece visitarlos por dentro. Tienen pinta de ocultar muchos secretos. ¿No crees?

—Es posible, pero sabes que yo prefiero dejar el pasado en el pasado, no me gusta removerlo demasiado. Y sobre todo, no me gusta que se descubran los secretos. —Y dicho esto, dio un largo trago a su cerveza y se volvió a quedar callado.

Elena apenas le había escuchado, tan absorta como estaba pensando en cómo serían esas construcciones por dentro, y en las aventuras que tuvieron que vivir los soldados que las custodiaban. Cartagena ha sido durante siglos un bastión fuertemente armado y su litoral está defendido por multitud de

baterías de costa.

Una familia con niños entró en la playa, los pequeños echaron a correr hacia la arena, mientras los padres se encaminaban hacia la terraza del restaurante. Hacía una tarde maravillosa, y a todo el mundo le apetecía salir a darse un paseo. A pesar de ser abril, la temperatura era muy agradable, y al no haber viento, se estaba muy a gusto cerca del mar. El sol aún no calentaba lo suficiente como para ser molesto. Se quedó mirando a los niños que jugaban a tirarse arena y a perseguirse por la playa y pensó en que le gustaría formar una familia con ella, quería un futuro como el que tenían los desconocidos que acababan de llegar; pero por otro lado se le antojaba fuera de su alcance. Él solo había recibido palos en esta vida, enfrentarse a un futuro tranquilo le resultaba imposible, pensaba que esa vida no era para gente como él.

Ella le miró de reojo, estaba tan guapo con el sol iluminando su pelo, sus ojos, su boca. Sabía que tenía mucha suerte de estar con un hombre como él. Ahora tenía un trabajo a tiempo completo con el que eran capaces de pagar todas las facturas y de que les quedara un poco al final de mes para ahorrar o darse algún capricho. Durante años habían vivido en la miseria y ahora por fin comenzaban a ver la luz al final del túnel. Tal vez pudiera convencerlo para que tuvieran un hijo juntos, ahora ya no eran aquella pareja de jóvenes díscolos, ahora tenían una vida normal, y se merecían una familia como la que tiene todo el mundo. No le dijo nada de esto pues supuso que él estaba preocupado por algo, se le notaba en seguida cuándo estaba de buen humor o cuándo había algo que le rondaba la cabeza. Decidió aprovechar el momento, y extendió su mano por encima de la mesa para coger la suya. El movimiento lo sorprendió y dio un respingo en la silla, después le sonrió y le apretó la mano con cariño.

Después de volver a comisaría y comer algo, pusieron a todo el mundo al corriente de lo que había pasado en la urbanización La Florida. Estaban reunidos delante de la gran mesa de despacho que era el cuartel de

operaciones de Pili. Había un teléfono inalámbrico negro, varias carpetas de colores de casos que había que concluir o directamente archivar con el número de identificación bien visible en una pegatina en el centro de la carpeta y cientos de post-it con anotaciones. Pili tenía también una foto en la que salía con su hermana una vez que estuvieron de vacaciones en Portugal dentro de un bonito marco de madera y un lapicero lleno hasta los topes de bolígrafos, subrayadores y lápices. Ella estaba sentada detrás de su escritorio mientras que Susana se apoyaba ligeramente en el borde la mesa, los chicos por su parte estaban de pie alrededor de la misma poniendo al día al resto del equipo.

—¿Creéis que ha sido una riña entre vecinos que se les ha ido de las manos? —preguntó Susana, a quien esa hipótesis no la convencía nada.

—No lo sé, es una posibilidad. Por lo visto el fallecido era un viejo cascarrabias, así que seguramente habría bastantes personas a las que les caía mal por eso. El vecino que lo identificó me ha dado una lista de los otros propietarios, voy a llamarlos mañana para empezar a interrogarlos. Creo que comenzaré por el presidente de la comunidad, seguramente podrá decirnos algo de utilidad —dijo Raúl mirando su bloc de notas y mordiendo con desgana la capucha del bolígrafo—. ¿Qué habéis obtenido vosotros?

—Ha llegado ya el informe de tóxicos, por lo visto tenía bastante alcohol en sangre —dijo Pili buscando en su mesa un gran sobre de papel de estraza y tendiéndoselo a Raúl.

—Un universitario un sábado por la noche, ¿pensaban encontrar otra cosa que no fuera alcohol? —dijo en tono guasón Raúl—. ¿Han encontrado algo más?

—No, está limpio de drogas, solo alcohol —añadió Pili de forma automática.

—Yo he comprobado lo del barco de la APD, y lleva en Cádiz una semana y no se ha movido, salvo por el litoral gaditano para el proyecto que están realizando, por lo tanto, queda descartado —dijo Susana y el desaliento de su voz se extendió por toda la sala.

—El segundo fallecido acaba de llegar al Instituto Forense, con lo que no se pondrán con él hasta mañana —dijo Pili, ella también estaba agotada y eso hacía mella en su habitual buen humor.

—Pues vamos a tener que trabajar más duro que de costumbre, tenemos dos asesinatos y de momento estamos sin ninguna pista —dijo algo abatido el inspector Martínez—. Nos repartiremos los casos, Raúl tú estarás conmigo en el caso del joven fallecido, vosotros dos —dijo señalando a Susana y a Pablo— os encargáis del anciano. Pilar, tú vas a tener que trabajar en los dos casos, así que prepárate porque te pediremos bastante ayuda.

—Sabes que yo estoy lista para lo que haga falta, jefe, que mi padre, que en paz descanse, era militar y lo de trabajar duro y saber acatar órdenes me viene de familia —dijo ella y se calló justo a tiempo, pues se dio cuenta de que el inspector no estaba de humor para que ella se pusiera a contar anécdotas de su padre.

—Bueno, pues basta ya de cháchara, todo el mundo a trabajar. Me vais informando con lo que vayáis encontrando, que el comisario me ha llamado cuando se ha enterado de lo del segundo cadáver, y quiere respuestas lo antes posible. —Él fue el primero en dirigirse a su despacho y cerró la puerta de forma más brusca de lo que hubiera querido.

Todos volvieron a sus escritorios, era el momento de revisar las notas que habían tomado a lo largo de estos dos días, de volver a echarle un vistazo al informe del forense y de comenzar a trazar el plan a seguir para llegar al fondo de esta investigación. Susana miró su móvil, tenía un mensaje, dudó un instante en si leerlo o no. Al final desechó la idea, tenían mucho trabajo, ya lo leería cuando terminara de trabajar, ahora se volcó en las notas que había recuperado Raúl del segundo crimen. Comenzó a hacer una lista con los propietarios que estaban anotados, le pediría a Pili que buscara sus números de teléfono y mañana se pondría a llamarlos uno por uno.

Pablo, por su parte, tenía problemas para concentrarse, el haber visto ayer a Marta había despertado sentimientos que pensaba que estaban enterrados desde hace muchos años. Su padre era militar, con lo que estaba

acostumbrado a cambiar de ciudad con cierta frecuencia cada vez que le cambiaban de destino. Los primeros años no le importaba, pero con el paso del tiempo se fue haciendo cada vez más duro. Con cada cambio le tocaba ser *el nuevo* en clase, volver a hacer amigos, volver a encajar, y cuando eres adolescente, es muy difícil entrar en un grupo que se conoce desde hace años. Eso hizo que su ya de por sí timidez se fuera acentuando con el paso del tiempo. Llegó a Cartagena con diecisiete años, en el último curso del instituto y coincidió en la misma clase que Marta. No podían ser más diferentes, ella era la belleza de la clase, se sentaba en las primeras filas, no solo era guapa, también era lista y muy sociable. Estaba en el consejo de estudiantes, era una de las favoritas de los profesores y siempre andaba rodeada de una corte de amigos que a él le resultaba impenetrable. Él por su parte era el chico nuevo, que se sentaba en las últimas filas, callado, buen estudiante pero sin sobresalir y que tenía la sensación de no encajar hiciera lo que hiciera. Era imposible no sentirse atraído hacia Marta, no solo era bonita, era magnética, su personalidad y su eterna sonrisa te enganchaban.

Pensaba que habían pasado casi quince años y ella no había cambiado para nada, seguía siendo una estrella, con una vida de estrella: fiestas, lujos, deportistas de élite entre sus conquistas, y él seguía siendo el chico que se sienta solo al final de la clase.

—Oye, ¿me pasas tus notas sobre los chavales universitarios? —dijo Raúl sacándolo de su ensoñación.

—Claro, dame un minuto que las encuentre. —Se sonrojó sin venir a cuento y se puso a rebuscar entre sus papeles con la cabeza gacha evitando la mirada de Raúl.

Pablo decidió centrarse en el trabajo, ya pensaría en los años de instituto en su tiempo libre, ahora tenía muchas cosas que hacer. Así que trató de serenarse y se sumergió en la montaña de notas que habían ido recopilando en estos últimos dos días.

—Cristina, ya me he enterado, lo siento muchísimo, ¿estás bien?

—Sí, bueno, ya sabes...

—Lo entiendo, si necesitas cualquier cosa, tienes mi número, me llamas y quedamos para un café, hablar o lo que necesites. —Una chica morena vestida con leggings y unas botas UGG se alejó sonriendo y saludando con la mano.

—Muchas gracias —dijo Cristina con voz apagada sin apenas mirar a su interlocutora, prefería evitar el contacto visual con la gente que venía a verla.

Esa escena llevaba repitiéndose toda la mañana, la gente se acercaba a ella para darle el pésame, abrazarla y consolarla. Ninguno entendía que lo que ella necesitaba es que la dejaran sola. Ahora mismo no podía pensar en nada, no conocía a los padres de Pepe, pero tendría que verlos en su funeral, y a su hermana también. Iba a ser una situación increíblemente incómoda. Estaban sentados en un banco en el interior del patio del antiguo cuartel de Antigones ahora sede de la carrera de Telecomunicaciones. Es un enorme edificio del siglo XVIII construido para albergar a los regimientos de infantería. Se llama así porque en la zona en la que está enclavado hay muchos restos romanos y los cartageneros comenzaron a llamar a esa zona «antiguones» en referencia a los restos antiguos. Ahora el edificio ha sido rehabilitado y es la sede, junto con el antiguo Hospital de Marina, también rehabilitado para uso académico, del campus de la Muralla de la UPCT. En el patio de armas del cuartel se han instaurado bancos que permiten a los alumnos sentarse a descansar tras una jornada de clases. No hay demasiada sombra, pero en un día de mediados de abril tampoco era necesaria.

—¿Quién era esa? —preguntó Iván descortésmente.

—Iba con nosotros a Fundamentos de Programación el año pasado, no recuerdo bien su nombre —dijo Cristina en un susurro.

—Dios, odio a esa gente que no nos ha dirigida la palabra en su vida y ahora vienen a hacerse los simpáticos, seguramente lo subirán a su twitter dándole el pésame a Cristina con el hashtag *RIP y descanse en paz* —bufó Iván y miró con cara de perro alrededor.

—No seas tan cínico, hay gente que solo quiere ser educada —sugirió

Elsa. Tenía aún los ojos rojos de haber estado llorando y sujetaba la mano de Pedro, su novio y mejor amigo de Pepe, con afecto. No le gustaba Iván, nunca le había gustado, pero con su actitud de los últimos días le gustaba aún menos. Sabía que Pedro pensaba igual, solo había tolerado a Iván porque vivían juntos y Pepe lo había aceptado en seguida. Pensó en Pepe y se le volvieron a humedecer los ojos, era una pena que ya no estuviera con ellos, lo iba a echar mucho de menos.

Un grupo de dos chicas y un chico se acercaba caminando hacia ellos.

—Prepárate, Cristina, que vienen más hipócritas a decirte cuánto sienten tu pérdida.

Iván se levantó y dejó que su grupo lidiara con las muestras de condolencia que media universidad les estaba prodigando. La mayoría solo conocía a Pepe de vista y estaban allí porque olían la tragedia como los tiburones la sangre, querían formar parte por un efímero momento de un hecho que pudieran decir *que les había marcado*. Él sí que conocía a Pepe, había sido su compañero de piso durante dos años, se habían pegado grandes fiestas y habían compartido momentos de mucha intimidad. Fue Iván quien le dijo que tenía que dejar a Cristina, que ella no era lo suficientemente buena para él, que se merecía otra cosa. Claro que el verdadero motivo por el que le alentaba a alejarla de su vida es porque él llevaba unos meses acostándose con ella sin que nadie lo supiera y estaba ya harto de tanto secreto. No quería hacerle daño a su amigo, por eso lo mejor sería que Pepe cortara con Cristina para que así él tuviera el camino libre para estar con ella a su antojo. Iba a echarlo de menos ahora que estaba muerto, pero al menos no tendría que esconderse si se llevaba a Cristina a su cuarto.

Se sentó en un banco a unos metros de sus compañeros, no quitó su expresión enfadada en ningún momento, lo que mantuvo a los curiosos alejados, nadie iría a molestarlos. Miró a sus compañeros teniendo que soportar las condolencias de gente que no conocían de nada y se le revolvió el estómago de asco. Cada vez tenía menos aguante con los estúpidos, y le daba la impresión de estar rodeado de ellos. Pedro se estaba volviendo un

mojigato y Elsa era cada día más tonta según su opinión. Solo Cristina se salvaba, además de que estaba buena y sabía lo que se hacía en la cama, era la más lista del grupo, bueno, sin contarle a él. Menos mal que llegó él para sacar a estos pipiolos de la inopia en la que estaban viviendo, pensando que la vida iba a ser siempre un camino de rosas. Pepe le caía bien, pero estaba convencido de que merecía estar muerto, querer hacer siempre el bien acaba trayendo consecuencias, este tipo de trágicas consecuencias.

—No puedo más, creo que me sale humo hasta de las orejas y no estoy avanzando nada —se quejó Pablo. Se pasó una mano por el pelo castaño de forma distraída y se reclinó en su sillón.

—Completamente de acuerdo, creo que me voy a ir ya a casa, ya sabéis que tengo a mi Khaleesi esperándome —dijo Raúl con una amplia sonrisa.

Raúl se desperezó en su silla, estiró los brazos hacia el techo, hizo crujir el cuello y bostezó ampliamente mostrando todos sus dientes sin empastes. Se puso de pie y apagó el ordenador de su escritorio dispuesto a marcharse. Sus compañeros estaban haciendo lo mismo, recogiendo y ordenando los papeles que estaban en sus mesas antes de irse a casa. Susana se plantó delante de Pablo antes de que él terminara de recoger sus cosas.

—Pablo, ¿te apetece que nos vayamos a cenar juntos? —sugirió Susana.

—Pues ahora que lo dices, me parece una idea excelente —respondió Pablo, le vendría bien hablar con Susana, ella siempre le escuchaba y parecía conocerlo mejor que él mismo en ocasiones.

—Oye, oye, oye, ¿qué está pasando aquí? No os iréis a liar o algo parecido, ¿verdad? —dijo en broma Raúl a medio camino de la salida.

—¿Con Pablo? Soy una mujer con un gusto excelente, ¿qué te hace pensar que lo traicionaría para estar con él? —dijo Susana y estalló en carcajadas.

—¡Eh! Que mi madre dice que soy el chico más guapo que ha visto nunca —añadió Pablo haciéndose el ofendido pero uniéndose a la broma.

El inspector Martínez salió de su oficina y todos se pusieron muy serios

tratando de contener la risa.

—No sé qué estaba pasando aquí, pero apuesto a que no era trabajo —dio un largo suspiro—. Hoy ha sido un día realmente agotador, así que doy por terminada la jornada. Eso sí, mañana os quiero con las pilas cargadas que tenemos muchísimo qué hacer. —Dicho esto, salió cabizbajo rumbo al ascensor arrastrando los pies. Dos muertos en dos días era una bomba informativa, la prensa empezaría a exigirles encontrar al culpable o los culpables, aún no había decidido si eran fruto de la misma persona, lo más rápidamente posible. Pero nadie se daba cuenta de que con los últimos recortes apenas tenían recursos y solo podía contar con la buena voluntad de su equipo. El comisario ya se había reunido con él esa mañana pidiéndole resultados, y él no había podido ofrecerle nada.

—Oye, Pablo, ¿te importa si invito a Marta? Es que creo que tiene que sentirse un poco sola en la playa. Le vendrá bien algo de compañía —sugirió Susana mientras iba a buscar su bolso y la chaqueta.

Pablo se ruborizó antes de contestar.

—Claro, no hay problema. ¿Podemos ir al nuevo sitio ese de tapas que han abierto en La Plaza del Rey? Dicen que está bastante bien —respondió con un brillo de interés asomándose a sus ojos color miel.

—Me gusta tu idea —dijo Susana con una gran sonrisa.

Sacó su móvil del bolsillo y vio el mensaje que había estado ignorando toda la tarde. Necesitó leerlo tres veces seguidas para entender lo que realmente decía.

—¡Mierda! —Soltó enfadada Susana sin dejar de mirar al móvil—. ¿Sabes qué? No creo que podamos cenar juntos hoy, acabo de tener una emergencia. Lo siento. —Arrugó la nariz y puso cara de enfado.

—No pasa nada, ya iremos otro día.

—Te lo compensaré, lo prometo. —Y salió corriendo escaleras abajo sin despedirse.

Él la vio alejarse y pensó que en esa carrera se alejaban también las esperanzas de haber podido estar un rato más con Marta.

—Esa mujer está fuera de tu alcance —se dijo—. Ya lo estaba hace quince años, y lo sigue estando ahora. —Con ese pensamiento se puso a recoger sus cosas para marcharse a casa a cenar pasta con tomate delante del ordenador.

Susana bajó las escaleras como una exhalación al tiempo que marcaba el número de Marta, tenía que hablar con ella de forma urgente. Lo peor que podía pasar había pasado, no solo la había llamado el futbolista sino que, por lo visto, ella había respondido a esa llamada. Los escalones de cemento encerado volaban bajo sus pies mientras los bajaba de dos en dos.

—Vamos, vamos, coge el teléfono —mascullaba en voz alta mientras buscaba las llaves del coche en su bolso. Después de varios tonos su amiga finalmente respondió.

—¿Diga?

—Soy Susana, siento no haberte llamado hasta ahora, pero no te imaginas el día que hemos llevado —dijo con voz entrecortada.

—Me lo creo, he leído en internet que han encontrado otro cuerpo en La Manga. Se os está amontonando el trabajo por lo que parece —respondió Marta.

—Vale, déjate de charla superficial y cuéntame qué ha pasado. ¿En serio has respondido? No tratarás de darle otra oportunidad, ¿verdad? —Susana estaba roja de ira, abrió la puerta del coche y se sentó tras el volante con un movimiento rápido. Tiró con brusquedad la chaqueta y el bolso en el asiento del acompañante y agarró el volante con fuerza.

—No lo sé, es verdad que hemos pasado por mucho juntos, llevábamos ya dos años y teníamos planes... —Susana podía notar cómo Marta se estaba mordiendo el labio al responder.

—Te voy a cortar ahí mismo, ¿estás en tu casa? Porque voy para allá y me cuentas todo esto de forma más tranquila. Pero, por favor, dime que no has cometido ninguna estupidez —dijo Susana con voz suplicante agarrando aún con más fuerza el volante de cuero.

—No he hecho nada todavía, no te preocupes. Sigo en Cabo de Palos, por si quieres pasarte —admitió Marta con cierta culpabilidad. Sí que había pensado volver a Madrid para arreglar las cosas en persona, pero quería estar cerca de la investigación que había iniciado Loken al descubrir un cadáver en la playa.

—Pues voy para allá, ¿necesitas que lleve algo para cenar? —respondió Susana bastante aliviada, la presión sobre el volante se aflojó un poco.

—No hace falta, he hecho la compra esta mañana. ¿Te gusta la quinoa?

—No tengo ni idea de lo que es, pero suena a raíz o a planta sin sabor. ¿No podías haber comprado filetes de ternera como todo el mundo? —dijo Susana recuperando parcialmente el buen humor.

—Ya verás cómo te encanta —bromeó Marta al otro lado del teléfono—. Te estoy esperando.

Susana se metió en el coche, y por tercera vez en dos días se puso rumbo a Cabo Palos, esta vez no iba a encontrarse con un cadáver, pero tenía la misma sensación en el cuerpo. Conocía a Marta desde hace años, vivían en la misma calle cuando eran niñas, y aunque la vida las había llevado por caminos diferentes, nunca perdieron el contacto.

Marta solía venir a su casa al terminar el colegio para que jugaran juntas, con el paso de los años, dejaron de lado los juegos y cuando pasaban el rato juntas era para compartir confidencias y hablar de chicos. Jugaban a disfrazarse con la ropa de la madre de Susana y se maquillaban usando los cosméticos de su madre sin que ella lo supiera. Aquel pensamiento la hizo sonreír, pero en seguida su mirada se ensombreció. Susana conocía demasiado bien a Marta, era volátil y enamoradiza, y debajo de su fachada de chica guapa seguía viviendo una niña acomplejada que necesitaba desesperadamente atención y cariño. Por eso tenía tanto miedo de que hubiera vuelto a hablar con el futbolista, sabía que si él le pedía perdón y le recordaba lo bien que estaban como pareja ella fuera capaz de olvidar todo por lo que la había hecho pasar. Y eso, como amiga, no se lo podía permitir. Marta merecía estar con alguien mejor, con un hombre de verdad, y su

exnovio no era, ni de lejos, ese tipo de persona.

—¿Te has enterado de lo del cuerpo que han encontrado en La Manga? — preguntó Fernando mientras apagaba el ordenador y se quitaba las gafas. No era muy amigo de la tecnología, pero desde que su hijo le explicó cómo hacer para leer los periódicos y las revistas que le gustaban en el ordenador, había mejorado muchísimo. Ya no podía encenderlo sin darse una vuelta por las portadas de los principales diarios. Tenía el pelo cano y la cara algo cuadrada, su hija le había convencido para que se comprara unas gafas de pasta que al principio le parecieron demasiado modernas, pero que ahora le encantaban pues todo el mundo decía que le hacían más joven.

—Sí, es el segundo en dos días —respondió su mujer sin apenas levantar la vista del libro de recetas que tenía apoyado en la mesa.

—No, Irene, el primero fue en Cabo de Palos.

—¡Lo mismo da! Bueno, voy a llamar a la niña para invitarla a comer un día de estos y para saber cómo está, seguro que todo el tema ese de los muertos la tiene nerviosa —dijo Irene limpiándose las manos en un trapo de cocina y haciendo ademán de ir a coger el teléfono para llamar a su hija. Los últimos rayos de sol se colaban a través de los grandes ventanales de la cocina comedor de los padres de Marta, las motas de polvo caían en lentas espirales haciendo graciosas piruetas antes de desaparecer de la vista. Era una cocina amueblada con gusto, al estilo moderno pero con elementos rústicos traídos de distintas partes de Cartagena, con una gran mesa de roble como elemento central y muebles de cocina de diseño color burdeos en las paredes. En el ordenador de Fernando sonaba una lista de reproducción con clásicos de jazz y de soul de todos los tiempos en su sesión de *Spotify*. Alejandro, su hijo pequeño, le había enseñado a añadir canciones y la suscripción a la plataforma de música en *streaming* era uno de sus grandes caprichos.

—Tu hija trabaja en la tele, tiene que estar acostumbrada a ver esas cosas. Además, las generaciones de ahora ya no tienen miedo de nada con tanta violencia en los videojuegos y en las películas. Pero seguro que si ven una

guerra de verdad todos estos niñatos se mean del susto en los pantalones —se mofó Fernando sin apartar la vista de su mujer, que estaba concentrada en la tarea de llamar a Marta.

—¡Qué cascarrabias te pones a veces! —bufó Irene antes de mirar incrédula su teléfono—. Nada, no me coge el teléfono. ¿Le habrá pasado algo?

—Deja de montarte películas, mujer. Estará en el baño, o sacando a pasear a Foster.

—Se llama Loken —dijo Irene.

—¿Cómo dices?

—El perro de Marta se llama Loken. Es un nombre un tanto extraño, pero a ella le gusta. Yo creo que le pega bastante al labrador ese que tiene —suspiró Irene.

—Pues a mí me parece que ese perro tiene más cara de Foster —dijo Fernando, sonriendo de nuevo.

—Qué crees que le apetecerá más, ¿paella o caldero?

—A ella no sé, pero yo nunca le digo que no a un caldero, y mucho menos si está hecho por mi mujer.

—Eres un pelota, pero tienes razón, hace tiempo que no hacemos caldero y seguro que le apetece, le hará recordar a su tierra, a cuánto la echa de menos. —Irene se pasó una mano por la frente y entornó los ojos almendrados tratando de disimular una sonrisa.

—No vayas a usar esta comida para tenderle una trampa. —Y su marido le apuntó con el dedo acusador al tiempo que decía estas palabras.

—No pienso hacer tal cosa, pero no está de más recordarle lo bien que se come aquí, que el aire está más limpio que en Madrid y que aquí puede ir a la playa siempre que lo desee —dijo Irene usando un tono de voz muy neutro, como quien da el boletín del tiempo.

—¡Lo sabía! Sabía que ibas a aprovechar la oportunidad para tratar de embaucarla y que se quede. No lo hagas, por favor, no uses el chantaje

emocional. Si se queda, nunca sabremos si es porque realmente quiere hacerlo o porque la hemos puesto en una situación tan difícil que no le quedaba otra opción.

—Pero... ¡es que la echo mucho de menos! ¡Y a su hermano también! Cada uno vive su vida, y apenas se acuerdan de nosotros, de que somos sus padres. —Se quedó callada con la vista fija en el suelo y las lágrimas asomándole a los ojos.

—Irene, mujer, a eso se le llama independizarse. —Fernando se acercó y rodeó con sus brazos a su mujer. Él se sentía igual, pero no podía decirlo, uno de los dos tenía que ser el fuerte. Aspiró profundamente y sintió el aroma de Irene, su colonia fresca, las especias de la cocina y el olor a jabón. Llevaba oliendo igual desde hace más treinta años y le encantaba.

—Los hijos maduran, y se apartan de sus padres para luego volver —le dijo despacio mientras le acariciaba el pelo.

—¿Realmente lo crees?

—Claro que sí, pero tenderle una trampa no va a hacer que vuelva, solo conseguirás que se vaya más lejos. ¿No fuiste tú quien me dijo algo así?

—No sé de qué estoy más sorprendida, de lo sabias que parecen tus palabras o de que me escucharas cuando dije aquello —dijo retomando la sonrisa.

Se quedaron abrazados un rato, mientras el sol de la tarde realizaba su lento descenso en el horizonte y las motas de polvo dejaban sus piruetas y se posaban sobre los muebles. La voz ronca de Nina Simone era lo único que se oía en la cocina.

Tardó un poco más en llegar a casa de Marta porque pasó a comprar una botella de vino de camino, pensaba que necesitarían un poco de alcohol para poder llevar esa conversación como adultas. Aparcó a unas cuantas casas de distancia y fue paseando. El aire marino refrescaba el ambiente y una luna crecía en el cielo como si fuera la sonrisa torcida del gato de Cheshire. Vio la

luz que se escapaba por las ventanas del salón reflejada en el paseo marítimo, no hacía falta aguzar demasiado el oído para comprender que su amiga tenía música puesta bastante alta. Reconoció la canción antes de que pudiera hacer sonar el timbre, era *Dreams* de Hayden Panettiere y Jonathan Jackson.

—¡Hola! —saludó Marta desde la puerta mientras le hacía un gesto para que pasara al interior de la vivienda, al tiempo que se encaminaba hacia el Ipod para bajarle volumen.

—¿Música country? Sí que te ha dejado tocada la llamada. —Puso la botella de vino sobre la mesa de comedor.

—Es un temazo, y lo sabes tan bien como yo —repuso algo ofendida Marta.

—Tienes razón, pero yo soy más de *Wrong Song*.

—Pues mala suerte porque ahora viene *If I didn't know better*, si nos vamos a deprimir que sea a o grande —dijo Marta mirando la *playlist* del Ipod.

—Chica, tienes que dejar de escuchar canciones tan tristes. Ahora dime, ¿qué ha pasado? La otra noche estuvimos hablando y tenías bastante claro que no querías volver a verlo ni en pintura —dijo Susana sentándose en el sofá al tiempo que acariciaba a Loken, que había venido a saludarla.

—Creo que fui un poco impulsiva la última vez que lo vi, con eso de lanzar su ropa por la ventana y tal. ¿No crees que merece una segunda oportunidad? ¿Qué pasa si es el hombre de mi vida? Todos tenemos derecho a equivocarnos. —Había una súplica en sus ojos, una necesidad de que Susana le diera la razón.

—¿Eso es lo que te ha dicho? ¿Para eso te ha llamado? Mira, Marta, pensaba que eras más lista que todo eso —le dijo a su amiga desde el sofá, mientras ella terminaba en la cocina. Hubo un silencio incómodo entre las dos amigas que solo fue llenado por la respiración de Loken cuando oyó que su dueña comenzaba a servir los platos.

—Siento si te ha molestado lo que te he dicho —cedió Susana—, pero es que me preocupo por ti. Ese tío no merece ni que estemos ahora hablando de

él, ¿no te das cuenta?

—Pero es que fuimos muy felices juntos —dijo esto mientras ponía dos platos de salmón con salsa *teriyaki* encima de la mesa.

—Dejando de lado al impresentable ese, esto huele de maravilla, y tiene una pinta estupenda —dijo Susana tratando de relajar el ambiente, sabía que la conversación no había hecho más que empezar y que aún quedaban muchas cosas por decir, era mejor ir ganando terreno poco a poco.

Marta respondió al halago con una sonrisa y se hinchó llena de orgullo. No era una cocinera excepcional, pero conocía algunos platos que le salían muy bien, así que procuraba hacerlos cuando tenía visita porque eran un éxito asegurado. Esta receta de salmón era uno de ellos. Acompañó el pescado con arroz hervido, y una ensalada de col. Susana sirvió el vino en las dos copas que estaban en la mesa y Loken se relamía con el olor de la cena.

—Bueno, ahora hablando realmente, ¿en serio piensas volver con él? —preguntó Susana mirándola directamente a los ojos, tal vez era culpa de su trabajo de policía, pero no se le daba nada bien irse por las ramas.

—¿Por qué no? Desde que lo dejamos todo ha sido un desastre, me han apartado de mi trabajo, estoy exiliada en la casa de verano de mis abuelos que por más que abro las ventanas sigue oliendo a polvo y mi perro ha encontrado un muerto —terminó la frase con una media sonrisa—. Creo que estoy gafada.

—¡No digas tonterías! Mira, tú necesitas alguien que te quiera y te escuche, que te mime y que te aprecie por lo que realmente eres, no por lo bien que quedáis juntos en los *photocalls* de los eventos a los que asistís.

—¿Piensas que por eso estaba conmigo? ¿Por que quedamos bien en las fotos de las revistas? —dijo Marta llena de indignación dejando a mitad de camino el trozo de salmón que pensaba llevarse a la boca.

—No, no quería decir eso. Quiero decir que él estaba bien para un rato, pero no para estar contigo el resto de tus días. Necesitas alguien como Pablo, no digo que sea él, pero de ese estilo. Un compañero, un amigo, un amante, un hombre sobre el que llorar, en definitiva, un hombre. ¿Realmente te veías

envejeciendo al lado de ese tipo?

—Ayer me dijiste que me mantuviera alejada de él, que no querías que le hiciera daño.

—Y mantengo esa postura, por eso he dicho alguien de ese estilo. En serio, necesitas ser la prioridad número uno, lo que le quite el sueño cada noche, lo que quiera ver cada día al levantarse. ¿Eras eso para tu ex? — Susana hizo la pregunta bajando imperceptiblemente la voz, ella conocía la respuesta a esa pregunta, pero necesitaba que fuera Marta la que se diera cuenta de que el futbolista no era hombre para ella.

—Supongo que no, al menos sé que la rubia tampoco lo es, me ha dicho que no ha vuelto a verla más.

—Eso da igual, si te engaña una vez es fácil que lo haga más veces. — Apuró la copa al decir estas últimas palabras—. No quiero que te hagan daño, por eso me toca a veces hacer el papel de poli malo. —Estiró la mano por encima de la mesa y apretó la de Marta y por un instante vio a una chiquilla de doce años vestida con la ropa de su madre y no pudo evitar sonreír llena de ternura.

—No eres mala, creo que eres la única que me dice las cosas como realmente son. Tal vez tengas razón. No sé, ahora mismo no puedo pensar en nada. Mejor hablemos de otra cosa, ¿te parece? —Marta le devolvió el apretón de manos con una débil sonrisa, estaba agotada física y mentalmente por toda esa situación.

—Por mí está bien —dijo al tiempo que se llevaba otro trozo de salmón a la boca. Debería pedirle la receta cuando terminaran esta conversación porque estaba buenísimo, pensó Susana mientras paladeaba la mezcla dulce y salada, todo a un tiempo.

—¿Qué es eso de que habéis encontrado otro cuerpo en La Manga? ¿También estaba ahogado? —inquirió Marta, que le había estado dando vueltas a ese asunto desde que lo leyó en los periódicos de la tarde.

—Si me prometes que todo lo que diga es *off the record* te lo cuento.

—Tienes mi palabra.

Susana se lanzó a una detallada descripción de lo que habían averiguado sobre ambos casos, que no era gran cosa, pero al principio de una investigación siempre da la impresión de que nunca encontrarán lo que necesitan para encerrar al asesino. Pasaron el resto de la velada tranquilamente sin volver a nombrar al futbolista ni una sola vez. Cuando Susana terminó de hablar de la investigación se sumergieron en una larga lista de anécdotas que vivieron cuando eran mucho más jóvenes, que las hicieron reír hasta casi atragantarse. Luego pasaron a discutir la situación sentimental de Susana, o para ser más exactos, la ausencia de relación, pues la policía llevaba bastantes meses sin estar con nadie. Marta se escandalizó al oír eso y dijo que no se preocupara, que ella tenía un par de compañeros en la cadena que además de ser muy majos estaban de vicio y se los presentaría la próxima vez que Susana fuera a Madrid a visitarla, ante el estupor de Susana por verse encaminada hacia una cita a ciegas. Hablaron de política, del tiempo, del actual panorama español, de lo mal que andaba el mundo y de la cantidad de soluciones que se les iban ocurriendo para arreglarlo. Se terminaron entre las dos la botella de vino, y Susana se quedó a dormir en casa de su amiga, como hacían en los viejos tiempos, pues no estaba en condiciones de coger el coche para volver a su propia casa. Esperaba que Marta entrara en razón y no volviera a caer en las redes de ese impresentable, ese tío no valía la pena y tenía que hacérselo ver antes de que cometiera un error imperdonable.

Elena había decidido que no quería quedarse en casa más, desde que se había enterado de la muerte de Pepe había llevado unos días muy tristes. No es que ella lo conociera demasiado como para sentir profundamente su pérdida, pero de muerte sabía bastante. Se había criado en uno de los peores barrios de Barcelona, y en los recuerdos de su infancia siempre hay drogas, palizas y noches en las que se iba a la cama sin cenar. La muerte acechaba en cada esquina como un lobo solitario en la espesura de un bosque, esperando tan solo un desliz, una mala jugada para lanzarse a la garganta de la

descuidada presa.

Sus padres eran una pareja de drogadictos que la tuvieron cuando eran prácticamente unos críos y que nunca se ocuparon realmente de ella ni de su hermana. Su padre había sido arrestado cuando ella tenía cinco años, y desde entonces no había vuelto a verlo, no sabía si había salido de prisión o si había muerto; y la verdad es que tampoco le importaba demasiado. Su hermana se fue de casa con quince años cuando conoció a un tipo que dijo que iba a convertirla en modelo y actriz. La última vez que supo de ella estaba ejerciendo como prostituta cerca del Mercado de la Boquería, y cuando ella trató de ayudarla a salir de las calles le gritó, le escupió y hasta trató de pegarle. Supo que su hermana estaba perdida y que no había nada que ella pudiera hacer para poder rescatarla, así que decidió centrarse en salvarse a sí misma.

Conocer a Juan fue un golpe de suerte, el destino lo puso en su camino y desde entonces no se habían separado. No todo lo que habían hecho era legal, eso ella lo sabía, pero era un riesgo que merecía la pena correr, nunca pensó que pudiera tener la vida que estaba teniendo ahora. Por fin podía salir a la calle sin miedo, tenía un trabajo a media jornada en una cafetería y podía imaginarse una vida junto a Juan, con una casa con jardín, varios perros y un montón de niños.

Sabía que Cristina tenía que estar pasándolo fatal, perder a alguien tan cercano de esa manera es un golpe moral muy duro. Así que decidió llamarla para quedar con ella, seguramente le vendría bien hablar con alguien que hubiera experimentado una pérdida similar. Ella la comprendía mejor que nadie, pues ella misma había perdido a varios amigos y miembros de su familia bajo trágicas circunstancias.

Pensó en la pareja que formaban Pepe y Cristina, bueno, en el trío, porque ella estaba al corriente de su aventura con Iván. No se lo había contado a Juan porque sabía que la infidelidad es una cosa que él no soportaba. Su novio podía pasar droga o cometer pequeños robos, pero tenía muy claro que nunca le sería infiel, eso iba en contra de su «código de conducta», porque sí, hasta

los ladrones tienen un código. Cristina estaba enamorada de Pepe, eso lo sabía, sin embargo, Iván era muy persuasivo y ella había acabado cediendo. Desde hacía algunas semanas Cristina quería cortar la relación con él pero no sabía cómo hacerlo, Iván le inspiraba bastante miedo. Elena no lo conocía, pero por lo que había oído de él no era un tipo de fiar, su amiga siempre decía que se sentía espiada por él y que tenía una mirada despiadada, que estaba segura que no dudaría en hacer daño a cualquiera que tratara de meterse en sus asuntos.

Tras darle varias vueltas a la idea pensó que una llamada era algo demasiado impersonal, lo mejor sería ir a verla directamente. Sabía que Cris estaba pasando por un momento difícil y ella quería ayudarla a superarlo.

Quedaron para el día siguiente, para desayunar juntas; tal vez podría pasar a ver a Juan de camino a la cita con su amiga, le gustaba verlo tan serio en la oficina de la APD, nadie sospecharía nunca todo lo que habían tenido que hacer para llegar a donde estaban. Vistos desde fuera, parecían una pareja como las demás, sin secretos, sin pasado oscuro y, sobre todo, con un brillante futuro por delante.

Pilar llegó la primera a la unidad esa mañana, sabía que todo el equipo tenía por delante un día bastante duro así que puso en marcha la cafetera nada más pisar la oficina. Los chicos agradecerían un buen café. Además, había comprado croissants en la panadería que había cerca de su casa que los hacían buenísimos; seguro que eso los animaría. Al cabo de unos minutos la cafetera ya gorgoteaba en el interior y perezosas gotas de líquido oscuro caían al fondo del recipiente de vidrio. Este sí que era el auténtico oro negro del Siglo XXI, si algún día faltaba el café mucha gente sería como un coche sin gasolina, no serían capaces de arrancar cada día. Pensó en los miembros del equipo y se dio cuenta de que los quería como si fueran sus propios hijos, Susana era la que mejor la comprendía, y se llevaba estupendamente con ella. Alguna vez le había sugerido que su hijo sería una buena opción como novio, pero ella no se había dejado engatusar, era una chica con las cosas claras.

—Buenos días, Pili. ¿Has llegado temprano hoy? —dijo Pablo entrando directamente a la cocina. Daba igual cuántas veces se peinara y lo fuerte que comprara la gomina, siempre había unos mechones rebeldes de su flequillo que le caían sobre los ojos—. ¿Es café eso que huelo?

Pili asintió con una sonrisa.

—No nos dejes nunca, por favor —sonrió mientras decía esto al tiempo que se servía una taza y se iba a su mesa.

Pablo siempre la había intrigado, era muy reservado, aunque un trabajador excelente. Fue el último en llegar a la unidad, y en esos cuatro años Pili no le había conocido ninguna novia. También le había insinuado a Susana que Pablo podía ser un buen novio, pero ella se reía siempre de ese comentario. Le costó tiempo entender que entre ellos se había creado una amistad tan profunda que eran casi como hermanos, ninguno de los dos estaba interesado en una relación romántica con el otro. Una pena, porque con lo monos que

son los dos, quedarían estupendamente en las fotos de boda, pensó dando un suspiro. Su hija tenía novio formal desde hacía bastantes años, si no, ya se lo hubiera propuesto a Pablo, sería un yerno excelente, callado, tranquilo y le gustaba cómo cocinaba Pili.

—Estoy reventado, tenemos que decirle al jefe que hay que llegar a la oficina a partir de las diez de la mañana, ¿qué os parece la propuesta? —dijo Raúl con una sonrisa canalla al entrar a la unidad.

—Anda, no te quejes y coge un croissant, ya verás cómo eso te anima —le sugirió Pili.

Cogió un croissant de la bandeja y se acercó para darle a Pili un sonoro beso en la mejilla.

—¡Ay! Si no estuvieras casada ya me hubiera propuesto para compartir mi vida contigo —le dijo a la secretaria.

—¡Venga ya! todos sabemos que no podrías con una mujer como Pili ni cinco minutos. Está fuera de tu alcance —dijo Pablo mientras todos se reían con ganas.

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿Por qué estamos de buen humor tan temprano? —dijo Susana, tenía pinta de no haber dormido mucho la noche anterior.

—Nada, me he propuesto a Pili, pero por lo visto no soy digno de una mujer como ella —dijo Raúl con una falsa expresión de tristeza en su rostro.

—Eso está claro, ni en tus mejores sueños estarías con una mujer como ella —añadió la última en llegar sumándose rápidamente a la broma general.

—Bueno, chicos, poneos a trabajar que el jefe está reunido con el comisario y sería bueno que cuando vuelva parezca que estamos haciendo algo productivo —dijo Pili señalando las mesas del equipo.

Todos asintieron y se pusieron manos a la obra. Eran como polluelos que necesitan una mano que los guíe, y a ella no le importaba serlo. Se llevaba de maravilla con sus compañeros, eran buenos trabajadores y decentes. Raúl era el más polémico de todos, pero en el fondo era todo una fachada, en varias ocasiones había podido hablar en serio con él y era un hombre con las cosas

claras.

Pilar se sentó detrás de su escritorio y cogió su agenda repasando lo que tendría que hacer hoy, comenzaría por llamar al Instituto Forense para saber si tenían ya lista la autopsia de Don Miguel, esperaba darles buenas noticias a los chicos. Luego se encargaría de revisar los antecedentes de los compañeros de piso del fallecido, con todo el jaleo del segundo cadáver habían descuidado ese punto. Suspiró sonoramente y Susana, que era la que estaba más cerca, levantó rápidamente la cabeza de lo que estaba haciendo y la miró. Le sonrió con cariño y le hizo un gesto con la cabeza dándole ánimos, luego volvió a sumergirse en sus asuntos. Pili decidió imitarla y descolgó el auricular dispuesta a obtener respuesta de los forenses sobre su caso.

Pedro se despertó abrazado a Elsa, cuando la vio a su lado sonrió instintivamente, era lo único bueno que había últimamente en su vida. Se movió muy lentamente para sacar su brazo de debajo del cuerpo de ella, y se escabulló fuera de la habitación sin hacer ruido. Antes de cerrar la puerta la miró una vez más, con su piel tan blanca salpicada de pecas y su melena pelirroja sobre las sábanas parecía un hada salida de un bosque mágico. Se habían dormido tarde, abrazados, después de haber pasado gran parte de la noche hablando sobre lo que había acontecido en estos últimos días. Salió al salón que compartía con sus otros tres compañeros de piso. «Ahora son solo dos», se dijo mentalmente, y sintió de nuevo las lágrimas aflorar a sus ojos, la pérdida de Pepe le había supuesto un gran golpe. Miró a su alrededor y se sentó sin ganas en el destartalado sofá. Los muelles crujieron bajo su peso, pero le dio igual, le vinieron a la mente todas las tardes que pasó con Pepe jugando a la XBox. Tenían un piso de estudiantes y comían pasta cuatro veces por semana porque no tenían dinero para otra cosa, pero la consola no podía faltar.

Vivían en un modesto piso cerca del campus de la Muralla, tenían cuatro habitaciones individuales, una cocina y un salón que compartían. La convivencia no había sido siempre fácil, Pepe era muy estricto con el tema

del reciclaje y les hacía tener tres cubos de basura, algo que volvía loco a Iván, que nunca se preocupaba de lo que pensaban los demás. Con Pepe nunca tuvo problemas, se conocían desde hacía bastante tiempo, desde los tiempos del instituto, también coincidieron en el equipo de fútbol al que ambos asistían al terminar las clases y siempre fueron muy buenos amigos. Julio era un buen chaval, él estudiaba arquitectura y se había integrado estupendamente con ellos, le gustaban los videojuegos y el modelismo. De hecho, gran parte de su habitación estaba ocupada por miniaturas de soldados napoleónicos y pinturas, ya que le encantaba pintar esos soldaditos. Iván era el más conflictivo, nunca terminó de encajar en el estilo relajado que llevaban ellos tres, Pedro quería echarlo para el año que viene, pero Pepe siempre quería darle una segunda oportunidad. Y ahora Pepe ya no estaba y... No pudo seguir con esos pensamientos, pues la tristeza le golpeó en la cara una vez más y tuvo que ir al baño a refrescarse un poco.

No solo había perdido a un compañero de piso, había perdido casi a un hermano. Dejó que el agua corriera antes de meter la cabeza directamente debajo del grifo. Ni siquiera esto conseguía refrescar su mente, conseguía hacerle olvidar los últimos días. Lo más duro fue cuando vino la policía a hablar con ellos, allí es cuando se derrumbó y supo que no podría seguir adelante, pero Elsa vino de nuevo para estar con él.

Oyó ruido al otro lado del pasillo, era Julio, que se estaba levantando. A los pocos segundos apareció en la puerta del baño, iba vestido con unos pantalones cortos, una camiseta del Puerto de Culturas y unos calcetines desparejados. Al llegar al baño le sonrió aún medio dormido con las gafas algo torcidas.

—¿Te importa salir un momento? Que sé que entre nosotros hay mucha confianza, pero aún hay cosas que me gusta hacer en privado —dijo Julio con una media sonrisa y los ojos entrecerrados por el sueño.

—Claro, colega. ¿Te espero en la cocina y desayunamos juntos? —preguntó Pedro secándose la cara con una toalla con manchas y algo deshilachada.

—Perfecto, ve poniendo la cafetera en marcha que yo voy en seguida.

Al cabo de unos minutos se reunió con Pedro en la cocina, ahora tenía mucho mejor aspecto después de haberse lavado la cara y los dientes y haberse peinado. En cualquier caso, las gafas seguían estando algo torcidas.

—Bueno, ¿cómo lo llevas? —preguntó Julio al tiempo que cogía de uno de los armarios una taza con el logotipo de la universidad y la llenaba de café.

—Pues... No muy bien, la verdad. Conozco a Pepe de toda la vida, fuimos juntos al instituto, estábamos en el mismo equipo de fútbol, nos peleábamos por las mismas chicas... Su madre me llamó ayer y se puso a llorar, estaba hecha polvo. Hablé con su hermana cuando ella dejó el teléfono y me dijo que están todos destrozados, que no se esperaban algo así.

—Entiendo lo que quiere decir —le interrumpió Julio—. Yo no lo conocía tanto, pero es verdad que me caía de maravilla, es un tío estupendo y no me puedo creer que alguien quisiera hacerle daño. ¿Crees que ha sido alguien por su trabajo en la APD? Ya sabes que se lo tomaba muy en serio —dejó la pregunta en el aire. Sabían lo de las amenazas que habían recibido en la APD a raíz del proyecto inmobiliario frustrado—. O tal vez fue por su negocio paralelo...

—No, no creo que eso tenga nada que ver. Yo... —titubeó durante un rato, quería encontrar las palabras, pero notaba cómo se le hacía un nudo en la garganta y no las dejaba pasar. Quería contarle a Julio lo que sabía, él merecía saber la verdad—. Mira, yo creo que la muerte de Pepe fue...

—¿Fue qué? —dijo Iván desde la puerta de la cocina. Incluso recién levantado tenía pinta de enfadado. Miraba a Pedro con una mezcla entre sorpresa e indignación que Julio no fue capaz de entender.

—Fue... Fue dramática para todos, es lo que quería decir —se apresuró a decir Pedro. Y bajó la vista hasta su taza de café.

—Sí, fue dramática —asintió Iván al tiempo que se sentaba en la silla más cercana a Pedro—. Pero no es nuestro trabajo hablar sobre ello, eso es cosa de la policía. Nosotros debemos seguir con nuestras vidas, es lo que Pepe hubiera querido. ¿Tú qué opinas, Julito?

—Pues para empezar, odio que me llames Julito, y para seguir, creo que un tiempo de duelo es necesario antes de poder pasar página. No me creo que ya te hayas olvidado de Pepe, de todo lo que hemos hecho juntos, de tantas anécdotas —respondió apretando los puños debajo de la mesa, cada vez le caía peor Iván. Después de ver a Pedro hablando de la familia de Pepe con lágrimas en los ojos no podía entender cómo Iván le daba tan poca importancia a perder a un compañero.

—No me he olvidado, pero no voy a dejar que un muerto interfiera en mi vida. Yo estoy vivo, eso es lo que cuenta, y no voy a desaprovecharlo. —Se levantó para marcharse pero antes de salir de la cocina se volvió y añadió—: Y, por supuesto, no voy a dejar que otros interfieran tampoco.

Reinó el silencio cuando él se marchó hasta que Julio añadió:

—Este tío cada día está más raro. Su última frase ha sonado casi como una amenaza, ¿te lo puedes creer?

—De Iván me lo creo todo —sentenció Pedro antes de levantarse y preparar unas tostadas para él y su compañero de apartamento. Julio se dio cuenta de que a su amigo le temblaba ligeramente la mano cuando metió el pan en la tostadora.

—Por cierto, princesita, tienes un aspecto horrible —dijo Raúl acercándose a Susana en la comisaría.

—Gracias, Raúl. Tú sí que sabes cómo conquistar a una mujer —dijo Susana sin ganas. La verdad es que su compañero tenía razón. La noche anterior, en casa de Marta, había bebido bastante, aunque menos que su amiga, y se habían acostado tarde. Al levantarse esa mañana apenas había tenido tiempo de peinarse y lavarse un poco antes de coger el coche y recorrer el camino desde Cabo de Palos a Cartagena. Tenía ojeras y no se había maquillado y, sobre todo, aún no había comido nada y notaba un agujero inmenso en el estómago y una necesidad acuciante de un café realmente cargado.

—Por favor, que alguien me diga que hay café —suplicó Susana.

—¡Claro que sí! —Pili se había levantado al oír la conversación de Raúl y Susana y había aparecido con una taza de humeante café y un croissant partido por la mitad. Dime, ahora que los chicos no nos oyen, ¿esas pintas son porque has pasado la noche con alguien especial? —preguntó Pilar añadiendo un tono cantarín cuando dijo lo de *alguien especial*.

—No, no, ¡qué más quisiera yo, Pili! Pero este trabajo nos absorbe tanto que creo que me voy a quedar para vestir santos —respondió Susana dando un buen sorbo a su café. Notó cómo la cafeína entraba en su cuerpo y la iba calentando poco a poco. La sintió fluir por sus venas y abrirse paso trayendo algo de luz a su cerebro, que hasta ese momento estaba envuelto en tinieblas.

—No digas eso ni en broma, que eres aún joven y muy guapa, ya verás cómo hay alguien ahí esperando para ti. Ya sé que con mi hijo no quieres nada, pero yo tengo un sobrino en Lorca que tiene un taller de coches que es un chico estupendo. Encima, mi hermana como suegra es facilísima porque la pobre no sabe cocinar, así que por mal que lo hagas él nunca podrá decir que la comida de su madre estaba más buena, y eso es siempre una ventaja. Te lo digo yo que a mi suegra no podía verla ni en pintura, y mi marido no ayudaba recordándome cada domingo que la paella de su madre estaba mejor que la mía. Yo si quieres te lo presento un día de estos, le digo que venga a visitarme, que soy su tía y tengo ganas de verlo y os organizo una cita. — Pilar había estado hablando sin parar mirando de hito en hito a Susana con una sonrisa esperanzada en la cara.

—No te preocupes por mi vida sentimental, estoy bien —dijo al tiempo que cogía la taza y marchaba directa hacia la mesa de Pablo con el pretexto de revisar con él algunas notas. Más vale huir antes de que Pili empiece a elegir invitaciones de boda, se dijo para sus adentros. Al llegar a la mesa de Pablo le preguntó algo banal, a lo que él respondió sorprendido hasta que vio la cara de Pili detrás de Susana y lo entendió todo.

—Ven, siéntate aquí —dijo señalando la silla próxima a su mesa—, que tenemos mucho de lo que hablar sobre el caso —dijo guiñándole un ojo sin que Pili lo viera; esta se dio por vencida y volvió a su mesa con cierto aire de

derrota.

—¿De nuevo está tratando de juntarte con su hijo?

—No, esta vez es un sobrino que tiene un taller de coches en Lorca —dijo Susana con tono abatido y Pablo trató de contener como pudo una carcajada.

Cristina había decidido saltarse las clases hoy, tenía que entregar unas prácticas de Circuitos y Funciones Electrónicas pero estaba segura de que conociendo sus circunstancias el profesor le dejaría entregarlas la semana que viene. Pensó cínicamente que ese aplazamiento le hubiera ido de perlas en otras asignaturas, no todo iba a ser malo tras la muerte de Pepe. Se dio cuenta casi por primera vez de que lo echaría mucho de menos. Sí es verdad que había estado pasando tiempo con Iván sin que él lo supiera, pero era solo por el lado divertido y peligroso, en el fondo no sentía nada profundo por Iván. Meditó un instante, sí, sí, que había un sentimiento profundo que le despertaba Iván, y ese sentimiento era miedo, ella mejor que nadie sabía de lo que era capaz. Incluso en la cama se mostraba cruel y solo pensaba en su propio placer dejando a Cristina de lado. Pero a pesar de que ella sabía que él no era bueno para ella seguía cayendo una y otra vez en sus garras. ¿Cómo era posible? Había estado engañando a un hombre estupendo con un monstruo sin escrúpulos, y ahora tendría que vivir con ese pensamiento el resto de su vida.

Estaba sentada en la terraza de una cafetería de la calle del Carmen, una de las calles más céntricas y bonitas de Cartagena. De pequeña tenía el sueño de poder vivir un día en esta calle, de sentarse en uno de los maravillosos balcones de forja a ver pasar las procesiones, protegida del frío de Semana Santa tras el cristal del ventanal. Paseó la mirada por la calle hasta llegar a la Iglesia del Carmen, aún se apreciaban en la fachada los daños sufridos durante la Guerra Civil. Le apasionaba ese momento de la historia de Cartagena, cómo se defendió, cómo resistió hasta el último minuto el avance franquista, y cómo sufrió el abandono durante la dictadura. A pesar de esas circunstancias adversas, los cartageneros no habían perdido la fe, habían

seguido luchando hasta llegar a ser una ciudad moderna y turística, orientada hacia el Mediterráneo, y acogedora con aquellos que venían de fuera.

La calle del Carmen ahora era peatonal, tras una reforma que enfrentó a vecinos, comerciantes y cartageneros de a pie; al final el Ayuntamiento había decidido seguir con el plan previsto y adoquinarla al tiempo que prohibía el paso de coches. El resultado no puede ser más bonito, ahora se puede pasear tranquilamente y apreciar uno de los ejemplos de arquitectura modernista más emblemáticos de la ciudad: la casa Dorda del arquitecto Víctor Beltrí. Es una calle burguesa y refinada pero que al mismo tiempo sigue siendo accesible y cercana.

Miró el reloj, quedaban algo más de diez minutos para que su amiga llegara. Decidió pedirse un capuccino mientras la esperaba. Prefería contar sus penas con algo caliente en el estómago. Le hizo un gesto al camarero, que acudió solicitó a la llamada de uno de los pocos clientes que estaban en la terraza; a pesar del buen tiempo, seguía siendo abril y por la mañana aún hacía algo de fresco.

Le pidió al camarero el periódico del día para leer el horóscopo pero tuvo que echar un vistazo al artículo sobre el caso de la muerte de Pepe que aparecía en la portada. Por lo visto, no era el único cuerpo, pues habían encontrado otro cadáver en La Manga y la policía aún no sabía si estaban relacionados o no. Cristina dio un largo suspiro, esa historia estaba empezando a hacer mella realmente en ella. Se sentía atrapada en medio de un mar turbulento sin apenas una tabla salvavidas a la que agarrarse, se dio cuenta demasiado tarde de que Pepe era su tabla y que, sin él, ella ahora se hundiría irremediabilmente en las aguas oscuras de la desesperanza.

Daba lentos tragos del suave café italiano, perdiéndose en los sabores que llenaban su paladar, sintiendo cómo la espuma bajaba suavemente por su garganta hasta el centro de su cuerpo. Leyó sin pasión la sección de noticias internacionales: guerra, muerte, crisis y desolación. Había sido siempre así, se dijo. Desde que el ser humano bajó de los árboles y se puso de pie siempre habían estado gobernados por la ley del más fuerte. Y, por lo general, para ser

fuerte había que ser despiadado con los débiles. No habíamos cambiado nada en miles de años, simplemente habíamos encontrado formas más efectivas de traer miseria y muerte a nuestros enemigos. Siempre guerras, siempre crisis, siempre hambrunas... Todo cambia pero en el fondo todo sigue igual. Hay millonarios que encienden puros con billetes de cien euros mientras niños se mueren de hambre, o son obligados a trabajar por un salario mísero para tener al menos un cuenco de arroz que llevarse a la boca.

Pasó rápidamente la sección de deportes, pues pocas cosas le importaban menos que las hazañas deportivas. No comprendía cómo un señor que solo se dedicaba a darle patadas a un balón ganara infinitamente más que un maestro, un médico o un bombero. Ese señor solo jugaba al fútbol, no le enseña a nadie a ser mejor persona, no cura enfermedades, no salva vidas y, sin embargo, gana más de lo que ganará cualquiera de los otros en toda una vida de duro y sacrificado trabajo. Finalmente leyó el horóscopo de su signo: *Intente apostar a la autonomía. Es momento de que se libere de los contrapesos que le impedían su progreso. No es buen momento para invertir. Salir de vacaciones en este momento puede resultar muy beneficioso, consulte a su pareja y planifiquen juntos.*

Consulte a su pareja. La frase la sacudió como un martillo dando un golpe contra un yunque. ¿Qué pareja? Se dijo para sí misma. Cerró el periódico de golpe y siguió dando sorbos a su capuccino en silencio.

Marta se había levantado bastante tarde, por seguridad y porque así la había obligado Susana: había pagado el móvil, así que no tenía ni idea de qué hora era cuando Loken, harto de esperar su paseo matutino, decidió saltar a su cama para insistirle de forma más directa.

—Chico, tranquilo, bájate de la cama. —El labrador la miró sin inmutarse y, sobre todo, sin moverse ni un centímetro. Al contrario, decidió comenzar a lamerle la cara mientras su dueña se escondía bajo las sábanas.

—Está bien, ya me levanto y te doy un paseo... ¿No entiendes que estamos de vacaciones?

Se puso unos pantalones negros y una sudadera y pasó al baño para lavarse la cara y despejarse. Poco a poco la luz se iba abriendo paso en su cerebro, comenzó a recordar la noche anterior, ella y Susana se habían acabado la botella de vino y su amiga se quedó a dormir en casa. Salió del baño y la buscó en la habitación de invitados para ver que estaba vacía y la cama hecha. Sin embargo, Susana le había dejado una nota: *Si te apetece salir de la playa, vente a comer con nosotros a Cartagena, le diré a los chicos que se vengan. No te traigas al perro. Nos vemos a las dos.*

Miró su reloj y pensó que aún tenía dos horas para decidir si iba o no a comer con Susana y sus compañeros, le dolía la cabeza del vino de la noche anterior. La verdad es que le parecían un grupo bastante divertido, además, le interesaba saber qué había pasado con el muerto que había encontrado Loken dos días antes, su instinto periodístico siempre estaba presente. Pero, por otro lado, la idea de salir en público no le apetecía demasiado, ahora que todos los móviles tienen cámara, no conseguía tener privacidad en ningún sitio.

Bajó a la planta baja por la angosta escalera de madera que crujía bajo su peso con cada paso en los escalones. Se acercó a la cocina y se puso a prepararse un café mientras encendía el móvil. Se quedó sorprendida cuando el aparato comenzó a pitar sin control, obligándola a dejar su búsqueda de la mantequilla para ver qué pasaba. Al mirar la pantalla del móvil un escalofrío le recorrió la espalda erizándole el pelo de la nuca: tenía siete llamadas perdidas y cinco mensajes de su madre.

—¡Qué Dios nos asista, Loken, porque creo que hemos cometido un error apagando el móvil justo cuando mi madre ha decidido llamarnos! Más vale que le devuelva la llamada antes de que movilice a los GEOs y a la Guardia Costera, porque seguro que piensa que nos ha pasado algo —le dijo en voz alta al perro. Este comprendió que su paseo se aplazaba indefinidamente y fue a acostarse a los pies del sofá del salón.

Se llenó una buena taza de humeante café y tras darle un par de sorbos decidió llamar a su madre, más valía enfrentarse pronto con ella. Mientras marcaba el número se sentía como los condenados cuando son llevados al

patíbulo.

—Pilar, ¿cómo vamos con la autopsia de Don Miguel? —preguntó a voces el inspector Martínez sin levantar la cabeza del informe que estaba leyendo.

—Aún no hay nada, jefe. He llamado hace media hora y me han dicho los del Instituto Forense que a lo mejor para esta tarde nos pueden decir algo, pero que están teniendo mucho trabajo. Lo mismo con el análisis de tóxicos, el laboratorio anda desbordado. Ayer se hundió una patera cerca del Portús, la Guardia Civil pudo rescatar a unos cuantos con vida pero hay varios que fallecieron en la travesía, y están todos en el Instituto Forense a la espera de la autopsia. Como es un caso muy mediático quieren quitárselo lo antes posible, no quieren tener a la prensa detrás diciendo que no se hizo lo suficiente ni se le dio prioridad a un caso como ese.

—¿Es que no saben que tenemos un caso de asesinato entre manos? —bufó en voz baja y siguió con lo que estaba haciendo.

—Oye, Pablo, ¿a cuántos compañeros de piso dices que interrogasteis Susana y tú? —preguntó Raúl al tiempo que cogía las notas de sus compañeros y se ponía de pie para ir hacia el escritorio de Pablo.

—Pues a dos, al alto y al que tenía cara de perro rabioso, ¿por qué?

—Pues porque falta uno. Mira, según lo que nos dijo la madre él, compartía piso con tres chicos, así que nos falta uno. —Raúl le tendió el bloc de notas en el que se podían leer las anotaciones que habían tomado en casa de la madre de Pepe.

—¿Cómo se nos ha podido pasar eso? —se preguntó irritado Pablo, no le gustaba equivocarse y este fallo parecía gordo.

—Yo interrogué a la madre y vosotros a los compañeros, simplemente nos ha faltado comunicación, como si fuéramos un matrimonio mal avenido —le guiñó un ojo Raúl para relajar un poco la tensión. Sabía que su compañero se tomaba muy en serio los errores.

—¿Sabemos quién es el tercer compañero?

—Ni idea, tendremos que ir y preguntar. Tal vez deberíamos ir directamente al piso, a lo mejor lo pillamos allí. ¿Qué te parece?

—Que cuanto antes nos pongamos en marcha, antes podremos tener respuestas. —Pablo comenzó a ponerse en pie mientras decía estas palabras.

—Pues vamos para allá. ¡Jefe! —Gritó desde su despacho para hacerse oír hasta el despacho del inspector—. ¡Nos vamos que por fin tenemos algún hilo que seguir!

—¡La próxima vez vienes y me lo dices aquí sin levantar la voz! —gritó el inspector desde el despacho del fondo.

—¡Entendido! —volvió a gritar Raúl al tiempo que recibía un codazo en las costillas y una mirada de desaprobación por parte de Pablo.

—Eres incorregible —dijo casi en un susurro Pablo, a lo que Raúl respondió con una de sus amplias sonrisas y un guiño.

Marta lleva veinte minutos al teléfono con su madre tratando de explicarle que estaba bien y que no era necesario llamar a personas desaparecidas ni ofrecer una recompensa para quien pudiera dar pistas sobre su paradero. Estaba sentada en el sofá de la casa de la playa con las piernas cruzadas y ojeaba una revista al tiempo que repetía sin cesar las explicaciones a su madre.

—Mamá, que te lo he dicho ya mil veces, que no ha pasado nada, que he apagado el móvil solo para dormir hasta tarde. Si llego a saber que me ibas a llamar lo hubiera dejado encendido. —Marta había dado la misma explicación al menos una docena de veces, pero su madre seguía sin creérsela. A su madre no se la podía tomar en serio, era una completa exagerada. Se la imaginaba poniendo cara de preocupación al otro lado del teléfono. La revista que estaba leyendo estaba atrasada bastantes años, pues traía en portada y como una exclusiva *el primer embarazado de Angelina Jolie*. Actualmente ella y Brad Pitt ya debían ir por el sexto hijo.

—¿Estás segura? ¿No quieres que tu hermano se vaya hoy a dormir

contigo a casa? O mejor aún, ¿no prefieres venir y pasar esta noche aquí? Así no estarías sola en ese caserón tan grande. —Irene estrujaba un paño de cocina al otro lado del teléfono.

—Mamá, hablas de la casa de los abuelos como si fuera una hacienda colonial, y la casa no debe tener más de setenta metros.

—Sí, pero para una jovencita sola eso es muchísimo.

—Mamá, en Madrid tengo más del doble de metros, y un jardín. En serio, no te preocupes. —Marta estaba empezando a pensar que nunca saldría de ese bucle, así que decidió atajar el problema—. Bueno, ¿para qué me has llamado cincuenta veces?

—No han sido cincuenta, han sido solo siete veces —añadió herida Irene.

—¡Y cinco mensajes! —exclamó Marta dejando la revista sobre la mesa baja del salón.

—¡Vaya! ¡Ahora una tiene que dar explicaciones por preocuparse de su familia! Esto es lo que pasa cuando las familias se descomponen y cada uno se va a hacer su vida por su parte.

Marta puso los ojos en blanco ante el victimismo de su madre.

—Vale, mamá, lo entiendo, el trabajo a más de treinta kilómetros del domicilio paterno es el culpable de la crisis de valores que azota este país; ahora que hemos dejado ese punto claro, puedes explicarme de una vez a qué venían las siete llamadas.

—Desde luego, eres igualita a tu padre. Pues mira, he pensado hacer caldero el jueves, tu hermano ha dicho que va a venir, y como hace tanto tiempo que no nos hemos juntado los cuatro, creo que es un buen momento para que hagas acto de presencia.

—¿Mi hermano ya ha dicho que va a ir o estás intentando que yo diga que sí para que él no tenga más remedio que aceptar? —inquirió Marta mientras esbozaba una sonrisa que su madre no podía ver.

—Por supuesto que no, ha dicho que viene, créeme —dijo con la voz falsamente herida su madre. En ese momento, Marta supo que estaba

mintiendo, así que decidió jugar un poco la gato y al ratón con ella.

—¿Quieres decir que si ahora mismo le mando un whatsapp a mi hermano preguntándole si viene a comer el jueves su respuesta será sí? —Marta pensaba alargar la broma todo lo que su madre la dejara, así le enseñaría a usar menos el chantaje emocional cuando hablara con ella.

—Yo no sé lo que es un *guarfas* de esos, así que no me hagas perder el tiempo más con este tema, ¿vienes a comer o no?

—Claro que voy, solo quería pincharte un poco —rio Marta.

—Igualita, igualita a Fernando. Bueno, te dejo que tengo muchas cosas que preparar porque supongo que vendrás a comer y no te dignarás a pasar antes por casa para echar una mano con la comida, ¿verdad? —Irene había vuelto a coger el trapo y ahora le sacaba brillo a una encimera ya de por sí impoluta.

—Sabes que cocino fatal, que eso de ser una ama de casa hacendosa nunca fue mi fuerte. Mejor nos vemos el jueves a eso de las dos. Yo llevo el vino para compensar mi falta de pericia culinaria.

—Está bien, nos vemos el jueves. Te quiero mucho, pequeña.

—Sí, mamá, yo a ti también —acabó confesando Marta antes de colgar. Su madre podía sacarla de quicio, pero es verdad que siempre la había apoyado y nunca se había permitido el lujo de juzgar su estilo de vida.

Cuando Irene colgó el teléfono sonreía de oreja a oreja, por fin volvía a tener a toda la familia junta y sin ser Navidad. Esto sí que era algo realmente inesperado. Ahora que Marta había dicho que sí vendría a comer pensaba llamar a su hijo y decirle que si su hermana hacía el esfuerzo de venir a comer él no tenía excusa posible. No es que disfrutara con el chantaje emocional, pero no pensaba dejar pasar la oportunidad de tener a todos juntos en la misma mesa. Eso sí, el perrazo ese no estaba incluido en la invitación, que esa bestia lo llenaba todo de pelos y baba siempre.

Elena se había vestido con esmero, se había maquillado y había elegido

uno de sus bolsos favoritos para quedar con Cristina. Era una mujer menuda, de rasgos marcados y muy guapa. Incluso con la cara lavada era evidente que era una auténtica belleza española. Tenía el pelo largo que le llegaba casi hasta la cintura y lo llevaba suelto formando grandes ondas oscuras que refulgían con la fuerza del azabache cuando el sol le daba en el pelo. Tenía los ojos marrones y astutos, y una sonrisa a mitad de camino entre la seducción y la timidez. Se aplicó una capa más de rimmel y se miró en el espejo sorprendida del cambio que en los últimos años había dado su vida.

Elena apenas tenía el graduado escolar y la verdad es que nunca había prestado demasiada atención a los temas académicos, las únicas lecturas que se permitía eran las revistas de cotilleos y algunas de moda porque les gustaban mucho los trucos de belleza. Nunca pensó que pudiera ser amiga de una universitaria, si la vieran ahora los de su antiguo barrio no se lo creerían. Sin embargo, Cristina nunca la trataba como si fuera una estúpida, al contrario, siempre la escuchaba y se portaba muy bien con ella. Por eso pensó que era importante verla en persona, transmitirle el calor humano y el cariño que ahora necesitaba. Ella bien lo sabía, la vida le había arrebatado a varios de sus amigos, así que podía comprender perfectamente el dolor por el que estaba pasando Cristina.

Caminó con paso decidido hasta el sitio que habían elegido para desayunar juntas, un coqueto café en la calle del Carmen. Pasó por delante de la tappería La Uva Jumillana en la calle Jara, le resultó muy curiosa la historia de este local cuando se la oyó contar a Juan por primera vez. Es la bodega más antigua de Cartagena, se fundó en 1909 en una curva que crea la calle Jara y desde la que se pueden ver casi perfectamente la Plaza San Sebastián y la calle Campos. El tiempo y la crisis hicieron estragos y la Uva (como se la conoce popularmente en Cartagena) se vio obligada a bajar la persiana y cerrar, dejando a los cartageneros sin uno de sus locales más emblemáticos. Hasta que en 2012 un nuevo propietario decidió reabrir el local, pero guardando el ambiente añejo que la ha hecho famosa. Ahora siempre hay gente en la terraza exterior y se pueden degustar unas de las mejores patatas

bravas de toda la comarca acompañadas, eso sí, de un buen vermú casero.

Continuó a buen paso por las Puertas de Murcia, siempre rebosantes de actividad con las tiendas de grandes marcas que se encuentran a uno y otro lado de la calle, hasta llegar a la Plaza del Icue enfrente del Palacio Pedreño. Un *icue* es como se conocían antiguamente a los niños que jugaban en la zona del puerto. Aquí se encuentra una pequeña escultura de bronce de un niño vestido solo con un pantalón corto y sujetando un boquerón del que sale un chorro de agua. Este es uno de los monumentos más emblemáticos y queridos de todos los cartageneros, pues todos, en un momento o en otro de nuestra vidas, nos hemos visto reflejados en ese pequeño niño que ríe y juega feliz sujetando un pescadito.

Siguió andando por la calle del Carmen hasta que la vio sentada en una de las mesas de la terraza, pensó que ella hubiera elegido una en el interior, pues aún hacía frío para sentarse fuera, pero como era su amiga quien había perdido a alguien, decidió que fuera ella quien eligiera dónde sentarse.

—¡Hola! No llego muy tarde, ¿verdad? —preguntó, al tiempo que retiraba una silla para sentarse junto a ella, nunca le gustó esa manía que tiene la gente de sentarse una enfrente de la otra cuando quedan para comer o tomar algo. Ella prefería estar cerca de la otra persona, era más íntimo, más especial.

—No, no, para nada, pero como hacía un poco de fresco he pedido un café para ir calentándome —dijo sujetando su taza entre las manos para darse calor.

—Póngame un bombón con una tostada de mantequilla —dijo Elena al camarero—. Bueno, ¿y tú cómo estás?

—Bien, supongo —tras decir esto se quedó mirando su taza con los ojos empañados, tratando de evitar que su amiga se diera cuenta, pero ya era demasiado tarde.

—Sé por lo que estás pasando —dijo al tiempo que le cogía la mano por encima de la mesa—. De verdad que lo sé.

—No creo que nadie pueda saberlo... Yo... No sé, durante los primeros

días ni siquiera pensaba en que estaba muerto. Es una sensación muy rara. Pensaba que en cualquier momento iba a aparecer por la puerta, o que me lo encontraría con Julio y Pedro jugando a la consola. Ahora... Simplemente no está y yo... —no pudo continuar. Rompió a llorar ante la atónita mirada del camarero, que dejó el café y la tostada en la mesa y se marchó raudo al interior para dejar algo de intimidad a las dos mujeres.

Elena le tendió un paquete de pañuelos que sacó de bolso

—Lo sé, yo también he perdido a algunos amigos. ¿Sabes lo que dicen siempre de *hay que seguir adelante* o él hubiera querido que siguieras con tu vida? ¡Basura! ¡Él hubiera querido seguir vivo!

Cristina se permitió sonreír por un instante. Sí, ya había oído la frase de *seguir adelante* demasiadas veces en los últimos tres días y su amiga tenía razón, Pepe hubiera preferido vivir.

—¿Crees en el Cielo y el Infierno? —preguntó Cristina con los ojos rojos de tanto llorar.

—Mis padres no me educaron mucho en religión, pero siempre me he sentido católica, así que debería decirte que sí, pero desde muy joven he visto mucha mierda y creo que he perdido un poco la fe. La gente no siempre es buena o mala, a veces los buenos hacen cosas malas y al revés. —Bajó la mirada hacia su tostada, ella era el ejemplo vivo de gente que tiene que hacer cosas que no quiere para sobrevivir.

—Yo... Yo no fui buena con Pepe... Hay cosas que no te he contado, cosas muy graves de las que me arrepiento, cosas que...

—No sigas, Cris —la interrumpió—, no necesito saberlo. Ya te lo he dicho, no todo es blanco o negro. Sé que lo de Iván te hubiera gustado decírselo, o acabar la historia. Sé cómo eres, no te tienes que machacar. Ya no sirve de nada.

—No lo comprendes, no fue solo lo de Iván, ha habido otras cosas...

—Ya no hay vuelta a atrás. Sé que te hubiera gustado que las cosas fueran de manera diferente, pero te lo repito, no se puede hacer anda. A veces la vida nos putea un poco para luego darnos una alegría, no te culpes, lo que le ha

pasado a Pepe fue un trágico accidente.

La mirada de Cristina cambió durante un instante, después apretó las mandíbulas al tiempo que asentía.

—Sí, tienes razón, no se puede hacer nada para que vuelva, fue solo un accidente.

—Cierto, eso lo aprendí de la manera difícil, créeme —iba a continuar, añadir algo de su pasado, pero prefirió callar; ya tendría tiempo de contarle a Cristina su historia completa—. Oye, ¿vais a organizar algo para despedirlo? No digo montar una hoguera como si fuera un funeral vikingo, pero creo que se merece algún gesto bonito.

Cristina volvió a sonreír ¿a quién se le ocurre hablar de hogueras cuando alguien muere? Ella era realmente una chica peculiar.

—La Universidad va a organizar un sepelio con un montón de gente que nunca le conoció, o que si lo hizo apenas le dirigió la palabra, pero que hará que todo el mundo se sienta bien. Van a venir hasta el rector y la alcaldesa.

—¡Vaya! No sabía que fuera algo tan importante. —Elena abrió mucho los ojos, imaginándose una multitud que no conocía a Pepe de nada atiborrando los bancos de una iglesia.

—Sí, pero es básicamente para aparentar, yo estoy pensando en no ir, no me gusta sentirme tan expuesta. Están diciendo que vendrán hasta las cámaras de televisión y todo. Vamos, que quieren convertir el acto en un circo. —Había tristeza y cansancio en su voz.

—¿Ya se sabe cuándo será el funeral?

—Mañana. La madre contactó conmigo para decírmelo. No tengo ni idea de dónde sacó mi número porque, que yo sepa, Pepe no le había nada dicho a sus padres. Les dije que iría, y que algunos amigos íntimos de Pepe también.

—Si nos quieres allí a Juan y a mí no dudes en pedirnoslo —dijo Elena dando buena cuenta de su tostada.

—Gracias, te mandaré un mensaje con la hora y el sitio, la verdad es que me gustaría tenerte conmigo ese día. —Le cogió la mano por encima de la

mesa y se la apretó suavemente. Se miraron a los ojos durante un instante antes de que Elena bajara la mirada hacia su tostada.

—Una pregunta que a lo mejor está fuera de lugar pero, ¿se lo has dicho a Iván?

Cristina se tensó, sus labios se curvaron en una especie de mueca de asco.

—No, no quiero que vaya. De hecho, no quiero verlo nunca más. Es... es mejor así, estar lejos de él nos vendrá bien a todos.

—Lo comprendo, a mí tampoco me cayó nunca demasiado bien.

Tras eso se pusieron a hablar de temas banales, pero Elena no podía dejar de pensar en el gesto de su amiga al salir el tema de Iván. No era una reacción normal, era una mezcla entre asco y miedo. Se lo tendría que decir a Juan, él siempre entendía mejor a las personas que ella, tal vez él pudiera ayudarla a comprender qué pasaba entre su amiga y su amante.

Pablo y Raúl llegaron en menos de diez minutos al piso que tenían los estudiantes cerca de la plaza de La Merced, conocida por todos como Plaza del Lago. La verdad es que el piso estaba perfectamente situado muy cerca del campus de la Muralla, en un antiguo edificio de cuatro plantas. Era una construcción antigua con techos altos en las viviendas y balcones en la fachada exterior. Enfrente del inmueble se encontraba el Palacio de Aguirre, uno de los inmuebles construidos por Víctor Beltrí que perteneció a un rico empresario minero y que ahora es la sede del Museo Regional de Arte Moderno. La fachada es espectacular con una cúpula cerámica, imágenes de ángeles en el techo y abejas decorando los muros externos que representan la prosperidad conseguida mediante el trabajo. Una verdadera obra de arte.

Llamaron al telefonillo un par de veces y no respondió nadie. Justo antes de que empezaran a darse por vencidos y volver a comisaría una anciana abrió la puerta del edificio arrastrando un carrito de la compra. La señora, que debería haber pasado ya los setenta, llevaba el pelo cano recogido en un moño bajo e iba vestida de forma sobria pero elegante. Raúl no dejó pasar la oportunidad y entabló conversación con ella.

—Bueno días, señora, me llamo Raúl Albaladejo y este es mi compañero, el subinspector Pablo Romero, somos agentes de la Policía Nacional encargados del caso...

—¿Del joven ese que encontraron en la playa? —interrumpió la anciana.

—Sí, señora.

—¡Ay, qué tristeza más grande! En el edificio estamos todos tristísimos. Era un joven estupendo, con un corazón de oro. Siempre saludaba cuando nos cruzábamos en la escalera.

—Sí, eso es signo claro de ser buena persona —ironizó Raúl, al tiempo que se llevaba una mirada de reproche de su compañero, aunque la señora aparentó no darse cuenta.

—Nos preguntábamos si nos dejaría pasar al descansillo para dejar una tarjeta en el buzón de los chicos —inquirió Pablo sacando la mejor de sus sonrisas para convencer a la anciana.

Ella lo miró durante un segundo antes de asentir. Pablo tenía cara de niño bien aunque algo despistado, así que solía despertar el instinto maternal de las mujeres mayores. Ese don lo había empleado en varias ocasiones mientras estaban en una investigación, y esta era otra de las oportunidades de usarlo.

—Claro que sí, no hay problema. Que en este barrio somos gente muy cumplidora con la ley. Sin ir más lejos, yo les he enseñado a mis nietos a que digan eso de *Viva España, viva el Rey, viva el Orden y la Ley*. Me parece una frase preciosa —dijo llena de orgullo irguiéndose un poco.

—Señora, eso de la Guardia Civil —puntualizó Raúl, lo que le valió otra mirada de reproche por parte de su compañero.

La señora torció el gesto al sentirse reprendida y dijo a Pablo:

—Mejor será que pasé usted solo, yo me quedo con su compañero.

Y le dedicó una mirada avinagrada a Raúl, que se debatía entre guardar la compostura o sonreír abiertamente respondiendo así a la provocación de la mujer. No tuvo tiempo de hacerlo, pues Pablo entró y salió del edificio en un suspiro temiendo que su compañero fuera a hacer una de las suyas.

—Muchas gracias señora, su aportación puede haber sido crucial para resolver este horrible crimen —mintió Pablo, pero sentía que tenía que apaciguar la situación.

—De nada, joven —dijo dedicándole una sonrisa a Pablo y se marchó sin despedirse de Raúl. Cuando estuvo a suficiente distancia como para no oírlos, Raúl no pudo reprimirse y comenzó a reírse.

—¿Tanto te cuesta ser amable? —preguntó Pablo.

—No lo puedo evitar, pinchar a las abuelitas es uno de mis pasatiempos favoritos. Además, ha sido ella quien se ha equivocado con lo del himno.

—Solo trataba de ser simpática. En serio, a veces parece que te han criado los lobos.

—¡Auuuuu! —aulló en broma Raúl y los dos prorrumpieron en sonoras carcajadas.

—Eres un payaso, ¿lo sabías? Anda, volvamos y digámosle al jefe que no hemos conseguido nada de nuestra pequeña excursión salvo cabrear a una ciudadana ejemplar.

—Te cedo los honores, Horatio tiene que estar que se sube por las paredes con lo poco que estamos avanzando con este caso.

—Susi, hola ¿cómo vais? —preguntó Marta cuando su amiga descolgó el teléfono.

—Fatal —suspiró Susana, respondiendo abatida.

—Bueno, ya verás como sacáis algo en claro dentro de poco. Sois el mejor equipo de investigadores que conozco.

—Somos el único equipo de investigadores que conoces.

—Bueno sí, eso también —respondió Marta sonriendo, a pesar de que su amiga al otro lado del teléfono no pudiera verlo.

—A ver, ¿me llamas para decirme que te vienes a comer con nosotros o para contarme que te ha llamado el impresentable de tu ex?

Marta se sintió un poco ofendida por el comentario de su amiga, pero en el

fondo sabía que lo decía solo porque se preocupaba por ella.

—No, no me ha llamado nadie salvo mi madre una docena de veces — admitió Marta.

—¿Ha pasado algo grave? —exclamó sorprendida Susana.

—¡Qué va! Ya sabes cómo es mi madre, nunca desaprovecha la oportunidad de hacer un drama de una nimiedad si tiene la ocasión. En fin, que me apunto a lo de la comida, pero si pudiera ser posible en un sitio discreto, no me apetece mucho que todo el mundo esté pendiente de mí ahora mismo. —Jugaba con un mechón de pelo mientras hablaba por teléfono. Se tensó instintivamente imaginando verse dentro de una multitud con teléfonos móviles que le sacaban fotos.

—No te preocupes, creo que tengo el sitio perfecto. Ven a la comisaría a las dos, dile al chico de la puerta que vas al segundo piso a verme a mí, voy a llamar ahora para prevenirle de que vienes.

—Gracias, pues así quedamos, nos vemos dentro de un rato.

Marta colgó y pensó en que aún le quedaba un rato antes de ir a comer con su amiga y sus compañeros. Cogió la correa de Loken y este se levantó rápidamente del sofá meneando la cola cuando se percató de que le tocaba salir de paseo. Marta cogió la gorra del Barça y las gafas de sol y salió a la playa con su perro a pasear un rato, así se despejaría un poco y trataría de poner en orden su cabeza.

Nada más poner los pies fuera de casa y sentir la brisa marina acariciándole la piel se sintió mejor. Loken tiraba de ella hacia la playa, pero ella se resistía a dejar que se metiera de nuevo en la arena, no tendría tiempo de lavarlo si quería estar en Cartagena para la hora de la comida. El perro siguió tirando insistentemente y, al ver que no funcionaba, se tumbó sobre las cuatro patas y miró a su dueña de forma suplicante.

—Eres un chantajista emocional, ¿lo sabías? —reprendió Marta a Loken al tiempo que se agachaba sobre el perro para soltarle al correa y dejar que corriera por la playa. —Por favor, nada de cadáveres otra vez, no hagas que me arrepienta de esto —le suplicó mientras lo veía salir disparado hacia la

orilla.

Ella bajó la escalera de acceso al tiempo que se calaba bien la gorra y se ajustaba las gafas de sol. Pensó en su vida, en cómo había ido cambiando, ¿o era ella la que había cambiado sin darse cuenta? Repasó mentalmente los años de instituto con Susi y con Pablo, al que vagamente recordaba, para ser sinceros, luego vinieron los años de universidad estudiando periodismo en Madrid porque en Murcia aún no estaba la carrera. En cuarto hizo un Erasmus en Francia, en la facultad de periodismo de Lyon para ser exactos, pero fue al terminar quinto que le surgieron unas prácticas en Telemadrid y de ahí consiguió una beca para el máster de una cadena a nivel nacional, que era justamente donde trabajaba ahora. Empezó siendo la becaria de la becaria y se dedicaba a llevar cafés y hacer fotocopias, pero gracias a su desenvoltura ante el público y lo bien que quedaba en pantalla fue cogiendo más relevancia hasta ser presentadora de su propio espacio de máxima audiencia con poco más de treinta años. En seguida llegaron las marcas que querían incorporarla como imagen y antes de tener tiempo de pestañear vivía en un chalet inmenso en una de las mejores urbanizaciones de Madrid, salía de fiesta con deportistas y modelos y ya no recordaba prácticamente nada de su antigua vida.

Volver aquí la estaba ayudando a conectar con ese «yo» que creía perdido, a reencontrarse consigo misma. Susana siempre había sido parte de su vida, pero hablar con ella por teléfono no era lo mismo que quedarse hasta las tantas bebiendo vino y hablando de chicos. No se dio cuenta de cuánto echaba de menos ese tipo de amistad hasta que pasó una noche con su antigua confidente y pudo volver a vivirlo. En Madrid no tenía ninguna amiga tan íntima, la verdad es que si lo pensaba bien, se podía decir que no tenía ninguna amiga. Eran más bien *conocidas* con las que salía de fiesta, y estaban los compañeros de la cadena, aunque no solía verlos fuera del trabajo. No se había dado cuenta de lo solitaria que era su vida hasta esa mañana.

Loken vino corriendo con un trozo de madera arrastrado por el mar en la boca. Ella lo cogió y se lo lanzó lo más lejos que pudo y el perro salió

disparado para recuperarlo. Marta se sentó en la arena pensando que lo más cercano que tenía a una familia o amigos en Madrid era precisamente Loken y no pudo evitar ponerse a llorar. Menos mal que llevaba las gafas de sol y que esa mañana la playa estaba prácticamente vacía, salvo por una pareja de jubilados dando su paseo matutino. Se sintió como una idiota, y Loken tuvo que sentir que pasaba algo pues tiró el trozo de madera y se recostó junto a ella. Así se quedaron un buen rato, Marta sentada en la arena llorando en silencio mirando al mar y Loken a su lado con el hocico apoyado en sus rodillas. Al cabo de unos minutos se levantaron y pusieron rumbo a la casa. Marta aún tenía varias cosas que hacer si quería llegar a tiempo a comer con Susana y los chicos, y debía comenzar por darse una buena ducha y tratar de serenarse para estar algo más presentable.

Juan no paraba de sudar a pesar de estar a pocos grados en esta mañana de abril. Desde que los policías habían pasado a verlos no había podido evitar tener un nudo en el estómago permanente. Cada vez que alguien abría la puerta de la APD daba un respingo en su silla y se preparaba para lo peor. Incluso su jefa había empezado a sentir que algo no iba bien con el joven y, pensando que se encontraba enfermo, le había aconsejado ir a casa y descansar. Él había rechazado la oferta alegando que sin Pepe iba a necesitar su ayuda para hacer el trabajo de los dos, y que no era buena idea marcharse a casa. Ella no pudo estar más de acuerdo, pero ambos convinieron en que podía salir un poco antes de trabajar si no se encontraba bien.

Juan repartía su tiempo entre las campañas de aves migratorias y la búsqueda de trenes baratos en internet. Se estaba preguntando si tal vez sería mejor si abandonaban Cartagena en autobús cuando una chica rubia de unos treinta y pocos entró en las oficinas y se le acercó sonriente armada con un plano del casco histórico. Cerró la pestaña que contenía la búsqueda de un plan de escape por si los policías se acercaban demasiado y sacando la mejor sonrisa que le permitían las circunstancias se propuso ayudar a la joven a encontrar el Augusteum, una de las joyas romanas de las que tanto abundan

en Cartagena. Le propuso visitar el Augusteum y el foro, las termas, la casa de la Fortuna y para salir un poco de la época romana le aconsejó que no se perdiera el museo-refugio de la Guerra Civil.

Cuando la joven se hubo marchado con una X en su plano, en la que se señalaba el museo del templo dedicado al emperador Octavio Augusto, además de unas cuantas cruces señalando los bares con las mejores tapas de la ciudad, él volvió a abrir la pestaña donde se encontraban los horarios de trenes y sus destinos. Decidió imprimirlos y estudiarlos tranquilamente en casa con Elena, así no sería pillado mirándolos si Ana decidía coger su ordenador para algo. Una vez impresos los horarios borró el historial de navegación, no había llegado tan lejos siendo un ingenuo, siempre había sabido cómo cubrir sus huellas.

Al salir del trabajo pasaría por el banco para verificar cuánto tenían en las cuentas y con qué rapidez podía disponer de ese dinero. Iba a ser una pena tener que dejar una ciudad que los había acogido cuando estaban perdidos y por la que habían desarrollado un sentimiento de profundo cariño. Durante los años que habían estado viviendo aquí se habían sentido como auténticos cartageneros, habían disfrutado de su Semana Santa, habían vibrado con su equipo de fútbol y habían tenido una vida normal. Ahora deberían dejar de nuevo todo eso atrás y volver a comenzar de cero.

Marta llegó a la comisaría y entró por la puerta trasera como le había dicho Susana. Le dijo al policía que se encontraba allí que venía a ver a la inspectora Susana Gutiérrez y la dejaron pasar sin problemas. Cogió al ascensor y entró en la planta donde trabaja su amiga justo a tiempo de ver cómo cogía su chaqueta y su bolso y se dirigía a la puerta.

—¡Hola! Justo iba a salir para esperarte abajo —le dijo Susana con una gran sonrisa.

—Pues ya ves, me he adelantado lo justo para pillarte antes de que salgamos a comer. Toma —le dijo Marta al tiempo que le tendía una barra plateada a Susana.

—¿Qué es?

—Antiojeras. En serio, hace milagros. Es el que usa mi maquilladora en la cadena, desde que lo descubrí lo llevo siempre en el bolso. Quédatelo, yo puedo conseguir más. Y gratis —añadió esto último con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tan evidente es que ayer dormimos poco?

—Tú dormiste poco —puntualizó Marta—, yo me he despertado casi a mediodía. —Y no pudo evitar reírse al recordar a Loken sobre ella tratando de hacerla salir de la cama.

—Voy al baño a retocarme un poco, espera a los chicos en ese sofá si quieres —dijo señalando el mismo sofá donde se sentó la primera vez que pisó esa planta el día en el que Loken descubrió un cadáver en la playa.

Mientras esperaba se puso a jugar al Candy Crush para matar el tiempo. Debía decirle a Susana que no estaría mal tener algunas revistas como en la sala de espera de los dentistas, que aunque sean atrasados los cotilleos siempre entretienen. Estaba perdida en sus cavilaciones cuando entraron Pablo y Raúl y al verla se quedaron un poco sorprendidos. Raúl fue el primero en reaccionar y, sacando la sonrisa canalla que ya era marca de la casa, se sentó en el sofá al lado de Marta.

—Lo sé, no lo puedes evitar, desde que me conociste te has sentido infinitamente atraída por mí. Tranquila, no eres la primera y seguramente no serás la última a la que le pase.

Marta se lo quedó mirando durante un segundo que se hizo eterno hasta que él le guiñó un ojo y los dos rompieron a reír.

—En serio, ¿esas frases te han servido alguna vez para conquistar a alguna mujer? —preguntó Marta con un ataque de tos de tanto reírse.

—Por supuesto que no —dijo Susana, que ya había vuelto del baño—. Bueno, ¿nos vamos a comer? Hemos pensado que si queréis podéis acompañarnos —añadió dirigiéndose a Raúl y a Pablo.

—Por mí está bien —dijo Pablo, más rápido de lo que hubiera querido y comenzó a sonrojarse; por suerte, nadie más se dio cuenta.

—Por mí también —añadió Raúl—. Hay un sitio de sushi al que quiero ir que...

—No, vamos con una invitada que necesita discreción, así que iremos a Casa Paqui —interrumpió Susana. Todos sus compañeros estuvieron de acuerdo en que era una idea excelente.

Tardaron poco en llegar a una especie de mesón que se encontraba en el barrio de San Antón, cerca de una plaza con bancos de un color indeterminado que mostraba que la pintura había vivido ya sus mejores años. Un área de juegos se encontraba en un extremo de la plaza, donde unos adolescentes fumaban sentados en el tobogán bajo la mirada de reproche de un par de ancianas, que hablaban a voz en grito de lo mal que está la juventud de estos días, sentadas en uno de los bancos.

Al entrar al restaurante fueron conducidos a un reservado que se encontraba en la parte de atrás por un camarero de unos cincuenta años y una calvicie más que incipiente. Se sentaron a una mesa de madera de nogal macizo cubierta con un mantel de papel y copas con poco lustre. La pintura de las paredes era de un color verde claro que no era feo del todo pero que podía tener algo más de brillo. Había acuarelas en las paredes que mostraban imágenes de Cartagena, el Palacio Consistorial, la Plaza de Héroe de Cavite y el Castillo de la Concepción. Eran bonitas, y le hicieron recordar a Marta cuánto le gustaba su tierra. Desde luego, nadie vendría a buscarla a un sitio como este. Al poco llegó la cocinera y dueña del local, la célebre Paqui. Al verla, Marta sonrió de oreja a oreja y se lanzó a su cuello para darle un abrazo.

—¿Pero qué hace una señorita tan distinguida como tú en un tugurio de mala muerte como el mío? —dijo la mujer sonriendo ampliamente.

—¡Madre mía, Paqui! ¡Pero si estás igual! Eres tú quien debería estar anunciando cosméticos que mantienen la piel joven y no yo —dijo con una sonrisa Marta.

—Desde luego, no has perdido nada de tu encanto, jovencita —sentenció Paqui de muy buen humor.

—¿Os conocéis? —preguntó Raúl sorprendido, mientras miraba de hito en hito a Pablo para confirmar que su compañero estaba tan sorprendido como él.

—¡Claro que sí! Estas dos señoritas fueron un auténtico incordio cuando eran más jóvenes, y yo, que soy la tía favorita de Susana, he tenido que salvarles el culo varias veces para que sus madres no las pillaran. ¿O me equivoco?

Las dos jóvenes se miraron con cara de culpabilidad y asintieron en silencio.

—Bueno, no me has contestado a la pregunta, ¿qué hace la mujer del momento en un restaurante de San Antón? Porque por tu cara de sorpresa no creo que hayas venido a verme a mí. —Paqui llevaba una chaqueta de cocina con flores y tenía un paño de cocina apoyado en el hombro. La cocinera era la hermana pequeña del padre de Susana, rondaría los cuarenta y cinco años y tenía un bonito pelo rubio, como el de su sobrina, recogido en una redecilla. Andaba un poco pasada de peso, y a pesar de su juventud ya comenzaba a tener una ligera papada. Sus ojos azules acompañaban a sus labios en una sonrisa perpetua. Tras reponerse de la sorpresa inicial, abrazó a la joven reportera pasándole un brazo alrededor de los hombros y mirándola con ternura.

—Pues la verdad es que no tenía ni idea de dónde íbamos a ir a comer, ha sido toda una sorpresa —dijo Marta mirando a su amiga y dedicándole una sincera sonrisa—. En verdad estoy en Cartagena huyendo un poco de la prensa rosa. Desde que salieron esas fotos... Bueno, que he preferido alejarme de Madrid y de los *paparazzis*.

—Pues niña, has venido al sitio perfecto porque no creo yo que nadie con una cámara se haya acercado nunca al Casa Paqui —dijo la dueña con cariño.

—Los de la Guía Michelin deberían, porque no conozco nadie que haga las croquetas como esta mujer —dijo Raúl al tiempo que hacía una reverencia a Paqui.

—Este no cambia, ¿eh? Bueno, supongo que vais a querer una de

croquetas —dijo Paqui mirando directamente a Raúl, que le sonrió con asentimiento—. Os voy a poner también una de calamares a la romana, una de ensaladilla rusa, una de longaniza, una de revuelto de ajetes, una de boquerones en aceite que hemos hecho hoy y están para chuparse los dedos y un plato de asado de cordero para ir comenzando. Si veis que os quedáis con hambre podéis ir pidiendo luego.

—¿Con hambre? Paqui, con eso se puede dar de comer a todo un regimiento —dijo Marta con los ojos abiertos como platos repasando mentalmente la lista de todos los platos que iban a degustar.

—No digas tonterías, niña. ¡Cómo se nota que no has visto comer a estos dos! —dijo señalando a Raúl y a Pablo—. Ya verás cómo rebañan los platos con pan y les queda sitio de sobra para el postre.

—A mí siempre me han dicho que ser de buen comer es ser un hombre agradecido —dijo Raúl mientras se agarraba la incipiente barriga con las dos manos y sonreía.

—Yo como para no dejarlo a él en mal lugar —añadió Pabl, se cogió su barriga también con las manos y se reclinó en su silla tal y como había hecho Raúl un momento antes.

—Tú eres un aprendiz, Pablo, ¡pero si tienes hasta abdominales! Ya llegará el día en el que sientes la cabeza con una buena mujer y comience a aparecer la curva de la felicidad.

Pablo se ruborizó hasta las orejas y sus compañeros rieron la broma al tiempo que Paqui salía hacia la cocina para marchar la comanda.

Iván estaba sentado en una de las mesas de la cafetería con su portátil y mirando con cara de odio a todo aquel que se acercara a menos de diez metros de donde él se encontraba. Estaba consultando sus mensajes y se topó con una invitación del Consejo de Estudiantes de la Universidad a una misa en honor de Pepe. Bufó mientras leía que el rector y la alcaldesa también estarían presentes en el acto. ¿Cómo se podía estar formando tanto revuelo?

se preguntó mientras cambiaba de pestaña y se concentraba en escribir correctamente la contraseña de su Facebook. La gente moría cada día, y en circunstancias mucho peores, Pepe no había hecho nada heroico, nada digno de una gran despedida.

Al abrir su página de Facebook se encontró con un grupo que pedía que los compañeros de la universidad escribieran notas de condolencias para los padres de Pepe y las enviaran a una dirección de e-mail, luego pensaban imprimirlas y dárselas en el funeral. Cerró la tapa de golpe y bufó de nuevo.

Paseó la mirada por la cafetería sintiendo profundo asco y desprecio por todo el mundo. Cuando su mirada se encontraba con la de algún estudiante, este bajaba rápidamente los ojos hacia la mesa y trataba de pasar desapercibido. Despacio, se levantó y se puso el abrigo que había colgado en la parte trasera de la silla y se encaminó hacia el jardín de la universidad. Nada más poner un pie en el gran patio sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió con un rápido movimiento. Con el pitillo en los labios comenzó a caminar en dirección a la puerta de salida, la que daba al Paseo Alfonso XIII, una de las grandes arterias de la ciudad.

La primavera se dejaba sentir por todos lados, los colores comenzaban a ser más alegres y los estampados inundaban la ciudad dejando los colores oscuros en el armario. Los árboles del Paseo Alfonso XIII también se estaban quitando los colores de invierno y se adornaban con los de la temporada de primavera. Las copas de las plataneras estaban llenas de hojas de un precioso color verde esmeralda y se estaban llenando de flores. Los pájaros piaban sin descanso declarando su amor a su amada al tiempo que afanosamente construían nidos para albergar a las futuras generaciones de pajarillos. Este ambiente llenaba a todo el mundo de alegría que se esparcía por la ciudad de forma contagiosa, salvo para Iván. Él detestaba el ambiente primaveral de la misma manera que detestaba todo lo demás.

El humo del cigarrillo le llenaba los pulmones, lo guardaba unos instantes en la boca antes de dejarlo escapar entre sus labios, muy despacio. A Cristina no le gustaba nada que fumara, pero eso a él le importaba poco, siempre

hacía lo que le venía en gana. Era Iván, un ganador nato, un líder. Volvió a dar otra calada sintiendo cómo el veneno de la nicotina penetraba por cada célula de sus pulmones. Despreciaba profundamente a los que fumaban en cigarrillo electrónico, o se fuma de verdad o no se fuma, pero eso era una soberana tontería. En verdad, había poca gente a la que Iván no despreciara. Sabía que con cada calada acortaba su tiempo de vida, pero a él le daba la sensación de sentirse más vivo que nunca.

Pepe sería enterrado mañana, la policía estaba completamente perdida con la investigación, y hasta los medios de comunicación habían empezado a olvidar la historia, y Cristina pronto sería suya para siempre. Sí, se sentía más vivo que nunca. Se sentía intocable y ganador. Se permitió esbozar una sonrisa mientras miraba al suelo, no quería que nadie se preguntara por qué el amigo del chico muerto sonreía de oreja a oreja. Siguió caminando y sacó su móvil del bolsillo, pensaba llamar a Cristina, le apetecía acostarse con ella ahora mismo, de forma brutal, arrancándole la ropa y poniéndola contra la pared, le daba igual que a ella no le apeteciera hacerlo, él no tenía que darle explicaciones a nadie. Eso era lo único que le faltaba para tener un día realmente redondo.

Llevaban casi una hora en el mesón Casa Paqui y habían comido estupendamente, es verdad lo que dijo la dueña, no había sobrado nada, los chicos comían como limas. Los policías tomaron refrescos y Marta, como no estaba de servicio, fue la única que se pidió vino, aunque Paqui se tomó una copa sentada a la mesa con ellos antes de volver a la cocina a servir a otros clientes. En honor a su ilustre invitada había abierto una botella gran reserva que tenía guardada en la bodega para una ocasión especial. Habían hablado de todo y de nada, y ella y Raúl se enzarzaron en una discusión sobre la necesidad de proteger las fuentes de los periodistas o si era más necesario comunicarlas a los cuerpos de seguridad para proteger al país. Al cabo de un buen rato llegaron a la conclusión de que nunca se pondrían de acuerdo, para Marta proteger una fuente era un deber sagrado de todo buen periodista; para

Raúl lo único sagrado era proteger a España de amenazas externas. Susana fue muy hábil cambiando de tema y llevando a los chicos a hablar de la competición de regatas que se celebraría en Cartagena en unas pocas semanas. Pablo apenas había intervenido durante la comida, pero cuando sacaron el tema de la regata ya no pudo contenerse más. Era un regatista consumado y empleaba el poco tiempo libre que tenía en salir a navegar con varios amigos. Así que les dio una detallada descripción sobre tipos de cuerdas y los nudos necesarios para mantener una embarcación en una regata.

Pablo se quedó mirando a Marta, la grácil forma de su cuello, el largo cabello moreno que le caía en ondas a ambos lados de la cara y los carnosos labios que no necesitaban maquillaje para llamar la atención. La vio discutir con Raúl y ponerse colorada cuando este le llevaba la contraria. Hacía apenas unos días que le conocía y ya era capaz de enfrentarse abiertamente a él. Raúl era su compañero desde hacía cuatro años y le había costado varios meses atreverse a llevarle la contraria en algo.

Marta siempre tenía la palabra justa, la frase necesaria, el comentario acertado. Y él solo podía ofrecerle un silencio mudo lleno de dudas. Recordaba una vez en el instituto en el que los emparejaron en grupos de cuatro para un trabajo de biología que había que presentar al resto de la clase. Marta se ofreció voluntaria para hacer la exposición. Como tenían dieciséis años y había cosas siempre más importantes que hacer que buscar información en la era pre-internet sobre el ciclo vital de la *Drosophila Melanogaster*, también conocida como mosca de la fruta, no terminaron el trabajo hasta el mismo día que tenían que presentarlo. Marta cogió los apuntes de unos y de otros y se puso a leerlos con fruición durante el recreo, apenas tocando el bocadillo que tenía por costumbre comerse durante la pausa.

Llegó el momento de la exposición y dejó a todo el mundo con la boca abierta, había hilado de forma magistral el trabajo del resto de compañeros. Respondió a las preguntas del profesor con una sonrisa y gran confianza en sí misma. ¿Cómo era capaz de salir delante de toda la clase y hablar de la mosca

de la fruta como si fuera la gran pasión de su vida? Porque ese era el secreto: pasión. Acentuaba la frase en su punto justo, movía las manos, cambiaba la entonación y conseguía que todos quisieran saber más sobre la Drosophila. Ponía todo su ser en cada cosa que hacía y eso se transmitía al resto.

Ahí, en ese preciso instante, mientras ella contaba las virtudes de un insecto que vive apenas tres semanas, él se dio cuenta de que viviría siempre a su sombra. Maravillándose de su increíble magnetismo.

Pensaba ponerse a explicarles la diferencia entre la vela ligera y la vela de crucero cuando Raúl se desvió del tema y decidió preguntar a Marta mirándola directamente a los ojos:

—Vamos a ver, acabas de demostrar que eres una chica no solo preciosa sino también muy inteligente, así que dime, ¿qué haces presentando esa mierda de programa con la escoria que tienes como colaboradores?

Marta bajó la mirada a los restos de comida que le quedaban en el plato, Pablo le dio un codazo a Raúl en las costillas y Susana lo reprendió con su mirada de reproche más fría y dura.

Al cabo, Marta levantó la mirada del plato y sonando abatida le respondió:

—¿Sabes lo que ocurre cuando te dicen que solo eres bueno en una cosa? Pues que te lo acabas creyendo. Desde que entré en la cadena, mis jefes siempre me han visto como una cara bonita, nunca fueron capaces de arañar la superficie y ver lo que hay debajo. Me dijeron una y otra vez que no podría llegar a nada en este mundillo a menos que me dedicara a los cotilleos. A presentar un programa en el que me siento en un sofá con unos vestidos minúsculos, con los que paso un frío que nadie se imagina y sobre unos tacones imposibles.

—¿Y por qué no cambias eso? —dijo Susana mientras cogía la mano de su amiga sobre la mesa.

—Pues porque ya es demasiado tarde. Ya tengo esta imagen, ya no hay nada que hacer. Les propuse hace unos meses a mis propios jefes dejar el programa para ser corresponsal de informativos. Se echaron a reír en mi propia cara, me dijeron que la chica guapa de los cotilleos no tiene

credibilidad dando noticias serias. —Se le empañaron los ojos al recordar las duras palabras de los responsables de la cadena—. Así que me aferré a mi imagen de chica guapa que no vale para nada y decidí cumplir con todos los clichés que se esperaban de mí, fui a fiestas, me emborraché, salí en las revistas del brazo de un futbolista de renombre y yo solita confirmé lo que mis jefes me habían dicho, que no era buena para nada.

—Eso no es cierto, yo te conozco desde hace más de quince años, eres una de las personas más inteligentes que conozco, con un corazón enorme, y no deberías dejar que ningún estúpido sin cerebro decida cuál es tu lugar, por mucho que sea el jefe de la cadena. — Susana estaba indignada por el comportamiento de los jefes de Marta, pero también con la propia Marta por dejarse convencer de esa manera de que no tenía más futuro que el de interpretar a una guapa tonta.

Esta vez fue Raúl quién tomó la palabra.

—Mira, yo no te conozco de hace quince años, de hecho, no te conozco ni de hace quince días, pero creo que aquí la inspectora Gutiérrez tiene toda la razón. No deberías dejar que te digan lo que puedes o no puedes hacer. Vales más que eso.

—¿Qué te gustaría hacer? —Pablo se había atrevido a hablar y en seguida se sonrojó por su atrevimiento. Él prefería quedarse en segundo plano cuando se trataba de discusiones serias.

—Sé que os va a sonar a tontería, pero siempre he sentido muchísima admiración por Rosa María Calaf. Ya de pequeña me encantaba verla dando las noticias con el Kremlin, o el Rockefeller Center al fondo. Pensaba que esa mujer sabía aunar mis dos pasiones, el periodismo y viajar. Además, sus estilismos siempre han sido dignos de mención con ese pelo naranja con el flequillo rubio —añadió, tratando de sonreír pero sin conseguirlo.

—Pues lucha por eso, no te rindas por lo que unos cuantos piensan de ti —dijo Susana con vehemencia.

—Gracias, Susi, pero te lo repito, ya voy tarde. En televisión da igual lo que seas, lo único que importa es lo que aparentas ser. A mí me han creado

una imagen los estilistas y directores de la cadena. Una imagen que se vende de maravilla, porque yo tengo muchísimo trabajo dentro y fuera de la tele, soy uno de los personajes más conocidos del *famoseo* español y uno de los más queridos y solicitados de este país. ¿Tú crees que a mí me gusta ir con esos taconazos? Yo soy mucho más feliz con deportivas y una sudadera. Uno podría decir que no tengo de lo que quejarme, me codeo con la *jet set* española, me invitan a eventos, soy portada de varias revistas y desde hace tres años no he tenido que reservar ni una sola vez en un restaurante, por muy lleno que esté en cuanto yo aparecía siempre había una mesa para mí. Y la gente sabe todo eso, sabe que un futbolista famoso me ha puesto los cuernos, sabe que soy imagen de una marca de maquillaje y otra de bañadores y sabe que fui elegida «mejor culo de España en 2013».

—Yo voté por ti —añadió Raúl con una sonrisa.

—Gracias, y aunque en aquel momento aquello me pareció una buena idea, ahora pienso que solo iba siguiendo el camino que otros me estaban trazando. ¿Tú tomarías en serio las noticias sobre Siria de una reportera que ha sido elegida por su buen culo? —dijo Marta cada vez más abatida.

—Pero es que no es solo tu culo, eso es un extra, es sobre todo tu cerebro y tu profesionalidad —repitió una vez más Susana con exasperación.

Marta le apretó la mano a su amiga y le sonrió con cariño.

—Gracias Susana, pero es tarde. En serio, yo lo he aceptado, tengo que aprovechar el tirón de la fama que me queda, porque dentro de unos años, vendrá otra reportera más guapa, con mejores curvas y más joven a la que sentarán en mi sofá y a la que le pondrán mis vestidos. Y yo quedaré olvidada como tantos otros, así que más vale que me vaya haciendo a la idea de que nunca podré dar las noticias desde la Plaza Roja con una conexión en directo.

Se hizo el silencio en el pequeño reservado de Casa Paqui, todos eran conscientes de que la guapa reportera acababa de abrir su corazón como nunca lo había hecho. Eso sí que merecía una exclusiva de portada y no esas falsas entrevistas en las que solo se mostraban las piscinas y los salones de los famosos.

Menos mal que Paqui apareció con el postre, arroz con leche y pan de calatrava para los cuatro, y se sentó a la mesa con ellos rompiendo el silencio que había helado el ambiente. Con la cocinera en su mesa volvieron a una conversación distendida, recordando anécdotas de cuando las dos mujeres eran unas adolescentes rebeldes.

—Mira, hubo una Nochevieja, no sé, tendrían unos dieciocho o diecinueve años que salieron de fiesta estas dos señoritas y volvieron a casa a las nueve de la mañana con los pies destrozados de tanto bailar —comenzó Paqui.

—¡Eso lo hemos hecho todos! —interrumpió Raúl.

—Sí, pero ese uno de enero la abuela de Susana decidió que quería celebrar Año Nuevo como en las películas con una comilona con toda la familia, e invitando a Marta y su familia que eran vecinos por aquella época. Así que tenías que ver a estas dos con las gafas de sol en la mesa y al hermano de Marta, que era un poco cabroncete, todo hay que decirlo —y sonrió a Marta al decir esto—, haciendo sonar el matasuegras y gritando ¡Feliz Año Nuevo! a todo pulmón a la mínima oportunidad.

—¡Dios! Recuerdo que nunca tuve tantas ganas de matarlo como durante aquella comida. ¡Vaya resacón llevábamos las dos! —dijo Susana suspirando al recordar aquellos buenos momentos.

—Y no me creo que no sepáis que estas dos señoritas ganaron un concurso de karaoke cantando una canción de Laura Pausini, a Marta hasta se le escapó una lagrimita en el escenario —dijo Paqui con una sonrisa cómplice.

Pablo y Raúl cruzaron una mirada un instante antes de romper en una sonora carcajada. Marta y Susana se miraron ruborizadas, y acabaron asintiendo y uniéndose a la risa general.

—Es una de mis favoritas para cantar en la ducha —reconoció Susana.

—¡A mí me pasa igual! —dijo Marta y comenzó a reírse también.

—¿Les has contado a tus compañeros aquella vez que os fuisteis de acampada con unos amigos a Sierra Espuña y os atacó un jabalí? —dijo Paqui divertida.

—¡Venga ya! ¡Eso no es posible! ¿Os atacó un jabalí en serio? —preguntó

Pablo con la preocupación marcando su semblante, pero con ganas de saber cómo habían salido indemnes.

—Esa es una de nuestras mejores anécdotas y no las vamos a contar todas en un solo día —sentenció Marta mientras le guiñaba cómplice un ojo a Susana—. Además, ¿no tenéis que trabajar o algo?

—Sí, estaría bien ir volviendo a comisaría, a ver si sacamos algo en claro de lo que tenemos, porque estamos un poco estancados —dijo Susana y fue la primera en ponerse de pie con intención de salir.

—Por cierto, ¿cómo lleváis la investigación? —le preguntó Marta a Pablo.

—Bueno, no podemos comentar nada de una investigación en curso, pero es que aunque pudiéramos no hay nada que contar. Estamos ante un callejón sin salida —dijo encogiendo los hombros en un gesto de frustración.

—Si necesitáis ayuda, de mi época de becaria en la cadena conozco muchísima gente que sabe hacer de todo, desde buscarte entradas de última hora para el concierto de Springsteen como para piratear un ordenador a distancia —sugirió Marta guiñándole un ojo.

—No creo que eso sea muy legal, pero si nos sentimos muy perdidos, no dudes que te llamaremos —dijo él y le guiño el ojo también; aunque se arrepintió justo después y empezó a ponerse colorado.

Marta insistió en pagar la cuenta, no solo porque era la que más ganaba de los allí presentes, sino porque realmente le hacía ilusión tener ese pequeño gesto con Susana y sus compañeros.

—¿Ese es tu coche? —dijo Raúl admirando el todoterreno de gama alta azul oscuro de Marta.

—Sí, bueno... Yo no tengo mucha idea de coches, un compañero del programa me lo recomendó y a mí me gustó el color y la tapicería.

—¿Te has comprado este coche porque te gustó el color? ¡Estás como una cabra, mujer! Seguramente valga más que mi primer apartamento.

—Cuando quieras te dejo que te des una vuelta —dijo Marta y la cara de Raúl se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues mira, lo mismo te tomo la palabra este fin de semana.

Se despidieron en la puerta, y Marta se dirigió a su coche pensando en todo lo que habían hablado en el interior del restaurante antes de que Paqui se uniera a la conversación. Ella ya sabía todo eso, pero nunca se había atrevido a decirlo en voz alta. Tenía miedo de que al pronunciar esas palabras se convirtieran en realidad. El destierro forzado al que le habían sometido desde las altas esferas de la cadena la hacía sospechar que tal vez su tiempo como presentadora de *prime time* se estaba agotando. Debía pensar cómo volver a recuperar el control de su vida, ya no quería volver a ser solo la chica de piernas largas sentada en un sofá aireando los trapos sucios de los famosos.

El equipo tardó menos de un cuarto de hora en llegar a la comisaría desde el restaurante, Susana iba al volante y los chicos no paraban de elogiar el buen hacer culinario de Paqui. Aparcaron en el espacio reservado para los coches de la brigada y subieron hasta su zona de trabajo. El inspector los estaba esperando con gesto serio y Pili estaba a su lado sujetando un montón de papeles con un clip. Uno de los neones del techo estaba parpadeando y proyectaba luces y sombras sobre la cara del inspector, dándole un aspecto amenazante y fantasmagórico.

—Ya era hora de que llegais —dijo el inspector Martínez de forma seca mirando la punta de sus zapatos italianos—. Hemos recibido una información de última hora que nos puede resultar bastante útil.

Los recién llegados se congregaron alrededor del inspector y de la secretaria sin poder ocultar su nerviosismo y curiosidad. Raúl se apoyó ligeramente en el borde de la mesa que tenía más cerca mientras Susana se quedaba de pie al lado de Pablo con los brazos cruzados. Pablo se acomodó las gafas con un gesto rápido y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros conteniendo en parte la respiración, el jefe parecía que iba a darles alguna pista clave en este caso.

—Por lo visto el terreno en el que los de la APD pararon la urbanización pertenecía a un holding empresarial —dijo Pili tendiéndoles uno de los papeles que tenía sujetos con un clip—. Y aquí viene lo curioso, una de las empresas era propiedad del padre del fallecido, Cherrytree Industries, tienen sucursales en media Europa. Supongo que no le tuvo que hacer mucha gracia que su propio hijo le hiciera perder varios cientos de miles de euros.

—Vaya, eso sí que es un giro inesperado de los acontecimientos —admitió Pablo, trató de sacar una mano del bolsillo para coger los papeles que le tendía Pili pero se le quedó enganchada y tuvo que ayudarse con la otra.

—La madre no nos dijo nada de eso cuando estuvimos en su casa —dijo Raúl revolviéndose un poco en el borde de la mesa.

—Pues sí, ya hemos visto en otras ocasiones cómo la avaricia y el dinero son capaces de romper una familia. La madre del fallecido nos dijo que su marido estaba en Zúrich y dimos esa información por buena y no la verificamos por nuestra cuenta —dijo el inspector Martínez—. Pilar, ponte con ello ahora mismo. Dentro de una hora viene el dueño de los terrenos donde se iba a urbanizar y que pararon los de la APD, yo me encargaré del interrogatorio, y los demás moved vuestros traseros y traedme buenas noticias porque estamos estancados y el comisario me está pidiendo respuestas.

Sin mediar más palabra se dirigió a su despacho dejando a sus subordinados la tarea de repartirse el trabajo. Susana se dirigió a su mesa para corroborar los datos de los ocupantes de la urbanización de veraneo, pero de camino se lo pensó mejor y se desvió hacia la pequeña cocina de la unidad para servirse un café, pensaba que lo iba a necesitar antes de sumergirse en el trabajo que le esperaba. Pilar la vio y la siguió para servirse una taza de café ella también. Aprovecharía para preguntarle cómo había ido la comida y qué tal se encontraba su amiga, la señorita Ortiz. Pablo y Raúl cogieron sus cuadernos y, sin apenas decir palabra, salieron de la comisaría en dirección al piso del fallecido, tenían que encontrar al último de los compañeros de piso e interrogarlo, tal vez eso les trajera un poco de luz pues andaban bastante perdidos. Tenían abiertos el caso de Don Miguel y el del joven universitario y no tenían respuestas para ninguno de los dos, ni siquiera se estaban acercando a encontrarlas. El inspector Martínez se sentó tras su mesa para repasar la última información que habían recibido y preparar las preguntas que le harían al promotor de la urbanización que se iba a construir. Se pasó el pulgar de forma automática por la sien y dio un profundo suspiro.

El sonido del timbre la sacó del sueño que estaba teniendo, tardó unos segundos en percatarse de que estaba en el sillón de la sala de estar, y que

había dado una cabezada viendo la televisión. Por la pantalla una cebra escapaba por centímetros de las mortíferas garras de una leona en algún punto de África, una voz en off bastante monótona estaba narrando con detalle la escena. El timbre sonó una segunda vez y eso fue lo que terminó de despertar a Irene. Se puso en pie de un salto, y la manta de cuadros que tenía sobre las piernas resbaló hasta el suelo del salón. Se arregló mecánicamente la falda y se retocó el pelo de camino a la entrada. Quién podría venir a visitarla en la hora de la siesta, se preguntaba mientras hacía girar el pomo de la puerta principal.

Salió al porche y lo que vio al otro lado del jardín la dejó sin aliento. Un joven, de aproximadamente un metro ochenta y cinco, muy moreno, con el pelo excesivamente engominado y un pendiente en cada oreja la observaba detrás de unas carísimas gafas de sol de marca. Sí, estaba separada por tan solo unos metros del futbolista-infiel-exnovio-desgraciado de su hija Marta, del que tanto había oído hablar en las últimas semanas. Mientras ella trataba desesperadamente de buscar alguna palabra el recién llegado comenzó a hablar.

—Buenas tardes señorita, yo busco a la sua hija Marta —dijo con marcado acento extranjero tratando de esbozar una sonrisa blanqueada recientemente al tiempo que le tendía un precioso ramo de flores.

Irene tardó unos segundos en responder, pues se había quedado muda de la impresión. Cuando al fin se recobró habló casi sin pararse a tomar aire.

—¿Pero se puede saber cómo te atreves a aparecer por mi casa? ¿Es que no tienes vergüenza? —notó cómo la sangre le hervía en las venas y ese calor subía hasta su boca—. ¿No sabes el daño que le has hecho a esta familia? Y además, ¿qué pintas son esas para venir a la casa de la que podría haber sido tu suegra? ¡Súbete esos pantalones, por el amor de Dios, que no estás en tu anuncio de calzoncillos y la ropa interior es para llevarla por dentro!

—Yo lo siento señorita, busco a la sua hija, por favor —dijo dando inconscientemente un paso atrás. Irene lo vio y aprovechó para dar ella un paso adelante bajando el primer escalón del porche.

—Mira, jovencito, tienes suerte de que mi Fernando no esté en casa, porque él te hubiera dado un recibimiento mucho menos amable. El padre de Marta tiene muy mal carácter cuando quiere y fue un gran cazador en sus tiempos mozos, así que deberías dar gracias al cielo de que sea yo quien ha abierto la puerta, porque mi Fernando lo primero que hubiera hecho es bajar al sótano y coger la recortada de cazar conejos. —Dio otro paso más y se encontró en la parte de hierba del jardín. No paraba de señalar al futbolista con el dedo—. No sé cómo son las cosas en tu país pero en España, si engañas a tu novia con otra, lo mejor que puedes hacer es agachar la cabeza y no volver a mirarla nunca, porque de lo contrario, te arriesgas a enfrentarte a toda su familia. —Una vena empezó a latirle en el cuello con fuerza, en un instante de lucidez pensó que tendría que tomarse la pastilla para la tensión antes de la hora que le había marcado el médico si no quería sufrir un infarto.

—Yo lo sentir, señorra, lo sentir mucho. Solo quiero hablar con la sua hija, solo decir que lo sentir.

—¿Con mi hija? Mira, chaval, lo más cerca que vas a ver a Marta es en una revista, porque como yo me entere de que vuelves a molestarla no sé ni de lo que soy capaz. —No se había dado cuenta, pero había agarrado la escoba que estaba apoyada junto a la puerta y la estaba utilizando amenazadoramente contra el joven—. Sal de aquí y no vuelvas nunca, me parece increíble la poca vergüenza que tienes.

El joven se encogió de hombros en un gesto impotente y se dio media vuelta para meterse en el asiento del conductor de un Audi R8 junto con su ramo de flores. Salió dando un acelerón y desapareció en una nube de música alta y olor a perfume caro. Irene se sentó en una de las sillas del jardín aún con la escoba en la mano. Parecía una de esas experiencias extra corporales, no podía creer que hubiera amenazado a una estrella deportiva con una escoba en el jardín de su casa. Le dio un ataque de risa al pensar en lo que acababa de pasar, era como si un espíritu la hubiera invadido y hubiera sacado una madre coraje peleona que habitaba dentro de una señora educada y discreta. Se acentuó su ataque de risa y tuvo que sujetarse al borde la mesa

para no resbalarse de la silla. No podía esperar a que llegara Fernando a casa para contarle lo que acababa de pasar, primero se cabrearía pero después se reiría con ella pensando en cómo la dulce de su mujer había hecho huir a un joven de más de un metro ochenta.

Cuando al fin se calmó se puso en pie y se encontró con la sonrisa de apoyo de una vecina que la miraba desde detrás de la valla de su jardín. Tenía el pelo entrecano recogido en un moño muy tirante, llevaba un delantal de flores para no mancharse con las labores de jardinería. Estaba regando los rosales cuando escuchó la conversación al otro lado de la calle y, claro, no pudo evitar pegar el oído para enterarse bien de lo que estaba pasando.

—Di que sí Irene, has hecho lo que había que hacer, me han dado ganas de darle un manguerazo a ese impresentable —dijo elevando la voz para hacerse oír en la casa de enfrente mientras hacía un gesto muy explícito con la manguera.

—No sé lo que me ha pasado, Maruja, pero chica, no veas lo bien que sienta decirle cuatro verdades al futbolista ese. Una pena que mi Fernando no haya podido verme, se hubiera sentido muy orgulloso.

—Calla, calla, menos mal que no estaba aquí, porque si no hubierais acabado saliendo en los papeles porque tu marido seguro que lo acaba estrangulando —dijo, sin poder reprimir una sonrisa. Sacó del bolsillo del delantal unas pequeñas tijeras de podar y se puso a cortar algunas ramitas de sus rosales.

—Pues tienes razón, menos mal que lo he mandado al Leroy Merlin a por unas estanterías para el sótano, no me quiero ni imaginar lo que hubiera sido capaz de hacer. Bueno, Maruja, me voy a descansar y a tomarme la pastilla de la tensión que tengo el corazón que se me sale por la boca —dijo, sin poder reprimir ella también una sonrisa y entró en casa para descansar un rato, había vivido ya suficientes aventuras para una sola tarde.

—¿Quién dices que ha aparecido por casa? —Marta había escuchado la historia de su madre sobre su inesperada visita y aún no había podido dar

crédito a lo que oía—. Y deja de reírte, por el amor de Dios, que parece que estás chalada.

Cuando Irene entró en casa tenía las mejillas arreboladas y el pulso a ciento ochenta por la emoción de lo que acababa de suceder y pensó que lo mejor era decírselo a su hija. No pudo evitar reírse a carcajadas al recordarse a sí misma sosteniendo una escoba como si fuera un arma. Cogió el teléfono inalámbrico de la cocina y llamó corriendo a Marta. Andaba de un lado para otro de la cocina sin poder quedarse quieta, pues aún tenía la adrenalina fluyendo en torrente por sus venas.

—¡Como lo estás oyendo! ¡Tu futbolista apareció en la puerta de nuestra casa con su ruidoso coche! Por cierto, ¿cómo hace para entrar en un coche tan bajo? Debe ser incomodísimo? —dijo Irene riéndose de nuevo, esta anécdota podría contarla en el club social durante años, pensó para sus adentros.

—Mamá, no voy a discutir sobre coches deportivos contigo ahora mismo, solo quiero saber exactamente qué le dijiste. ¿Le diste la dirección de la casa de la playa? —Marta se sentó en el escalón más alto de la escalera, la llamada de su madre la había pillado en mitad del pasillo del piso de arriba de la casa de la playa. Loken vino y se tumbó a su lado apoyando el hocico en sus piernas. La historia se estaba complicando por momentos, ¿cómo había sido capaz de encontrarla?

—Pues mira, jovencita, le dije que era un impresentable y que no volviera nunca más por nuestro barrio. Tranquila, no sabe dónde estás, o al menos, no lo sabe por mi culpa. —Estalló una vez más en esa risa histérica que la llevaba acompañando la última media hora—. ¡Ah! Y le dije que si tu padre hubiera estado aquí hubiera ido a buscar la escopeta.

—Mamá, por Dios... Espero que no os denuncie por amenazas, que ya sabes que los famosos siempre están en los tribunales. Por cierto, ¿dónde está mi padre?

—En el sótano, desde que le conté lo ocurrido está desempolvando la escopeta.

—¡Mamá! —Marta soltó un grito angustiado.

—No te preocupes, antes de que el llegara he escondido las cajas con los cartuchos de perdigones. Pasará un rato limpiando la escopeta, maldiciendo entre dientes y ya está. Al menos eso le hace sentir útil, que sigue pudiendo proteger a su niñita. Por cierto, le voy a decir a tu hermano que se vaya esta noche a dormir contigo, no quiero que aparezca de pronto el futbolista y tengamos un disgusto.

—¡Ni se te ocurra! Suficiente con que mi padre se haya enterado, lo último que quiero es involucrar también a mi hermano. Mamá, estoy bien, no te preocupes, llamaré a Susana para que venga ella a pasar la noche. ¿Te quedas así más tranquila?

—Sí, sobre todo porque Susi tiene un arma que puede utili...

Un golpe sordo proveniente de las escaleras del sótano sorprendió a Irene que dejó la frase a medias.

—¡Me cago en la mar salá! —dijo Fernando mientras subía las escaleras palpándose la cabeza con una mano mientras con la otra sujetaba una vieja escopeta de caza—. ¿Estás hablando con tu hija? Pásamela ahora mismo.

Irene le tendió el teléfono sin demora a su marido mientras se quedaba al lado de él para escuchar la conversación.

—Princesita, no te preocupes, que si ese desgraciado vuelve a molestarte ya estoy preparado para mandarlo de vuelta a su país.

—Papá, por el amor del santísimo, no cometas ninguna estupidez, que ya no tienes edad para ir a la cárcel —dijo Marta suplicante.

—Nada, nada, tú no te preocupes y déjame a mí. Ahora mismo llamo a tu tío y nos vamos a practicar al campo de tiro, que yo hace al menos cinco o seis años que no empuño un arma y no quiero fallar.

—Papá, escúchame bien porque lo voy a decir solo una vez: si te acercas a menos de cien metros del futbolista yo misma iré a presentar una denuncia a la Policía Nacional, ¿entendido? Déjalo en paz. Y eso va también por ti, mamá, que sé que tienes que estar por ahí cerca escuchando. —Irene puso los ojos en blanco e hizo un mohín que su hija no pudo ver—. No quiero volver a hablar más de ese tipo, y por favor, no hagáis nada de lo que luego nos

vayamos a arrepentir todos.

—Pero princesita...

—Papá, no insistas, vamos a dejar el tema. No quiero saber nada más de él y vosotros deberíais hacer lo mismo.

—Está bien —acabo admitiendo Fernando—. Pero recuerda que si tus viejos padres hacen todas estas locuras es porque te queremos muchísimo.

—Lo sé, papá, yo también os quiero.

Cuando Marta colgó sus padres se quedaron unos instantes en silencio hasta que Fernando se decidió a hablar.

—Esta niña puede decir misa, pero yo me voy con mi hermano ahora mismo al campo de tiro por si las moscas.

—No esperaba menos de ti, Fernando —dijo Irene antes de dirigirse hacia él y darle un sonoro beso en la mejilla.

—Me siento más joven que nunca y no te imaginas la envidia que me da que tú hayas podido amenazar al impresentable ese y yo no.

—No te preocupes, seguro que tú también tendrás tu oportunidad. Y sí, tienes razón, yo también me siento más viva que nunca. Pero pon cartuchos de fogeo a la escopeta, queremos darle un susto, no acabar en la cárcel.

—Por eso me casé contigo, porque eres la más lista del mundo.

Y dándole otro beso se bajó con la escopeta al sótano a terminar de engrasarla y ponerla a punto.

Antonio Poveda Sánchez, conocido en el mundo de la construcción como *El Antúan* porque había firmado un contrato para construir unos pisos en la costa francesa, llegó puntual a su cita en la comisaría de policía. Era un tipo bajo con el pelo teñido de un color negro que resultaba demasiado artificial, al igual que su moreno de bote. A pesar de venir enfundado en un traje de Armani no podía evitar resultar vulgar, y el mostacho que cubría su labio superior solo servía para acentuar esa impresión. El Rolex de oro que lucía en su muñeca izquierda parecía barato en un hombre como él. Se había

enriquecido durante el boom del ladrillo a base de construir complejos urbanísticos en todo el Levante español que ahora se caían a pedazos por haber construido rápido y mal. Vino acompañado de un abogado que lucía un traje carísimo a juego con sus zapatos, y un maletín de piel que costaba más que el sueldo del inspector Martínez de un mes entero. Era un tipo alto de piel blanquecina que resultaba aún más evidente al lado del falso bronceado de su cliente. Era alto y enjuto, con la cabeza redonda y calva, lo que le hizo recordar al inspector a un espárrago blanco. El inspector los recibió en la sala de interrogatorios, un espacio anodino, sin ventanas, con las paredes pintadas de colores suaves y como mobiliario una mesa y cuatro sillas. Llenando gran parte de una de las paredes había un cristal espejado que no permitía ver el interior de la sala contigua pero que sí permitía ver el interior de la sala de interrogatorios desde el otro lado.

—Hagan el favor de sentarse —comenzó el inspector Martínez acompañando sus palabras con un elocuente gesto hacia las sillas situadas enfrente de la suya, al otro lado de la mesa. Ambos hombres obedecieron inmediatamente.

—Debo comenzar diciendo que esto es un atropello, mi cliente no ha hecho nada y estar aquí es muy perjudicial para su figura pública —dijo el abogado, que respondía al nombre de Félix Hernández de la Serna antes incluso de haber terminado de sentarse—. Mi cliente no tiene nada que ver con las acusaciones que ya han trascendido a la prensa.

—Veamos, de momento no es sospechoso de nada, simplemente queríamos aclarar con el señor Poveda algunos asuntos relativos a los terrenos en el Mar Menor que estaban destinados a albergar el complejo *Sea&Mountain Golf Resort*. Veo en la documentación que tenían previsto abrir un hotel de cinco estrellas, apartamentos de lujo y un campo de golf de dieciocho hoyos, todo eso a la orilla del mar. Tuvo que ser una mala pasada que el Tribunal de Justicia de la Unión Europea prohibiera la edificación por ser una zona de nidificación de zancudas.

—Mi cliente ya ha hablado de esas operaciones en repetidas ocasiones y

no tenemos nada que añadir.

—Cállate Félix —gruñó Antonio Poveda a su abogado—. No tienen nada, están dando palos de ciego, pero yo no tengo nada que ocultar, así que vaya al grano, inspector. No tengo toda la tarde.

—Una operación como esa tuvo que hacerle perder varios miles de euros, supongo.

—Supone mal, fueron millones de euros. Se lo repito, hable claro y vaya al grano.

—La Asociación por la Protección de la Diversidad, que fueron los que comenzaron los trámites para detener la urbanización, de forma muy eficiente, debo añadir, fueron amenazados después de que el Tribunal diera su veredicto. Supongo que perder varios millones de euros —dijo remarcando cada sílaba de la palabra «millones» para enfatizar— cabrearía a cualquiera.

—¿Estaba cabreado? Sí. ¿Le echaba la culpa a esa panda de hippies medio fumados? También. ¿Arriesgaría todo lo que he obtenido con mucho esfuerzo por unos tipos con rastas y unos pájaros feos? Ni en sueños. Yo no mandé esas amenazas, perdí mucho dinero, eso es verdad, pero como los terrenos son míos estoy negociando con el ayuntamiento crear un parque protegido para esas aves con un observatorio ornitológico y todo. Habrá un centro de interpretación de aves, y contrataríamos a varios expertos para dar charlas y hacer visitas guiadas a los turistas. Está claro que cobraríamos entrada, pero proteger la fauna autóctona y protegida también es una de nuestras prioridades —dijo con una enorme sonrisa que mostraba todos sus dientes debajo del poblado mostacho—. Ya lo ve, inspector, los que somos buenos en nuestro negocio sabemos cómo darle la vuelta a una mala pasada del destino y convertirla en una buena oportunidad. Además, si este proyecto sale adelante podremos pedir la acreditación europea de *Empresa Verde*, ya sabe la *Green Label*, y optar a varias subvenciones europeas. Así que al final la jugada no nos ha salido tan mal.

—Eso es realmente impresionante, debo admitirlo. Así que no fue usted quien envió las cartas amenazando a los miembros de la APD —dando

entonación de pregunta a lo que era claramente una afirmación.

—¿Yo? Para nada, ya se lo he dicho.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo haber sido?

—Había mucha gente molesta con la paralización de la obra, sobre todo los obreros. Ahora mismo el panorama español no pinta nada bien y la construcción del complejo iba a dar empleo a unas trescientas personas de forma directa y generar unos mil puestos de trabajo de manera indirecta. Así que esos hippies salvaron a unos cuantos pájaros pero le jodieron la vida a un buen puñado de gente. No me extraña que algunos estuvieran tan cabreados como para llegar a amenazarles.

—¿Tiene una lista de los trabajadores? ¿Piensa en alguien en particular?

Antonio Poveda lanzó una mirada a su abogado, que sacó unos papeles de su maletín y los puso sobre la mesa de la sala de interrogatorios.

—Como puede ver, hemos venido preparados para ser de completa ayuda en esta investigación policial —dijo al tiempo que empujaba suavemente el fajo de papeles hacia el inspector Martínez—. Ahí tiene la lista de todos los trabajadores, obreros, secretarias, aparejadores... Todos. Si necesita algo más, estaremos dispuestos a colaborar en todo —repitió su sonrisa de gañán, acentuando el malestar del inspector Martínez.

—Una cosa más, usted era el dueño de los terrenos, pero de la construcción se ocupaba un holding empresarial. ¿Qué puede decirnos de ellos?

—Buscar ahí es tiempo perdido. No voy a decirles cómo hacer su trabajo, pero la mitad de esas empresas son empresas fantasma para blanquear capitales, y la otra mitad pertenecen a hombres más ricos y más poderosos que yo. Así que si usted fuera inteligente, y me consta que lo es porque mi buen amigo el comisario así me lo ha dicho cuando hemos comido juntos esta mañana, dejaría ese holding tranquilo y no haría preguntas incómodas que no conducen a nada. Créame, ninguno de esos empresarios perdería el tiempo mandando notitas amenazadoras a nadie.

Al inspector Martínez no se le escapó la velada amenaza que cubría las

palabras de Antonio Poveda, la mención del comisario de forma casual remarcando que son amigos lo suficientemente íntimos como para comer juntos era la señal clara de que debía aparcar, por el momento, esa línea de investigación.

—Muchas gracias por su colaboración señor Poveda y señor Hernández — dijo estrechándoles la mano a los dos, el promotor dio un fuerte apretón con una mano que presentaba callos de haber trabajado duro en las obras antes de dirigirlas. El abogado, por su parte, le dio un lacónico apretón con una mano fría y se apresuró a desembarazarse lo antes posible—. Les acompañaré a la salida, por aquí, por favor.

Los guio a través de los pasillos de la comisaría hasta la puerta principal y los dejó marcharse viendo cómo se alejaban. Se rascó la sien con el pulgar mientras veía como sus espaldas se perdían entre la multitud. Tenía la certeza de que Antonio Poveda no era culpable en este caso, aunque quedaba más que claro que no era trigo limpio y que tenía negocios bastante turbios. Entró con paso decidido en la comisaría y se encaminó a su despacho.

Elsa no había podido concentrarse en nada en los últimos tres días, su vida había dado un vuelco inmenso desde que descubrieron el cadáver de Pepe el lunes. Había sido incapaz de prestar atención en clase y vagaba por los pasillos de la universidad con el piloto automático puesto, sin ver, sin sentir. Sabía que Pedro estaba igual, que la pérdida brutal de su mejor amigo estaba haciendo mella en su ánimo.

Se despertaba en mitad de la noche sintiendo a su lado el calor que emanaba del cuerpo dormido de Pedro, que contrastaba con el sudor frío que la envolvía como un manto. Dice la leyenda que los pelirrojos no tienen alma, y a veces ella se preguntaba si no habría algo de real en esos cuentos de viejas, pues ella a veces se sentía como si alguien se la hubiera robado. Se quedaba aterida, sentada en el borde de la cama hasta que su respiración volvía a la normalidad y poco a poco iba entrando de nuevo en calor. Se recostaba junto a Pedro que, distraído, le pasaba un brazo por encima y la

envolvía en su abrazo. Su olor la reconfortaba y mientras su respiración se acompañaba a la de él iba sumiéndose de nuevo en un sueño que no duraría toda la noche.

Salió de una clase en la que se había dedicado a dibujar garabatos en un cuaderno en vez de tomar apuntes y se dirigió al patio de la universidad. El tiempo en Cartagena no invitaba a la melancolía, con trescientos días de sol al año son escasas las oportunidades que tienen los cartageneros de ver la lluvia o incluso las nubes. El sol brilla abrasador desde principios de abril hasta casi finales de septiembre, cuando decide comenzar a ceder parte de su calor al tiempo que los árboles pierden sus hojas para dar paso al otoño. Ahora estaban en plena primavera, los árboles del jardín de la universidad estaban rebrotando llenando de un verde vivo las copas y las flores plantadas en los parterres alrededor de los bancos formaban un cuadro de colores intensos. A pesar de que para la mayoría de los cartageneros el tiempo era alegre e invitaba a salir a tomar el sol a las terrazas, ella no podía evitar sentirse triste y gris por dentro.

Había terminado su jornada de clases por hoy y normalmente ahora tenía un par de horas libres antes de tener que ir a la Escuela de Idiomas a su clase de alemán. Sacó su móvil dudando si llamar a Pedro o a Cristina, pero antes de poder decidirse por uno de los dos vio a Iván al otro lado del jardín, sentado en un banco con un cigarro en la mano y mirando de forma hostil a todo el mundo. Él la vio y le hizo un saludo con la mano al tiempo que esgrimía una sonrisa cargada de prepotencia y le indicaba que se sentara junto a él. Dudó un par de segundos hasta que se decidió por sonreírle a duras penas y dar media vuelta para desaparecer por la entrada que daba al Paseo Alfonso XXIII. Caminó deprisa con los ojos anegados en lágrimas hasta el piso de Pedro, rezando en silencio porque él estuviera allí cuando ella llegara.

—Vamos a ver, Raúl, este es el plan, si una simpática ancianita nos hace algún tipo de comentario tú simplemente dile con tu mejor sonrisa *muchas gracias señora, su ayuda ha sido inestimable*. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua. —Y acompañó su afirmación con una sonrisa canalla de esas que prodigaba a todo el mundo.

—Estoy casi seguro de que nos vas a volver a meter en un lío si nos encontramos de nuevo con la anciana. Bien, nuevo plan, si aparece alguien mayor de cincuenta años deja que me encargue yo. ¿Te parece bien?

—Ese sí que es un plan con el que es fácil estar de acuerdo. —Y le guiñó el ojo a su compañero—. Ya estamos aquí, ¿puedo llamar yo al timbre o necesitamos un plan para eso también?

Pablo no pudo evitar poner los ojos en blanco antes de contestar.

—Llama, anda, no perdamos más tiempo.

Al otro lado del telefonillo les contestó la voz de un joven que se apresuró a abrirles la gran puerta de hierro forjado con cristaleras de colores que daba acceso al edificio. El inmueble era vetusto y el paso del tiempo no había sido gentil con él, pero en algunos rincones se evidenciaba la riqueza que debía haber adornado sus pasillos hace ya muchos años. La escalera de caracol era espectacular, con anchos peldaños de mármol desgastados en el centro por el uso que evidenciaban los miles de pasos que se habían dado en ella, con una barandilla de hierro forjado con hermosos diseños florales rematada por un pasamanos de madera noble lustrada después de tantos años de uso. Subieron siguiendo la senda marcada en mitad de los escalones y apoyándose en la madera suave como la seda hasta llegar al piso de los estudiantes.

Un chaval de unos veinte o veintipocos años les abrió la puerta, llevaba gafas de pasta y una camiseta de Super Mario de colores brillantes. Era de complexión media con el pelo castaño revuelto, como si acabara de levantarse, unos vaqueros gastados y unas zapatillas Converse rojas completaban el atuendo.

—Buenas tardes, somos los subinspectores Romero y Albaladejo —dijo Pablo haciendo las presentaciones—. Supongo que tú debes ser Julio Aguirre, ¿no es así?

—Sí, así es. ¿Quieren pasar? —dijo al tiempo que entraba en el piso seguido por los dos policías.

En la mesita del salón había una caja de pizza con un par de trozos aún dentro y una bolsa de patatas fritas junto a una lata de cerveza de marca barata. El joven se apresuró a llevar los restos de su comida a la cocina y les invitó a sentarse en el desvencijado sofá mientras él se acomodaba en un puf.

—Para empezar queremos decir que sentimos mucho la pérdida de tu compañero de piso. Por lo que hemos sabido de él, José era un chico excepcional —comenzó Raúl, tratando de sonar conciliador. No se les escapó el leve gesto que hizo el joven al oír las palabras del subinspector, dando un ligero respingo involuntario.

—Sí, esto... Bueno, ya saben, ha sido muy duro para todos. Quien peor lo está llevando es Pedro, se conocían de toda la vida.

—Sabemos que por su trabajo en la APD ha podido recibir amenazas, ¿le ha llegado alguna a casa? ¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

—No, bueno... No sé. Supongo que no. —El joven se revolvió incómodo en el puf y Pablo miró a su compañero, que asintió levemente.

—También sabemos que una de las empresas afectadas por el trabajo de la APD en materia de protección de aves fue la del padre de José. ¿Te comentó alguna cosa? —preguntó Pablo, inclinándose hacia adelante y mirando a Julio directamente a los ojos.

—Yo... Miren, yo no sé nada. Eso deberían preguntárselo a Pedro, o tal vez a Iván que...

No pudo terminar la frase pues el subinspector Albaladejo se puso en pie y en dos grandes zancadas cubrió la distancia que lo separaba del joven.

—Mira, chaval, estamos investigando un asesinato. ¿Me estás oyendo bien? Un crimen grave del que ha sido víctima tu compañero de piso. Si por casualidad sabes algo que no nos estás queriendo decir, yo mismo te llevaré a comisaría detenido por obstrucción a la justicia y me encargaré de que el fiscal pida para ti la pena más alta. ¿He sido claro?

Julio se había quedado pálido en un instante y pequeñas gotas de sudor comenzaron a perlarle la frente haciendo que el pelo castaño se le quedara pegado encima de los ojos. Se encogió un poco más en el puf mientras Raúl

acercaba su cara amenazadoramente a la suya.

—Yo... —Raúl lo miró de nuevo hasta que el joven no pudo aguantar más la mirada y soltando todo el aire que tenía en los pulmones de golpe comenzó a hablar—. Una noche, hace ya varios meses, no sabría decirles si tres o cuatro, vino el padre de Pepe hecho una furia. Acababa de salir la sentencia de la justicia europea parando todo el proyecto y estaba loco de ira.

Tomó aire y miró a los policías, que asintieron al unísono invitándole a continuar.

—Todo el mundo salió de la casa cagando leches para dejarlos solos, pero a mí me pilló en la ducha y cuando hube terminado de secarme y vestirme estaban en plena discusión y me daba corte salir e interrumpirlos. Así que me quedé escondido en el baño mientras ellos se gritaban en el salón. Sí, lo sé, soy más cobarde que una cucaracha, pero era una discusión muy fuerte.

—¿Qué se dijeron? —preguntó Pablo sin levantar la mirada del cuaderno, en el que garabateaba notas a toda velocidad.

—El padre le dijo que lo había defraudado y que le había hecho perder mucho dinero, Pepe le contestó diciendo que no tenía conciencia ecológica... Ya saben. La cosa se puso fea y oí un par de platos estrellarse contra la pared que separa el salón de la cocina. Antes de salir por la puerta el padre le dijo que se olvidara del dinero que le pasaban cada mes, que ahora estaba solo y debería buscarse las mañas. Se fue dando un portazo que hizo temblar todo el edificio. Cuando volví al salón Pepe estaba recogiendo los trozos de platos rotos, él sabía que yo me había quedado en el baño y me pidió que no les contara nada a los demás. Solo que había tenido una fuerte discusión con su padre y punto, pero que no les hablara del dinero. Accedí, está claro. Ya les he dicho que soy un cobarde. —Se miraba la punta de las zapatillas y se empujó con un gesto mecánico las gafas, que habían descendido hasta la punta de la nariz.

—¿Ya no recibía ningún dinero de su padre? —preguntó Raúl.

—No, nada de nada. Su madre le suplicó que le dejara pagar su parte del piso, pero eso fue todo, y ella, por lo visto, lo vivió como una gran victoria

porque el padre de Pepe no suele dejar que nadie gane ni un punto cuando se están peleando.

—¿Y cómo hacía José para pagar la comida o las fotocopias?

Julio dudó un instante antes de contestar, pero al mirar a Raúl se estremeció y decidió que con su compañero de piso muerto no tenía ningún sentido seguir guardándole el secreto. Se restregó las manos nerviosamente en el pantalón vaquero antes de continuar.

—Pues verán, un par de semanas después le pregunté por el tema de la pasta, por si necesitaba que le prestara o algo, pero me dijo que no, que había encontrado una nueva fuente de ingresos. Sabía que su trabajo en la APD era de voluntario, con lo que no podía ser eso, así que le insistí. Al principio no soltó prenda, pero como fui un poco pesado me lo acabó contando. El caso es que los de la APD controlan algunos terrenos naturales y había montado una plantación en uno de ellos. —Bajó la mirada de nuevo a sus pantalones por miedo a encontrarse con la del subinspector Albaladejo.

—¿Una plantación de qué exactamente? —preguntó Raúl, que conocía perfectamente la respuesta pero que necesitaba oírla.

—De maría, él no consumía, pero la vendía en el campus y así se sacaba un dinero. Ya saben que tenía novia, y mantener a una chica cuesta dinero. —Trató de esbozar una sonrisa al decir esto.

—Créeme, chaval, lo de la novia no mejora con los años. ¿Sabes dónde estaba la plantación?

—No, nunca me lo dijo, pero sobre todo, nunca pregunté. Ya tengo suficiente con mis propios problemas como para involucrarme en los de los demás, y me daba la impresión de que ya sabía demasiado.

—¿Quién más lo sabía?

—Supongo que la gente a la que le vendía, algunos estudiantes del campus, no sé quiénes son, se lo juro. —El joven los miró suplicante—. Pedro también estaba enterado, eran como hermanos y se lo contaban todo. No creo que su chica supiera nada, al menos nunca dio señales de estar al corriente. ¿Creen que ha podido ser por eso?

—Aún no tenemos nada claro, pero esta información cambia bastante las cosas. Es posible que una transacción se complicara, que alguien sintiera que le estaba pisando su terreno... En fin, es una vía de investigación completamente nueva. Muy bien, creo que tenemos todo lo que necesitamos. Gracias, al final has sido de gran ayuda —dijo Pablo mientras le tendía una mano a Julio, que se le apretó sin demasiado entusiasmo, al tiempo que la utilizaba para levantarse del puf y ponerse en pie.

—Gracias, chaval, te ha costado un poco, pero nos has ayudado bastante —dijo Raúl con una gran sonrisa. Cuando le tendió la mano al joven este retrocedió un poco intimidado, pero respondió después al apretón con confianza—. Por cierto, si recuerdas algo, llámanos, aunque te pueda parecer una tontería, si no, ya sabes lo que te toca. —Los ojos de Raúl adquirieron un tono sombrío amenazador, y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Julio, que asintió con fuerza.

Julio los acompañó a la puerta y se despidió de ellos. Los agentes creyeron oír un suspiro de tranquilidad cuando la puerta se cerró dejando a los policías detrás. Cuando se hubo asegurado de que los agentes estaban fuera de su piso se dejó caer al suelo temblando y se quedó un rato ahí tendido, hasta que tuvo fuerzas suficientes para volver al salón a terminarse su cerveza.

Una vez en el pasillo, fuera del apartamento de los jóvenes, cuando estuvieron seguros de que nadie podía oírlos, Pablo se dirigió a su compañero.

—Voy a llamar a Horatio, esta investigación no tiene ni pies ni cabeza y se nos está complicando por momentos, ahora resulta que el muerto era un camello.

Raúl comenzó a descender por la elegante escalera mientras su compañero hablaba por el móvil con el inspector Martínez, siguiéndole a pocos pasos. Terminó la conversación justo cuando llegaban a la puerta de entrada del edificio.

—Mañana nos ocuparemos de ir a las oficinas de la APD y preguntar a ver si ellos saben algo del tema de la plantación, ahora están ya cerrados. Por

cierto, eso del *poli bueno, poli malo*, nos ha salido de maravilla ahí dentro.

—La verdad es que sí, nunca había utilizado lo de «llamar al fiscal y pedir la pena máxima», pero parece bastante efectivo, me lo apunto para la próxima. —No pudo evitar sonreír al recordar la cara de susto que había puesto el pobre chaval.

Se encaminaron hacia el coche y, antes de subirse en él, a Pablo le pareció ver una melena roja que le recordaba a alguien entrando rápidamente al edificio del que ellos acababan de salir. No le dio mayor importancia, pues Raúl ya había puesto el motor en marcha y le esperaba mirándolo con impaciencia.

—¿Quién dices que ha ido a casa de tus padres? —Susana bajaba por la escalera de la comisaría y estuvo a punto de resbalar de la sorpresa. Su jornada había terminado, pero hoy tenía que ir con su madre a Murcia y necesitaba tiempo para llegar a casa, darse una ducha y arreglarse.

—¡El futbolista! ¿Te lo puedes creer? Mi madre le ha amenazado con una escoba, y mi padre está revolviendo en el sótano buscando la escopeta...

—Fernando nunca me defrauda —la interrumpió Susana.

—¿Tú también? —preguntó incrédula Marta al otro lado del teléfono—. Parece que todos habéis perdido la cabeza.

—¿Nosotros? El que la ha perdido es tu ex novio teniendo el coraje de presentarse en casa de tus padres. Por cierto, ¿cómo ha encontrado tu dirección?

—Mis padres aparecen en las Páginas Amarillas, pero si con eso no fuera bastante, tiene suficiente dinero como para que alguien le diga dónde vivo. Seguro que conoce a un tío, que conoce a otro tío que trabaja en el padrón o algo similar. Al menos en la playa no puede encontrarme, está a nombre de mis abuelos y dudo que pueda llegar tan lejos.

—No estarás pensando en irte a dormir tú sola a la casa de la playa, ¿verdad?

—Estás hablando como mi madre, Susi —le dijo con tono de reproche del que se arrepintió inmediatamente—. No me apetece verlo ahora, así no. Si nos volvemos a ver será cuando y como yo diga. Y ya te digo que no me va a pasar nada por irme hoy a la playa, el aire marino me ayuda a desconectar y a pensar con más claridad.

—Mira, tú piensa lo que te dé la gana, pero hoy no duermes sola en una localidad costera, donde casi todas las casas están vacías porque son de veraneantes mientras tu exnovio anda por ahí buscándote porque a mí no me da la gana. No, no, olvídalo.

—Susi, de verdad que no me va a pasar nada.

—He dicho no —añadió usando el tono autoritario que utilizaba con los detenidos y que no dejaba lugar a la negociación—. Veamos, yo hoy no puedo librarme porque me voy con mi madre a Murcia a ver una zarzuela en el Romea, Raúl está con su mujer y su hija... ¡Pablo! Te mando a Pablo para que se quede esta noche contigo. Respétamelo, que es como mi hermano pequeño.

—Alto, alto, alto. No organices mi vida sin consultar si quiera primero. Vamos por partes. ¿Raúl está casado? ¿Y tiene una hija?

Susana sonrió de oreja a oreja apoyada contra el capó de su coche.

—Sí, todo lo suyo es una pose, por eso nos lo tomamos tan bien. Si tratara en serio de ligar con esas frases acabaría delante de los agentes de servicios internos por acoso, pero todos sabemos que está felizmente casado, que tiene una hija preciosa y que todo eso que dice es solo para relajar el ambiente. Ya sabes que este trabajo a veces te hunde la moral, y comentarios como los de Raúl te ayudan a remontarla en esos días. Además, no puede caerte mal un tío que te dice seis veces al día que eres la más bonita de la comisaría.

—Nunca me lo hubiera imaginado, la verdad. Suponía que lo que decía no era con intención de ligar, sino más bien de hacerse el payaso, pero de ahí a tener una mujer y una niña hay todo un camino.

—No te fíes nunca de las apariencias. Bueno, volviendo al tema, llamo a Pablo y le digo que se pase por tu casa sobre las nueve. ¿Te parece bien?

Marta sabía que no tenía sentido discutir, así que, dándose por vencida, accedió a la petición de Susana aunque sin demasiada convicción.

—¿Llamas tú a tu madre o lo hago yo? Porque Irene se va a quedar más tranquila si sabe que un policía, aunque sea fuera de servicio, se queda en la habitación de invitados.

—Sí, y ya sabemos que si madre está tranquila, todo el mundo está tranquilo, aunque para no crearle falsas expectativas, vamos a decirle que Pablo duerme en el sofá. ¿No te parece?

Susana rompió a reír y casi se le cae el teléfono al suelo.

—Tienes razón, con las ganas que tiene tu madre de organizar una boda, si se entera que Pablo duerme en la habitación contigua a la tuya es capaz de empezar a reservar la iglesia y a elegir los centros de flores de la recepción.

—No le des ideas, anda, que mi madre es muy capaz de eso y más. En cualquier caso, gracias por preocuparte pero, sinceramente, no creo que sea capaz de encontrarme en Cabo de Palos.

—Eso espero yo también. Bueno, voy a llamar a Pablo para decirle que tiene que ir a escoltar a una *celebrity* nacional.

—Gracias de nuevo. Voy a acercarme al supermercado del pueblo a ver si encuentro alguna cosa para picar. Dale la dirección a Pablo y dile que le espero para la cena. ¡Nos metes en cada lío, Susana! Yo que venía con la idea de pasar unos días tranquila y ahora resulta que estoy bajo arresto domiciliario —dijo sonriendo.

—¡Qué va! Además, os vendrá bien poner os al día. ¿Cuánto hace que no ves a un compañero de instituto? Al menos quince años, ¿verdad? Pues vais a tener mucho tiempo libre esta noche para que le cuentes tu vida y él a ti la suya. Os lo vais a pasar fenomenal. —Susana sonrió maliciosamente al otro lado del teléfono antes de colgar y meterse en el coche. Miró el reloj y calculó el tiempo que le quedaba para llamar a Pablo, ducharse y arreglarse antes de ir a recoger a su madre para llevarla a la zarzuela. Tendría que darse mucha prisa si quería hacerlo todo.

La noche se cernía sobre Cabo de Palos desplegando su manto de oscuridad sobre el mar y las casas circundantes. El cielo estaba plomizo y ocultaba tras el telón de las nubes la luna y las estrellas que parpadeaban silenciosas. Las farolas iluminaban el paseo marítimo proyectando la sombra de los bancos y las papeleras sobre las baldosas desgastadas por el sol y el salitre. Marta estaba en la puerta de casa, sentada en un banco del paseo con Loken dando vueltas a su alrededor. No le había mentido a Susana al decirle que el aire salado y la visión del mar la ayudaban a pensar. Notaba el salitre que se pegaba a su piel dejando una estela de humedad a su paso. Era lo único que echaba de menos de Madrid, la sequedad del clima, en cuanto llegaba a Cartagena notaba la humedad que entraba hasta los huesos y calaba el alma.

Vio a Pablo aparecer por una de las calles que conectan la carretera principal con el paseo marítimo. Llevaba un paquetito bajo el brazo e iba mirado distraído su móvil. Al verla levantó la mano para saludarla y pudo ver el resplandor de la pantalla lanzando destellos desde la distancia. En unos pocos pasos alcanzó el banco en el que estaban y se sentó junto a Marta. Loken se acercó curioso y comenzó a olisquearlo sin parar de mover la cola.

—Le has caído bien —dijo Marta a modo de saludo dedicándole una sonrisa—. Es curioso, no le suelen gustar los extraños, incluso con Susi necesitó varias visitas para acostumbrarse a ella; pero parece que contigo ha decidido hacer una excepción.

Pablo se sonrojó ligeramente.

—Bueno, siempre se me han dado bien los animales. ¿Verdad, campeón? —dijo rascando al gran labrador tras la oreja y pasándole una mano por el hocico.

Marta no podía dejar de sonreír, sorprendida. Loken nunca se había portado así de manso con nadie, excepto ella misma y... bueno, y la persona que se lo regaló. Se le heló la sonrisa un instante, pero se recompuso rápidamente.

—¿Estás bien? —preguntó Pablo, a quien no había pasado por alto el

cambio en la actitud de Marta.

—Sí, solo me ha dado un poco de frío —dijo tratando de forzar una sonrisa y pensando que Pablo era realmente un buen observador—. ¿Vamos al interior?

—Lo que mande la jefa.

Él se levantó del banco para disgusto de Loken, que estaba disfrutando de un momento muy agradable, y la siguió hasta el interior de la casa. Al franquear la puerta tuvo la sensación de estar viajando en el tiempo hasta los años setenta u ochenta, pues así lo evidenciaba la decoración de la casa. Se dirigió hasta la pared de la izquierda, la que lindaba con la casa vecina, donde se habían colgado multitud de fotos de niños pequeños y de adolescentes sonriendo en diferentes poses. Había desde fotos en bañador construyendo castillos de arena hasta las típicas fotos de comunión con el rosario entre las manos. Algunas estaban descoloridas o presentaban un acabado granuloso propio de las impresiones fotográficas de principios de los ochenta.

—¿Esta eres tú? —preguntó señalando una foto de dos niñas sentadas en el balancín que había percibido al pasar enfrente del porche de la casa.

—La mellada soy yo, y la rubia de la piruleta es ni más ni menos que la inspectora Gutiérrez.

Pablo abrió los ojos sorprendido y se fijó más detenidamente en la foto. Era innegable que esos ojos profundos y esos labios carnosos eran los de Marta, aunque le faltaran las dos paletas de arriba era sencillo reconocerla. La Susana adulta aparecía de forma más sutil en la foto, la piel blanca, el largo cuello y los ojos inteligentes denotaban su presencia. Pablo siguió un rato admirando las fotos de la pared, reconoció a Marta en al menos una docena de ellas y a Susana en tres o cuatro, siempre juntas. Los otros niños serían los primos de Marta o su hermano, se dijo.

—Para no complicarnos la vida he pensado hacer pasta boloñesa, ¿te apetece?

—Sí, claro, ¿a quién no le gusta la pasta? —En ese momento se acordó del paquete que había traído con mimo desde Cartagena y se lo tendió—. Toma,

he traído el postre. Es una chorrada, pero supuse que te gustaría tomar algo dulce después de cenar. Son *suspiros*.

Marta no pudo ocultar su alegría al oír el nombre del clásico dulce cartagenero, están hechos fundamentalmente de almendras y esconden ellos también una curiosa historia. Se dice que el maestro Álvarez, que en aquel momento amenizaba las veladas en el café *La Palma Valenciana* compuso una obra a modo de pasodoble que gustó mucho a sus amigos y conocidos. Al acabar su jornada de trabajo, cuando volvía a su casa, se paró delante de la confitería España, en la calle Mayor, observando los *suspiros* que estaban en el escaparate, y eso le dio el nombre para el pasodoble: *Suspiros de España*. Está considerado como uno de los pasodobles más emblemáticos y más fácilmente reconocibles de todos los tiempos. En un primer momento, fue una marcha militar y la tocó por primera vez la Banda de Música del Tercer Regimiento de Infantería de Marina (ahora conocido como el Tercio de Levante). Juan Antonio Álvarez, sobrino del compositor, fue el encargado de ponerle letra, y fueron cantantes como Estrellita Castro o Concha Piquer quienes terminaron de popularizar la obra. Tras la Guerra Civil, los exiliados españoles cantaban esta obra recordando la nostalgia del país que fueron obligados a dejar atrás. En honor al Maestro Álvarez, el reloj de la Casa Cervantes (edificio donde se situaba la panadería España en la calle Mayor) toca desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche *Suspiros de España* cada vez que dan las horas en punto.

—Suspiros... ¡No me lo puedo creer! Es imposible encontrarlos en Madrid y es uno de los postres que más me gustan. ¿Cómo lo has sabido?

—Susana me lo contó cuando le pregunté qué podía llevar para acompañar la cena. Al principio pensé en vino, pero Susana me dijo que tú tenías mejor ojo que nadie para escoger el vino y que era mejor que yo llevara el postre.

—Eso es verdad —dijo cogiendo el paquete con cariño y poniéndolo en la encimera.

—Bueno, ¿a qué te ayudo?

—Puedes ir poniendo la mesa, los platos y cubiertos están en aquella

alacena —dijo Marta señalando un gran armario blanco con cristaleras en la parte superior y cajones en la inferior—. Si quieres, cuando termines, puedes echarme una mano en la cocina.

En pocos minutos la pasta estaba lista y la salsa a base de carne picada, cebolla, zanahoria, apio y tomates se estaba calentando a fuego lento. Marta vino de la parte trasera de la casa con una botella de vino cubierta de polvo que estaba limpiando primorosamente con un paño. Estaba de un humor excelente.

—He sacado una botella de la cava privada de mis abuelos, esto es como encontrar el cofre de un tesoro. Un Rioja del noventa y cinco, fue una cosecha excelente —dijo plantando la botella a pocos centímetros de la cara de Pablo, no podía dejar de sonreír y los ojos le brillaban chispeantes.

—Si tú lo dices —dijo Pablo acompañando el gesto con un encogimiento de hombros—. Yo no voy a tomar vino, solo una Coca Cola.

—¿Pero qué estás diciendo? Un vino como este es para degustarlo en compañía, y ahora que sé que mis abuelos lo tienen no me puedo quedar con las ganas de probarlo. Venga, acompáñame —suplicó Marta aleteando sus largas pestañas.

—Está bien, pero solo una copa. No estoy acostumbrado a beber y en cuanto tomo dos copas acabo diciendo tonterías.

Marta sirvió un poco de vino en dos copas de cristal tallado. Antes de beber removió el líquido haciéndolo girar, arrancando destellos dorados al caldo oscuro. Dio un pequeño sorbo y lo paladeó un rato en la boca antes de tragarlo.

—¡Está buenísimo! Mis abuelos tienen un gusto excelente.

Pablo dio un trago al vino sin tanta ceremonia y tuvo que admitir que le gustaba mucho, seguramente no había probado un vino tan bueno en su vida.

—Y ahora, ¡*bon appétit!* —dijo Marta con una amplia sonrisa sirviendo la pasta y la salsa en los dos platos.

Irene y Fernando habían terminado de cenar y ahora estaban en el salón de la casa sentados en sendos sillones orejeros que podían reclinarsse. Fueron un capricho de Irene cuando Fernando se jubiló y ahora estaban los dos encantados de tenerlos, pues les permitían quedarse dormidos viendo la tele pero sin renunciar a la comodidad.

Irene trataba de concentrarse en el televisor encendido, pero ningún programa le llamaba la atención y saltaba de una cadena a otra en un *zapping* alocado.

—¡Irene, por el amor del Santísimo! ¿Quieres dejar una cadena durante al menos tres segundos seguidos para que sepamos lo que dan?

—Lo siento, pero es que no consigo centrarme en nada. Después de lo de esta tarde estoy preocupada por la niña

—Tú siempre estás preocupada. Cuando no es por la niña es por el niño, o porque vamos a tener nuevos vecinos, o porque hay una plaga de pulgones en tus rosales, o porque una folclórica ha entrado en prisión. Date un respiro, mujer, a veces parece que quieres llevar todo el peso del mundo sobre tus hombros y eso es demasiado, incluso para alguien tan fuerte como tú. — Fernando conocía muy bien a su mujer, y sabía que si la alababa lo suficiente sería capaz de hacerle olvidar el motivo de su preocupación. Esto lo hacía porque la quería con locura, pero también porque le estaba empezando a doler la cabeza de ver pasar las imágenes como un tornado en el televisor y quería que eligiera una cadena y no zapeara más.

—Tienes razón, pero es que con todo lo que le ha pasado a la pobre últimamente. Encima aparece su exnovio la misma semana que encuentra un cadáver cerca de la casa de mis padres. Espero que no haya ningún asesino en serie por la zona.

—Hacen falta al menos tres muertos para que un asesino se considere asesino en serie, y deben compartir alguna característica común.

Su mujer lo miró llena de recelo.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me gusta mucho la serie de Mentes Criminales, es una de las pocas con

las que no me duermo a los dos minutos de empezar. Además, no me has dicho tú que un compañero de Susana se queda a dormir en la playa por si las moscas... —La conversación había hecho parar el torbellino de imágenes de la televisión y su mujer ahora lo miraba fijamente.

—Sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que me gustaría más que se quedara a dormir aquí.

—¡Acabáramos! Lo hemos hablado mil veces, Irene, tu hija es una persona adulta y ha decidido quedarse en casa de tus padres para aclararse las ideas, insistir en que venga aquí no le va a hacer ningún bien. Además, mañana vienen ella y su hermano a comer a casa, así que por fin nos tendrás a todos reunidos en tu mesa y bajo el paraguas de tu maternal influencia.

—No sé nunca cuándo hablas en serio o cuándo lo haces de forma irónica —dijo Irene, apretando los labios formando una línea recta.

El se levantó de su sillón y se apoyó en el reposabrazos del sillón de su mujer al tiempo que le cogía con ternura la mano entre las suyas. Se acercó a ella lo suficiente como para aspirar su aroma, un suave perfume floral con notas de lavanda que había utilizado desde el día en que se conocieron. Le dio un beso en el pelo y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Hablo en serio, Irene, eres una madre estupenda, una luchadora. Has echado de esta casa a un futbolista de renombre armada tan solo con una escoba. —Ella no pudo evitar sonreír al recordarlo—. Te preocupas por tus hijos y por tu familia, pero tienes que aceptar que cada uno tiene su vida. Para mí tampoco es fácil, pero es necesario que nos demos cuenta de que ya son mayores. Y lo mejor que podemos hacer es enfrentarnos a esto juntos juntos, como lo hemos hecho todo desde siempre.

Irene le devolvió la mirada llena de una infinita ternura y se apoyó en su pecho como hacía cuando eran más jóvenes y a ella le preocupaba algo.

—Tienes razón, y para que veas que no solo lo pienso, sino que lo digo de corazón: aquí tienes el mando, te dejo que elijas lo que quieres ver.

Fernando se levantó del lado de su mujer con el mando de la televisión en

la mano y el olor de su perfume lo seguía envarando cuando se sentó en su sillón y puso una serie que no era de sus favoritas, pero que sabía que a Irene le encantaba. Eso es lo que hace que un matrimonio dure casi cuarenta años, saber ceder y, sobre todo, saber dar.

Dieron buena cuenta de la cena, y de la botella de vino que había descorchado Marta ya solo quedaba un tercio. Pusieron los platos en el fregadero y los remojaron en agua, pues ninguno de los dos tenía ganas de fregar. Pasaron al saloncito, donde se sentaron en el sofá, Pablo tuvo bastante cuidado de dejar el máximo de espacio posible entre él y Marta, no quería incomodarla. Ella cogió la bandeja de cartón que contenía los *suspiros* y la puso encima de la mesita echando a un lado las revistas atrasadas.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Marta guiñándole un ojo mientras se levantaba y buscaba en su bolso, que había dejado apoyado sobre una silla del recibidor—. Cuando he salido de comer con vosotros me he pasado por el Corte Inglés y he comprado el DVD de la primera temporada de Doctor Who —dijo tendiéndole ufana la caja de cartón que contenía varios discos DVD con los capítulos de la serie.

—Bueno, teóricamente no es la primera temporada, la serie lleva cincuenta años en antena, y esta temporada es de 2005. Pero es verdad que para empezar no está mal comenzar desde la primera temporada de la nueva serie.

—¡Pues vamos a verla! —Marta tenía una felicidad casi infantil mientras metía el disco en el lector de su portátil, ya que la casa de la playa contaba con televisión, pero no con un lector de DVD. Pablo la miró sorprendido y embelesado a partes iguales. Él había hecho un comentario sobre la serie de forma casual hacía varios días, temeroso de haber quedado como un bicho raro delante de Marta, y ahora estaba sentado en el sofá de la casa de los abuelos de su gran amor de adolescencia, por el que aún sentía algo, e iba a ver con ella una de sus series preferidas. Pensó que alguien *Allá Arriba* tenía que estar haciendo horas extras para que esta noche fuera perfecta y no pudo evitar sonreír.

Al cabo de lo que fueron los cuarenta y cinco minutos más largos de su vida, el capítulo de la serie por fin terminó. No se podía creer que *eso* que ella acababa de ver fuera una de las series más relevantes de la televisión, con millones de fans por todo el mundo. Se dio cuenta de que Pablo la miraba lleno de ansiedad tratando de leer sus reacciones, decidió que lo mejor sería ser sincera.

—Veamos... Es la mayor pérdida de tiempo que he visto en mi vida —dijo Marta sin ningún tipo de cuidado—. Ha sido espantoso, Pablo.

—Lo reconozco, el primer capítulo es un poco malo. —No ocultó su decepción, y asintió tímidamente con la cabeza.

—¿Un poco, dices? ¡Hay unos maniquíes de plástico que son asesinos! Por no hablar de que el capítulo está horrorosamente mal dirigido y que la madre de la tal Rose podría ir de colaboradora a cualquiera de los programas de mi cadena por la pinta de *choni* que tiene.

Pablo iba a hablar pero ella se le adelantó.

—Eso sin mencionar la escena de la escalera mecánica. ¿Has visto esa escena? Parecía una parodia de los Monty Python. No tengo palabras, te lo aseguro. —Apuntaba con el mando del DVD a la televisión para dar más énfasis a sus palabras.

—Es cierto, pero dale una oportunidad. Yo pensé lo mismo cuando comencé a verla, pero mis amigos me insistieron que mejoraba, y es verdad. No te fíes de las apariencias.

—Es curioso, eres la segunda persona hoy que me dice exactamente lo mismo.

—No sé quién ha sido la otra persona pero estoy seguro de que tenía razón —dijo lanzándole una sonrisa, se sentía lanzado y el corazón le latía más deprisa de lo acostumbrado—. Mira, solo te pido una cosa, sigue la serie hasta el capítulo nueve: *El niño vacío*. Si después de haberlo visto sigues pensando que no merece la pena, no pasa nada. Pero por favor, inténtalo hasta el capítulo nueve.

—¿Qué tiene de especial ese capítulo?

—Pues que es el primero que escribe Steven Moffat para esta temporada, y es... Bueno, ya lo verás tú misma. —Y se permitió guiñarle un ojo. El vino le tenía que estar haciendo efecto pues normalmente él era mucho más recatado, se dijo para sí mismo.

Dudó un instante, lo que acababa de ver la había dejado exhausta psicológicamente, era como una película de serie B, pero aún peor. Además de que acababa de tirar por tierra el mito de que la BBC es la mejor cadena europea, ya no le parecía que el contenido de su cadena fuera tan malo. Claro que, pensándolo bien, salvo la comida en casa de su madre de mañana no tenía ningún otro plan a la vista, y seis semanas era mucho tiempo para llenar estando sola.

—Mira, no creo que tenga nada mejor que hacer por aquí, así que acepto —dijo Marta poniéndose muy seria y tendiéndole una mano que Pablo se apresuró a estrechar. No le pasó desapercibida la suave piel de Marta y se entretuvo un instante más de lo necesario en ese apretón.

—Cambiano de tema, ¿cómo vais con la investigación?

—Señorita Ortiz, ya sabe que no podemos comentar nada con la prensa de una investigación en curso.

—En estos momentos no soy un miembro activo de la prensa, soy una antigua compañera de instituto.

—Señorita Ortiz, sabe que no podemos comentar nada con civiles, por muy antiguos compañeros de instituto que sean de una investigación en curso —dijo Pablo con una gran sonrisa.

—Ahora entiendo por qué en el instituto no nos llevábamos bien —dijo Marta sonriendo también.

—No nos llevábamos ni bien ni mal, yo siempre he sido muy tímido, y llegar en el último año de instituto no ayuda con la timidez ¿sabes?

—Me lo imagino. Yo recuerdo el instituto como una época dorada para mí, creo que es cuando más he disfrutado de verdad en toda mi vida. Eso sí, me hubiera encantado tener a Susana en la misma clase... —Su voz sonó melancólica, perdiéndose en sus propios recuerdos—. Oye, ¿qué hiciste al

acabar las clases? ¿Entraste directamente a la Academia de Policía como hizo Susi? Creo que te perdí la pista justo tras Selectividad.

—No, yo entré en la Politécnica y cursé Obras Públicas, y no se me daba nada mal, por cierto. Pero al acabar la carrera me di cuenta de que no quería trabajar de eso toda mi vida y bueno... Tuve un período en el que anduve bastante perdido hasta que me propuse entrar en la Policía. Y ha sido lo mejor que he hecho en mi vida, me encanta mi trabajo.

—Susana dice lo mismo. Yo no podría ir todo el día con un arma persiguiendo criminales, se me daría fatal.

—Bueno, supongo que por eso tú eres periodista y yo soy subinspector, yo no me imagino entrevistando a gente delante de varias cámaras y un par de millones de personas en su casa. Es con los detenidos y a veces me cuesta un poco. —Se ruborizó ligeramente. ¿Qué le estaba pasando para encontrarse tan dicharachero?

Se quedaron en silencio unos segundos. Pablo notaba el corazón latiéndole con fuerza cada vez que miraba a Marta. Incluso vestida con una sudadera vieja estaba preciosa, se preguntó qué pasaría si se acercaba un poco más a ella, pero antes de que pudiera intentar nada ella habló rompiendo el silencio.

—¿Estás muy cansado, Pablo?

Él se ruborizó hasta las orejas y solo acertó a negar con la cabeza. Sus pupilas se dilataron y notó cómo un escalofrío recorría su espalda. Se secó instintivamente las manos en el pantalón, pues habían empezado a sudarle.

—Ya que le he prometido a un buen amigo que vería al menos hasta el capítulo nueve de Doctor Who voy a tratar de ir adelantando. ¿Estás listo para el capítulo dos?

Pablo asintió débilmente, viendo cómo sus esperanzas se estrujaban de nuevo como la hoja de un periódico atrasado. Por un instante pensó que podría tener una oportunidad con la mujer más guapa del país, para ver segundos después cómo ella solo quería ver una serie con él. Se quedó en silencio, mientras pasaban las imágenes a las que no les prestaba atención de Rose y del Doctor. Si era un *buen amigo* como había dicho Marta, significaba

que estaba a dos pasos de entrar en la *friendzone* para siempre. Maldijo su mala suerte mientras miraba de soslayo a Marta y notaba cómo los vapores del vino le iban abandonando al tiempo que su falsa determinación para dar el primer paso y volvía a ser el chico tímido de dieciséis años que ahora estaba sentado junto a la belleza de la clase.

Le despertó el pitido repetitivo de la alarma del móvil, y trató a tientas de apagarla. Cuando se enderezó necesitó unos minutos antes de recordar dónde se encontraba, pues no reconocía la habitación en la que se había despertado. Poco a poco comenzaron los recuerdos a volver a su mente: la pasta *alla bolognese*, el vino tinto, el capítulo de Doctor Who, seguir a Marta por los peldaños de madera hasta la planta superior, y despedirse en la puerta de la habitación de invitados mientras ella entraba en la suya. Una infinita tristeza le sobrevino hundiéndole el pecho y dejándolo sin aire.

Se puso en pie y comenzó a vestirse, al salir al pasillo un agradable olor a café proveniente de la planta baja le dio los buenos días. Entró en el baño para darse una ducha rápida y bajó a la cocina donde Marta, de un humor excelente, estaba preparando el desayuno. Llevaba un jersey ancho de hilo y unos vaqueros blancos, se había recogido el pelo en una trenza y se afanaba de un lado a otro de la cocina.

—Buenos días, bello durmiente —dijo ella sin parar de sonreír mientras ponía un par de rodajas de pan en el tostador. Loken se levantó de un salto y se acercó a Pablo meneando feliz el rabo.

—Buenos días. ¿Qué haces levantada tan temprano? Susana me dio a entender que eras algo así como una marmota y que debería salir de puntillas y sin hacer ruido.

Marta hizo un mohín de reproche arrugando la nariz, justo cuando saltaron las tostadas dándole a los dos un susto mortal.

—Hoy tengo comida en casa de mi madre, y no quería que me pillara con el tiempo justo, así que me he levantado temprano, he ido a comprar el pan mientras le daba un paseo a este buen chico —señaló a Loken con el cuchillo de untar mantequilla— y he hecho café. Mi madre me produce tal ansiedad que no duermo casi nada la noche antes de ir a casa, así que siempre me

acaba reprochando mi mala cara y eso me produce ansiedad para la siguiente vez. Además, el cielo está de un increíble color azul grisáceo, con unas nubes enormes. Creo que habrá tormenta esta mañana, y no hay nada que me guste más que una tormenta cerca del mar, es como si dos antiguos poderes entraran en guerra para ver quién es más poderoso, si el señor del Cielo o el del Mar.

Calló súbitamente y comenzó a enrojecer. Había hablado más de la cuenta y ahora temía que Pablo la tomara por una chalada. Él cogió su taza de café y su plato con tostadas y se dirigió hacia el porche de la entrada.

—Está magnífico —dijo casi en un susurro mirando al cielo—. A mí me pasa igual, me encanta el cielo plomizo sobre el mar. ¿Vienes? Si yo tuviera un porche como este comería aquí a la mínima ocasión.

Se sentaron juntos y comieron en silencio perdidos cada uno en sus pensamientos. Apreciando el constante ir y venir de las olas, cómo la espuma rompía sobre la arena de la playa una vez, y otra, y otra más... Como era una lucha inagotable en la que el señor del mar se medía de nuevo con sus hermanos, los señores del cielo y de la tierra, ella sabía que ganaría el mar, el Mediterráneo podría ser un gran lago salado, como lo llaman algunos, pero era el origen del mundo occidental tal y como se le conocía. En sus aguas perdieron la vida miles de marinos experimentados y cientos de pecios aguardan solitarios en el fondo marino a que los arqueólogos decidan desenterrar sus tesoros ocultos. No hay nada en el mundo más hermoso y a la vez más temible que un mar embravecido. Pablo la sacó de su ensimismamiento poniéndose de pie y llevando la taza y el plato hasta la cocina. Al volver llevaba la pequeña mochila que trajo con sus cosas, colgada del hombro.

—Señorita Ortiz, ha sido usted una anfitriona estupenda, pero me temo que debo volver a mi puesto de trabajo.

—De nada, subinspector Romero, ha sido un placer tenerlo como huésped —sonrieron los dos ante este arranque de formalidad de ambos—. Espero que repitamos algún día sin necesidad de que mi exnovio acosador ande por en

medio, o que mi perro encuentre un muerto... Ya sabes, solo dos viejos amigos disfrutando de una agradable cena. ¿Crees que seremos capaces de algo parecido? —dijo Marta con una tímida sonrisa que llenó de luz sus ojos.

—Se puede intentar —sonrió él también como respuesta mientras cerraba la puerta del jardín y salía con paso calmado al paseo marítimo rumbo a su coche.

Marta se quedó unos minutos más contemplando el cielo en silencio. Se permitió valorar a Pablo mientras caminaba de espaldas, no se había dado cuenta hasta ese momento, pero los pantalones vaqueros le quedaban rematadamente bien. Se echó a reír con esta reflexión y finalmente se decidió a entrar seguida por Loken. Aún tenía mucho por hacer antes de ir a comer a casa de su madre. Pablo se dio la vuelta antes de doblar la esquina para ver una última vez más a Marta, pero al hacerlo solo vio un porche vacío. Maldijo de nuevo su mala suerte y se encaminó con paso lento hasta su coche.

El inspector Martínez fue el primero en llegar a la comisaría esa mañana. A través de las ventanas veía el cielo plomizo, del color de las antiguas tuberías que había en la casa de campo de sus padres. El viento comenzó a soplar y veía las copas de los árboles de la calle Luis Calandre removiéndose inquietas. Echó un rápido vistazo a la rambla de Benipila que pasaba rodeando la comisaría por su lado oeste, y le tranquilizó ver que desde las últimas lluvias la habían limpiado. Unos de los mayores problemas que tiene Cartagena es que apenas llueve en todo el año, pero cuando llueve con cierta intensidad la ciudad se inunda completamente. Esto es debido al hecho de que una parte del centro urbano se ha construido sobre una antigua laguna interior, la laguna de El Almarjal, y el agua de lluvia trata de buscar los cauces naturales para desaguar. Famosa fue la inundación del año 2000 que produjo que los sótanos del *Asilo de Ancianos Casa de las Hermanitas de los Pobres* se vieran anegados y necesitaran la intervención no solo de los servicios municipales, sino de decenas de voluntarios. Ciertas calles del casco

históricos se volvieron *navegables* y los cartageneros, siempre poniendo buena cara ante el mal tiempo, sacaron colchonetas y piraguas para recorrer sus calles. Por eso, el Ayuntamiento decidió hacer una obra que podría considerarse como faraónica modernizando la rambla de Benipila y de Canteras, y colocando interceptores pluviales para los barrios norte y oeste. En el año 2014, coincidiendo con las fiestas de Cartagineses y Romanos de ese año, hubo otro período de fuertes lluvias pero la rambla soportó bien el envite del agua, no así otras partes de la ciudad que quedaron inundadas.

El inspector Martínez respiraba tranquilo al ver el buen estado de la rambla, pues no había riesgo inminente de inundación. El cielo reflejaba el color de su estado anímico, este caso se le estaba resistiendo. Sabía que la información clave estaba delante de sus ojos, pero se veía incapaz de descifrarla, como un antiguo jeroglífico egipcio antes de que se utilizara la Piedra Rosetta. No pudo dedicarle más tiempo a sus pensamientos, ya que en ese momento entró Pilar como un vendaval. Venía sonriendo de oreja a oreja, con una bandeja de una pastelería cercana en la mano y se fue directa a preparar café para todo el equipo. La vio a través de la puerta abierta de su despacho y le hizo un gesto con la mano saludándola.

Desde su despacho tenía visión directa de la entrada a la unidad, con lo que nadie podía entrar y salir sin que él lo viera, siempre y cuando su puerta estuviera abierta. Poco después entró Pablo, parecía abatido, venía arrastrando los pies y llevaba las manos en los bolsillos del pantalón. Susana y Raúl llegaron casi al mismo tiempo, y pasaron directamente hacia el pequeño espacio que ellos llamaban cariñosamente *la cocina* y que tenía una pequeña cafetera, un armario para la loza y el azúcar, y un minúsculo poyete donde Pilar solía dejar los dulces con los que trataba de engordar a toda su unidad.

Se levantó de su sillón y se dirigió hacia la cocina para hablar con sus subordinados.

—Buenos días a todos. —Esperó a que todo el mundo le hubiera devuelto el saludo para continuar—. Creo que todos están al corriente de las últimas

novedades de este caso, ayer los compañeros Albaladejo y Romero fueron al piso del fallecido para interrogar al último de los compañeros que faltaba por declarar. Él nos confirmó que el fallecido tuvo una fuerte pelea con su padre, y que este decidió no pasarle más dinero, lo que llevó al joven a tener una plantación secreta de marihuana que vendía a otros estudiantes del campus.

—Todo un emprendedor, lo mismo hasta pagaba la cuota de autónomos — dijo Raúl mostrando una enorme sonrisa de dientes blancos.

—Albaladejo, por favor, un poco de seriedad. Creo que no se dan cuenta de la gravedad de este caso, empezamos investigando la muerte de un hijo ejemplar, estudiante ejemplar y novio ejemplar y ahora nos encontramos con que consiguió desbaratar una operación millonaria a su padre y encima que era camello.

—Todo el mundo esconde secretos, jefe. Eso es algo que sale a la luz con cada investigación que hacemos. —Susana trató de serenar el ambiente sin mucho éxito.

—Es posible, pero ahora tenemos al comisario pisándonos los talones. — Pensó en su conversación con Antonio Poveda y notó cómo la bilis le subía a la boca—. Así que se acabó el perder tiempo, quiero respuestas. Y lo que es más importante, el comisario también las quiere. Así que vamos a ponernos las pilas y a buscar respuestas como si nuestro trabajo dependiera de eso.

Todos asintieron notando la tensión en el ambiente. Incluso Pili se había quedado sin palabras de la impresión que le había producido la charla del inspector Martínez.

—Romero y Gutiérrez, os vais ya mismo a la ADP y tratad de sacar algo sobre los terrenos esos de los que nos habló el compañero. Albaladejo, hoy es el funeral por el chico, te vienes conmigo y tráete la cámara de fotos que quiero fotos de todo el mundo que vaya al sepelio. No quiero que se nos escape nada. Pilar, ¿dónde está la autopsia de Don Miguel? Llama al Instituto Forense y diles que yo mismo le diré al comisario que no avanzamos porque son ellos los que nos están bloqueando. ¿Le ha quedado claro a todo el mundo?

Asintieron una vez más y se apresuraron a terminar sus cafés para salir a encontrar las respuestas que tanto necesitaban. Pilar salió disparada hacia el teléfono y los demás cogieron sus chaquetas y fueron bajando la escalera que daba a la calle.

Al salir del edificio las primeras gotas comenzaron a caer, primero eran pocas, como esos estudiantes que llegan los primeros a clase para coger sitio, remoloneando, dejando círculos dispersos en el suelo. A estas se fueron sumando cada vez más otras compañeras hasta ser una lluvia fina que no molestaba demasiado pero acabaría calando a cualquiera que pasara bastante tiempo bajo ella. Un sonoro trueno retumbó en el cielo, como los tambores de Semana Santa que acompañan a los Cristos. El inspector Martínez bufó mientras se levantaba el cuello de la chaqueta y seguía a Raúl hasta su coche para ir a la iglesia. No le gustaba la lluvia y no le gustaban los funerales de chicos jóvenes, así que ir a un funeral un día de lluvia era para él un mal presagio.

Llegaron a la sede central de la APD pasadas las diez de la mañana, Susana había conducido y a Pablo no se le escapó que le lanzaba miradas de soslayo al tiempo que sonreía durante todo el trayecto. Él no tenía ganas de hablar de lo que pasó la noche anterior, o mejor dicho, de lo que no pasó. La lluvia había empezado a caer de forma más intensa cuando al fin franquearon la puerta de la asociación ecologista. Un cartel decía «Cerrado por defunción», impidiéndoles la entrada.

—Bueno, se nos tendría que haber ocurrido que sus compañeros de trabajo estarían también en la iglesia.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos para la iglesia o volvemos a comisaría?
—preguntó Pablo, sin mucha convicción.

—Vamos a comisaría, Raúl y Horatio tienen controlado lo del funeral, vamos a tratar de encontrar pruebas nosotros siguiendo otra línea de investigación.

—Tú eres la que manda, así que vamos —respondió Pablo, casi como si

fuera un reproche.

—Oye, ¿estás bien? No has dicho ni una palabra en el coche. ¿Cómo te fue anoche?

—Estupendamente, no hubo novios acosadores a la vista. ¿Podemos trabajar un poquito o vamos a seguir perdiendo el tiempo mientras hay un asesino suelto?

Susana no respondió y se tuvo que morder el labio con fuerza para no hacerlo. No entendía qué le pasaba a Pablo, pero intuía que tenía que ver con Marta. Insistir ahora solo serviría para que él se cerrara más en sí mismo y al final acabasen peleados. Tragándose muchas cosas que le hubiera gustado decirle, se metió en el coche y condujo en silencio hasta la comisaría.

La iglesia de Santa María de Gracia estaba abarrotada a esas horas. El aroma de las coronas de flores se mezclaba con el olor del barro en los zapatos y el perfume de los asistentes. La iglesia se encuentra en pleno centro de Cartagena y es el templo más grande de la ciudad, pues tiene medidas catedralicias. Consta de tres naves cubiertas de bóvedas y las capillas se sitúan a ambos lados siendo todas diferentes. Se pueden admirar en la iglesia la Virgen del Rosell que fue patrona de Cartagena, así como las esculturas de los cuatro santos protectores que son obra del célebre escultor Francisco Salzillo.

El cura estaba dando un sermón, del que no oyó prácticamente nada, solo podía pensar que dentro de ese féretro de madera se encontraba Pepe, su Pepe. Cristina se sentó en la sexta fila de la iglesia, detrás de la familia y amparada por la masa de compañeros de la universidad que no habían querido perderse el oficio. En los primeros bancos estaba la familia, con Pedro sentado junto a la que supuso que sería la hermana de Pepe, el rector de la universidad, la alcaldesa e incluso varios concejales. Ninguno lo conocía, pero nadie quería perderse la oportunidad de salir en la foto de la prensa. Había varios equipos de televisión y fotógrafos de los medios locales que se habían quedado en la parte trasera del templo por respeto a la familia.

El ambiente era irrespirable, Cartagena goza de escasos días de lluvia al año, y hoy precisamente el cielo había decidido ponerse a llover. Los paraguas se amontonaban en la entrada de la iglesia o bajo los bancos. Los zapatos dejaban marcas húmedas en el precioso mármol pulido, pero eran sobre todo las flores. Ese olor dulzón que impregnaba cada rincón de la iglesia le estaba atenazando el pecho, entrando por cada poro de su piel, y le impedía respirar con normalidad. Varios compañeros de clase se habían acercado a darle el pésame, pero ella había sido incapaz de reaccionar. Veía desde su asiento a los padres de Pepe, su madre que no paraba de llorar mientras su padre le pasaba un brazo sobre los hombros tratando de darle consuelo, sabiendo de sobra que no hay nada que consuele la pérdida de un hijo. Su hermana mostraba más entereza, y sostenía con fuerza la mano de Pedro, que lloraba calladamente, y al que solo delataban los rastros brillantes que dejaban las lágrimas en su cara.

Las altas columnas pintadas de verde claro y que sujetaban las bóvedas blancas con detalles dorados ya no eran lo suficientemente altas, ya no contenían el techo alejándolo de su banco. Sentía que las paredes se encogían y que el techo caía disminuyendo el aire de la sala, pugnó por coger aire una vez más y se dio cuenta de que sí que podía respirar. Miró hacia uno de los laterales y se entretuvo observando a la Virgen del Amor Hermoso, la virgen que acompaña al Cristo Resucitado el Domingo de Resurrección, su pelo castaño, su manto azul con ricos bordados de oro y su mirada. Una mirada que reflejaba tristeza a pesar de que su hijo había vuelto de entre los muertos. Por desgracia, la madre de Pepe no podría sentir lo mismo.

La gente se puso en pie, y ella les siguió, arrastrada por la corriente, sin entender muy bien por qué había que levantarse del banco. Sin entender por qué un joven lleno de vida ahora estaba dentro de una caja de madera, rodeado de coronas de flores, en una iglesia manchada de lluvia. Quería marcharse, quería gritar que aquello estaba mal, que Pepe odiaba los días de lluvia y que no merecía un entierro en un día como este. Pero no pudo hacerlo. El cura dio por terminada su intervención y varios jóvenes se

levantaron para llevar el féretro en su último paseo hasta el coche que lo llevaría al cementerio. Vio a Pedro, con sus lágrimas brillantes surcándole el rostro, que cargaba con la pesada caja junto a los primos y otros amigos de Pepe, y no pudo evitar sentir que una parte de ella misma se iba a enterrar con ese ataúd. Y entonces, las compuertas que habían estado cerradas desde hacía varios días se abrieron de par en par, y el llanto que tanto trabajo le había costado mantener dentro comenzó a salir a borbotones. No podía parar de llorar, se sentía estúpida y vulnerable. Pero, por primera vez en varios días, también se sentía libre.

Raúl había echado unas cien fotos de los asistentes al sepelio, casi todos eran jóvenes estudiantes, algunos profesores, la familia y algunos altos cargos de la Universidad y del Ayuntamiento. Vio cómo la alcaldesa no podía reprimir un bostezo durante la homilía y se sintió asqueado y dolido, todo a un tiempo. La fotografió mientras trataba de disimular el hastío que sentía por estar allí esa mañana. La familia estaba destrozada, sobre todo la madre, quien no había parado de llorar y sostenía un pañuelo fino de hilo con ambas manos, y que no era capaz de contener todo el llanto que se vierte por un hijo perdido. El padre y la hermana estaban más enteros, pero la tristeza era evidente en sus rostros. Le llamó la atención un chaval sentado en las primeras filas y que no había parado de llorar en silencio. Le echó varias fotos a él también. También inmortalizó a los ocho jóvenes que llevaron el féretro desde los pies del altar hasta la calle. Varios jóvenes se veían realmente afectados y los fotografió también.

Cuando salieron a la calle la lluvia seguía cayendo, ahora con más intensidad. Un mar de paraguas se abrió inundando de colores brillantes la acera frente a la iglesia. La familia había pedido un entierro privado y la multitud comenzó a disgregarse dirigiéndose en distintas direcciones. Raúl divisó entre los jóvenes al compañero de piso al que él y Pablo interrogaron la víspera, el chaval se quedó blanco al reconocer al subinspector y este le saludó con un gesto de la mano y una gran sonrisa. El joven le devolvió el

gesto al tiempo que agachaba la cabeza y se perdía entre el anonimato que brinda la multitud. Raúl alcanzó al inspector Martínez, que estaba apoyado en la puerta de la *Sociedad Económica de Amigos del País* protegiéndose bajo el frontón del aguacero. A pesar de la lluvia, el inspector llevaba puestas unas gafas de sol espejadas que destacaban en un día tan sombrío.

—Odio los funerales, si en mi mano estuviera, no iría ni al mío propio — dijo Raúl como saludo.

—Tampoco son mi fiesta favorita, pero son especialmente duros cuando se trata de chicos jóvenes. Veo a todos estos chavales y no puedo evitar pensar en mis hijos, en lo difícil que tiene que ser para esos padres tratar de rehacer su vida sabiendo el vacío enorme que van a encontrar al llegar a casa.

—¿Qué hacemos ahora?

—Volvemos a la comisaría, vamos a pasar las fotos para ver si encontramos algo que nos resulte fuera de lugar.

—¿Y qué hacemos con el padre?

—Vamos a dejar a la familia tranquila por hoy, ya lo interrogaremos mañana. Nadie quiere avanzar en este caso más que yo, pero creo que después de perder a un hijo no es momento de que vayamos haciendo preguntas. Sobre todo por respeto a la madre, creo que ella lo está pasando ya suficientemente mal.

—Sí, era la más afectada de toda la familia. Estaba poniendo nervioso hasta al cura.

—Bueno, vámonos de aquí. Será mejor que Gutiérrez y Romero hayan tenido más éxito que nosotros.

La comida estaba prevista a las dos, cuando su hermano saliera de trabajar, pero Marta decidió llegar casi una hora antes. Sabía que su madre odiaba la gente que venía solo para comer, así que ella trataba de minimizar los reproches de cualquier manera. Llevó una botella de vino tinto, de una de sus añadas favoritas, y se vistió con esmero para la ocasión. Después de pasarse

la última semana con sudaderas, pantalones de yoga y un moño recogido de cualquier manera, había decidido arreglarse para ir a comer a casa de sus padres. Maquillaje suave, el pelo con bonitas ondas sueltas y un vestido azul Klein con medias tupidas porque aún hacía algo de fresco. Cuando llamó al timbre, fue su padre quien abrió la puerta y no pudo evitar correr para echarse en sus brazos en un merecido abrazo.

—¡Princesita, estás preciosa! —exclamó su padre al separarse un poco de ella y tener tiempo para observarla.

—Lo dices sorprendido... —le dijo en broma Marta mientras dejaba la chaqueta y el paraguas en la entrada de la casa.

—¡No digas tonterías! Tú estás guapísima siempre, pero hoy estás realmente espléndida.

—Tú también estás estupendo, papá, no te añadiría nada, ni tan siquiera un rifle —dijo guiñándole un ojo de manera cómplice.

—¡No me hagas hablar del desgraciado ese! Llevo dos días yendo al campo de tiro con tu tío Ginés, y la verdad es que me hacía falta porque estoy bastante oxidado. No hubiera sido capaz de darle ni aunque lo tuviera a medio metro de distancia.

—Mejor, así no tengo que ir a pagar tu fianza a la cárcel.

—¿Pensáis entrar algún día o vamos a comer en el jardín? —dijo Irene desde la cocina.

—Tu madre está un poco quisquillosa, el buen humor de amenazar al futbolista ya se le ha pasado y ahora vuelve a ser la de siempre —añadió Fernando en un susurro apenas audible.

Entraron en la cocina que servía también de comedor. Su madre llevaba puesto un delantal rojo con líneas blancas y removía con una cuchara de madera el contenido de una olla. Su madre era una experta preparando el *caldero del Mar Menor*, uno de los platos típicos de Cartagena. Su origen no puede ser más humilde, los pescadores vendían el pescado de buena calidad en las lonjas, mientras que ellos se quedaban con el pescado de *roqueo* o *morralla* para su consumo propio. Se hace un guiso con el pescado y se le

añade arroz, ñoras, tomates, ajos y especias para darle sabor. Finalmente se sirve el guiso de arroz, acompañado tradicionalmente de alioli, y el pescado se sirve aparte para acompañar. Con el paso del tiempo, este plato se ha ido aburguesando, y ya no se utiliza pescado de mala calidad, sino que se emplea mújol, dorada o gallineta. El caldero recibe su nombre del recipiente en el que se solía cocinar antiguamente, grandes ollas que se sujetaban en alto mediante un asa para hacerse al calor del fuego. El resultado es un plato muy gustoso, con un sabor muy característico y que es distintivo del litoral cartagenero.

—Pensaba que vendrías a mesa puesta a las dos de la tarde —dijo su madre sin levantar la vista de la olla.

—Yo también me alegro de verte, mamá. —Se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla, mientras dejaba la botella de vino en la encimera de la cocina—. ¡Esto huele de maravilla!

—Es lo que tiene tomarse interés en hacer las cosas bien, una las hace con cariño y eso se nota en el resultado final.

Marta no pudo evitar sonreír al ver que su padre ponía los ojos en blanco como ella. Todos los elementos que componían en plato estaban alineados en la encimera de granito de la cocina.

—Dime, mamá, ¿te ayudo en algo?

—Pues sí, ya que estás aquí, prepara tú el alioli, que yo ando muy liada.

Trabajaron juntas para preparar la comida mientras su padre las miraba embelesado desde el otro lado de la cocina. Se sentía muy orgulloso de su familia y ahora, al tener a su hija en casa, se daba cuenta de lo mucho que la echaba de menos normalmente.

Al llegar a la comisaría, Pili los recibió en la puerta exultante, se notaba a la legua que tenía buenas noticias, y eso era bueno para el caso. El inspector Martínez llegó a su lado al tiempo que ella le tendía una carpeta con el informe de la autopsia de Don Miguel.

—Ya tengo los resultados de la autopsia, jefe: traumatismo craneoencefálico con un objeto romo. Los restos en el cuero cabelludo y el cráneo apuntan a que fue el separador del aparcamiento lo que lo mató en el acto. Al menos el pobre no sufrió.

—Bueno, eso es algo que ya esperábamos —dijo el inspector Martínez con aire abatido.

—Sí, pero lo que no esperábamos es que tuviera un mechón de pelo agarrado en una de sus manos. No se podía apreciar en la escena del crimen por el *rigor mortis*, pero en la autopsia lo han encontrado. Han enviado la muestra al laboratorio de Murcia para que la analicen, lo malo es que no tenemos nada con lo que compararla. Pero ya le adelanto que es un pelo moreno de longitud media.

—Cualquier cosa nos vale en estos momentos. Llama a los del laboratorio y mételes prisa, quiero esos resultados lo antes posible.

—Entendido, jefe — ijo Pilar con una gran sonrisa y desapareció detrás de su mesa de trabajo.

Raúl se dirigió hacia su ordenador y cargó la tarjeta de memoria de la cámara en él para comenzar a descargar las fotos.

—Oye, ¿venís a ver las fotos? —dijo dirigiéndose a Pablo y a Susana. No pudo evitar remarcar el gesto hosco de Pablo al levantarse de su mesa.

Una multitud de imágenes comenzaron a desfilar por el ordenador llenando de horror y consternación la pantalla.

—Ese que está en la primera fila es Pedro, uno de los compañeros de piso —dijo Susana señalando con el dedo al joven que lloraba en silencio.

—Y esos que se ven ahí son los otros compañeros, ese es Iván y las chicas son Elsa y Cristina —añadió Pablo relajándose un poco—. Sigue con la misma cara de perro rabioso.

—Sí, y este de aquí es al que asustamos tú y yo ayer —dijo Raúl señalando a Julio.

—¡Uy! No se ve casi porque le tapa otro chico, pero ese de ahí guapote es

el compañero que trabaja en la APD. La señora que se sienta al lado es Ana, la directora. ¡Vaya! Veo que hasta para los funerales se recoge el pelo con un lápiz —dijo sorprendida.

—¿Hubo algo que os llamara la atención? —preguntó Pablo a Raúl.

—No especialmente. Los funerales de gente joven son terribles, todos piensan que se ha ido demasiado pronto, y es verdad. Había muchísimos jóvenes más o menos afectados. No sabría decirte. En cualquier caso, voy a dedicarle un rato más a las fotos, a ampliar algunas y a pasárselas al jefe, a ver qué le parece.

—Bien, nosotros nos vamos a visitar la APD, que esta mañana estaba cerrada —dijo Susana.

—Buena suerte.

Y sin mediar más palabra Raúl se enfrascó en su trabajo y Susana y Pablo cogieron sus chaquetas y sus paraguas y salieron a la calle de nuevo mientras la lluvia golpeaba con fuerza contra los cristales de la comisaría.

Llegaron de nuevo frente a la entrada de la Asociación por la Protección de la Diversidad, pero esta vez la encontraron abierta y con las luces encendidas. Se limpiaron los pies en el felpudo de la puerta y dejaron los paraguas en un rincón, ya que no había ningún paraguero a la vista.

—Lo siento —dijo Ana señalando los paraguas—. ¿Quién iba a pensar que en Cartagena íbamos a necesitar un paraguero? Pueden dejarlos ahí, no molestan.

—Gracias. Sabemos que precisamente hoy es un día difícil, pero nos gustaría hacerles algunas preguntas más relativas a la investigación.

—Claro, lo que necesiten. —La directora se encontraba francamente apenada, con el llanto asomando detrás de los ojos pero sin llegar a desbordarse. Les invitó con un gesto que se sentaran en las dos sillas que estaban delante de su mesa, pero ambos negaron con la cabeza.

—Hemos sabido que el padre de José había dejado de pasarle dinero

después de una fuerte bronca que mantuvieron por los terrenos del Mar Menor en los que consiguieron parar la construcción del campo de golf — dijo Pablo mirando distraídamente sus notas.

—No tenía ni idea de eso. Sabía que la familia de Pepe tenía dinero, y que se dedicaban un poco a todo, pero no sabía que su padre fuera dueño de los terrenos.

—No era dueño exactamente, pero tiene un holding empresarial del que es parte y que salió muy perjudicado tras la decisión de la Justicia Europea.

—Eso no es todo —continuó Susana—, por lo visto para suplir la falta de dinero decidió montar una plantación de marihuana, y según lo que nos ha dicho uno de sus compañeros de piso lo hacía en unos terrenos protegidos que no sé muy bien si son de la APD o son vigilados por vosotros.

Ana había palidecido y se le notaba profundamente afectada por lo que acababa de oír. Se revolvió inquieta en su silla y el bolígrafo que sujetaba en la mano casi se le cae cuando los agentes le dijeron que se estaban empleando terrenos protegidos para actividades ilegales.

—Yo... Yo no tenía ni idea, créanme. Somos una asociación que trata de preservar el litoral cartagenero en las mejores condiciones, no me explico... No... No sé ni qué decirles, salvo que siento una profunda vergüenza por todo este asunto. —Se frotaba las manos nerviosas y se las pasaba por el pelo cano tratando de buscarles una ocupación. Después comenzó a ordenar los bolígrafos y los papeles que se encontraban en su mesa de forma compulsiva.

—No tiene que preocuparse de nada, entendemos que no es culpa suya, pero nos gustaría saber si tiene alguna idea de dónde podrían estar esos terrenos.

—La verdad es que no, pregúntenle a Juan, él se relacionaba más con Pepe, a lo mejor le comentó algo. Pero me sentiría muy defraudada si estuviera al corriente y no me hubiera dicho nada. —Bajó la mirada pesarosa.

Se dirigieron hacia el fondo del local, a la mesa que ocupaba Juan. El joven estaba tan taciturno como la primera vez que lo vieron y rehusaba el contacto visual. Se hundió un poco más en su silla al ver a los agentes

aproximarse. Un ligero escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¿Supongo que habrás oído lo que le hemos comentado a tu jefa? —comenzó Susana sacando una gran sonrisa para tratar de ablandar al joven.

—Sí, pero... yo no sé nada —dijo, sin levantar la mirada del teclado del ordenador.

—Ya, bueno, pues yo creo que sí sabes algo pero que no nos lo quieres decir. —Pablo lo dijo con voz muy suave, casi en un susurro, evitando que Ana pudiera oírles—. Y eso, amigo mío, es obstrucción a la justicia.

Juan se puso blanco de arriba abajo y un ligero temblor comenzó a sacudirle las manos.

—Está bien. Yo no sabía nada de las drogas, ¿vale? Pero me extrañaba que de un tiempo a esta parte Pepe siempre se presentara voluntario para ir a controlar la reserva de Boletes.

—¿Qué es eso?

—Es un terreno protegido, en el monte de la Muela por la cara que da al mar, se encuentra entre el antiguo cuartel de la guardia civil de Boletes, que ahora está abandonado, y la casa del Comandante, el refugio para excursionistas. Toda la zona que va ente el Portús, el Roldán, la Muela y Cabo Tiñoso está catalogada como ZEPA, Zona de Especial Protección para las Aves, y LIC, Lugar de Importancia Comunitaria. Además, es una zona en la que crecen palmitos y jaras, y ya saben que ambas especies son protegidas, así que de vez en cuando vamos para allá a echar un vistazo, controlar los especímenes, ver si tienes plagas, ese tipo de cosas. También visitamos los nidos de halcón peregrino, águila perdicera, águila real o búho real que hay por la zona. También se pueden ver camaleones y tortugas y, no se van a creer esto, pero cuando están en libertad, las tortugas corren que se las pelan. Es un trabajo arduo porque el camino para llegar es malísimo, hay que dejar el coche en el Campillo de Adentro y hacer un buen trecho a pie con cuestas. Y a la ida vas bien, pero la vuelta es mucho más difícil.

—¿Pepe iba muy a menudo?

—Hombre, no iba todos los días, si eso es lo que me preguntan, pero es

verdad que como está un poco lejos y la carretera de Mazarrón tiene muchas curvas siempre remoloneamos un poco antes de ir para allá. Además, como les he dicho, el acceso no es nada fácil, y hay que ir preparado con gorra y agua porque te puede dar una pájara haciendo el camino de vuelta. Además, nosotros no nos quedamos por el camino, sino que nos metemos por el monte para controlar que todo esté correcto. ¡Acabas reventado! Hace unos meses, Pepe comenzó a ofrecerse voluntario para controlar el terreno, y ¿qué quieren que le diga? Me venía de perlas que fuera él porque a mí no me gusta nada pasar por las cuestas del Cedacero y pegarme la paliza a andar bajo un sol de justicia. —Se encogió de hombros tratando de excusarse. Los agentes no dudaron ni un segundo de la veracidad de lo que les había dicho. Pablo había hecho varias veces ese camino, pues le gustaba mucho el senderismo y de vez en cuando se iba con un grupo de amigos a pasar la noche a la Casa del Comandante. Las vistas son impresionantes, sientes que estás colgado en un balcón delante del mar, pero el camino de acceso es bastante duro.

—Entiendo, ¿podría marcarnos en un mapa donde se sitúa exactamente ese terreno?

—Claro.

El joven parecía un poco más animado y también aliviado. Se levantó y fue hasta una estantería donde estuvo ojeando varios mapas antes de decidirse por uno. Lo llevó a su mesa y con un rotulador verde delimitó un terreno de varios kilómetros en la ladera del monte.

—Muchas gracias —dijo Pablo mientras doblada el mapa y lo metía en el bolsillo de su cazadora.

Se despidieron de ambos y salieron a la calle. La tormenta había dado un respiro y ya no llovía, sin embargo el cielo seguía gris oscuro con enormes nubarrones llenos de agua dispuestos a dejarla caer en cualquier momento. Susana aspiró el aroma a tierra mojada y recordó lo feliz que era cuando de pequeña su madre le ponía las botas de agua y la llevaba a saltar en los charcos mientras el resto de padres metían a sus hijos corriendo en casa temerosos de la lluvia.

—Esa zona es terreno de la Guardia Civil de Mazarrón —dijo Pablo sacándola de su ensimismamiento. Parecía que había recuperado un poco el buen humor, aunque seguía sin ser el Pablo al que ella estaba acostumbrada.

—Se lo voy a decir a Horatio para que los llame, ya sabes que lo de la colaboración entre cuerpos no siempre es fácil, así que mejor que sean los jefes los que se pongan de acuerdo.

—Me parece bien. Tú lo llamas y yo conduzco.

—Hecho.

La comida transcurrió sin incidentes. Irene había conseguido reunir a toda la familia en la gran mesa de roble del comedor y todo el mundo alababa su cocina; para ella, este día era mejor que haber ganado el Gordo de la Lotería. Alejandro había venido directamente del trabajo pero, para no llegar con las manos vacías, llevaba un ramo de flores para su madre. El hermano pequeño de Marta trabajaba como diseñador gráfico en una empresa de publicidad que había montado con uno de sus compañeros de universidad unos años antes. Había comenzado trabajando para otros, pero no poder elegir el tipo de trabajo que realizaba le asqueaba un poco, así que se hizo *freelance*, y había empezado a cosechar varios éxitos con trabajos premiados en varios concursos. Se dio cuenta de que necesitaba una infraestructura mayor y le propuso a un compañero asociarse y montar una empresa juntos. Desde entonces les había ido bastante bien y, a pesar de la crisis, tenían una lista de clientes nada despreciable y eran una de las empresas jóvenes mejor reputadas de la región.

Físicamente se parecía mucho a Marta, con el pelo castaño y los grandes ojos color avellana, pero los suyos eran más tímidos que los de su hermana. Tenía unos dientes blancos y perfectos, fruto de cuatro años de ortodoncia, pero que no mostraba demasiado pues no era dado a prodigar sonrisas. Así como su hermana, era bastante alto, con un torso musculoso y brazos bien torneados esculpidos a base de horas en el gimnasio. Tenía un punto *geek* que sacaba de quicio a Marta, y le encantaban las camisetas con mensajes que ella era incapaz de descifrar.

—*So say we all* —leyó Marta en la camiseta de su hermano—. ¿Se puede saber qué significa?

—Es de *Battlestar Galactica*. Es una especie de plegaria, se dice al final de un discurso. Supongo que podríamos decir que es como el *Amén* para los

cristianos —dijo él mirando la inscripción que llevaba sobre el pecho.

—¿Y era tan importante que había que ponerlo en una camiseta?

—Bueno, hay gente que lleva un señor montando a caballo jugando al polo, supongo que son igual de importantes —dijo con cierta maldad Alejandro.

—Haya paz, chicos. Con el rato tan bueno que estamos pasando no vamos a estropearlo ahora por una tontería.

—Sé que pensáis que son tonterías, pero esta serie, además de tener naves espaciales y peleas entre cylons y humanos, tiene una base de lucha religiosa y de trama política que es brutal. En la tercera temporada parece que no pasa nada, y sin embargo, pasa de todo, pero a nivel interno de los personajes. Sé que se sale un poco de tu estilo pero, hermanita, estoy seguro de que te gustaría. Además, sale Jamie Bamber haciendo de Apolo y está como un tren.

—Pues mira, dado que ahora me he puesto a ver *Doctor Who*, lo mismo me engancho también a esa. ¡Qué narices! He visto a unos maniqués matando gente en el centro de Londres, peor que eso no creo que pueda ser —dijo con una gran sonrisa Marta, disfrutando la cara de perplejidad que había puesto su hermano.

—Llevo años hablándote de *Doctor Who* y siempre me decías que estaba chalado, que ese tipo de series no son para ti... No sé quién te ha convencido para que la veas, pero que sepas que me cae rematadamente bien. —Y desplegó una de sus raras sonrisas.

—Bueno, basta ya de hablar de cosas que nadie entiende —dijo Irene enojada—. ¿Por qué no habláis de Fortunata y Jacinta? Esa sí que era una serie en condiciones.

Marta y Alejandro pusieron los ojos en blanco ante la afirmación de su madre, que seguía anclada en los años setenta en lo que a gustos televisivos se refería. Si por ella fuera, José Luis Moreno presentaría todos los programas de la televisión junto a Macario.

—Oye, siento lo del tío ese —dijo su hermano en apenas un susurro

mientras su madre lo fulminaba con la mirada—. Solo espero que hayas aprendido la lección, ese tío es un mierda, tú mereces algo mejor, hermanita.

—Gracias, últimamente mucha gente me está diciendo lo mismo —dijo Marta dolida.

—De eso nada, yo te lo dije en cuanto me enteré, te dije que no era ni la mitad de bueno que tú y que huyeras de él como de la peste. Pero eres una cabezona, y si alguien te dice algo te falta tiempo para hacer todo lo contrario. Además de que ese tío no está a tu altura intelectualmente, da la impresión de que no le llega la luz a todas las ventanas.

Marta rio con ganas, y sus padres también, pues era cierto que el futbolista era guapo y estaba como un tren, pero no era menos cierto que no era capaz ni de hacer cuatro frases seguidas.

—Bueno, pasemos de mi vida privada, que todos estamos al corriente de ella gracias a las revistas, ¿cómo va la tuya?

—Pues estupendamente, ya sabes que Arturo no es solo mi compañero de negocios, es también mi pareja y la verdad es que no me puedo quejar. —Alejandro sonrió, pensando en su chico.

—¿No es mucho el tiempo que pasáis juntos? Veros en casa, en el trabajo... No sé yo, a mí me parece demasiado —dijo Fernando aventurándose a decir algo que le rondaba por la cabeza desde hacía bastante tiempo. No le gustaba meterse en los asuntos sentimentales de sus hijos, pero a veces no podía evitarlo.

—A mí también me daba miedo al principio, pero la verdad es que en el trabajo cada uno está pendiente de sus encargos y tratamos de no interferir con el trabajo del otro, ya sabes, por temas de no romper la creatividad y eso. Y en casa, pues cada segundo que estamos juntos es un regalo, la verdad.

—Me alegra —dijo Fernando sonriendo—, pero si en algún momento se porta mal contigo, que sepas que tengo la escopeta engrasada y estoy mejorando mi puntería.

Rieron encantados la broma mientras Fernando permanecía muy serio, pues él hablaba con total convencimiento. Irene se levantó a por el postre,

había hecho flanes para todos, tener a la familia en casa bien merecía pasarse un día entero cocinando.

De nuevo, sentada en la mesa viendo cómo todos los miembros de su familia disfrutaban de su comida y de una buena conversación, pensó que así deberían ser todos sus días, que era lo justo. Sin embargo, Marta se había empeñado en vivir en la capital, en un trabajo que la exponía a las críticas de cualquiera, y más sabiendo que en España criticar es deporte nacional. Le dolía ver que su hija no comprendía su preocupación y la tomaba como una intromisión en su vida. Y lo mismo le pasaba con Alejandro, a su hijo pequeño se le llenaba la boca hablando de Arturo y, sin embargo, aún no lo había traído a comer a casa. ¿La cosa entre ellos no iría tan bien como su hijo siempre se la pintaba? Siempre pensaba lo peor de cualquier situación, no es que fuera pesimista, es que así estaba preparada por si las cosas se torcían de verdad. Le daba seguridad pensar de esta manera. Tendría que hacer algo para que su hija se quedara en Cartagena y pudiera venir a comer todos los fines de semana con ellos. Aún no sabía qué, pero tenía claro que tenía que aprovechar la oportunidad para no romper la familia.

Cuando llegaron a Campillo de Adentro les estaba esperando un Patrol del Seprona, un coche blanco, con el capó y las puertas pintadas en verde oscuro donde se reflejaba en dorado el escudo de la Guardia Civil. Dos agentes bajaron del coche cuando ellos aparcaron a su lado. Susana fue la primera en hablar.

—Buenos días, soy la inspectora Susana Gutiérrez y este es el subinspector Romero. Supongo que nuestro jefe ya les ha puesto al corriente de lo que está pasando.

—Más o menos. Yo soy el teniente Olmedo y mi compañero es Andrés Castillo —dijo estrechándoles la mano con contundencia. Era alto, con la tez bronceada por el sol y una sonrisa que le recordó a la de Raúl. Alrededor de los ojos azules tenía profundas arrugas que le conferían a su rostro un aire de cierta seriedad. Tenía una poblada barba morena en la que comenzaban a

verse algunas canas, bajo la que se apreciaban unos labios carnosos. Su compañero era muy guapo, no tan alto, con unos ojos castaños enormes y una barbita de tres días que quería parecer descuidada pero que denotaba muchas horas delante del espejo. Susana se quedó muy impresionada por encontrarse a un hombre tan guapo de uniforme en medio de una investigación.

—Estamos con un caso de asesinato y, por lo visto, el fallecido tenía una plantación de marihuana en esta zona —dijo Susana desplegando el mapa y señalando la zona acotada con rotulador.

—Conozco el terreno —dijo el teniente Olmedo—, es una zona con animales y plantas protegidos, vamos a echar un ojo de vez en cuando. Estuvimos hace poco porque hubo un conato de incendio en la parte sur del monte, pero se controló en seguida. No nos salimos demasiado de la pista forestal, pero no vimos nada que nos llamara la atención.

—Supongo que no estará cerca del camino, imagino que la plantación estará un poco escondida —dijo Pablo casi en un susurro.

—Sí, deberíamos ir a echar un vistazo. Vengan en nuestro coche, el suyo no pasaría ni de la primera cuesta —dijo Castillo sonriendo a Susana y sin dejar de ocultar su satisfacción por trabajar con una agente tan guapa.

—Sí, supongo que será lo mejor —respondió ella sin poder evitar el rubor que estaba subiendo a sus mejillas mientras se quedaba embobada mirando al agente Castillo, lo que le valió un codazo en las costillas por parte de su compañero como muda advertencia. Salió de su ensimismamiento y entraron los cuatro en el coche.

Mientras recorrían la costa por la cornisa que dibujaba la pista forestal, Susana no pudo evitar sentirse fascinada con la belleza de la zona. El cielo estaba de un azul limpísimo después de la tormenta que habían tenido por la mañana. Los arbustos y plantas refulgían a la luz del sol soltando pequeños destellos dorados que se reflejaban sobre las gotas de agua que aún quedaban en la superficie de las hojas. El mar, de un azul profundo, estaba en calma, y reflejaba a su vez los rayos del astro solar. La pista forestal serpenteaba dibujando un zigzag en la montaña, permitiendo unas veces ver la cara del

monte, y otras la cara que daba al mar. El espectáculo era sobrecogedor, el aire marino mezclado con el olor a tierra húmeda impregnada el ambiente. Susana bajó la ventanilla del coche para poder llenarse los pulmones aspirando un aire que olía a libertad. Al cabo de unos minutos el teniente Olmedo paró el coche y todos se bajaron.

—Comenzaremos por aquí, vamos a peinar esta zona primero. Si no encontramos nada, seguiremos un poco más con el coche y volveremos a buscar. Por cierto, la información de la plantación ¿es fiable? Porque no me apetece pasarme la mañana con los pies en el barro buscando una quimera —dijo el teniente Olmedo al parar el motor del coche.

—Pensamos que sí, que la información es buena, el tipo que nos la dio parecía bastante sincero —dijo Pablo recordando la cara de susto del pobre chaval cuando Raúl se dirigió a él.

—Pues entonces vamos. Lo mejor será que nos dividamos en parejas, así peinaremos más terreno en menos tiempo.

—Yo iré con la inspectora —se adelantó Andrés sin darle tiempo a los demás a abrir la boca—. Por aquí, señora —dijo, estirando el brazo para señalar por dónde debía ir.

Susana lo siguió aún sorprendida por su reacción y vio cómo Pablo le guiñaba un ojo y le regalaba una sonrisa cómplice antes de despedirla con la mano y salir tras los pasos del teniente Olmedo, que ya había echado a andar por la falda de la montaña.

Tuvieron que volver al coche y empezar de nuevo en tres ocasiones, hasta que a la cuarta por fin dieron con lo que estaban buscando. Varias decenas de plantas de marihuana se alineaban en la falda de la montaña. Estaban escondidas detrás de un promontorio rocoso, bastante alejado del camino principal, que proyectaba su sombra en las horas finales de la tarde.

—Bueno, efectivamente su chico sabía lo que se hacía. Salvo un golpe de casualidad, nadie en su sano juicio hubiera subido hasta aquí arriba voluntariamente —dijo el teniente mirando las plantas que tenían ante ellos.

—Pues creo que nosotros ya hemos terminado aquí, entonces. Solo

queríamos verificar que lo que nos habían contado era cierto. Ahora el móvil de drogas vuelve a aparecer sobre la mesa. Les dejamos que se ocupen de esto como vean conveniente, pero antes deberían llevarnos de vuelta a nuestro coche para que podamos volver a Cartagena —dijo Pablo mientras tomaba algunas fotos con su móvil para enseñárselas a Horatio.

Los agentes de la Guardia Civil los dejaron como prometido junto a su coche. Susana sintió una punzada de tristeza al ver por la ventanilla cómo el Patrol desaparecía por la carretera rumbo a la plantación que habían descubierto.

—¿Qué tal ha ido tu cita? —le preguntó Pablo mirándola de reojo mientras ponía el coche rumbo a Cartagena y sin parar de sonreír. Su mal humor había desaparecido y volvía a ser el Pablo jovial y animado de siempre.

—Solo era trabajo. No niego que el chaval era muy educado y la conversación con él ha sido fácil.

—¡Y guapo! Hasta yo reconozco que era un hombre muy guapo.

—Es posible, no me he fijado mucho.

—¡Mentirosa! Si no había manera de que le quitaras los ojos de encima. Lo mirabas como mirabas los donuts de chocolate con virutas por encima aquella vez que decidiste ponerte a dieta. —Pablo estaba encantado con la situación, no siempre tenía oportunidad de reírse de Susana y hacer que se sonrojara.

—No es verdad... No ha sido para tanto.

—Cómo se nota que no te has visto. Era como ver a una quinceañera enamorada —explotó de risa pensando en la cara de su compañera mientras hablaba con el agente Castillo.

—Mira a la carretera, que con tanta miradita de reojo vas a conseguir que nos matemos —dijo Susana tratando de sonar ofendida pero, en el fondo, sabía que el agente de la Guardia Civil le había causado una profunda impresión.

Hicieron el resto del camino en silencio, cada uno pensando en sus cosas.

Los pensamientos de Susana volvían, muy a su pesar, hacia el agente Castillo sin que ella pudiera evitarlo. Pablo, por su parte, no apartaba la vista de la carretera, había decidido dejar la mente en blanco y concentrarse solo en la conducción. Después del chasco de ayer con Marta, prefería no pensar en nada, solo sumergirse en el trabajo.

Cuando Pilar llegó a la comisaría, el inspector Martínez ya estaba detrás de su despacho, tenía un vaso de cartón de una cadena de cafeterías sobre la mesa y el gesto cansado. Se pasaba el pulgar mecánicamente por la sien mientras leía con detenimiento los papeles que tenía amontonados encima de su mesa. El viento azotó la persiana de la ventana arrastrando hojas que chocaron contra el cristal. El cielo estaba despejado, pero la lluvia del día anterior había refrescado el ambiente. El inspector levantó la mirada al oír la llegada de la secretaria de la unidad y le hizo un rápido saludo con la mano. Pilar dejó la chaqueta en el respaldo de su silla y se dirigió hacia el despacho de su jefe.

—Parece que ha dormido aquí, jefe. Además, ese café es malísimo, si me deja le preparo uno de verdad, de los de cafetera con filtro y no cualquier cosa que venden en esas cafeterías —dijo, tratando de animar al inspector.

—Gracias, Pilar, este caso me lleva por la calle de la amargura, no sé cómo vamos a solucionarlo. Por más que miro las pruebas no saco nada en claro, estamos como al principio. Y el fin de semana se nos ha echado encima.

—Eso lo dice ahora, pero al final ya verá cómo todas las piezas encajan, siempre lo hacen. Además, usted es el mejor en su trabajo y el equipo es estupendo, seguro que antes de que se den cuenta tienen a ese tipo entre rejas. Ya sabe que hemos tenido casos mucho peores, ¿se acuerda el del asesino en serie? Parecía sacado de una novela de Jo Nesbø y, sin embargo, lo cogimos. No se tome tantos pesares, que ya verá cómo lo resolvemos en un periquete.

El inspector sonrió cansado, agradeciendo las palabras de la secretaria de la unidad. Pilar volvió a su mesa y se puso a teclear en su ordenador. El resto del equipo fue llegando poco a poco, primero Susana, luego Pablo y por último Raúl, que entró sin poder ocultar un bostezo. Los tres se pusieron a

trabajar y solo levantaron la vista de lo que estaban haciendo cuando Pilar se les acercó llevándoles una taza de café a cada uno.

—Susana, ¿cómo vamos?

—Me encantaría decirte que bien, Pili, pero no sé, se nos está escapando algo. Tengo el presentimiento de que lo tenemos justo aquí. —Señaló con el índice la pila de papeles encima de su mesa—. Tiene que estar delante de nuestras narices. Después de nuestra visita a los terrenos de la APD ya no sé qué pensar. Raúl va a tratar de buscar a sus compradores para ver si alguno sabe algo, pero ya sabes que con estos temas nadie habla. Y más si son universitarios, algunos pueden perder sus becas y ser expulsados.

—No te preocupes, mi niña, ya verás cómo encontraréis pronto la solución. No conozco a nadie mejor que vosotros, no os he visto fallar nunca.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Susana con una sonrisa torcida.

—¡Venga ya! Sé positiva, ya sabes que la actitud es muy importante. Mira, leí en un póster en mi estudio de yoga que una actitud positiva atrae a las fuerzas positivas. Es como funciona la energía del universo, así que ya sabes, alegría esa cara y piensa en positivo. Hablando de todo un poco, ¿qué le pasaba ayer a Pablo? Estaba de un mal humor increíble, nunca lo había visto tan triste, ni siquiera después de la última película de Indiana Jones, esa de las calaveras, que le supuso un disgusto tremendo. Algo le pasaba ayer a ese chico.

—Sí, yo también me fijé, pero no quiso decirme nada y acabé dejando el tema por miedo a que me mordiera. —Susana recordó con tristeza la actitud del día anterior de Pablo. Él era como un hermano para ella y no era normal que se cerrara en banda sin querer hablar. Miró de reojo a su compañero, que estaba enfrascado leyendo un informe mientras mordisqueaba la capucha de un bolígrafo. El flequillo castaño le caía sobre los ojos y se lo apartaba con un gesto descuidado de la mano. A veces Pablo parecía tan joven y tan frágil, pensó Susana.

—Bueno, voy a volver a mi sitio que estoy esperando un e-mail de los del

registro de la propiedad con la lista de los dueños de las casa de la urbanización La Florida. Si necesitas cualquier cosa o si adivinas qué le pasaba a nuestro Pablo, ven corriendo a decírmelo. —Y se marchó con un guiño a sentarse a su mesa.

Unos minutos después, Pilar se levantó de un salto y se dirigió corriendo a la mesa del inspector Martínez con un fajo de papeles que acababan de salir por la impresora.

—Jefe, acabo de recibir la lista de propietarios de la urbanización La Florida, ya sabe, el caso de Don Miguel, el pobre abuelillo que apareció dentro de un contenedor —dijo sujetando un fajo de folios sujetos con un clip.

—¿Y bien?

—Es que... Es que no le va a gustar, jefe. Yo no quiero ser pájaro de malagüero, Dios me libre, pero es que es mi trabajo y yo siempre cumplo con mi trabajo. Aunque a veces no me gusta porque yo, si por mí fuera, solo le daría buenas noticias y no hacerle pasar malos momentos como este. Porque se lo digo ya, no le va a gustar un pelo —dijo bajando la vista al documento recién impreso.

—¿No me va a gustar el qué, Pilar? —dijo impacientándose ante la actitud de la secretaria, que guardaba las hojas contra su pecho como si fueran una posesión valiosa.

—Será mejor que lo veo usted mismo. —Y le tendió los folios, que el inspector se puso a leer con avidez.

—No puede ser. No puede ser —dijo levantando la voz mientras daba un puñetazo en la mesa haciendo que los demás se volvieran a mirarlo desde sus escritorios y Pili contuviera un escalofrío—. Me cago en todo, Pilar, me cago en todo.

—Lo sé, jefe. ¿Quiere que llame yo?

—No, déjalo, el comisario seguramente querría que me ocupara yo. Pilar, ¿te he dicho ya que me cago en todo?

—Sí, jefe. ¿Quiere que le traiga un cafetito? Que no va a cambiar el hecho

de que tiene que ver a esos tipos de nuevo, pero al menos le levantará la moral.

—Pilar, lo único que me levantaría la moral sería un lingotazo de brandy, pero como estamos de servicio me conformaré con ese café.

—En seguida se lo traigo, y si me da cinco minutos, me acerco aquí enfrente y le traigo unos churros para que los moje. Ya verá usted cómo se siente mucho mejor después de mojar unos churros en un café bien cargado.

—Gracias, Pilar, pero con el café será suficiente.

—Lo que usted diga. —Y dando media vuelta se dirigió a la cafetera dejando al inspector rumiando su enfado al tiempo que arrugaba los folios que ella le había tendido unos minutos antes.

—¿Quién me mandaba a mí hacerme policía? —dijo el inspector Martínez para sí mismo. Dio un largo suspiro y descolgó el auricular.

Julio le había contado a Pedro su conversación con los subinspectores mientras volvían juntos del funeral, pues hasta ese momento no habían tenido tiempo para estar solos. Pedro había escuchado atentamente a su compañero de piso sin decir una palabra y desde entonces había estado esperando el momento para tener una conversación sobre ese tema con Julio. Llevaba rumiando su malestar en silencio desde entonces y no podía quitarse de la cabeza lo que Julio le había contado. Había dormido mal y tenía un humor de perros, por eso cuando se levantó, cogió a Julio por los hombros y lo llevó sin discusiones al salón. Iván estaba en clase y no volvería hasta la hora de comer y Elsa no pensaba ir a visitarlo hoy, así que tenían el piso para ellos solos.

Esa mañana el aire era frío, ráfagas de viento golpeaban las persianas de las casas y hacían caer las hojas de los árboles. Era una mañana desapacible y Pedro trataba de calentarse el espíritu y las ideas con una taza de café recién hecho. Su compañero estaba terminándose una bolsa de patatas fritas olvidada un par de días antes. El salón del piso de estudiantes seguía desordenado y el polvo comenzaba a acumularse sobre las superficies. Pedro dibujó un pequeño camino arrastrando el dedo sobre la mesa del salón. Julio

estaba repantigado sobre el puf mirando el fondo de la bolsa de patatas tratando de buscar respuestas a preguntas no formuladas. Las cortinas de flores tamizaban la luz que formaba charcos de claridad sobre los muebles del salón. Pequeñas motas saltarinas revoloteaban en torno a los muebles y Pedro siguió una hasta que se posó sobre la mesa. Dirigió su mirada a Julio y comenzó a hablar.

—Mira, cuéntame de nuevo qué le dijiste exactamente a los policías. — Pedro preguntó de forma airada desde una de las desvencijadas sillas que rodeaban la mesa de comedor, mientras sujetaba su taza de Juego de Tronos con ambas manos para entrar en calor. Se acababa de duchar y llevaba el pelo largo recogido en una coleta. Conforme se iba secando, pequeños rizos iban apareciendo en su pelo y se agolpaban tratando de huir de la prisión impuesta por la goma que los sujetaba.

—Pues lo que sabía, que Pepe había tenido una bronca con su padre, que le habían cortado el grifo y que cuando le pregunté un tiempo después me enteré de la historia de las drogas. — Estaba sentado en el puf con las piernas cruzadas y comía Doritos distraídamente.

—¿Dijiste algo más? ¿Nombraste a alguien más?

—Bueno... —Ahora volvía a encogerse, tratando de hundirse cada vez más en el puf. La sangre había desaparecido de su rostro para concentrarse en sus orejas, como cuando de pequeño su madre le echaba la bronca.

—¿Qué dijiste, Julio? —Pedro se había levantado de la silla de un salto dejando la taza contra la mesa de un golpe que hizo saltar gotas de café en todas direcciones.

—Pues dije que tú estarías al corriente por ser su mejor amigo, pero no lo dije con mala intención ni con ganas de provocarte problemas. Tío, esto es una mierda. ¿Crees que nos hemos metido en problemas? —preguntó Julio, que había dejado la bolsa de patatas en el suelo al lado del sofá y le miraba desde asustado.

—¡Claro que nos hemos metido en problemas!

—Pero es que no veas el miedo que daba el poli ese, el alto. —Julio se

hundió un poco más en el puf y bajó la mirada avergonzado. Todavía recordaba la mirada furibunda de Raúl, el profundo verde de sus pupilas, el fuego que irradiaba. Se estremeció involuntariamente, le costaba conciliar bien el sueño por las noches desde aquella conversación.

—Me lo imagino, pero ahora vamos a ser sospechosos nosotros también, y no hemos hecho nada. Pepe se buscó esos problemas él solito, yo le podía haber dejado la pasta hasta que hubiera arreglado las cosas con su padre, pero él no quiso mi ayuda. Ahora la policía sabe que les hemos mentido y estoy seguro de que nos va a caer una buena. —Apretó los labios un instante y luego volvió a hablar—. Tío, yo tengo una beca, sin ella me olvido de la universidad y me toca irme a hacer de fontanero con mi padre.

—Lo sé, pero me dio la impresión de que los policías no nos iban a meter a nosotros, que solo buscaban respuestas para... Ya sabes, para lo del asesinato. —Aún le costaba encontrar las palabras. No había sido capaz de describir lo que sentía, nada más que pronunciar la palabra *asesinato* hacía que todo se volviera real. La puerta de la habitación de Pepe seguía cerrada y ninguno de ellos se había atrevido a abrirla. Sus padres no habían dicho cuándo vendrían a recoger sus cosas, y no les pareció oportuno preguntar. A Julio hasta le daba grima pasar por el pasillo de noche, y procuraba santiguarse cuando nadie miraba.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Pedro, comenzando justo en la base del cuello y terminando al final de su espalda. Sí, Pepe estaba muerto, se le había olvidado por un instante, tan concentrado como estaba en la idea de perder su beca de estudios. Se levantó de un salto dando la conversación por terminada mientras Julio lo miraba sin decir nada. Cogió una chaqueta y, sin decir una palabra, se fue al pasillo. Se paró en la puerta de la calle y sin tan siquiera volverse le dio a Julio una advertencia con voz contenida.

—De todo esto, ni una palabra a Iván, ¿me entiendes?

Salió, cerrando sin hacer ruido, a las calles de Cartagena.

El inspector Martínez llegó hasta la puerta de la sala de interrogatorios

arrastrando los pies, ese era el último sitio donde quería estar. Cuando Pilar le trajo la lista de los propietarios de la urbanización la Florida no podía creerse que ese nombre, precisamente ese, estuviera entre ellos. Se había tomado una taza de café que Pilar le había hecho bastante cargado porque sabía que necesitaría fuerzas para enfrentarse a esta conversación. Sujetaba con su mano, en la que ya empezaban a aparecer las manchas típicas de la edad, el pomo de la puerta pensando si no sería mejor dejar a Raúl o a Susana para que hicieran ellos el interrogatorio. Inspiró profundamente, maldijo entre dientes, y empujó hacia abajo el pomo de la puerta para entrar y enfrentarse a sus miedos.

Sentado en una silla, exactamente igual que dos días antes, estaba el constructor Antonio Poveda. Esta vez vino solo, sin necesidad de su abogado, y miraba al inspector divertido. Llevaba una camisa rosa pálido que le quedaba estrecha en la zona de la barriga donde los botones pugnaban por mantenerse cosidos a la tela manteniendo la oronda figura del constructor. Se atusaba el bigote con la mano izquierda mostrando su ostentoso Rolex de oro. El inspector tomó asiento delante de él, situándose de espaldas a la puerta.

—Muchas gracias por venir tan pronto, señor Poveda.

—Estamos para servir, inspector —dijo, sonriendo sarcásticamente al tiempo que cruzaba las manos sobre la barriga.

—Su nombre ha vuelto a salir en el curso de nuestra investigación.

—Mire, inspector, ya le dije que no tuve nada que ver con lo del chico ese. No sé qué más puedo decirle.

El inspector cogió el fajo de papeles que le había dado Pilar, los observó durante un instante y lo dejó a un lado de la mesa.

—Ya hemos descartado su relación con el asesinato de José Fernández, ahora nos preocupa otro tema. No sé si ha oído que ha habido un asesinato recientemente en la urbanización la Florida en la Manga. Sabemos que es usted propietario de uno de los chalés de la urbanización.

El semblante de Antonio Poveda cambió drásticamente, si al entrar el inspector estaba divertido ahora lo miraba furibundo. Se inclinó hacia

adelante apoyando los codos en la mesa y dijo entre dientes, casi en un susurro.

—No vaya por ahí, inspector, no vaya por ahí.

—Ahora me intriga, señor Poveda, ¿por qué no debo ir por ahí?

—Mire, inspector, soy el primero que reconoce que no todo lo que he hecho en mi vida ha sido de forma legal, pero esa casa... Esa casa y mis hijos son lo único de lo que me siento realmente orgulloso.

Se había relajado ligeramente volviendo a apoyar la espalda en el respaldo de la silla. Los neones de la sala daban una luz sucia que creaba sombras sobre el rostro de los hombres. La pintura de la pared, un gris deslustrado, hacía juego con las ojeras que se translucían bajo los ojos del inspector.

—Mi padre era agricultor, trabajaba de sol a sol por un sueldo de mierda y nos arrastraba con él al campo para echarle una mano. Con el dinero ahorrado después de cuarenta años de trabajar sin descanso se compró aquella casa. Los mejores recuerdos de mi infancia son allí. Mi padre sólo podía permitirse quince días de vacaciones, ya sabe que el campo no espera a nadie, y los pasábamos allí. Durante esos quince días me olvidaba de los aperos, de las semillas y era solo un niño más. Cuando mi padre murió nos dejó la casa en herencia a mis dos hermanos y a mí y yo supe que tenía que ser mía. Tras la primera operación en la que gané varios millones, les compré la parte a cada uno de mis hermanos pagándoles mucho más de lo que realmente valía, pero yo quería que fuera mía a toda costa. Así que se lo repito, inspector Martínez, si va a empañar los años más felices de mi vida va a tener que ser por una buena razón.

—Como ya sabe, tuvimos hace unos días un asesinato en esa urbanización el fallecido era...

—Don Miguel —interrumpió Antonio Poveda con un bufido.

—Sí, así era como le conocían los vecinos. ¿Qué puede decirnos de eso?

—El inspector estaba atento a cada palabra y cada gesto del que era, por ahora, sospechoso. El constructor sudaba ligeramente y se atusaba el bigote cada pocos minutos, pero nada en él reflejaba ansiedad o nerviosismo.

—Pues que yo no tuve nada que ver, pero que cuando encuentre al tipo que lo hizo espero que me lo presente para que lo invite a cenar en algún restaurante bueno porque se lo merece.

El inspector no pudo evitar mostrar su estupor ante las afirmaciones que acababa de hacer el constructor. Levantó una ceja intrigado y se echó ligeramente hacia adelante invitando, en silencio, a su acompañante a continuar hablando. En un interrogatorio es tan importante lo que se dice como lo que se calla, y cada gesto y cada palabra se orientan a que la persona sentada al otro lado de la mesa sienta la necesidad de hablar. El inspector Martínez era muy bueno en su trabajo, y Antonio Poveda cayó directamente en su trampa y siguió hablando sin parar.

—No me venga ahora con remilgos, inspector. Habrá gente que le diga que Don Miguel era un poco cascarrabias, que son cosas de la edad, pero ¿sabe cuál es la verdad?

—No tengo ni idea, ilumíneme —El inspector Martínez se pasaba el pulgar distraído por la sien, la conversación había tomado un rumbo inesperado y era verdad que no tenía ni idea de lo que podía contarle Antonio Poveda.

—Pues la verdad es que Don Miguel era un auténtico hijo de puta. Vivía amargado y solo encontraba consuelo a su triste existencia amargándole la vida a los demás. Antes le he dicho que los mejores recuerdos de mi infancia son de esa playa, pues Don Miguel no figura ni por asomo entre ninguno de ellos. No he conocido nunca a nadie tan desagradecido, rencoroso y mala persona. Así que voy a ser muy franco, yo no lo maté, no por falta de ganas, se lo aseguro, pero si no me valía la pena ir a la cárcel por unos terrenos millonarios, mucho menos lo vale un tipo como ese.

Los dos hombres se quedaron callados, mirándose durante largo rato en silencio. Muy lentamente el inspector Martínez asintió y se levantó de su silla.

—Que me cuelguen si sé porqué, pero creo que dice la verdad. Es libre de marcharse, señor Poveda, siento mucho haberle importunado de nuevo. —Y

dando media vuelta se encaminó a la puerta. Antes de poder abrirla oyó la voz de Antonio Poveda que le decía.

—Es usted un buen tipo, inspector. Uno de los que ya quedan pocos. Hablaré bien de usted al comisario la próxima vez que comamos juntos.

Antonio Poveda no pudo verlo porque el inspector estaba de espaldas a él, pero sonrió ligeramente antes de abrir la puerta y salir al pasillo de la comisaría. No pensaba que el constructor fuera su amigo pero, al menos, ya no lo contaba entre sus enemigos. La conversación había sido extraña y personal, había permitido al inspector hacerse una mejor idea de la vida que había llevado Poveda para llegar a donde está ahora. Le parecía que a su manera, particular y ostentosa, Antonio Poveda no era tan mal tipo como parecía a simple vista.

Marta se despertó temprano esa mañana, después de la comida con su familia estaba de buen humor. Su madre la ponía igual de nerviosa que cuando tenía seis años, pero el hecho de que su hermano estuviera siempre la reconfortaba. Junto con Susana, Álex era lo que más echaba de menos de vivir en Madrid. Le gustaba haberlo visto feliz, se le notaba que las cosas le iban bien tanto profesional como personalmente. Cuando se despidieron quedaron en que un día tendría que ir a casa de ellos a cenar. Por lo visto, Arturo cocinaba estupendamente y Marta tenía muchas ganas de conocerlo en persona. A cambio, Álex había prometido ir a visitarla un día a Madrid. Ella le había convencido diciéndole que podía conseguir entradas en las primeras filas de cualquier musical u obra de teatro que les interesara.

Abrió la ventana y se sorprendió al ver el mar revuelto a causa del viento. Un fuerte temporal de Levante se había levantado durante la noche y seguía azotando la costa con su fuerza. Remolinos de espuma saltaban en las olas, y el aire dibujaba caprichosas espirales en la arena de la playa.

Loken la miraba desde la alfombra a los pies de la cama con el hocico apoyado entre las patas.

—¿Qué vamos a hacer hoy, chico? —dijo dirigiéndose al perro. Este se

levantó de su sitio y se acercó a Marta moviendo la cola.

—Primero vamos a sacarte a dar un paseo. —Miró durante un rato el mar embravecido—. Cortito, que no quiero que nos vayamos volando con este viento que sopla. Y luego... Luego no tengo ni idea, improvisaremos sobre la marcha, ¿qué te parece?

El perro se acercó aún más a Marta y le dio un lametón en la mano, señal que ella entendió para dirigirse a la ducha antes de llevarse al perro a la calle. Se hizo un café y lo puso en una taza que decidió llevar consigo durante el rato que iba a pasar con Loken fuera de casa. No había nadie en el paseo marítimo, ni siquiera los jubilados que acostumbraban a salir a andar por las mañanas. El viento soplaba y golpeaba las contraventanas de madera de algunas de las casas con un sonido monótono. El rítmico clap, clap, y el sonido de las olas relajaron a Marta, que se permitió soltar a Loken para dejarlo correr un rato.

Salieron del paseo marítimo de la Playa de Levante para dirigirse al puerto de Cabo Palos. Pasaron por delante de *El Mosqui*, que se yergue presidiendo una curva en la carretera. Es especialmente llamativo el barco de pescadores que corona el edificio como alusión a los primeros tiempos del negocio. Empezó siendo un chiringuito donde José de la Orden y su mujer preparaban comidas para la gente de Cabo de Palos y con el paso del tiempo había evolucionado hasta convertirse en uno de los restaurantes más famosos de la región. Su especialidad es el caldero del Mar Menor, y productos típicos a base de pescado y marisco. Si se quiere ir a comer un fin de semana más vale reservar pues se llena en seguida.

Se encaminó hacia el puerto con Loken abriendo la marcha mostrando su felicidad al mover el rabo sin parar. Se detuvo un instante a olisquear un par de flores que sobresalían de un jardín y al no encontrarlas apetecibles siguió su camino. Marta le seguía a poca distancia, maravillándose una vez más del profundo color azul del Mar Mediterráneo. Pasaron por delante de *El Pez Rojo*, el restaurante que Ana y José María tenían y cuyo punto fuerte era una espectacular terraza que daba directamente a la dársena del puerto de Cabo de

Palos. La terraza estaba vacía pues era aún temprano para que hubiera comensales. Dentro de unas horas abrirían al público y se llenaría de gente degustando marisco y pescado local. Al llegar al puerto una balada producida por los mástiles de los barcos al mecerse por el viento les dio la bienvenida. Ver los mástiles moverse al compás del viento le hacía siempre pensar en un bosque de árboles jóvenes que alguien había decidido colocar cerca del mar. Mientras Loken se acercaba intrigado a las barcas de pescadores, Marta se permitió sentir un momento de tranquilidad aspirando a grandes bocanadas el aire salado. El agua del puerto era clara y le devolvió el reflejo distorsionado por las olas.

Pensaba en todo lo que había cambiado su vida en los últimos días, su trabajo, su casa, ver de nuevo a Pablo, reencontrarse con Susana, conocer a Raúl, cenar con Pablo, la comida con los compañeros de Susana, ver la serie con Pablo...

De repente se paró en seco, un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento le recorrió todo el cuerpo. La sangre abandonó su rostro y sus manos temblaron ligeramente. Loken advirtió que algo pasaba y volvió corriendo al lado de Marta.

—No es posible, ¿verdad, chico? No puede ser. Digo... que no tenemos nada en común, ¿no?

Loken la miraba sin comprender ni una palabra, no entendía lo que ocurría, pero sabía que algo estaba alterando profundamente a Marta. Así que dejó su búsqueda al pie de unas redes rotas olvidadas cerca de una papelería y se acercó a su dueña meneando la cola.

—No puede ser. No puede ser. No puede ser.

Marta estaba en un bucle perpetuo en el que su voz sonaba lejana e increíblemente cercana al mismo tiempo. Loken llegó hasta ella y la sacó de su ensimismamiento al empujarla levemente con el hocico.

—Será mejor que volvamos, chico.

Caminó despacio, ensimismada en sus pensamientos y moviendo negativamente la cabeza de vez en cuando. Loken la seguía a poca distancia,

no quería importunarla en estos momentos. Llegaron a la puerta y Marta se quedó un instante mirando la cerradura en silencio hasta que la abrió y ambos entraron en el pequeño salón.

—Espero que Susana termine pronto su turno, porque tengo muchas ganas de hablar con ella —le dijo a Loken mientras ella abría su portátil y trataba de matar el tiempo hasta la hora de comer, en la que sabía que su amiga estaría menos ocupada.

—¡Susaaaaaana! ¡Susaaaaaana! —la voz de Pili sonaba cantarina y retumbaba por toda la sala de la unidad.

La aludida levantó intrigada la vista de lo que estaba haciendo para dedicarle a Pili una mirada llena de preguntas.

—Toma, Susana, es para ti —dijo tendiéndole el teléfono—. Es un agente de la Guardia Civil de Mazarrón. Le he dicho que la información que tuviera me la podía dar a mí, pero ha insistido en hablar contigo y solo contigo.

Pilar le regaló una maliciosa sonrisa de oreja a oreja y no hizo nada por volver a su sitio cuando Susana cogió el teléfono para contestar. De hecho, Pablo y Raúl no ocultaron su regocijo y se acercaron a la mesa de Susana para tratar de escuchar parte de su conversación. Ella cogió el teléfono y se fue a hablar junto a una de las ventanas para tener algo de privacidad mientras sus compañeros la miraban sonrientes apoyados en su mesa. Raúl dibujó un corazón en el aire con las dos manos cuando Susana miró brevemente hacia ellos. Ella se dio rápida la vuelta y siguió hablando por teléfono, dando la espalda a sus compañeros.

La conversación duró tan solo unos minutos y cuando Susana volvió tenía las orejas rojas y le brillaban los ojos. Pilar sonreía extasiada mientras recuperaba el teléfono de manos de Susana, que tenían un ligero temblor.

—Bueno, ¿es que nadie se va a atrever a decir lo que todos estamos pensando? —soltó Raúl al cabo de unos segundos en los que los cuatro habían permanecido en silencio—. Susi, ¿quién es ese tipo y qué intenciones lleva con mi princesa? —La sonrisa de Raúl se ensanchó hasta ocupar toda su

cara.

—Es... Ejem... Era el agente Castillo

—¡Lo sabía! —interrumpió Pablo—. Es el guardia civil que vimos el otro día, ¿te acuerdas que te comenté que nuestra Susana no era capaz de quitarle la vista de encima? —dijo Pablo dirigiéndose a Raúl.

—¡Nada de eso es verdad! —soltó Susana, ofendida—. Solo llamaba para ponerme al tanto de la investigación. Horatio siempre nos está hablando de la importancia de la colaboración entre cuerpos y eso es lo que estamos haciendo, colaborar.

—Sí, sí, colaboración ente cuerpos... Eso es justo lo que le gustaría a ese tío, Susana. — Raúl no podía parar de sonreír y su compañero se unió divertido a la broma.

—¡Dejad a la chiquilla en paz! —intervino Pilar y, cogiendo a Susana del brazo, se la llevó hasta su mesa mientras sus dos compañeros sonreían sin parar y hablaban entre ellos. Vio cómo Pablo le daba un ligero codazo en las costillas a Raúl y cómo este desplegaba su sonrisa más seductora mientras guiñaba un ojo—. No les hagas ni caso a esos dos.

—No se lo hago nunca, tranquila. —Susana estaba volviendo a recuperar la compostura.

—Pero venga, cuenta, ¿quién es ese chico? ¿Es guapo? ¿Vive en Mazarrón o en Cartagena? No tendrá novia, ¿verdad? Porque de verdad que no te pega nada meterte en medio de una relación...

—¡Por el amor de Dios, Pilar! Pensaba que estabas de mi parte.

—Y lo estoy, por eso quiero enterarme de todo, para poder apoyarte como tú te mereces.

Susana le lanzó una larga mirada evaluando los costes y los beneficios de compartir cualquier tipo de información con Pili, pero finalmente se decidió a hablar. Dio un largo suspiro en el que se vació los pulmones y comenzó por el principio.

—Se llama Andrés, es agente de la Guardia Civil y lo conocimos Pablo y

yo cuando fuimos a ver lo de la plantación de marihuana en el monte. Es muy guapo, Pili. Muy, muy guapo y es imposible no fijarte en eso cuando lo conoces. —Pilar había desplegado una amplia sonrisa ante esta afirmación—. Y hoy llamaba para ponerme al corriente de la investigación y... —Susana se atragantó y se quedó callada.

—¿Y qué? Venga, Susana, que me tienes en ascuas y eso no es bueno para mi tensión. Como seas tú la responsable de que me dé un ataque en esta unidad no te lo van a perdonar nunca. ¿Quién iba a amenazar a los del laboratorio si no soy yo? Venga, chiquilla, desembucha.

—Pues que ha dicho que un día podíamos quedar para tomar un café o algo.

Susana bajó la vista avergonzada, sintiendo cómo la sangre fluía en masa hacia sus mejillas. El flequillo rubio le cayó sobre las largas pestañas mientras Pilar se quedaba de pie a su lado con la boca abierta. Sus labios formaban una O perfecta pero ningún sonido se escapaba de su boca, lo cual era algo bastante inusual, pues Pilar era famosa por su fluidez verbal. La secretaria de la unidad estaba encantada con esta información, quería a Susana como a una hija y pensaba que la joven estaba demasiado sola. Tras unos segundos que parecieron eternos, Pilar se decidió a romper el silencio.

—¿Y qué le has contestado?

—Que me lo pensaría. Ahora mismo tenemos mucho entre manos con dos asesinatos, un chaval que se dedica a vender droga en la universidad y encima está Marta y lo de su exnovio.

—¡Uy, es verdad! ¿Cómo va tu amiga? ¿Se ha recuperado ya del susto por encontrarse un muerto?

—Sí, no te preocupes por ella, eso lo lleva bien. Pero susto el que se dio el otro día porque su exnovio apareció en casa de sus padres.

—¿Que el futbolista estuvo aquí, en Cartagena? —Pilar se peinó con un gesto de la mano y se ajustó la blusa mecánicamente. Daría lo que fuera por conocer al futbolista y hacerse una foto con él, sus amigas de la partida de tute se morirían de envidia.

—Sí, vino a ver a Marta y se encontró con su madre, que lo amenazó en el jardín. Ahora que lo pienso, creo que te llevarías genial con Irene, a ver si un día te la presento.

No pudieron seguir hablando, pues en ese momento el inspector Martínez entró por la puerta de la unidad. Pilar se lanzó rauda a la cafetera para llenarle una taza y llevársela. Le sorprendió encontrarlo de buen humor, daba por hecho que la conversación con el constructor Poveda habría sido desastrosa.

—¿Qué tal ha ido, jefe? —dijo suavemente, dejando la taza de café enfrente del inspector.

—Mejor de lo que me esperaba, Pilar. Dile a los chicos que podemos descartar a Poveda, así que volvemos a la casilla de salida. —Dio un suspiro y el cansancio se reflejó en sus ojos—. Quiero respuestas, el tiempo se nos está echando encima y el comisario no está nada contento. Al menos hemos conseguido mantener a la prensa a raya, pero eso es algo que puede cambiar en cualquier momento.

—Entendido, jefe. Ahora mismo pongo a todo el mundo a trabajar como si no hubiera mañana. Aunque tal vez ese no es un buen ejemplo porque si no hubiera mañana, ¿quién querría ponerse a trabajar? Esto chicos seguro que no, porque cada uno se iría a pasar el último rato que les queda con su familia, o tal vez de fiesta. Pablo seguramente se iría a navegar.

El inspector soltó un bufido que hizo callar a la secretaria de la unidad.

—Pilar, simplemente diles que se dejen de cháchara y se pongan a trabajar.

La vio salir de su despacho y dirigirse rauda a la mesa de Raúl para hablar con él el primero. El inspector se quedó pensativo un rato, luego se pasó mecánicamente el pulgar por la sien y descolgó el teléfono para realizar un par de llamadas que tenía pendientes.

Juan dio un pequeño respingo sobresaltado al notar una mano sobre su hombro. Dejó lo que estaba haciendo y levantó los ojos para encontrarse cara a cara con Ana, que lo miraba preocupada. La directora de la APD, fiel a su estilo, llevaba el pelo en un moño sujeto con un lápiz y una camisa de hilo con enormes bordados de flores en las mangas. Completaba el *look* con un collar de cuentas de madera que le daba varias vueltas alrededor del cuello y aun así le llegaba casi hasta la cintura. Juan pensó que, desliado, ese collar debía medir varios metros, y se sorprendió al tener un pensamiento tan banal.

—Llevas varios días con mala cara, de hecho, creo que nunca te he visto tan ojeroso y alicaído. Si hasta parece que estás más blanco y mira que tú eres bien moreno —dijo Ana con un amago de sonrisa.

Él se permitió esbozar otra de vuelta y relajó los hombros, que estaban crispados desde que había sentido el contacto de la mano de Ana. Su mandíbula se relajó ligeramente y sus ojos verdes, que refulgían como esmeraldas normalmente, tenían ahora un brillo apagado.

—Lo siento, Ana, es verdad que estoy un poco despistado últimamente.

—Lo de Pepe nos va a dejar más huella de la que queremos reconocer. Es necesario pasar por la etapa de duelo y luego, cuando cada uno lo sienta, dejarlo ir. ¿Cómo lo estás llevando?

—No te voy a engañar, no está siendo mi mejor semana. Sabía que pasaba algo raro cuando Pepe se ofrecía siempre voluntario para ir hasta aquellos terrenos, pero no me imaginaba que fuera algo así. Y desde luego, no me imaginaba que fuera a acabar flotando muerto en el Mediterráneo. Parece que la mala suerte me persigue, Ana, que todo lo que toco se estropea. —Bajó los ojos hasta el teclado del ordenador y lanzó un silencioso suspiro. Sus pestañas batieron rápidamente, como las alas de un colibrí en pleno vuelo.

—No digas tonterías, Juan. Cada uno se labra su destino, yo tampoco vi

las señales, pero aunque las hubiera visto, no había nada que pudiéramos hacer. Él tomó sus propias decisiones, nadie le empujó a tomarlas. —Ana creía en el karma, en la reencarnación y en que el camino de cada uno está escrito desde mucho antes de que llegemos a este mundo. Solo se puede vivir ese camino con decencia y humildad, pero la duración del mismo está marcada para cada uno de nosotros.

—Ya... Visto así...

—Claro que sí. Y ahora dime, ¿tienes pensado hacer algo este fin de semana?

Juan se animó un poco ante la pregunta de su jefa y la sonrisa volvió a sus ojos, lo mismo que a sus labios. Eso animó a Ana, pues Juan era un gran colaborador y, como ella no tenía hijos, le amparaba con cariño maternal.

—Pues la verdad es que tenemos la comunión del hijo de una compañera de trabajo de mi chica. Yo no soy muy de ir a esas cosas, pero ella insiste, dice que podremos pasar un rato divertido y además salir de la rutina por unas horas. — Pensó que lo último que le apetecía era encontrarse en una sala de fiesta rodeado de gente a la que apenas conocía y con los que estaba obligado a pasar varias horas. Y luego estaba lo de los críos vestidos de marineros, dentro de todas las tradiciones raras, esa era de las que más. Además de que no se encontraba tranquilo. Desde que vio a los policías por primera vez, había tenido un nudo en el estómago que le estaba costando trabajo deshacer. Cuando los vio en el funeral pensó que iba a desmayarse, pero no mostraron, gracias al cielo, ningún interés en él. El círculo se estaba cerrando, Ana tenía razón, los últimos días había dormido mal y unas profundas ojeras grises habían comenzado a adornar un rostro por lo general lleno de vida. Necesitaban marcharse cuanto antes.

—La chica tiene razón, y cuando la chica tiene razón es lógico dársela.

Antes de que pudiera continuar, oyeron un estruendo en la calle y ambos dejaron lo que estaban haciendo para precipitarse fuera de la oficina de la APD. Una maceta se había estampado contra el suelo por culpa del fuerte viento que estaba azotando la ciudad.

—Te lo he dicho, Ana, la mala suerte me persigue —dijo Juan desde el quicio de la puerta mientras observaba los trozos de barro del tiesto esparcidos por el suelo. El viento removía la tierra y se llevaba lejos las hojas del geranio que acababa de estrellarse contra la acera. Una vecina salió disparada del edificio de enfrente con una escoba y un recogedor y el semblante preocupado. Pedía disculpas a todos los paseantes y hablaba a voz en grito con otra vecina situada en el balcón del segundo piso sobre la divina providencia y el hecho de que cayera la maceta cuando no había nadie en la calle.

—Te lo repito, no digas tonterías y vamos para adentro, con una desgracia esta semana ya tenemos suficiente —le dijo Ana mientras le cogía del brazo y lo acompañaba al interior con el cariño propio de una madre adoptiva.

Susana había terminado su día de trabajo y nunca en su vida había estado tan agradecida de que fuera fin de semana. Llevaba noches durmiendo mal por culpa de este caso, de Marta, del futbolista, y por si todo eso no fuera suficiente ahora venía el agente Castillo y la llamaba para pedirle un café. Y lo peor de todo es que la había llamado a la comisaría y ahora toda la unidad estaba al corriente. Bueno, Horatio aún no lo sabía, pero dudaba mucho de que su jefe estuviera encantado si llegaba a enterarse, no le gustaba que los asuntos personales se mezclaran con el trabajo. Y Pilar... Pilar sí que iba a ser un problema. Podía aguantar las bromas de los chicos, a Raúl que no había parado de mandarle notas con corazoncitos en las que había escrito con una cuidada caligrafía *S* y *A* en grande. Pablo le reía la broma y los pilló cuchicheando en varias ocasiones cuando ella los miraba. Pero Pilar era harina de otro costal. Ese tipo de información era munición de primera categoría para ella; si no se la paraba a tiempo, Pili era capaz de ponerse a organizar la ceremonia, el convite y la despedida de soltera. Y lo peor es que ni ella misma sabía qué quería hacer.

El timbre del teléfono la sacó de su ensimismamiento, pensó dejar que saltara el buzón de voz pero vio que la llamada era de Marta y se dio cuenta

de que necesitaba hablar con alguien que la comprendiera de verdad.

—Hola Marta, ¿cómo lo llevas? ¿Has tenido alguna llamada inesperada?

—No, la verdad es que desde que mi familia amenazó al futbolista no he vuelto a saber nada más de él. Al menos no los ha denunciado por amenazas, ya hubiera salido en los tabloides de haberse dado el caso.

—Menos mal, aunque reconozco que me encantaría ver a Fernando en un duelo al amanecer.

—No le des ideas, no le des ideas.

—Oye, Marta, tengo algo que quiero comentarte. —Marta dio un respingo involuntario al otro lado del teléfono. Tal vez Pablo le había comentado algo. Se sonrojó al pensar que estaba actuando como si tuviera quince años y le gustara un compañero de instituto. Claro que, teóricamente, le gustaba un compañero de instituto.

—Cuéntame, Susi.

Susana le detalló la excursión al Campillo de Adentro, el encuentro con los dos guardias civiles y la llamada de Andrés de esta mañana. También le contó las chanzas que llevaba soportando toda la mañana de la parte de sus compañeros y cómo le parecía haber visto a Pili visitando la web de Pronovias cuando se había acercado a su mesa para pedirle información.

—Bueno, bueno, bueno. —Marta no podía parar de sonreír, si alguien se merecía ser feliz, esa era su amiga Susana—. Entonces, ¿el chico es guapo?

—Pues la verdad es que sí, no quería admitirlo delante de Pablo, pero está como un queso y es muuuuy guapo —soltó un largo suspiro.

—Pues no te lo pienses más, dile que sí. Mira, si te parece una situación un poco incómoda, si quieres te acompaño, y se puede venir también Raúl o... Pablo. —Hizo una pausa involuntaria al pronunciar su nombre y notó cómo se ruborizaba.

—No creo que le haga mucha ilusión que él me pida una cita y yo me lleve a media comisaría de carabina.

—Vamos a ver, ¿es una cita o es solo un inocente café como me estabas

diciendo antes?

—¡Sabes perfectamente lo que es! ¡No trates de liarme! —Susana lo dijo riendo.

—Pues entonces está decidido, llámalo y dile que quedáis este finde para ese café.

—¡Uy! Eso va a ser imposible, me voy corriendo a casa a recoger a mis padres que nos vamos a Córdoba del tirón. Mañana tenemos la boda de un primo allí. De Ignacio, no sé si te acuerdas de él. Uno que estaba en el Ejército del Aire en San Javier, y luego se hizo piloto de Iberia.

—Algo me suena. —Marta fruncía el ceño tratando de recuperar los recuerdos de ese tal primo Ignacio, pero no le venía ninguna imagen a la mente. Conocía a la familia de Susana de toda la vida y algunos de sus primos eran como de su propia familia para ella. Recordaba las fiestas de cumpleaños, las noches de verano o las primeras salidas a discotecas. Era capaz de identificar a casi todos y a varios los seguía en redes sociales y estaba al tanto de los cambios de sus vidas, pero el tal Ignacio, ese era completamente desconocido para ella. ¿Piloto de Iberia? No tenía ni idea de que Susana tuviera un primo piloto.

—Bueno, me ha encantado hablar contigo, la verdad es que necesitaba desahogarme con alguien, y ¿quién mejor que mi amiga favorita? Lo siento, pero tengo que dejarte que tengo que llegar a casa, terminar la maleta y salir pitando para varias horas de autovía con mis padres en el coche. —Soltó un involuntario suspiro, su madre se pasaría el viaje diciendo que no corriera y su padre comentaría anécdotas familiares que se sabía de memoria. La verdad es que el café con el agente Castillo sonaba cada vez mejor si se comparaba con un viaje encerrada en un automóvil con sus padres.

—Claro, pasadlo de maravilla y cuidado con la carretera.

—Sí, mamá —dijo Susana con una sonrisa antes de colgar.

Marta se quedó en silencio mirando la pantalla del móvil. No había encontrado momento para contarle a Susana lo que había descubierto esta mañana durante su paseo con Loken. Tal vez no era para tanto, era solo la

emoción de encontrarse con alguien de su pasado, de recordar momentos juntos. Aunque, a decir verdad, no había compartido grandes instantes con Pablo durante el instituto, un trabajo para la clase de biología, pensó arrugando el ceño, y poco más, la verdad. Y sin embargo, ahora sí que sentía una atracción por el subinspector de policía que no era capaz de explicar.

Se levanto del sofá y abrió la puerta del porche delantero. Loken salió despedido pensando que era hora de dar otro paseo.

—No, chico, ahora no toca. —Sacó el reproductor y puso música relajante. Buscó una toalla vieja y la echó al suelo del porche y se sentó en ella a meditar. Al cabo de veinte minutos comenzó los estiramientos y una rutina de yoga suave. Siempre la ayudaba a pensar con claridad y despejar la mente el hacer yoga. Le costaría volver a meterse en un estudio con más gente después de haber probado la deliciosa sensación de hacer yoga en solitario frente al mar Mediterráneo.

Notaba cómo su cuerpo se estiraba y sus músculos se tensaban con cada ejercicio. Cómo su respiración se acompasaba al vaivén de las olas y su mente se quedaba en blanco. Su vientre se hinchaba con cada inspiración e iba entrando en un estado de profunda relajación. Estaba cabeza abajo cuando Loken saltó sobre ella, obligándola a caer sobre la toalla sin parar de reírse. Se tumbó en el suelo unos instantes acariciándole el lomo al labrador y se levantó para darse una ducha.

Cristina y Elsa se miraban en silencio en la mesa más apartada de la puerta en la cafetería del campus. Llevaba diez minutos calladas, cada una mirando su vaso de café. El de Cristina estaba vacío y solo se apreciaban pequeñas manchas marrones pegadas al fondo de cristal. El de Elsa estaba prácticamente intacto, solo había tomado un rápido sorbo, más por convención social que porque le interesara beber algo. Ahora el café frío descansaba plácidamente como un pequeño lago de cafeína en su vaso. Unos estudiantes les dirigieron una rápida mirada al entrar a la cafetería y cuchichearon entre ellos, pero ellas andaban tan absortas en sus pensamientos

que no se dieron cuenta.

Era un día desapacible, con viento de Levante que hacía crujir las ramas y golpeaba las persianas del campus con rítmico frenesí. Los estudiantes iban atareados de un lado a otro de la zona universitaria, de la biblioteca a los laboratorios, de allí al aulario, pasando por la cafetería. Apuntes, folios y trabajos cambiaban de manos, la copistería de la universidad tenía cola delante de su puerta y todo el mundo comenzaba a inquietarse, pues en mes y medio comenzaban los exámenes finales. En esta época del año la biblioteca comenzaba a llenarse temprano alcanzando su punto álgido las semanas anteriores a los últimos exámenes, cuando una plaza en la biblioteca era considerada como un auténtico tesoro y los alumnos madrugaban para acceder a ellas. Todavía no había llegado ese periodo y la biblioteca seguía siendo un lugar tranquilo con tan solo unos cuantos alumnos estudiando o consultando volúmenes. La cafetería seguía un ciclo vital inversamente proporcional al de la biblioteca. Los alumnos comenzaban a vaciar la cafetería para llenar la biblioteca conforme la fecha de los últimos exámenes se aproximaba cada vez más. La cafetería era un espacio amplio, la luz artificial de los neones evitaba la aparición de sombras y dotaba de una luz amarillenta al espacio. Mesas y sillas de plástico llenaban el volumen de forma irregular, en las que algunos estudiantes desayunaban, estudiaban o simplemente estaban charlando. Salvo las dos mujeres de la mesa más alejada de la puerta, ellas seguían en silencio a pesar de que el reloj redondo colgado de una de las paredes no paraba de marcar minutos. Fue Cristina quien se decidió a romper el silencio con voz trémula cargada de sentimientos.

—¿Cómo te encuentras, Elsa?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees? —Un reproche en su voz, un atisbo de ira, una pregunta mal formulada.

—Está siendo duro para todos. El funeral fue un momento horrible, con los padres de Pepe en primera fila. —Hizo una pausa para tomar aire y continuó—. Su madre daba la impresión de estar pasándolo realmente mal.

—¡Claro que lo estaba pasando mal! ¡Ha perdido un hijo! No me quiero ni

imaginar lo que debe ser eso, tienes que sentirte fracasada como madre. Encontrarte de pie, en medio de una iglesia atestada de gente, con la mano de tu marido sobre los hombros para consolarte de un dolor que nace de lo profundo del alma, un dolor que es inconsolable. —Elsa hablaba con vehemencia, las pecas de su cara habían desaparecido bajo el manto de rubor que coloreaba sus mejillas. Su pelo hacía juego con su cara, lo que hacía que sus ojos verdes refulgieran con la fuerza de las hojas de los árboles cuando estalla la primavera.

Cristina no supo qué responder y bajó la mirada de nuevo hasta su vaso vacío. Quería hablar con Elsa, desahogarse con su amiga, pero ella se cerraba en banda envuelta como estaba en su propio dolor. Al verla al otro lado de la mesa, pensó que las separaba un abismo y no cincuenta centímetros de plástico. Era como Melisandre de Asshai, una pelirroja con infinito poder. Un profesor, bien cercano a la jubilación, se acercó a ellas. Llevaba una camisa de franela gastada en los codos y manchas de tiza en la mano derecha. Cristina lo reconoció como uno de sus profesores del año anterior. Era uno de los pocos que no se había dejado seducir por las nuevas tecnologías y seguía dando clases magistrales mediante diagramas dibujados en la pizarra. A Cristina le gustaba, le recordaba a su padre con su pelo cano y sus gafas con montura al aire. Tenía un andar seguro a pesar de la edad y se dirigió directamente a su mesa.

Elsa aprovechó la interrupción para levantarse y marcharse sin tan siquiera despedirse. A Cristina le quedó una frase colgando en los labios pero fue incapaz de pronunciarla y solo pudo ver cómo la espalda de su amiga se alejaba hacia la puerta de la cafetería. Recompuso su semblante e invitó al profesor a sentarse en la silla que minutos antes había sido ocupada por Elsa. El profesor solo quería darle el pésame y ver cómo se encontraba. Cristina se mostró cortés y respondió a todas sus preguntas, pero su mente estaba muy lejos de allí. Su mente seguía a una pelirroja con la que tenía una conversación pendiente por los jardines del campus.

Susana se había ido justo después de la pausa para comer, pues tenía un evento familiar al que acudir; el resto de la brigada, sin embargo, seguía trabajando buscando respuestas. Pilar se levantó y fue a hablar con Raúl, que estaba inclinado sobre su ordenador tecleando deprisa. Sus ojos verdes mostraban cansancio y se echó hacia atrás para estirar la espalda y el cuello. Vio a Pilar dirigirse a su mesa y le regaló una de sus ya más que célebres sonrisas canallas mientras le guiñaba un ojo. Pilar sonrió y, arrastrando la silla vacía de Susana, la acercó a la mesa de Raúl.

—Oye, Raúl, he encontrado algo, que lo mismo no es nada, pero quería verlo primero contigo. Yo prefiero pecar de precavida que dejarme cosas en el tintero, porque si el diablo está en los pequeños detalles, son justo esos detallitos los que hacen que una investigación avance o se quede estancada. Y yo quiero terminar con esta investigación como la que más, porque tener dos muertos y ningún sospechoso no es algo que me guste ni con lo que me sienta a gusto.

Raúl la miró en silencio, estaba acostumbrado a las peroratas de Pili, sabía que meterle prisa solo la ponía más nerviosa y, cuando estaba nerviosa, le daba por hablar. Así que, pacientemente, la dejó terminar.

—Dime —dijo para llenar el vacío que había quedado cuando Pilar se paró para tomar aire.

—Pues que resulta que uno de los propietarios de los chalés de la Florida estuvo el sábado durante unas horas allí. Había ido con su mujer para airear la casa y comerse una paella con unos amigos cerca del mar. El caso es que la sobremesa se alargó hasta pasadas las diez de la noche porque se quedaron a ver un partido de liga. Cuando se fueron vieron a unas chicas, cito textualmente: *Una chica estaba sentada en un banco cerca de la casa de Don Miguel, aunque en un momento de la noche oyeron más voces, no sabría decir si masculinas o femeninas pues tenían la música de un coche cercano puesta a mucho volumen. Había cajas de pizza de un restaurante italiano cercano que tiene comida para llevar. La chica es hija de uno de los propietarios, la he visto todos los veranos desde que era una cría, así que la*

reconocí en seguida. Les dimos las buenas noches y nos fuimos en nuestro coche a Cartagena.

Raúl le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Pili, esa es la primera pista que tenemos del asesinato de Don Miguel. Un momento... ¿Una chica? ¿Podrían ser la pandilla de amigos del fallecido? —Los ojos de Raúl brillaron con una chispa de emoción, sentía que podían sacar algo bueno de esta información.

—Eso mismo pensé yo, pero ninguno de los padres de las chicas tiene una casa en esa urbanización. He mirado también los abuelos, porque ya sabes que a veces las casas pasan de manos sin que el notario esté al corriente, pero tampoco hay nada. —La desilusión de Raúl se hizo patente, sus ojos se apagaron un poco, aunque parte de la chispa seguía refulgiendo en lo más profundo de ellos.

—Entonces supongo que estamos como al principio, habrá que seguir buscando. Ahora ese grupo de jóvenes son nuestros principales sospechosos. Pregunta a todo el mundo, y cuando digo *todo el mundo*, me refiero a todo el mundo de verdad. Necesitamos avanzar, Pili, o este caso nos va a volver a todos locos. Da la impresión que por cada paso que damos hacia adelante, damos dos hacia atrás.

Pablo, que estaba al teléfono, dio un respingo en su asiento y comenzó a hacer gestos con las manos a Raúl para que se acercara a su mesa. Pili no perdió la oportunidad y arrastró la silla de Susana hasta la mesa de Pablo para estar al tanto de la conversación.

—Lo entiendo, que nadie toque nada —decía Pablo al teléfono con tono serio—. Os mandamos a los técnicos ya mismo, aunque con la lluvia y el viento de los últimos días no creo que encuentren nada. —Hubo un silencio al otro lado de la línea—. Hacemos eso. Muchas gracias por el aviso, y mándeme por e-mail o llámeme en cuanto sepan algo. Gracias de nuevo.

Colgó el auricular y la expectación se reflejaba en la cara de sus compañeros. Pilar, como siempre, fue la primera en hablar.

—Bueno, ¿se puede saber qué era? Antes estabas haciendo tantos gestos

que pensaba que te había dado un ataque o algo.

—Era de la policía local de La Manga. Alguien ha cogido uno de los barcos que estaban fondeados en La Gola.

—¿Quieres decir que han robado un barco? ¿Por qué debería preocuparnos eso?

—No, no lo han robado. Lo han *tomado prestado*. —Pablo separó cada sílaba de las dos últimas palabras al tiempo que levantaba elocuentemente las cejas—. El dueño ha ido hoy y no lo ha visto en su punto de amarre, iba a llamar a la policía para denunciar el robo cuando se ha dado cuenta de que estaba amarrado en otro punto, a unos metros de distancia del suyo. Alguien le había hecho un puente al motor del barco, lo usó y luego lo devolvió, pero lo fondeó en un sitio equivocado.

—¿Dónde se encuentra exactamente La Gola? —preguntó Pili, aunque pensaba que conocía la respuesta

—Eso es lo mejor de todo, a menos de doscientos metros de la urbanización La Florida —dijo Pablo con una sonrisa triunfal—. Es uno de los pasos de agua que conecta el Mediterráneo con el Mar Menor. Hay un club náutico muy cerca, pero algunos usuarios encuentran esos puntos de amarre muy caros y fondean los barcos en puntos alternativos, por decirlo de alguna manera. No hay vigilancia en esa zona, con lo que cualquiera puede cogerlos si sabe cómo hacerlo.

Raúl sonrió de oreja a oreja él también, el brillo gatuno había vuelto a sus ojos. Pilar también mostraba su entusiasmo, al fin parecía que la madeja enrevesada comenzaba a desliarse. Los tres estaban sentados en torno a la mesa de Pablo, y vistos desde fuera más parecían un aquelarre que oficiales de la policía en plena investigación.

—Me voy a aventurar a decir que alguien ahogó a Pepe en una piscina, concretamente la de la urbanización La Florida, se llevó el cuerpo al barco y lo echaron al mar, y para no levantar sospechas, devolvieron el barco; pero como quien lo hizo no tenía conocimientos de las corrientes de la zona, el agua lo arrastró hasta la orilla. —Raúl había estado haciendo un diagrama

temporal al tiempo que hablaba.

—Eso significa que los asesinatos de Don Miguel y de Pepe están relacionados de alguna manera —dijo Pablo pensativo.

—Efectivamente, y ese grupo de chicos que vieron en la urbanización son la clave de todo —añadió Raúl.

—¿Un grupo de chicos? Tal vez son los compañeros de Pepe —dijo Pablo, esperanzado.

—Ya lo hemos pensado, pero un testigo identificó a una de las chicas como la hija de uno de los veraneantes. Por lo visto va allí desde que era pequeña, y según lo que he podido averiguar, ni el padre de Cristina ni el de Elsa tienen casa en esa urbanización. Tampoco hay nada a nombre de los abuelos o de las madres. —Pilar sonaba abatida, pues a pesar de que el descubrimiento del robo del barco era una buena noticia, no tenían nada que les permitiera seguir avanzando.

—No lo entiendo —dijo Pablo pensativo—. Pepe se va de fiesta con un grupo de amigos y ni su novia ni sus compañeros de piso sabían nada de eso. ¡No tiene sentido! No digo que el chico deba ser un calzonazos que está todo el día pegado a su novia, pero que salga un sábado por la noche y nadie estuviera al corriente me parece muy raro.

—¿Pues sabes lo que a mí se me antoja raro? Que sea una chica —dijo Raúl—. No me miréis así, ya sabéis que una muerte por ahogamiento es bastante difícil, la persona se resiste con todas sus fuerzas y mantenerle la cabeza debajo del agua es muy complicado. Me parece improbable que una chica fuera capaz de mantener a un hombre joven en la piscina el tiempo necesario para ahogarlo. Creo que tuvo ayuda.

—Además, el vecino dijo que oyó otras voces aunque no supo identificar si eran de hombre o mujer. ¿Estás sugiriendo que busquemos una pareja?

—Eso mismo, debieron ser dos como mínimo, y estoy casi seguro de que el otro sospechoso que estamos buscando era un hombre. Vamos, que me apuesto contigo una cerveza bien fría a que así era. —Raúl sonrió abiertamente mientras le tendía la mano a Pablo, que no dudó ni un instante

en chocársela cerrando así el trato.

—De todas formas, tenemos que seguir buscando. Mira a ver si hay alguien que, sin ser propietario, alquile la casa todos los veranos, es posible que el testigo viera a la chica desde que era una niña sin saber que la casa no era realmente suya.

—Esa es una idea reque-tebuena —dijo Pilar sonriendo—. Me pongo ya mismo a ello. Raúl, ¿te encargas tú de darle la buena noticia a Horatio? Le vendrá bien saber que estamos empezando a ver la luz al final del túnel. Pablo, llama a los técnicos y mándalos a La Manga ya mismo, que necesitamos respuestas.

—¡Pero bueno, señora Pilar! ¿Desde cuándo te has vuelto tan mandona? —Raúl no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción al ver a Pili tan comprometida con el caso.

—Ahora que Susana se ha pedido la tarde libre, alguien tiene que ponerlos a trabajar como Dios manda —dijo ella sonriendo también. Y dicho esto, se dio media vuelta y se lanzó a teclear frenéticamente.

Algo había cambiado en la unidad. Tal vez el viento que llevaba desde la mañana azotando sin piedad la ciudad estaba desterrando lejos el pesimismo del equipo y trayendo nuevas esperanzas, el caso es que todos notaban que se iban acercando. A qué, ninguno era capaz de aventurarlo, pero estaban mucho más cerca que al principio.

El fin de semana pasó de manera indolente. El viento se levantó llenando las playas de surferos y adeptos al *kite surf* y vaciándolas de bañistas. El mar se vistió de lunares con manchas blancas sobre las olas azules que contrastaban con los trajes de neopreno negro y colores fosforescentes de los deportistas. Las velas y las cometas llenaban el cielo como grandes pájaros de colores imposibles. El sol era implacable en estos días de primavera, pero el viento suavizaba la sensación térmica. Decenas de jóvenes practicaban piruetas y saltos en el mar, muchos acompañados de cámaras de vídeo o de fotografía para luego compartir las experiencias en las redes sociales.

Marta los veía desde su terraza mientras el viento azotaba su pelo y lo movía en todas direcciones. Había aprovechado para leer, hacer yoga, dar paseos y para ver varios episodios de *Doctor Who*. Le costó bastante al principio, pues la producción y los efectos especiales eran realmente malos, pero poco a poco comenzó a meterse en la historia. Buceó en *wikipedia* buscando información sobre el Doctor, sus acompañantes y Gallifrey. Cuanto más aprendía, más parecía gustarle este nuevo universo que se acababa de abrir ante ella. Llegó al capítulo número nueve, el que le prometió a Pablo que vería antes de tirar la toalla. Y le encantó, aunque el niño con la máscara de gas pegada a su cara le había dado auténticos escalofríos.

Su hermano había venido a visitarla, más que nada para que su madre dejara de insistirle, y pasaron la tarde del domingo juntos. Hacía tiempo que no tenía una conversación con Álex y disfrutó mucho de ese rato a solas con su hermano mientras sonaban de fondo los grandes éxitos de los *Creedence Clearwater Revival*. A su hermano le encantaba esa banda, y aunque ella era un poco reacia al rock de los sesenta al principio, acabó enganchada y ahora eran uno de sus grupos favoritos. Incluso había intentado aprender a tocar alguna de sus canciones a la guitarra, pero al final le pudo la pereza y lo

acabó dejando. Era una de las cosas que más lamentaba, el no haber tenido suficiente dedicación como para aprender a tocar un instrumento. Su hermano, por el contrario, tocaba el piano y la guitarra, y alguna que otra vez lo había visto echar mano de un bajo cuando estaban entre amigos. Al final lo convenció para que se quedara a cenar y disfrutaron de una buena cena a base de restos mientras veían otro capítulo de *Doctor Who*, aunque Álex ya los había visto todos.

—Estoy realmente impresionado, hermanita. Lo último que imaginaría es que una superestrella nacional disfrutara viendo *Doctor Who* —sonaba divertido mientras cogía su botellín de cerveza de la mesita del salón y daba un largo trago. Estaba repantigado en el sofá de flores viendo los títulos de crédito del capítulo desfilan por la pantalla del ordenador.

—Más sorprendida estoy yo, créeme. Y eso me recuerda que debo enviarle un mensaje a Pablo para darle las gracias, tenía razón con lo de aguantar hasta el capítulo de *El niño vacío*, es el que marca la diferencia. Y acojona bastante, la verdad.

—Si eso te acojona espera a conocer a los ángeles llorosos, no volverás a ver las estatuas de la misma manera. De hecho, no conozco a nadie que después de haber visto ese episodio no haya tratado de cronometrar cuánto tiempo son capaces de aguantar sin parpadear.

—¡Para! —dijo Marta desde su sofá al tiempo que le tiraba un cojín—. No me sueltes *spoilers*, ahora que le estoy cogiendo el gusto a esta serie quiero descubrirla poco a poco.

—Está bien —dijo él devolviéndole el cojín, que pasó volando al lado de la cabeza de su hermana para acabar en el suelo. Loken se despertó al oír el golpe, levantó el hocico y barrió el salón con su mirada. Al no encontrar ningún peligro inminente para él ni para Marta volvió a apoyar la cabeza en las patas y se echó a dormir—. Pues ya verás el *merchandising* que tienen, en internet puedes encontrar prácticamente de todo con forma de *TARDIS*.

—Mmm... Compras ilimitadas... ¡Cada vez me gusta más esta serie! —dijo Marta con una enorme sonrisa y ambos rieron.

—Bueno, voy a tener que irme que yo, a diferencia de otros —la señaló directamente con el dedo—, mañana me levanto temprano para trabajar.

—No voy ni a tratar de defenderme, sí, estoy de vacaciones, ya iba siendo hora ¿no?

—Sí, lo que me sorprende es que pases las vacaciones en casa. No sé, estamos más acostumbrados a verte en Barbados o en Miami cuando tienes unos días libres.

Marta bajó la mirada avergonzada, sabía que su hermano no lo había dicho para herirla, pero la verdad es que tenía razón. Llevaba una vida muy ajetreada en Madrid, alternaba sus días de semana entre la grabación diaria del programa, las entrevistas y las sesiones de fotos. Los fines de semana salía de fiesta hasta tarde, era invitada a eventos o se dedicaba a ir de compras. Cuando tenía vacaciones aprovechaba para irse lo más lejos posible, fuera del radar de los *paparazzi*, pero nunca era lo suficientemente lejos. Sus fotos en la Gran Muralla China o tomando el sol en una playa del Caribe eran portada y se vendían por millares. En ocasiones tenía la sensación de que su vida no era suya, era un gran circo mediático en el que ella era solo una espectadora.

—¡Eh! Que no lo he dicho para molestarte —se apresuró a decir Alejandro y la rodeó con sus brazos. Marta era una mujer alta, pero su hermano le ganaba en altura por casi diez centímetros, lo que le permitió a ella apoyar la cabeza en el hueco de su hombro. Aspiró su olor, era Hugo Boss, la colonia que llevaba usando desde el instituto, y era sal y mar, y noches de verano haciendo barbacoas, y las rodillas peladas por caerse de la bici. En definitiva, era familia. Él le acarició el largo pelo castaño como hacían de pequeños cuando ella se caía y él tenía que consolarla. Los ojos avellana de ambos se cruzaron un instante.

—Lo sé, pero eso no quita que sea verdad. A veces echo muchísimo de menos el poder salir a la calle y que nadie me pare para pedirme un autógrafo o echarse una foto conmigo. Además de que os echo mucho de menos, Madrid sin ti es menos divertido.

—Pues procura que mamá no se entere o la tienes allí acampando en tu jardín.

Marta se rio con ganas y se soltó del abrazo de su hermano. Mirándolo directamente a los ojos le preguntó algo que llevaba bastante tiempo rumiando pero que evitaba deliberadamente por miedo a la respuesta.

—¿Cómo está mamá?

—En su línea. Ya la conoces, es una luchadora, pero también es una madre a la antigua usanza, le hubiera encantado tenernos siempre viviendo bajo su techo. Y que fuéramos... *normales*. —Tragó saliva antes de decir la palabra *normales*. Sus padres habían aceptado de buen grado su homosexualidad, siempre habían sido personas con una mente muy abierta, pero no toda su familia era igual. A sus padres les reprocharon muy duramente el haber permitido que su hijo se sintiera atraído por los hombres, ¡como si alguien hubiera tenido alguna oportunidad de cambiar lo que él era! Y Marta, a pesar de ser una mujer exitosa, seguía soltera, y para algunos sectores de la población eso era toda una vergüenza, y no dudaban en comentárselo a sus padres de la manera más dura—. Su chantaje emocional es su forma de demostrarnos que nos quiere y se preocupa por nosotros. Si por ella fuera, tú seguirías en tu habitación con los pósters de los *Backstreet Boys* y los *Nsync* en las paredes y nunca hubieras cumplido más de trece años. No te preocupes, en serio, ya me encargo yo de defender el fuerte mientras tú estás fuera.

—Debería venir más a menudo, Cartagena no está tan lejos. A veces lo pienso, en coger el coche y venir un fin de semana, pero al final acabo encontrando alguna excusa.

—No te preocupes, sabemos que estás bien. O al menos eso leí hace unas semanas en el *Hola* —le dio un ligero codazo en las costillas a su hermana y le regaló una sonrisa.

—Pues si lo has leído en una revista es que será verdad —dijo ella sonriendo a su vez.

Ambos salieron al porche a contemplar el espectáculo que era el mar,

ahora más en calma, pues el viento había amainado, arrancando reflejos de plata de la luna. No había ni una nube en el cielo y las estrellas brillaban calladamente salpicando de pecas el firmamento.

—Oye, piénsate lo de venir un fin de semana a Madrid con Arturo, así lo conozco y de paso te llevo a todos los restaurantes de moda. Dime dónde quieres cenar y yo te consigo una mesa.

—Gracias por la oferta, intentaremos escaparnos, te lo prometo.

Se dieron un par de besos de buenas noches y cuando Álex estaba a punto de atravesar la puerta de la casa y salir al paseo marítimo se volvió y le dijo:

—Dale un saludo de mi parte a Pablo, ¿quieres?

Superado el primer instante de asombro, Marta se apresuró a decir:

—¿Lo conoces?

—¡Para nada! Pero ha conseguido en una semana lo que yo llevo varios años intentando, así que ese tío me cae bien —dijo desde la puerta y le guiñó un ojo.

Marta se quedó unos instantes en el porche viendo cómo se alejaba hacia su coche. Esa escena le recordó que unos días atrás se había quedado exactamente igual, parada en el porche de la casa, viendo cómo Pablo se marchaba. Y ahora resulta que, sin ni siquiera conocerlo, su hermano le daba su bendición. Dio un largo suspiro y entró en casa pensando que estas semanas de vacaciones estaban dando mucho de sí.

Se despertó sintiendo algo raro a su alrededor, había oído algo, estaba segura de haber oído algo. Abrió los ojos y prestó atención a la habitación en silencio. Era temprano, pero ya había amanecido y el sol entraba perezosamente a través de las persianas de la ventana. Entonces lo oyó de nuevo, era él que murmuraba en sueños. Hacía noches que no descansaba correctamente, su sueño era intranquilo y lo notaba moverse sin parar. Una noche se despertó para ir al baño y estaba cubierto en sudor y con los puños apretados, su mandíbula estaba cerrada en un rictus mezcla de miedo y de

furia. Se quedó un instante mirándolo en silencio y decidió salir de la cama sin hacer ruido y dejarlo descansar algunos minutos más antes de que sonara su despertador para ir a la APD.

Se puso una chaqueta de chándal encima del pijama y se dirigió a la cocina a prepararse un té. Miró por la ventana mientras esperaba que el agua se calentara y divisó a lo lejos la figura de la estación de trenes sumida aún entre las sombras. El sol estaba emergiendo por detrás de la misma y la fría luz del amanecer comenzaba a abrirse paso desplazando a las sombras de la noche. Rayos de sol atravesaban decididos la oscuridad y bañaban con su luz rojiza la silueta. El edificio de corte modernista era otra de las obras del prolífico arquitecto Víctor Beltrí. La fachada estaba decorada con arcos de medio punto y cerámica siguiendo el estilo que ha hecho célebre a su arquitecto. En el frontón principal se puede ver un reloj también de estilo modernista y bajo este las letras MZA, que corresponden a las iniciales de la compañía Madrid-Zaragoza-Alicante, que fue quien promocionó la construcción de la estación. Lo que más le llama la atención al viajero es la gran ventana termal decorada con motivos mitológicos y el parasol modernista de cristal y hierro forjado. La entrada principal se compone de tres puertas bajo arcos de medio punto decoradas con hierro repujado y cristal. Siempre le habían encantado los trenes, por eso cuando tuvieron oportunidad de instalarse buscaron una casa cerca de donde pudiera verlos de vez en cuando. De pequeña al ver un tren pensaba en él como en una vía de escape, soñaba con recorrer el mundo saltando de vagón en vagón como *Huckleberry Finn* huía en una balsa a lo largo del río Misisipi. Por eso la imponente imagen del edificio de la estación la tranquilizaba y le hacía soñar con una vida mejor.

El sol comenzaba a alzarse por encima del edificio y la fría luz de las primeras horas de la mañana bañaba la estructura. El agua empezó a hervir y sacó el cazo del fuego para servirse una buena taza de té negro al que añadió leche y un poco de cardamomo. Se sentó a la mesa de madera de la cocina, con sus esquinas gastadas y la madera se había astillado en varios puntos.

Pensó en el hombre que dormía aún en su cama, en ella y en su futuro. Por lo general él era el decidido, todo estaba bajo control, su seguridad lo invadía todo, pero últimamente andaba más meditabundo de lo habitual. Era un hombre parco en palabras, habían aprendido a sobrevivir prestando atención a lo que escuchaban, pero sobre todo a lo que decían. Nunca había que desvelar demasiado sobre uno mismo, así era más fácil desaparecer. Desde que los policías aparecieron por primera vez en la puerta de la APD le habían entrado dudas, ahora se arrepentía de lo que habían hecho, aunque ambos sabían que ya no había marcha atrás. Algo le rondaba la mente, lo sentía, lo conocía lo suficientemente bien como para adelantarse a sus movimientos y estaba segura de que estaba preparando algo. Imaginaba que les iba a tocar desaparecer de nuevo, subirse a un tren y huir, cambiar de aire, de nombre y de vida.

En la habitación sonó el molesto pii pii pii del despertador cumpliendo con su misión. Lo escuchó salir de la cama y arrastrar los pies por el pasillo hasta la cocina. Tenía un aspecto horrible, las orejas se estaban haciendo cada vez más profundas por la falta de sueño sereno y reparador, y la barba de varios días le daba un aspecto descuidado. Aun así ella le seguiría al fin del mundo.

—Date una ducha mientras preparo un café —le dijo con una sonrisa.

Él se acercó tambaleándose y le plantó un beso en la frente acompañado de un gruñido que bien podría significar *gracias*, *te quiero* o cualquier otra cosa. Después se dio media vuelta y se adentró en el cuarto de baño, dejándola de nuevo sola en la cocina.

Tras un viaje relámpago a Córdoba y toda una noche de fiesta celebrando la boda de su primo, Susana estaba agotada. Llegó a la brigada temprano y se sorprendió de ver todo el mundo allí trabajando con actitud frenética. Había decidido poner el móvil en silencio durante el fin de semana, quería dedicárselo a su familia y no le apetecía que nada les interrumpiera.

—¿Llego tarde o es que hemos adelantado la hora de entrada? —preguntó

a Pablo cuando llegó hasta donde él estaba.

—Ni lo uno ni lo otro, pero hemos hecho algunos avances y creo que todos hemos querido venir pronto para que no se enfríe ninguna pista. — Pablo la puso al tanto de las últimas novedades y vio cómo la cara de Susana pasaba de la sorpresa a la determinación en un gesto que de sobra conocía.

—Pues creo que me voy a tener que ir más a menudo porque parece que os va de maravilla sin mí —bromeó Susana.

—Eso ni se te ocurra, princesita, te toca currar tanto como a cualquiera de nosotros.

Pilar estaba al teléfono y anotaba con cuidada caligrafía lo que le decía su interlocutor en un cuaderno de tapas verdes. Raúl estaba apoyado en el quicio de la puerta del despacho del inspector Martínez y hablaba haciendo grandes aspavientos con las manos. Pablo aprovechó que estaban solos para preguntarle a Susana por el agente Castillo.

—¿Es una pregunta seria o quieres reírte de mí?

Pablo hizo un mohín de disgusto.

—Por supuesto que es serio. Sabes que eres la persona en quien más confío y que te quiero como a una hermana, me preocupo por ti, Susi.

Ella sonrió con cariño y bajó los ojos un poco avergonzada, Pablo no era dado a expresar en voz alta sus sentimientos.

—Pues te digo lo mismo que le dije a Marta, no tengo ni idea de qué va a pasar. Ahora mismo quiero terminar con este caso, quiero que encontremos a ese grupo de chicos porque creo que pueden darnos alguna pista y quiero que pillemos al asesino de Pepe y de Don Miguel. Luego, si me queda tiempo para algo, tal vez le llame y vaya a tomar algo con él.

—Vaya, ya sabía yo que había chispa entre vosotros. Por cierto, no viene al caso pero, ¿cómo está Marta? ¿Ha habido noticias de su ex?

—Hablé con ella el viernes antes de irme a Córdoba y no se sabía nada más del futbolista. Este fin de semana la verdad es que he estado bastante desconectada, solo he visto algunas de las fotos de la boda que han empezado

a colgar mis primos en *Instagram*, así que no he hablado con ella. Pero supongo que no ha pasado nada, me hubiera llamado ella.

Pablo suspiró sin poder ocultar su alivio. Sabía que lo de Marta y él era algo imposible, pero le molestaba el futbolista ¿cómo podía un tío que apenas sabe hablar haberse ligado a alguien como Marta? Pensó que el futbolista era en verdad un paleta que le había dedicado mucho más tiempo a cultivar su físico que su mente, pero a cambio era rico y famoso. A su lado él solo era un *nerd* que trabaja a destajo por un sueldo de risa y con cierta aprensión social. Cuanto más lo pensaba, más lejos de su alcance veía a Marta.

—Tierra llamando a Pablo, Tierra llamando a Pablo, contesta, por favor.
—Susana lo miraba fijamente con una sonrisa simpática y una pregunta en sus ojos.

—Lo siento, me he quedado un momento en blanco pensando en otras cosas.

—¿Pensando en alguien que yo conozca, tal vez? —Ahora era ella quien preguntaba maliciosamente, pensaba hacerles pagar a él y a Raúl por lo del otro día con la llamada de Castillo.

Pablo enrojeció hasta las orejas y pensaba responder cuando Pili se levantó de un salto y se fue corriendo hasta el despacho del inspector Martínez, arrollando a Raúl a su paso

—Jefe, tengo malas noticias.

El inspector Martínez la miró con cansancio. Era la época de bodas, bautizos y comuniones y se había pasado el domingo en el bautizo del hijo de una sobrina de su mujer. Solo de pensarlo le daba dolor de cabeza. Para él el domingo era un día en el que podía salir a darse un paseo con su perro por Tentegorra y el Roldán por la mañana y luego podía pasarse la tarde haciendo chapuzas en casa mientras escuchaba *Carrusel Deportivo*. En lugar de eso se pasó todo el domingo sentado en una mesa con las primas de su mujer y sus maridos, embutido en un traje de chaqueta con el que se estaba asando y fingiendo mostrar interés por lo que le contaban mientras miraba discretamente el móvil para ver cómo iban los partidos de Liga. Así que el fin

de semana no había servido para recuperarse y descansar y encima este caso le estaba robando la poca energía que le quedaba.

—Venga, Pilar, dame las malas noticias.

—Verá, jefe, tenemos un testigo que vio a un grupo de jóvenes sentados en el banco enfrente de casa de Don Miguel la noche de autos y reconoció a una de las chicas como la hija de uno de los propietarios. La describió como una joven de veintipocos años, así que me he puesto a buscar entre los dueños para ver quién tenía una hija que coincidiera con esa edad. He ampliado la búsqueda a chicas de entre diecisiete y veinticinco años porque ahora las niñas más jóvenes van pintadas como una puerta y arregladas como para irse a una boda y parecen mayores; y las que están en la universidad, yo me imagino que porque se pasan todo el día estudiando sin parar, pues van siempre con vaqueros y zapatillas y parecen unas crías. Así que eso de dar una edad a una muchacha ahora es mucho más difícil.

En circunstancias normales el inspector Martínez hubiera cortado a Pili impaciente, pero hoy estaba tan cansado que la dejó terminar su diatriba. Eso tuvo que sorprender a la secretaria, que se quedó callada buscando alguna señal para seguir con sus averiguaciones. Asintió levemente y ella continuó.

—Bien, pues solo hay cuatro propietarios que coincidan con la búsqueda, dos viven en Madrid y soólo vienen en verano y Semana Santa, sus hijas aún viven con ellos, con lo que no pudieron ser ellas. Otra está de Erasmus en Italia y los padres hablaron por *Skype* con ella el sábado, y la última está estudiando una oposición y según me ha contado su madre, la pobre no tiene un fin de semana libre desde hace seis meses. Así que esto nos deja con un problema bien gordo, no coincide ninguna chica con la descripción del testigo.

—Eso es imposible, Pili. —Raúl se había quedado apoyado en el vano de la puerta y había escuchado atentamente. Ahora veía cómo su jefe se pasaba el dedo por la sien en señal de cansancio. Tal vez este caso estaba siendo demasiado para todos.

—Si ya sé que no puede ser, pero lo es. Voy a llamar de nuevo al testigo

porque yo también me siento bloqueada. Pensaba que teníamos una pista sólida con esto y sin embargo ha demostrado no ser más que una ilusión.

—¿Creéis en el mal de ojo?

Raúl y Pili dejaron de hablar entre ellos y se giraron para mirar directamente a su jefe. Pili no pudo reprimir un gesto de asombro y Raúl dudaba entre tomarse la pregunta al pie de la letra o a modo de broma.

—Hombre... —Raúl comenzó a hablar, pero fue interrumpido por el inspector Martínez.

—No os lo vais a creer, pero este domingo estuve en un bautizo y una de las primas de mi mujer que es instructora de *reiki* y sanadora holística, aunque no sé muy bien qué significa eso, me dijo que tenía el aura muy oscura, como si un gran nubarrón me oscureciera los *chakras*. —El inspector se interrumpió para mirar a sus subordinados, que no hacían nada por ocultar su sorpresa—. Otra de las primas dijo que eso del aura oscura es lo que se ha llamado mal de ojo de toda la vida, y, aunque sabéis que yo soy completamente escéptico con estos temas, viendo cómo se está desarrollando esta investigación ya no sé qué creer. Así que os pregunto de nuevo ¿creéis en el mal de ojo?

Pilar iba a responder dando una charla de por qué sí creía en el mal de ojo y que tiene una amiga que por una módica suma lo quita, cuando Raúl dio un paso y se situó delante de ella para hablar con el inspector directamente.

—Jefe, eso son tonterías. Usted ya nos ha dicho en más de una ocasión que las primas de su mujer son todas unas cotorras aburridas, así que no diga tonterías. Este caso es difícil, pero no hay fuerzas sobrenaturales de por medio, eso se lo aseguro, solo humanos de carne y hueso haciendo atrocidades como llevamos haciendo desde que vivíamos en cuevas.

El inspector se permitió sonreír y asintió complacido, no le cabía ninguna duda de que se había rodeado de los mejores policías de Cartagena, capaces de hacerle volver al camino de la lógica.

—Además, una vez leí una frase que creo que nos vendría muy bien ahora mismo: *Si el camino es fácil es porque la meta no merece la pena.*

—Me gusta mucho esa frase, ¿de quién es? ¿Stuart Mill?

—No, es de Dan Abnett, de su saga *Los fantasmas de Gaunt*, para el universo Warhammer. Ya sabe jefe, eso de naves espaciales, guardia imperial y demonios del caos.

El inspector volvió a sonreír.

—Raúl, nunca dejarás de sorprenderme.

Raúl le correspondió con una de sus sonrisas más canallas y una chispa divertida en el fondo de sus ojos verdes.

—Eso espero, jefe.

La tarde estaba siendo tranquila, Irene estaba en el jardín ocupándose de sus gladiolos, son plantas muy delicadas a las que hay que cuidar con mimo y darles mucho cariño. Fernando estaba en el porche viendo una charla *TED* en la tableta. Se había aficionado a esta serie de charlas cortas con valor educativo y era capaz de pasarse una tarde entera pasando de una a otra. El sol de las últimas horas de la tarde bañaba todo el jardín y la música de la radio que tenía Irene le llegaba flojito. La oía tararear una canción mientras movía la cabeza y arrancaba las malas hierbas. Se secó el sudor de la frente con un gesto mecánico y al pasar el guante de jardinería por el pelo se dejó algunas hojas pegadas en el flequillo. El sonido del teléfono la sacó de su ensimismamiento, dejó los guantes a un lado y entró para responder la llamada. Fernando la escuchó mantener una corta conversación y salir corriendo a encender la televisión.

—¡La madre que parió a ese desgraciado! —exclamó Irene desde el salón. Fernando dejó la tableta en la mesa de cristal del porche y se lanzó adentro para ver qué había podido importunar a su mujer.

Al llegar vio la televisión encendida y una cara muy familiar en ella. Allí estaba, sentado en el sofá amarillo que durante tantos años había sido el sitio de trabajo de Marta, junto a una rubia que era la nueva presentadora, el futbolista. Un banner debajo de su cara ponía en letras grandes: *Hoy, el*

futbolista se sincera con nosotros. Tenía un pendiente de un diamante en una oreja y al hablar se veían las blanquísimas fundas dentales que tenía en la boca. Iba, como de costumbre, excesivamente engominado y alardeaba de un impresionante moreno. Su rostro recién afeitado mostraba ojeras y tenía el ceño ligeramente fruncido en gesto de dolor.

—Así que fuiste a casa de Marta y conociste a su madre, ¿cómo se pasó aquel encuentro?

—Fue muy maravillosa, la sua madre es una mujerr encantadera. Ella me dijo que yo ser novio perfecto para la sua hija.

—Entonces, ¿te invitó a entrar y hablasteis? Cuéntanos la verdad, no te guardes nada —La presentadora, una rubia de piernas kilométricas embutida en un minúsculo vestido de lentejuelas, miraba al futbolista poniéndole ojitos. Sabía que este podía ser su gran momento televisivo y estaba dispuesta a sacarle el mayor provecho posible, aunque fuera a costa de hundir la reputación de una compañera de la cadena.

—Sí, sí, yo pasar al salón y hablar con la sua madre. Muy simpática y guapa. La sua madre decir que Marta a veces ser muy impulseva y no reflexionar lo que hace.

—Pero, hay unas fotos tuyas muy comprometedoras, ¿crees que podrá perdonarte?

—Yo cometer un error, un error muy grave, pero Marta es una mujerr muy perdonadora. Ella entender que somos mejor pareja, no separados. La sua madre sabe también.

En ese momento el futbolista se olvidó de la presentadora y, mirando directamente a cámara, con los ojos brillantes porque asomaban unas tímidas lágrimas, dijo su alegato final.

—Marta, yo sé que tu ser una grande mujerr, bonita y perdonadora, vuelve a casa con me. Podemos ser juntos una familia, la tua madre lo sabe también. Vuelve.

—Bien, ya hemos oído lo que tenía que decir, ha sido un momento impresionante y muy sincero, pero ya sabemos que en el mundo de la

televisión no podemos pararnos, así que ahora nuestras expertas en moda nos dicen que se llevara este verano, ¿biquini o bañador? Dentro vídeo.

El realizador mostró una última imagen del futbolista que parecía pequeño en aquel sofá amarillo y a la rubia de piernas kilométricas acercarse a él para coger su mano entre las suyas. Fernando apagó la televisión y se volvió lentamente hacia su mujer, que tenía la boca abierta en un gesto de sorpresa y empezaba a enrojecer de pura ira. En cuanto sus miradas se cruzaron el gesto de Irene cambió y pasó de la sorpresa a la determinación. Una vena latía con determinación en su frente y tenía las aletas de la nariz dilatadas.

—Fernando, coge las llaves del coche que me vas a llevar al campo de tiro porque *la sua madre* le va a meter un tiro por el...

—Irene, cálmate, que a veces te dejas llevar por las circunstancias y haces cosas sin pensar de las que luego te arrepientes. Además, si no eres capaz ni de matar a una mosca, no hay necesidad de que vayas a coger una escopeta ahora. —Fernando pensaba como ella, pero sabía que había que calmar a su mujer si no quería que la situación se descontrolara. Irene rara vez se enfadaba con alguien pero, cuando lo hacía, era casi imposible salir de su lista negra.

—Fernando, en estos más de treinta años de matrimonio te he pasado muchas cosas, pero si tratas de impedirme esto, te juro que te pido el divorcio. —Y dando media vuelta salió rauda al jardín dejando a Fernando plantado en medio del salón sin tener tiempo de decir nada. Antes de que pudiera reaccionar, la voz de Irene le llegó de nuevo desde el jardín.

—¡Fernando! —Su voz sonaba estridente, más aguda de lo normal—. ¿Vienes?

Sin pensárselo dos veces salió al jardín como una exhalación para unirse a su mujer, sabía que cuando Irene tomaba una decisión nada ni nadie era capaz de hacerla parecer. Que el cielo ampare al pobre futbolista, acababa de despertar a una gorgona y las consecuencias podían ser catastróficas.

—Raúl, tengo algo que podría ser una pista. —Susana sonaba optimista y Raúl levantó la mirada intrigado—. Tengo un amigo que está estudiando Navales en la Politécnica y al que le pregunté sobre si sabía algo del negocio alternativo de Pepe. Se ha puesto a hacer preguntas y me ha pasado un par de nombres. Ya sabes, *un amigo de un amigo, yo no tengo nada que ver con eso*, y ese tipo de cosas. Pero parece que ha dado sus frutos.

—¿Y bien?

—Pues que al pasar uno de ellos por la base de datos me ha salido una multa por exceso de velocidad en el radar móvil de la entrada a la Manga el sábado a las veintidós horas y treinta y siete minutos.

—Eso está justo en la franja horaria de la muerte. —Raúl se había levantado y se acercaba a la mesa de Susana.

—Ya, por eso te he dicho que creía que podía ser una pista. ¿Qué me dices? ¿Vamos a verlo? —Susana estaba metiendo su bloc en uno de los bolsillos de la cazadora mientras cogía su móvil y lo guardaba en el bolsillo del pantalón.

—Eso ni se pregunta, princesa, claro que voy contigo. —Se dio la vuelta y gritó al despacho del inspector Martínez—. ¡Jefe! ¡Me voy con Susana, que ha encontrado una pista que nos va a solucionar el caso, ya verá!

—¡Raúl, te he dicho mil veces que no me grites! —rugió el inspector desde detrás de su mesa.

—¡Lo siento! ¡No lo haré más! —Raúl tenía una sonrisa enorme dibujada en la cara y se llevó un buen codazo de parte de Susana.

—Cómo te gusta meterte con Horatio —le dijo casi en un susurro a modo de reproche.

—Es nuestra broma particular, Susi. Además, sabes que no lo hago con maldad, solo para reírnos un rato.

—¡A costa del jefe! —exclamó horrorizada.

—A Horatio no le importa, si lo hiciera, ya me hubiera puesto un parte disciplinario. Creo que en el fondo hasta le hace gracia. —Y una vez más apareció su increíble sonrisa, que era capaz de contagiar su buen humor a

todo el mundo.

Salieron a la calle y se montaron en el coche rumbo al campus del Paseo para encontrarse con su nuevo sospechoso.

Se lo merecía.

No había parado de repetirse esa frase desde el sábado por la noche, era su nuevo mantra. Pepe se merecía morir, y él se merecía tener una buena vida al lado de la chica que le gustaba.

Se lo merecía.

Tanto querer salvar el planeta y al final no había podido ni salvarse a él mismo, Pepe era un pusilánime, él en cambio era un superviviente.

Se lo merecía.

Y cuanto más lo repetía, más seguro estaba de que habían hecho lo correcto.

En pocos minutos llegaron al campus, habían pedido en la secretaría de la universidad el horario de clases del joven, pero no sabían si iba a estar allí o no. Al ver que se trataba de una clase práctica en uno de los talleres suspiraron aliviados, era más difícil saltarse las prácticas que las teóricas. Como la hora estaba a punto de terminar prefirieron esperar a entrar e interrumpir la práctica. Además, no tenían nada además de unas cuantas suposiciones, y preferirían no equivocarse. Al buscar al chico en la base de datos vieron que era hijo de un prominente abogado y sabían por experiencia que estos chicos tendían a cerrarse en banda y a llamar a sus padres a la primera oportunidad. Así que si querían conseguir algo lo mejor era ir tranquilamente y evitar que se sintiera amenazado.

La hora del cambio de clase llegó y los estudiantes comenzaron a salir en riada por las puertas situadas a cada lado del pasillo inundándolo de gente. Unos se dirigían a la siguiente asignatura, otros a la biblioteca o la cafetería y para unos pocos, el día había terminado y podían volver a casa. Fue fácil

reconocerlo entre los chicos que salían del taller, alto, moreno mucho más guapo que en la foto que habían recuperado de la base de datos. Llevaba un polo color caqui con la bandera finlandesa bordada en la espalda, y una mochila de piel al hombro. Unos náuticos marrones completaban su indumentaria y Susana pensó en un compañero de colegio que llevaba náuticos todo el año. Sacudió la cabeza para apartar esta idea que estaba fuera de lugar. El joven salió hablando con varios compañeros, que aún discutían sobre los datos obtenidos en el taller. Susana decidió acercarse para tratar de entablar conversación con él.

—Perdona, ¿eres Javier?

Todo el grupo se paró en seco y se giraron para mirar a Susana, ella sonrió tímidamente. Estaban parados delante de una chica que parecía ligeramente mayor de lo que cabría esperar en una universidad, con el pelo rubio lacio cayéndole a ambos lados de la cara y una sonrisa encantadora.

—Sí, soy yo. ¿Nos conocemos?

—No creo, pero tengo un amigo que me ha dicho que sabes dónde puedo conseguir algo para relajarme del estrés de los exámenes. —Seguía sonando tímida, como si realmente fuera la primera vez que se encontraba en una situación similar.

Javier se volvió a sus amigos y dándoles una excusa los despachó con un gesto rápido. Ahora que los alumnos habían entrado a sus clases, el pasillo estaba casi desierto. Raúl simulaba mirar con detenimiento un tablón de anuncios pero en verdad controlaba por el rabillo del ojo a Susana y al chico en todo momento. La pintura del pasillo estaba descolorida y había marcas ahí donde los alumnos se apoyaban contra los muros mientras esperaban entre clase y clase. El tablón de anuncios estaba lleno de ofertas para compartir piso, de gente que se ofrecía como profesor particular e incluso para trueque de libros.

—Mira, rubia, me encantaría poder ayudarte, pero la persona que me pasaba ha... Bueno, no sé muy bien cómo decirlo, pero el caso es que ya no está. Así que si encuentras a alguien que esté pasando, dímelo porque yo

también ando escaso de hierba. —Comenzó la frase de manera algo cortante pero se arrepintió rápidamente y trató de sonar más conciliador. La muerte de Pepe le suponía un problema y necesitaba encontrar como fuera a alguien que pudiera reponer el vacío que él había dejado. Se pasó la mano por el pelo para atusárselo y Susana pensó que parecía increíblemente joven y sintió una punzada de lástima por él.

Susana sacó con discreción su placa para enseñársela a Javier mientras Raúl dejaba el tablón y se dirigía a ellos. Se encontraban los tres no lejos de una puerta donde un profesor garabateaba gráficas en una pizarra a mayor velocidad de la que sus alumnos podían copiar. Raúl tenía el gesto serio y un brillo acerado en la mirada, mientras que Susana seguía tranquila, sonriendo de vez en cuando para tratar de darle confianza al chaval. Javier, por el contrario, había dado instintivamente un paso atrás y ahora tenía la bandera finlandesa de su polo pegada contra la pared del pasillo. Tardó un segundo pero en seguida se recompuso, se pasó la mano de nuevo por el pelo y comenzó con una voz ligeramente aguda a tratar de defenderse.

—No tienen nada contra mí, hablar de ello ni siquiera es un cargo por posesión. Voy a lla...

—Por favor no llames a tu padre. ¡Menudo cliché! —bufó Raúl que ya había llegado hasta ellos y estaba situado tras Susana con los brazos cruzados.

—Mira, el tema de drogas nos da exactamente igual, no nos interesa. Lo que tratamos de resolver es la muerte de Pepe.

—¡Yo no he tenido nada que ver! —Su voz sonaba aguda, ahora sí, llena de miedo.

—Pues si no has tenido nada que ver, no es necesario tu padre para nada. Además de que si lo llamas tendremos que informarle de tu *afición*. —Raúl pronunció con cuidado la última palabra mientras la acompañaba de un elocuente movimiento de cejas.

El joven sopesó su oferta durante unos segundos hasta que finalmente dio un suspiro y asintió con la cabeza. Un mechón moreno cayó durante un

instante sobre su frente, pero él lo devolvió a su sitio mecánicamente. Era casi tan alto como Raúl, pero de complexión mucho más delgada. Raúl resultaba siempre amenazante, como un perro de presa listo para saltar. Claro que solo era así en el trabajo, en su día a día era alguien de trato afable y muy divertido.

—Está bien, pero como algo de esto llegue a oídos de mi padre yo mismo me encargaré de que los echen del cuerpo y acaben trabajando de barrenderos.

—¡Otro cliché! Si me dieran un euro por cada vez que el hijo de un abogado me ha amenazado con arruinar mi carrera ahora sería el tío más rico de Cartagena. Si no fuera por tu padre, no serías nada, chavalito. —Raúl sonreía, le encantaba pinchar a los chavales que se creían por encima del bien y del mal solo por ser hijos de alguien importante. Ellos aún no habían hecho nada con sus vidas, solo vivían de las rentas obtenidas por el trabajo de sus padres.

—Bueno, ¿qué os parece si nos calmamos todos? —Susana trataba de poner orden entre ambos, necesitaban saber qué había pasado esa noche, y para ello debían tener a Javier de su parte.

—Yo soy la inspectora Susana Gutiérrez y este es mi compañero, el subinspector Raúl Albaladejo,

—Vaya, una chica tiene más rango que tú, eso debe ser duro, ¿no? — Ahora era el turno de Javier de pinchar a Raúl. El subinspector iba a responder con una sarta de barbaridades pero Susana fue más rápida que él.

—Chicos, dejadlo ya. No creo que este pasillo sea el mejor sitio para hablar, vamos fuera, que estaremos más tranquilos y pasaremos desapercibidos más fácilmente.

Dejaron atrás el pasillo casi desierto y salieron al exterior del edificio. Susana y Javier se sentaron en un banco a la sombra alargada que proyectaban los grandes árboles del jardín de la universidad en la última hora de la tarde mientras Raúl permanecía de pie con los brazos cruzados y gesto serio. Con el trajín de ir y venir de alumnos nadie se fijaba en ellos, parecían

un grupo más hablando sobre las últimas clases. El sol estaba a punto de ponerse y la iluminación del campus se encendió de forma automática.

—¿Dónde estuviste el sábado entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana? —Susana fue directa pero lo dijo usando un tono cordial, si no tenía nada que ocultar no habría problemas parecía decir.

—¿Este sábado? —Le daba vueltas mecánicamente a una pulsera con la bandera de España que llevaba en la mano derecha. Le costaba mantenerle la mirada a la inspectora que tenía sentada cerca de él, pensó en salir corriendo y llegar hasta el despacho de su padre, pero sabía que el otro policía le daría caza en cuanto se levantara del banco. Decidió ser sincero, ya se había metido en otros problemas antes y su padre siempre conseguía eliminarlos sin llamar demasiado la atención, esta podría ser otra de tantas veces.

—No, el anterior, el de la muerte de Pepe.

—Veamos... íbamos a ir a una fiesta que organizaba alguien de la facultad, pero al final pasamos porque iba a ir la ex de Juanje y no quería cruzarse con ella.

—¿Quién es Juanje? —preguntó Raúl sin descruzar los brazos.

—Mi mejor amigo, estuvo con una tipa de Obras Públicas que resultó ser una guarra y se estaba tirando a medio campus mientras estaba con él y lo dejaron hace poco con una buena bronca. —Hizo un gesto de asco y continuó hablando sin soltar en ningún momento la pulsera, que ya estaba bastante manoseada—. A mí me apetecía mucho ir a esa fiesta porque todo el mundo iba a ir, pero no queríamos ver a esa chica ni en pintura. Así que nos fuimos Juanje, su prima, mi novia y yo a la Manga.

Raúl y Susana se miraron durante un instante, un grupo de jóvenes, al menos una pareja, tal vez podrían ser aquellos que había descrito el testigo. Debían averiguar un poco más sobre las chicas que componían ese grupo, Horatio les había pedido resultados y ella pensaba que se estaban acercando a algo. Trató de sonar tranquila, pero había un deje de impaciencia en su voz.

—Dinos, Javier, ¿qué hicisteis exactamente ese sábado? Trata de ser lo más preciso posible.

El joven se quedó pensativo un instante y prosiguió lentamente.

—Pues recogimos a las chicas y nos fuimos a la Manga, serían algo más de las diez de la noche porque las chicas tardaron mucho en arreglarse. Ya sabe cómo son las mujeres —dijo esto mirando a Raúl directamente, que asintió de forma cómplice—. Pues llegamos a la Manga, como les decía, y entonces nos fuimos a cenar a una pizzería que estaba cerca del Zoco. Luego salimos por los pubs del Zoco hasta las tres y pico o cuatro, nos íbamos a ir a dormir a mi casa, que mis padres tienen un chalet en la Veneziola, pero no nos apetecía coger el coche hasta allí. Así que nos quedamos en la casa de la prima de Juanje que está cerca del Zoco.

—¿Dónde exactamente, Javier?

—Pues iba un poco borracho cuando llegamos allí, pero a la mañana siguiente me fijé bien, estábamos en uno de esos edificios que parecen una torre medieval.

—¿Castillo de Mar? —preguntó Raúl.

—Debe ser eso, estábamos en un octavo o noveno y se veían unas vistas del Mediterráneo impresionantes. Aunque reconozco que no cambio el chalet de mis padres por ese apartamento. —No había petulancia en su respuesta, era simplemente una observación de quien ha tenido dinero toda su vida.

La urbanización Castillo de Mar estaba compuesta por once torres de diez plantas cada una, orientadas al Mediterráneo o al Mar Menor. A Raúl le horrorizaba la idea de meterse en una torre de esas en verano, se imaginaba gritos de niños, abuelas con la televisión a todo volumen y jóvenes de fiesta hasta altas horas de la noche. El verano es para descansar, no para hacinarse en una torre con tantísima gente. Raúl recordó dónde se encontraba la urbanización y calculó que estaba bastante lejos de la urbanización La Florida.

—¿Visteis a Pepe en algún momento de la noche?

—¡Qué va! Yo me enteré que había estado en La Manga cuando lo leí en el periódico unos días después. Por la zona del Zoco no lo vimos, porque aunque es grande, como íbamos cambiando de local nos cruzamos con varios

amigos y a él no lo vimos en ningún momento.

—¿Y a Cristina, su novia?

—Tampoco, creo que ellos estuvieron en la fiesta de la universidad, al menos he visto algunas fotos en Facebook e Instagram y ella estaba allí con su grupo de amigos. Mi chica la conoce, o conoce a alguien que la conoce... No estoy muy seguro, solo sé que cuando Pepe se murió ella le dejó un mensaje en la web que puso la universidad.

Raúl lanzó una última pregunta, tenía la impresión de que estaban perdiendo el tiempo, otra vez. Descruzó los brazos y apoyó las manos en el respaldo del banco mirando a Javier y a Susana desde arriba.

—¿Tienes idea de quién podía querer hacerle daño?

Javier miró alrededor posando la vista en los árboles bajo los que estaban sentados. Se removi6 algo inquieto, gesto que no pasó desapercibido por parte de los agentes. Susana se acercó un poco más y habló casi en un susurro, creando una atm6sfera de confidencialidad con el chico.

—Javier, necesitamos que nos cuentes lo que sabes, es importante.

El joven dudó un instante aún, pero Susana no había apartado los ojos de él y al final, dando un gran suspiro, se decidió a hablar.

—Hay una chica, se llama Jennyfer de los Ángeles, aunque por aquí se la conoce como *la Jenny*. —Hizo una pausa y tras volver a cambiar de posición continuó—. Es una quinqui de mucho cuidado. Es de los Mateos y no le hizo demasiada gracia que Pepe le quitara algunos clientes. Un día, al salir del aulario, los vi teniendo una bronca monumental en el aparcamiento. —Otra pausa, esta fue acompañada de un movimiento de cabeza rehuyendo la mirada de Susana. Ahora ya no le daba vueltas a la pulsera, sino que tiraba de ella de forma frenética.

—¿Y qué más? —dijo Raúl con tono áspero. Apretaba las manos en el respaldo hasta que los nudillos empezaron a ponerse blancos.

—Yo... Yo no sé nada más.

Raúl dio unos pasos rodeando el banco hasta que se puso delante de Javier

y su imponente figura de pie proyectaba una larga sombra sobre el joven que estaba sentado en el banco. Raúl siempre impresiona, pero cuando se cabrea de sus ojos verdes saltan chispas que refulgen como destellos extraídos de una esmeralda. No pasó desapercibido el aire amenazante que desprendía su actitud y Javier se apresuró a continuar.

—Bueno, pues que ella le amenazó diciéndole que si le volvía a ver vendiendo lo mataría. Y ya sí que no sé nada más, se lo juro por lo más sagrado. —Acompañó la afirmación realizando la señal del a cruz y miró a Susana, quien asintió y permitió que el chico se levantara con un simple gesto de la cabeza.

Los agentes se miraron con aire sombrío, parecía que el chico estaba siendo sincero, Raúl se encargaría de repetirle de nuevo todas las preguntas para ver si cambia su declaración, aunque en principio parecía bastante coherente. Esa pista parecía que se escapaba, pero ahora tenían otra que parecía aún más sólida, esa tal Jennyfer que, efectivamente, parecía tener motivos para acabar con la vida de Pepe. Le mandó un mensaje de texto a Pili para que se pusiera a buscar información sobre la chica cuanto antes.

Le tomaron los datos y le pidieron los nombres de las tres personas que fueron con él esa noche a la Manga, aunque sabían que no iba a servir para nada, la historia parecía cierta. Raúl le presionó un poco y acabó dándole también el nombre de dos clientes más de Pepe, los investigarían a ellos también. Se despidieron cuando la noche ya había caído sobre el campus y sobre la ciudad llevando su velo de oscuridad a cada rincón. Raúl caminaba con las manos en los bolsillos y los hombros caídos y Susana iba a su lado con aire distraído. Ambos tenían mucho en lo que pensar pero al menos, esta vez, no habían vuelto a la casilla de salida, tenían una pista que podían seguir.

Llegó a casa después de una jornada de trabajo que parecía de nuevo improductiva, este caso estaba sacando lo peor de cada uno, eran incapaces de centrarse. Esperaba que Raúl y Susana tuvieran más suerte siguiendo la pista del campus de la que él había tenido tratando de encontrar una

conexión, aunque fuera lejana, entre Pepe y Don Miguel. Él estaba seguro de que la respuesta estaba justo delante de sus narices pero que algo les estaba impidiendo verla.

Se sentó en el sofá y encendió el portátil, se proponía consultar el correo y leer el periódico antes de ver una serie de *Netflix*, estaba ahora bastante enganchado a *Mr. Robot* y tenía ganas de terminársela. Al pasar por la portada de uno de los periódicos que acostumbraba a leer, vio una imagen que le llamó la atención. Había un sofá amarillo, una rubia preciosa y un deportista demasiado moreno para esta época del año que estaba poniendo los ojos del gato de *Shrek* mirando a la cámara. En la imagen elegida por el editor del periódico se le veía con los ojos brillantes de lágrimas, pero Pablo no podía apartar la vista del pendiente de su oreja y de sus dientes demasiado blanqueados que contrastaban sobremanera con su moreno artificial.

—¡Cómo es posible que Marta haya salido con un macarra como este! — dijo en voz alta a nadie en particular.

Luego pensó en la colección de Lamborghini, los relojes suizos de varios miles de euros y los paseos en yate y encontró su respuesta. Ahora ese hombre, un deportista de élite que puede tener lo que quisiera con solo chasquear los dedos, estaba humillándose en un plató de televisión pidiéndole a Marta que regrese a su lado. Cerró el portátil de golpe, se puso las zapatillas y salió a correr. No le gustaba demasiado correr de noche pero hoy necesitaba quemar energías y despejar la mente.

Marta había recibido un mensaje de un compañero de trabajo previniéndola de la aparición del futbolista en su antiguo programa, así que ella pudo ver su declaración en directo. Después de eso su móvil no había parado de sonar, su madre, su hermano, sus compañeros, sus amigas, reporteros de diversos medios y un largo etcétera, de gente que quería saber qué tenía que decir tras haber visto a su exnovio en la televisión. Al principio enfureció, le gritó a la televisión y tiró contra el suelo una revista atrasada. Cuando estuvo más calmada, llamó a su madre para hablar con ella y le envió

un mensaje a su hermano para tranquilizarlo, ignoró el resto de llamadas, no tenía tiempo ni ganas de lidiar con tanto cotilla. Apagó el móvil y se fue a dormir, pero no descansó bien, tuvo un sueño agitado, lleno de pesadillas que no fue capaz de recordar a la mañana siguiente. Al despertarse estaba mucho más serena pero se sentía cansada, aunque la sensación de serenidad le duró poco. Al encender su móvil comenzaron a entrar mensajes y llamadas perdidas. Las ignoró todas salvo la de Susana, le apetecía hablar con su amiga, sentía que ella era la única que podía entenderla. El móvil sonó varias veces y al cuarto tono por fin contestó.

—¡Hombre! Si es la *mujera perdonadora* —dijo Susana entre risas tratando de imitar el acento extranjero del futbolista.

—Calla, por favor —contestó Marta abatida—. El pobre ha abierto la caja de Pandora, ya no solo quiere dispararle mi padre, ahora por lo visto, mi madre se ha unido también al club de tiro.

Susana estalló de risa al otro lado de la línea telefónica.

—Siempre supe que Irene tenía madera de cazadora, supongo que en el campo de tiro os están haciendo descuento familiar, ¿no? —Y volvió a reírse sin parar. Sabía que su amiga estaba pasando por un mal momento, pero la situación era tan cómica que no podía aguantarse la risa. Ella había visto las declaraciones del futbolista al llegar a casa después del trabajo. Su madre se lo había dicho por mensaje, pero de todas formas, era prácticamente lo único que daban en todas las cadenas. La noticia había servido incluso para eclipsar la última detención de un ex ministro por corrupción. Ya lo sabían los romanos, *pan y circo*, eso es lo que quiere el pueblo. Y de pan iban justos, pero de circo en España tenían para dar y regalar.

—Susi, por favor, que esto es cada vez más serio. Yo quería quedarme unos días tranquila para rumiar la infidelidad de mi exnovio en soledad, y ahora, no solo ha ido a hablar con mi madre, que ese fue el error número uno, sino que ahora ha salido en horario de máxima audiencia en la televisión. Mi vida es un desastre cada vez mayor —se lamentó Marta que había salido al porche delantero de la casa. Se sentó en una de las sillas de mimbre seguida

de cerca por Loken, que no le quitaba ojo de encima.

—Eso te lo parece ahora, pero piensa en lo que nos vamos a reír dentro de unos años de toda esta situación. Ya sabes lo que dicen: *de los malos momentos salen las buenas anécdotas*.

—Magro consuelo, Susi. Si supieras lo mal que he dormido...

—Me lo imagino pero, por favor, no me dejes con las ganas y cuéntame todo sobre tu madre, la escopeta y el campo de tiro. Y después prometo que seré la amiga más comprensiva que se pueda desear, pero es que la curiosidad me puede. —Había un deje de súplica en su voz y Marta no pudo resistirse, sabía que tenía razón, dentro de un tiempo se reirían juntas de todo esto, tal vez era buena idea comenzar ya.

—Pues mi madrina la llamó por teléfono para decirle que el futbolista estaba en la tele, y cuando terminaron de ver la entrevista mi madre se puso hecha una furia y salió de casa pidiéndole a mi padre que la llevara al campo de tiro, mi madre, que no ha cogido ni una pistola de agua en su vida ahora quiere ser tiradora. Vamos, que llegan allí y ya te lo puedes imaginar, mi madre tratando de coger la escopeta y sin parar de quejarse por todo: *que si esto pesa mucho, que si así no hay quien lo coja, que si Fernando, eres el peor profesor del mundo*. —Marta imitaba a la perfección la voz aguda y chillona de su madre cuando estaba estresada—. Al final fue mi padre quien hizo algunos disparos mientras mi madre le daba órdenes todo el rato. Según me dijo mi padre cuando ella se fue a la cocina y no podía oírlo, parecía Clint Eastwood en *El Sargento de Hierro*.

Susana no pudo contenerse y estalló de risa, trató de disculparse con Marta, pero la imagen le parecía tan cómica que hasta se le saltaban las lágrimas de pura risa. Marta subió las dos piernas al sillón mientras dejaba que su amiga se desahogara. Si ella no fuera protagonista en primera persona de semejante circo, seguramente también lo encontraría divertidísimo.

—Lo siento, Martita, pero es que esta historia es tan loca que no puedo contenerme. Dile a tu madre que tenemos oposiciones al cuerpo dentro de unos meses, que a lo mejor se quiere presentar. —Y volvió a reírse sin parar.

Esta vez incluso Marta fue capaz de esbozar una tímida sonrisa, la imagen de su madre vestida con el uniforme de la Policía Nacional bien valía unas risas.

—Me alegra que todo el mundo se lo esté pasando tan bien con esta historia, parece que soy la única a la que le cuesta ver la gracia a todo este asunto. —Marta trataba de encontrar el buen humor en el fondo de su ser, pero le estaba costando trabajo encontrar tan siquiera un ápice. Ni siquiera Loken, que estaba tumbado cerca de ella, había sido capaz de sacarle una sonrisa. Su hermano le había mandado su cariño y había recibido varios mensajes de apoyo de algunos de sus amigos, pero la mayoría se habían puesto de parte del futbolista. Pensaban que si había sido capaz de salir en su antiguo programa pidiéndole que volviera con él, eso ya era suficiente para que ella olvidara todo por lo que la había hecho pasar. Ahora la opinión pública estaba de parte de él y ella ya no era la chica a la que le habían sido infiel y de la que la gente se compadecía, ahora era la bruja con corazón de hielo que no era capaz de perdonar a un hombre con el corazón roto. Suspiró sonoramente y Loken se removió a sus pies al oír el ruido. Levantó la cabeza, miró a su alrededor y volvió a echarse protector a los pies de Marta—. Es increíble, pero ahora soy yo la mala de esta historia.

—No será para tanto, no creo que la gente piense que eres la mala.

Marta soltó una carcajada cargada de ironía.

—Susi, ahora mismo si pones Marta Ortiz en *Google* todo lo que ves en los foros son críticas hacia mí. Todo el mundo, pero todo el mundo sin excepción, pide que vuelva con el futbolista y dicen que si no lo hago es porque soy una persona horrible y sin corazón. Nadie se pone en mi lugar, todo el mundo sigue obnubilado por el gran gesto que ha hecho en mi antiguo programa, además. ¡Podría haber ido a la competencia! Pero darle esa exclusiva a la chica que me está sustituyendo...

—Ya sabes cómo funciona la gente, Marta. De hecho, tú mejor que nadie deberías saberlo, has vivido de explotar lo peor del género humano durante varios años. —Susana se mordió el labio nada más decir esto, conocía a su amiga y sabía que era muy sensible. Esperaba que tratara de entender la

crítica de forma constructiva, pues Susana nunca quería hacerle daño, pero, en ocasiones, tendía a ser demasiado sincera.

Marta suspiró sonoramente al otro lado de la línea, no le gustaba reconocerlo pero Susana siempre tenía razón. Parte del problema era ella, el tipo de trabajo que tenía y la forma de vida que llevaba. Nadie se interesa por la vida privada de los presentadores del telediario, sin embargo su vida era portada de revista. Y eso se debía a que ella había dejado en un primer momento entrar a los reporteros a asomarse a su vida y ahora pensaban que tenían derecho a estar allí en todo momento. Ya no había forma de echarlos.

—Tienes razón, Susana. Ya sé de lo que es capaz la gente, pero te digo una cosa, si antes tenía algunas dudas con respecto al futbolista ahora ya no tengo ninguna.

Susana contuvo la respiración, esperaba que Marta no hubiera cedido a la presión mediática, ni a las muestras forzadas de cariño delante de las cámaras.

—No quiero verlo ni en pintura.

Susana lanzó un gritito de alegría que sorprendió a Marta. Por lo visto, todavía le quedaba algo de cordura a su mejor amiga.

—No te puedes ni imaginar lo que me alegro de escuchar eso, Martita. Ya pensaba que ibas a caer de nuevo en sus brazos.

—¡Qué va! Ahora parece que lo veo todo mucho más claro. En verdad, creo que ahora veo las cosas como las veáis todos antes. Es posible que el futbolista y yo tuviéramos problemas, pero es cosa nuestra resolverlos, y si yo le he pedido tiempo debe respetarlo. Plantarse delante de toda España a airear nuestros problemas personales no es justo, pues ahora forman parte de la opinión pública en vez de ser solo de la pareja.

—Pues me alegra oírte tan decidida, espero que te dure y que no cedas a esas críticas en internet. Nadie te conoce mejor que tu familia, bueno, y yo, y a nosotros nunca nos gustó ese tío por muchos abdominales de infarto que tuviera.

—Pues Pili no opina como tú. —Marta se encontraba más animada y se

permitió bromear con Susana.

—Pili es muy buena persona, pero ya te digo yo que si su marido se lía con otra y luego monta un número en la plaza del pueblo para pedirle perdón, ella lo pone de patitas en la calle a la velocidad de la luz.

—Gracias, Susana, es justo lo que necesitaba escuchar.

—Para eso están las amigas, ya sabes que me tienes para lo que haga falta. Oye, ¿qué te parece si mañana comemos juntas? Se lo puedo decir a los chicos, que seguro que les apetece verte otra vez.

—Me parece una idea increíble, Susi.

—Tu madre tiene una llave de repuesto de mi casa, se la dejé por si alguna vez nos íbamos todos de vacaciones para que se pase y le eche agua a las plantas y de comer a Katinka.

—Bueno... Mi madre *tenía* una llave de tu piso... La verdad es que cuando fui a comer con ellos el viernes pasado la cogí prestada justamente para ocasiones como esta. Así puedo ir a visitarte sin tener que ver a mi madre. —Sonaba algo avergonzada y notaba cómo un ligero rubor le subía a las mejillas.

—No te preocupes, te entiendo perfectamente. Pues ya está dicho, te llamo en cuanto salga de currar y hablamos.

—Sí, y me enseñas las fotos de la boda de tu primo que con tanto jaleo solo he visto unas pocas y seguro que ibas arrebatadora. —Sonrió un poco. Sentía cómo el optimismo y el buen humor se iban abriendo paso poco a poco.

Susana se despidió cariñosamente de ella y se sumergió de nuevo en su trabajo. Pili, siempre tan diligente, había buscado toda la información disponible sobre los propietarios de La Florida, y de los posibles arrendatarios para cotejar los datos en el registro y tratar de encontrar a la chica de la que les habló el testigo. Susana decidió echarle una mano, pues parecía una tarea titánica.

Marta, por su parte, se dispuso a leer otro DVD de *Doctor Who* en el portátil, le costaba reconocerlo, pero estaba completamente enganchada a la

serie. Ya había terminado la primera temporada y se quedó realmente sorprendida al ver que el Doctor podía regenerarse y cambiar de cara, pero siendo parcialmente el mismo. Y ahora estaba siguiendo las aventuras de David Tennant vestido con gabardina y zapatillas Converse y no pudo pensar que, a su manera muy británica y *nerd*, estaba bastante sexy. Se parecía un poco a...

—No, no, no. No pienses más en él, que solo sirve para hacerte daño. Está claro que alguien como Pablo jamás se fijaría en una chica que tiene sus problemas personales aireados en público en *prime time*.

Y se dejó arrastrar por las aventuras del Doctor por el tiempo y el espacio sin dedicar ni un solo segundo a pensar en nada más.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella con un gesto de sorpresa que fue incapaz de ocultar.

—Porque es la verdad, Elena, nos van a pillar y yo no estoy dispuesto a que lo hagan. —Sonaba decidido, no había sitio para la duda en sus palabras. Su cuerpo se recortaba contra la ventana, estaba sin camiseta y ella pudo ver su torso moldeado no solo por el gimnasio, sino por la vida dura que les había tocado vivir. Apretó la mandíbula y pudo ver aparecer bajo su bronceada piel los músculos maseteros contraídos.

—Pues yo no me quiero ir, no creo que tengan nada contra nosotros. ¡La policía no sabe nada! Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y no quiero irme. —Ella rara vez le llevaba la contraria, sabía que él tomaba las mejores decisiones, pero ahora pensaba que estaba equivocado.

—Elena, por favor, escúchame. —Se acercó hasta ella y le puso las manos sobre los hombros. Era la mujer de su vida, le encantaba su determinación y su fuerza, pero en ocasiones era demasiado cabezota. Pensaba solo a corto plazo sin darse cuenta de que él ya había reflexionado sobre todas las posibilidades futuras. Y ahora solo les quedaba una opción: huir de nuevo. Fijó sus profundos ojos verdes en los de ella, en esos ojos que le devolvían la vida cuando las cosas no salían de la manera esperada, y le suplicó una vez

más—. Vámonos, Elena, por favor. No te lo pediría si no estuviera seguro. Vámonos, vida.

—Te he hecho caso en cada uno de los pasos que hemos dado siempre, pero ahora no puedo hacerlo. Me quiero quedar.

—¡Eres una cabezota, mujer!

—¡Le dijo la sartén al cazo! —Se habían separado y se miraban desde extremos opuestos de la habitación. En los ojos de él ya no había súplica, ahora solo había decepción.

Vio cómo el labio de ella temblaba ligeramente, pero su gesto decidido no cambiaba. Al perderse en sus ojos marrones, llenos de determinación, veía a aquella adolescente tirada en el suelo sangrando después de una pelea y que aun así rehusaba su ayuda con inusitada fiereza. No la haría cambiar de opinión. Su pelo negro caía en ondas a ambos lados del mentón enmarcando su bello rostro, que refulgía a la tenue luz de la habitación.

Ella lo miraba y veía su angustia, su desesperación, su urgencia, pero no los interpretaba así, veía esos gestos y los interpretaba como una duda. Una duda no pronunciada en voz alta, ella sabía que podían ser capaces de todo si seguían juntos, y ahora por fin parecía que las cosas comenzaban a irles bien, no tenía sentido volver a huir. Además, ¿huir a dónde? ¿Hasta cuándo? Se habían pasado la mitad de su vida entre andenes, con la capucha de la chaqueta levantada y mirando al suelo para que nadie los reconociera. Siempre había visto como una ventaja el tener alas, ahora sin embargo quería echar raíces. Él la miraba y las arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más marcadas, ahora ella vio sus ojeras, su barbilla sin afeitar y las incipientes canas que bordeaban sus sienes. La miró a los ojos antes de asentir levemente con la cabeza.

—Es un error, Elena, y este error nos va a costar todo por lo que hemos trabajado siempre. —La miraba con los hombros caídos en gesto de derrota. Su figura, otrora imponente, se había vuelto pequeña e incluso su tez parecía macilenta. Ella ganaba, pero en el fondo sabía que estaban firmando el final de sus días de libertad. Elena lo miraba desafiante, pensaba que si se tenían el

uno al otro serían invencibles. Además, la policía no sospechaba nada, podían estar tranquilos, él a veces se preocupaba por las cosas más simples.

Cogió la cartera y las llaves y se fue sin despedirse de ella, tenía trabajo en la APD y no quería llegar tarde. Ana era una buena jefa. Ese era uno de los pocos motivos que aún le retenían, ahora que Pepe no estaba no quería dejar a Ana sola. Se había portado bien con ellos desde el primer día, le había dado un empleo, les había ayudado a conseguir el piso en el que estaban ahora y siempre se mostraba amable con él. Ella parecía entender que no todo en su vida había sido legal y evitaba hacer preguntas sobre el pasado de la pareja, se limitaba a preguntarle por sus planes para el fin de semana y las vacaciones, y ni una sola vez mencionó el hecho de que Juan nunca hablaba de su familia ni de los años anteriores a trabajar en la APD. La echaría de menos cuando se fueran, porque lo tenía claro, se tenían que marchar.

Le gustaba la ciudad a primera hora de la mañana. Las calles casi vacías, los camiones de basura terminando su ronda y los restos de rocío cubriendo los bancos de la calle. Iba corriendo por la Vía Verde y su chaqueta fucsia dejaba un rastro fosforescente tras ella. Sus brazos se movían al tiempo que sus piernas, y su respiración era visible en las frías horas que seguían al amanecer. Le gustaba salir a correr temprano, le despejaba las ideas y le servía para comenzar el día con un propósito concreto. Cuando llevaba aproximadamente una hora volvió a casa a darse una ducha rápida antes de enfundarse en unos vaqueros y una camisa de cuadros. Se recogió el pelo en una coleta bien tirante y se dirigió a comisaría.

Llegó la primera y encendió los ordenadores de todo el mundo. Le gustaba la unidad cuando no había nadie, era como un santuario. Ellos eran los buenos, los defensores de la ley y el orden, y fuera se encontraban los malos. A pesar de la reciente renovación, la pintura de la pared ya iba pidiendo una actualización, el roce de las sillas estaba dejando marcas ocres a la altura de los respaldos.

Pilar llegó pocos minutos después que ella y le sorprendió no haber sido la primera en llegar. Fiel a su costumbre no llevaba las manos vacías, sino que había traído unas *cookies* caseras que había hecho la noche anterior. Pilar cuidaba de la unidad como si fueran sus propios hijos, incluso del inspector Martínez, que debía tener aproximadamente la misma edad que ella.

—¿Tú tampoco has podido dormir bien? —preguntó Pilar mientras encendía la cafetera y la cargaba de café.

—Tengo la sensación, Pili, de que estamos muy cerca. Creo que estamos cerrando el cerco y no podía quedarme en casa sin hacer nada. Estamos a esto de saber qué pasa. —Susana hizo un gesto con la mano acercando el índice y el pulgar hasta que estuvieron a aproximadamente un centímetro el uno del

otro.

Pilar asintió, ella también notaba que los chicos estaban a punto de dar con la clave de todo.

—Mira, tengo una teoría: Jennyfer quedó con Pepe en la Manga para hablar con él. Tal vez le propuso una tregua, o repartir el territorio o que él trabajase para ella, eso aún no lo sé, pero él accedió a ir. Claro que era una trampa para deshacerse de la competencia. Estando en la urbanización lo mata ahogándolo en la piscina mientras es ayudada por alguien, porque ella sola no hubiera podido. El jaleo alerta a Don Miguel que, sin quererlo, es testigo de un asesinato y, para no dejar pruebas, lo matan a él también.

—Es perfectamente lógico. Se deshacen del cuerpo de Don Miguel tirándolo a la basura porque piensan que nadie se va a molestar en buscarlo, y para no dejar pistas sobre Pepe lo tiran al mar desde una lancha robada.

—Exacto. Solo nos falta encontrar pruebas que relacionen todo.

Antes de que pudiera decir nada, Pablo entró con cara de cansado, unas tenues ojeras se marcaban debajo de sus ojos, algo que no pasó desapercibido a Susana. Puso su chaqueta en el respaldo de la silla y se dejó caer en esta haciendo un sonoro ruido.

—¿Has dormido bien? Tienes mala cara —le preguntó su compañera mientras se acercaba y se sentaba al lado de él.

—No, la verdad es que no he dormido bien, le he estado dando vueltas a... Bueno, a unos problemillas que tengo.

Ella lo miró en silencio durante unos segundos antes de asentir con lentitud y marcharse a su mesa. Lo conocía lo suficiente como para saber que había algo que no le estaba contando, pero también sabía que si le presionaba más no conseguiría sacarle nada. Decidió dejarlo estar por el momento.

Raúl entró el último dando un bostezo sordo y estirándose al salir del ascensor. Al ver a sus compañeros les dedicó una ancha sonrisa y se dirigió directo a por un café, que estaba ya saliendo de la cafetera. Con una taza en la mano fue a hablar con Pablo.

—Pablo, vaya cara de cansancio arrastras, amigo. ¿Has tenido una noche

loca? —Su sonrisa se extendía por toda la cara y se la contagió a Susana.

El aludido movió negativamente la cabeza.

—No, simplemente no he podido dormir bien. A veces pasa, ¿no?

Raúl captó al instante que su compañero no estaba siendo sincero e intercambió una rápida mirada con Susana, que asintió en silencio. Decidió no insistir, ya se acabaría enterando.

Pilar se levantó de un salto y sirvió las *cookies* en un plato que llevó hasta la mesa de Susana. Llevaba varios papeles en la mano y se disponía a leerse los al equipo. Raúl y Pablo comprendieron en seguida el gesto de Pilar y se dirigieron sin tardar hacia donde ella se encontraba.

—Veamos, tengo todo lo que he podido sacar de Jennyfer de los Ángeles García Robles. La verdad es que para ser una chica tan joven nos ha visitado varias veces. Tiene veintitrés años, nacida en Cartagena, en una familia a la que llamar desestructurada sería hacerles un favor. El padre ha pasado casi más tiempo en prisión que fuera, y la madre se murió de una sobredosis cuando ella tenía ocho años. Ha sido criada por sus abuelos y el Estado a partes iguales. Tiene condenas por prostitución y posesión, y los compañeros de Drogas y Crimen Organizado sospechan que puede estar involucrada en algo más grande pero de momento no tienen pruebas contra ella.

Raúl dijo algo con la boca llena, pero sus compañeros fueron incapaces de entenderlo. Cuando tragó el trozo de *cookie* dijo de forma más clara.

—Primero de todo, Pili, estas galletas saben a trocito de cielo. ¡Eres la mejor! —La secretaria de la unidad asintió al tiempo que se sonrojaba ligeramente—. Y lo segundo, con un historial como ese es posible que matara a Pepe, y aún más si tuvo ayuda de alguien.

—Es triste decir esto, pero una chica como esta atrae a un determinado tipo de hombres, suelen ser violentos y perpetuar la vida de delincuencia que llevan.

—Sí, yo también veo plausible que ella sea la persona que estamos buscando —añadió Pablo—. Tengo un buen amigo en Drogas y Crimen Organizado, puedo preguntarle si saben algo más. Dónde podemos

encontrarla, por ejemplo.

—Pues ponte a ello pero ya, que tengo ganas de terminar ya con este caso y tomarme unas vacaciones —dijo Raúl tratando de sonar divertido y cogiendo una última galleta antes de volver a su mesa.

Pablo también volvió a su sitio y sacó su móvil para llamar a su contacto e informarse más sobre Jennyfer, era importante tener toda la información posible si iban realmente a por ella. De momento no tenían más que un montón de conjeturas y varias corazonadas, nada que pudiera realmente ser utilizado delante de un juez.

Marta salió con tiempo de Cabo de Palos, Loken se había quedado un poco triste al verla partir y sus ojos marrones reflejaban su decepción porque la periodista no había podido llevarlo con ella. Trató de hacerle cambiar de opinión poniéndose al lado de la puerta cuando la vio coger la chaqueta y meter el móvil y las gafas de sol en el bolso. Movía la cola con insistencia e incluso se permitió soltar algún ladrido quedo.

—Lo siento, chico, pero vamos a comer en casa de Susi, y ya sabes que con Katinka no haces buenas migas. —Marta se agachó hasta ponerse a su altura y le acariciaba detrás de las orejas mientras le hablaba. El labrador ladró una última vez y se echó a un lado para tumbarse enfrente de la televisión en la manta que Marta le había preparado. Le dedicó una última mirada de reproche mientras ella cerraba la puerta y echaba la llave, Marta se dijo que le compensaría con un largo paseo por la playa cuando volviera.

Llegó a casa de Susana en poco tiempo, vivía en la zona nueva de José María de la Puerta, una zona que había crecido enormemente a principio del siglo XXI con numerosos edificios nuevos habitados en su mayoría por jóvenes. Como la gran parte de los habitantes de la urbanización eran jóvenes en edad de trabajar, Marta no tuvo problemas para aparcar enfrente de la casa de Susana y no se cruzó con nadie de camino al edificio. Por precaución se había puesto una pamelita de paja que encontró en casa de sus abuelos y unas enormes gafas de sol de Dior. Llevaba el pelo recogido en un moño que había

metido dentro de la pamelita. Era un look un tanto extravagante pero que le garantizaba el anonimato por si se cruzaba con alguien.

Abrió la puerta del piso de Susana y estaba exactamente igual como lo recordaba, el tiempo parecía no pasar por aquellas paredes. Marta recordó cómo Susana le había anunciado con la mayor de las sonrisas que había decidido dar el gran paso, comprarse una casa. Sus padres tuvieron que ser avalistas y Marta se sintió increíblemente orgullosa de su amiga. De pequeñas fantaseaban con la idea de vivir juntas en un piso con una gran terraza para dar fiestas en verano e invitar a todos sus amigos. Ahora, casi diez años después, Susana tenía un piso de dos habitaciones en el extrarradio que estaría pagando durante gran parte de su vida útil, mientras ella vivía alquilada en un chalet enorme en una de las mejores urbanizaciones de Madrid. No podían haber seguido caminos más distintos.

El piso de Susana era bastante sobrio, decorado en tonos grises y beige con unos cuantos toques de color. Al entrar llamaba poderosamente la atención un cuadro colocado encima del sofá de esquina gris y pintado en tonos azules y verdes muy brillantes. Los padres de Susana se lo habían regalado cuando se compró la casa. Una tarde paseando por la calle Jiménez de la Espada entró a ver una exposición de pintura en Gígara y Susana se sintió atraída de inmediato por ese cuadro. El precio era demasiado para ella, que venía de hacer frente a los gastos de notario y al pago de la primera cuota de la hipoteca. Su hermana iba con ella esa tarde y decidió que ella y sus padres harían un pequeño esfuerzo para que Susana comenzara su nueva vida como mujer independiente de la mejor forma posible.

El pequeño salón estaba conectado con la cocina por una barra de desayunos, que el comercial de la inmobiliaria le dijo que era lo que más estaba de moda en Estados Unidos. La cocina tenía muebles lacados en color negro y los electrodomésticos de acero inoxidable estaban empotrados. Marta se sintió en seguida en casa en esa cocina, pasó distraída la mano sobre el robot de cocina de su amiga, un precioso modelo de color rojo brillante que Susana utilizaba sobre todo para hacer postres. Desde que había visto la

primera edición de Masterchef se había interesado más por la cocina, pero cuando descubrió la pastelería se dio cuenta de que ese era uno de sus hobbies favoritos. La hermana de Susana siempre decía a modo de broma que si alguna vez se echaba novio, el pobre iba a engordar veinte kilos en los primeros meses de estar con ella.

Marta dio un respingo cuando algo pasó rozándole la pierna y bajó la mirada para encontrarse cara a cara con Katinka, el gato de Susana. Ésta era probablemente el gato más feo que uno pudiera encontrarse y, de hecho, eso fue exactamente lo que pasó, Susana se la encontró. Durante el verano de 2013 Susana salió de fiesta una noche con sus amigas, pero tuvieron que volverse antes de lo previsto porque una tormenta de verano comenzó a descargar con furia sobre el puerto de Cartagena, que era donde ellas se encontraban. Al llegar a su casa se topó con una bola de pelo completamente empapada que temblaba protegiéndose en el portal. Susana se acercó con cuidado, pues no sabía de dónde había salido el animalito y si tenía algún tipo de enfermedad. El gato se mostró desconfiado, pero en ningún momento fue agresivo con ella. Con paso rápido subió a su piso, se quitó los tacones que dejó tirados en el pasillo, y bajó descalza a la puerta del edificio. Había cogido una toalla y una lata de atún que abrió y dejó en el interior del vestíbulo mientras ella se alejaba unos cuantos pasos hasta sentarse en el primer escalón de la escalera. El gato miraba alternativamente a ella y a la lata de atún y se relamía despacio sin decidirse a avanzar. Al final le pudo el hambre y entró en el edificio y se puso a comer con voracidad de la lata. Susana había dejado la toalla al lado de la comida de la gata y cuando esta hubo terminado se restregó contra la toalla para intentar secarse. Susana trató una vez de acercarse, y esta vez la gata no se negó a que la tocara. Comenzó despacio, pues no quería asustarla, y cuando pensó que ya se había ganado su confianza la envolvió en la manta y la subió a su piso.

—Te quedas solo esta noche porque estás empapada, pero mañana, te tienes que marchar —le dijo Susana muy seria a la bola de pelo que se acurrucaba debajo de la toalla. Dejó la puerta de la terraza abierta, pues no

conocía las costumbres de los gatos y desconocía si prefieren estar dentro de casa o fuera, y se fue a dormir.

A la mañana siguiente, la gata la despertó antes de que amanecieran y, pasado el primer momento de arrepentimiento por haberla traído a casa, se despertó, a duras penas, a ver qué pasaba. A los pies de la cama había un pajarito muerto y la gata la miraba llena de orgullo.

—¿Es para mí? ¡Qué detallazo! —dijo con sorna mientras se enderezaba en la cama. Ahora que estaba seca, Susana vio que tenía un pelaje atigrado con una gran mancha negra en medio del lomo y la punta de la cola salpicada de motas blancas. Una de las orejas presentaba heridas ya cicatrizadas de alguna antigua pelea callejera. Tenía los ojos muy azules, casi transparentes, que estaban llenos de vida y de agradecimiento—. Está bien, podrás quedarte un par de días más. Claro que necesitamos ponerte un nombre. Veamos... ¿Mildred? No, tienes razón, es espantoso. A ver ¿Bichito? ¿Lady? ¿Tigrilla? ¿Rosalinda? Está bien, me rindo. Te llamaré por el momento Cat, como uno de los gatos más famosos del cine y ya iremos viendo.

Un par de días después Susana había ido a casa de sus padres a comer y en la televisión tenían de fondo los Mundiales de Natación de Barcelona. Entonces, en la prueba de cuatrocientos metros estilos apareció una nadadora búlgara, Katinka Hosszú, que acabaría ganando el oro en esa prueba y Susana se quedó embelesada mirando la pantalla.

—Katinka —murmuró entre dientes—. Sí, Katinka me gusta. Además de que puedo llamarte cariñosamente Kat. Tú no notarás la diferencia, ¿verdad?

Ahora Marta la tenía delante y sentía que ella era la intrusa en esa casa y que la gata era como el ama de llaves del castillo privado de Susana. Se sentó en el sofá y sacó el portátil que había traído de la playa y se conectó a internet. Las noticias sobre el gran gesto de amor del futbolista seguían en portada de algunas revistas minoritarias mientras que los grandes magazines ya empezaban a relegar la información. Ahora todo el mundo se hacía una única pregunta: ¿Dónde estaba Marta Ortiz? Y las respuestas no podían ser más inverosímiles, hay quienes decían que estaba en Méjico tomando tequila

y llorando por las cantinas, otros decían que estaba en una isla privada con un magnate ruso e incluso hay alguien que aseguraba haberla visto entrar en una conocida clínica de rehabilitación marbellí. Ella no quería darles más munición, había decidido seguir escondida el tiempo que fuera necesario hasta que la historia comenzara a olvidarse. Siguió navegando por internet durante un par de horas hasta que Katinka se levantó de un salto al oír la llave girando en la puerta.

Susana entró la primera y le sonrió al verla sentada en el sofá con las piernas cruzadas y el portátil sobre ellas. La seguían Raúl y Pablo a poca distancia. Cuando Raúl la vio se tiró al suelo de rodillas y comenzó a decir con un marcado acento imitando al futbolista.

—Tú, mujera perdonadora, por favore, mujera, por favore. Vuelve a tua casa conmigo y con la sua madre. —Había ido avanzando de rodillas y ahora estaba plantado delante de Marta sujetándole la mano mientras con la otra se enjugaba unas lágrimas imaginarias.

Marta tardó un instante en reaccionar, iba a decirle que se estaba comportando como un chiquillo pero en vez de eso estalló en una carcajada sincera que llenó la habitación de campanillas.

—Veo que has visto el programa —dijo ayudando a Raúl a levantarse a tiempo que este se sacudía los pantalones del polvo del suelo.

—El programa, los memes, los gifs... Tu exnovio sí que sabe cómo dar espectáculo. Lo que me sorprende es que no le hayas dado la patada mucho antes.

—Mira, en otro momento me hubiera sentido ofendida, pero ahora comparto tu opinión, es un capullo pretencioso —dijo ella con una gran sonrisa, que Raúl le devolvió aún más grande.

Pablo dio un respingo repentino y Marta se fijó en él por primera vez desde que se abrió la puerta. Sus miradas se cruzaron pero apartaron la vista con rapidez. Susana saludaba a Katinka y Raúl se sentaba en el sillón junto a Marta. Ella tenía la sensación de que había pasado algo, lo tenía en la punta de la lengua, pero no era capaz de saber qué era exactamente. Decidió romper

el silencio hablando de nuevo con Raúl, por algún extraño motivo se sentía cohibida ahora que tenía a Pablo delante.

—Bueno, ¿habéis cazado ya a los malos y la ciudad es un sitio más seguro?

—¡Qué más quisiéramos! No estamos como al principio, pero avanzamos más lentos de lo que a cualquiera de nosotros nos apetece.

—La pista de Jenny parece sólida, ahora solo tenemos que encontrarla, detenerla, hacer que confiese y cerrar el caso. ¡Chupado! —dijo Pablo con una sonrisa triste al tiempo que se sentaba en uno de los taburetes de la barra de desayunos.

—¿Quién es Jenny?

— No podemos comentar nada con la prensa de una investigación en curso —dijo Raúl de forma atonal.

—Estoy de excedencia, creo que eso me excluye de la prensa.

Raúl iba a contestar cuando se oyó la voz de Susana que venía del dormitorio.

—¡No digas tonterías! Cuéntaselo, a lo mejor una mirada externa es justo lo que nos hace falta para salir de este nudo.

Y Raúl se lanzó a detallarle lo que habían averiguado estos últimos días. Pablo aportaba detalles de vez en cuando pero la mayor parte del tiempo la pasó en silencio tratando de no mirar a Marta pero fallando estrepitosamente. De repente una pequeña bombilla se iluminó en la cabeza de Marta, la sensación que había tenido cuando sus ojos se posaron en los de Pablo, había despertado un recuerdo y ahora pugnaba por salir a la superficie. Era Bécquer, una de sus rimas, la XXIX, si no recordaba mal. La sensación que había tenido al mirar a Pablo a los ojos es la misma que sintió cuando leyó aquel poema por primera vez. Le gustaba tanto esa rima que hasta le puso música y la cantaba con su hermano de vez en cuando. Sí, esa era justo la sensación que había despertado esa mirada. Raúl había seguido hablando y ella había perdido un poco el hilo de la investigación, debería prestar atención a partir de ahora. Y sobre todo, debería dejar de mirar de reojo a Pablo, pues

él no la había mirado ni una sola vez desde que llegaron. Pero Marta también estaba fallando estrepitosamente en no mirar a Pablo.

Katinka era testigo de su incomodidad pero no hizo nada por evitarla, se quedó en su caja mirando a ese grupo de humanos que habían venido a perturbar la paz de su santuario personal mientras se lamía con fruición una pata. Si ellos pudieran verse como los veía ella, no tendrían que estar jugando al gato y ratón.

Pidieron comida a un restaurante tailandés y pese a las protestas de Susana que insistía en que comieran en la mesa como *las personas decentes*, acabaron comiendo en el sofá. Pablo estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y trataba de que su *tom yum* no se derramara en la alfombra de Susana. Marta estaba sentada en un sillón y degustaba un *pad thai* con una mano mientras acariciaba a Katinka con la otra. La gata ronroneaba de placer y cuando Marta paraba la miraba enojaba y se acercaba a ella reclamando cariño. Raúl estaba en el sofá y tenía delante de él un plato de *pad thai* y otro de *ped dang*, iba comiendo de uno y otro mientras bajaba la comida con una Coca Cola. Susana era la única que no había cedido y estaba sentada en la barra de desayunos comiendo pollo al curry.

—Entonces, tenéis una posible sospechosa, un posible motivo, pero no tenéis absolutamente nada que la relacione o que prueba que tenéis razón — preguntó Marta al terminar de sorber los fideos de su plato.

—Eso es técnicamente correcto, pero estamos esperando la respuesta del laboratorio de ADN del pelo que tenía agarrado Don Miguel. Era un pelo largo y moreno, y según la extensísima ficha de Jennyfer, ella es morena — dijo Susana.

—¿Y el tipo que la ayudó? —volvió a preguntar Marta.

—Pues ahí andamos algo más perdidos. En su última detención iba con un hombre que identificaron como su pareja, es un camello de poca monta de la zona del Molinete. Le vamos a investigar también por si las moscas.

—Es una pena que el caso sea tan... soso —soltó Marta sin reparar en que

había pronunciado en voz alta algo que llevaba pensando un rato.

—¿A qué te refieres? —Raúl la miraba con intensidad.

—Pues a que no es nada espectacular, una pelea entre camellos, un testigo inoportuno... No sé, no es como en la tele.

Raúl soltó una sonora carcajada y se dirigió directamente a Pablo.

—A ver, el licenciado en Psicología que le explique a la señorita por qué las muertes reales no son como en la televisión.

Pablo sonrió durante un breve instante y se pasó la mano por el flequillo, que se había movido de su sitio y le caía sobre los ojos.

—El asesinato es un acto brutal, arrebatarla la vida a una persona es una de las cosas más difíciles que un ser humano es capaz de hacer. Hace falta un instinto muy fuerte para poder llevarlo a cabo. La mayoría de casos de asesinato son en un arranque de ira, una mujer harta de los malos tratos que coge un cuchillo y mata a su marido, una pelea de bar en la que alguien le golpea la cabeza a otro con una botella o un agricultor cansado de los robos en sus tierras que decide coger una escopeta y buscar justicia. También los hay por venganza tras la muerte de un ser querido a manos de otra persona. Como ves, hay un componente visceral, muy importante.

Paró un instante para coger aliento y vio cómo Marta asentía. Sintió que se ruborizaba ligeramente pero siguió hablando.

—Los asesinatos en la televisión o en los libros son planeados hasta el más mínimo detalle por asesinos altamente organizados, muy pacientes y en general con un intelecto por encima de la media. No te digo que no existan, porque sí es verdad que los hay, pero créeme, son mucho menos frecuentes. Incluso los asesinos en serie, algunos solo son oportunistas. Esta unidad se enfrentó hace unos años a un asesino en serie que mataba a gente sin hogar, generalmente borrachos, simplemente porque eran un objetivo fácil. Era descuidado y no había ceremonia ninguna en sus crímenes, simplemente quería ver gente morir.

Marta se estremeció, recordaba el caso, ella ya estaba en Madrid y Susana la llamaba para contarle cómo iba la investigación. En aquel momento su

amiga estaba hundida, fue su primer gran caso, y toda la población de Cartagena respiró tranquila cuando cogieron al asesino y lo metieron entre rejas.

—Los crímenes no suelen ser tan preparados, no se deja el cuerpo de una determinada manera, mirando hacia donde sale el sol, con unas flores precisas alrededor y símbolos pintados en la barriga del muerto. Es un acto mucho más brutal, con menos ceremonia. Claro que si Dan Brown tuviera que escribir sobre los auténticos crímenes sus novelas serían mucho menos vistosas, y vendería muchos menos libros. No hay nada bonito en una muerte.

Terminó de hablar y suspiró cogiendo aire, su posición solía ser bastante discreta y ahora, durante unos breves instantes, había acaparado todo el protagonismo. Marta lo miraba fijamente y él sintió que su mirada le quemaba, era como volver de nuevo al instituto. Katinka se alejó de Marta y se acercó hasta él ronroneando melosa, notó como si una cuerda invisible tirara de él para levantarse y sentarse junto a ella. Estaba a punto de hacerlo cuando Susana volvió al tema del asesinato y ese breve instante de magia desapareció.

—La urbanización no tiene cámaras de vigilancia, así que no hemos podido sacar nada de ahí. Los técnicos me han dicho que en el barco no han encontrado nada, algo normal teniendo en cuenta el aguacero que cayó hace unos días, la lluvia ha borrado cualquier rastro.

—Venga chicos, no desesperéis. Estamos a punto de terminar este caso, lo huelo tan bien como huelo el curry de la comida de Susana —dijo Raúl mientras se tocaba la nariz con una mano.

—A ver si es verdad que tengo ganas de irme unos días de viaje y olvidarme de todo este asunto —dijo Susana mientras se levantaba para dejar su plato en el fregadero.

—Hablando de eso, ¡aún no me has enseñado las fotos de la boda! —dijo Marta fingiendo indignación.

—Ni te muevas, que ahora mismo te las enseño.

Corrió a por su móvil y se sentó en el brazo del sillón mientras iba

pasando una foto tras otra al tiempo que hacía comentarios sobre el vestuario o el parentesco que le unía a la persona retratada.

—¡Uy! Tu madre iba guapísima, Susi. Dile de mi parte que está estupenda.

—Tranquila, que se lo diré. Le hubiera gustado verte, pero sabe que estás aquí de incógnito y no quiere molestar. Pero me ha dicho que si un día tienes un rato que te pases a verla.

—Lo haré. No es posible que haya visto a tu tía pero no a tu madre. No me lo perdonaría nunca.

Raúl miraba por encima del hombro de Susana las fotos que le iba enseñando a su amiga.

—Oye Susana, ¿quién es esa belleza? —preguntó Raúl fijándose en una muchacha castaña que llevaba un vestido rojo dejando la espalda al aire. La chica llevaba el pelo recogido en un moño lateral y llevaba un colgante de una llave puesto al revés, de manera que colgaba en la espalda. En la foto aparecía de medio perfil junto a Susana, para que el impactante vestido fuera visible. Tenía una sonrisa desenfadada, con unos labios carnosos pintados del mismo rojo que el vestido que bordeaban unos dientes muy blancos. Cogía a Susana de un brazo y ambas parecían estar pasándose en grande.

—Es Nuria, una prima de la novia, creo. Estaba en mi mesa porque iba sola, es majísima. Trabaja en una farmacia en Córdoba y de verdad que es encantadora. Si una mujer como esa no ha encontrado novio, pocas esperanzas me quedan a mí.

—Pablo, ¿tú qué opinas? —Raúl le había quitado el móvil a Susana y lo había plantado delante de la cara de Pablo.

—Ehh... Sí, es mona —dijo Pablo, enrojeciendo hasta las orejas.

—¡Es mona dice! Está tremenda, que es bien distinto. Susana, ¿tienes su número?

—Pues la verdad es que sí, nos caímos tan bien que dijimos que tendríamos que organizar algo nosotras, en plan *la primas solteras de los que se casan se van de fiesta* o algo así. Ya te digo que es una mujer increíble, te encantaría.

—Pues dáselo a Pablo y que le mande un whatsapp, esta mujer es perfecta para ti. —Raúl no podía parar de sonreír, pensaba que parte del malestar de su compañero era por estar siempre solo, y emparejarlo con esta chica le parecía una idea estupenda.

—No sé yo, no la conozco, a lo mejor no tenemos nada en común...

—Pues no te lo vas a creer, pero mientras hablaba con ella en la boda no podía dejar de pensar que haríais buena pareja. Tenéis un montón de cosas en común. Yo te paso su número encantada. Ya verás como os caéis muy bien, es perfecta para ti. —La sonrisa de Susana le iluminaba la cara y le llegaba hasta los ojos. Si hubiera sido un dibujo animado habrían salido estrellas de sus pupilas.

—Sí, claro, está bien —acabó diciendo Pablo mientras sentía sus orejas arder de lo rojas que debían haberse puesto.

Marta no daba crédito a lo que acababa de ocurrir, una conversación sin importancia sobre la boda de un primo de Susana había acabado con Pablo teniendo el número de una chica guapísima con un vestido espectacular. Desde luego, a veces no podía creer la mala suerte que tenía. Se quedó ensimismada mirando su plato vacío al tiempo que daba un sonoro suspiro; algo que no pasó desapercibido a Raúl.

—¿Qué te pasa, princesa? Te has quedado callada.

—Nada, solo pensaba en mi mala suerte —dijo Marta con la mirada vacía.

—Ya, lo de tu novio en la televisión ha tenido que ser duro, pero los demás nos estamos riendo una barbaridad.

—Sí, en ocasiones pienso que el guion de mi vida ha sido escrito por Amy Poehler y Tina Fey.

Raúl rio de buena gana el chiste de Marta, algo que le subió un poco la moral.

—Oye, pues si deciden hacer la película, a mí quiero que mi interprete Hugh Jackman, o mejor aún, ¡The Rock! Aunque habría que ponerle un peluquín porque él está calvo y yo mira qué pelazo tengo. —Volvió a reír mientras se pasaba la mano por el pelo.

Marta se había contagiado del buen humor de Raúl, era imposible no hacerlo, aunque no dejaba de pensar que Pablo había aceptado el número de la chica de la boda. Ahora que estaban todos pendientes de otra cosa, se permitió mirarlo un poco más fingiendo que dedicaba su atención a Katinka, que estaba justo al lado de él. Llevaba una sudadera marrón chocolate con capucha de Napapijri, con un texto en inglés en la espalda y unos vaqueros que le quedaban sensacionales. Nada más verlo le llamaron muchísimo la atención sus zapatillas deportivas de marca El Ganso que combinaban los colores rojo, verde, azul y blanco. Esa combinación, que en otros casos parece imposible, estaba hecha con muy buen gusto y le daba al *look* un toque casual pero sofisticado. No tenía ni idea de que había estudiado una carrera, este chico cada vez la sorprendía más.

Katinka captó su mirada y abandonó a Pablo para hacerle compañía a ella. Se restregó mimosa contra su pierna unos segundos antes de salir disparada al dormitorio de Susana sin ningún motivo aparente.

De repente sonó el móvil de Pablo y todos se quedaron en silencio mientras él respondía a la llamada. Salió al balcón para poder hablar con tranquilidad, solo captaron el final de la conversación cuando volvía a entrar en el salón.

—Pues tío, te debo una, sois los mejores. —Un pequeño silencio al otro lado de la línea—. Claro que sí, te veo este finde y nos vamos juntos a navegar. Un abrazo, tío.

Al colgar esbozó una sonrisa contagiosa, traía buenas noticias.

—Es mi amigo de Drogas y Crimen Organizado, sabe exactamente dónde está ahora mismo Jennyfer. ¿Qué decís, vamos a hacerle algunas preguntas?

Antes de terminar de formular la pregunta, Susana y Raúl ya estaban cogiendo sus chaquetas y se dirigían a la puerta. Antes de llegar a esta, Susana se paró en seco.

—Marta, tenemos que...

—Lo entiendo perfectamente... Tenéis que salvar el mundo. Tranquila, que yo meto los platos en el lavavajillas y le dejo agua a Katinka antes de

irme a la playa.

Susana se volvió corriendo a su amiga y le dio un beso en la mejilla antes de salir corriendo para alcanzar a los chicos, que estaban ya bajando la escalera de manera ruidosa.

Marta cerró la puerta, pero las protestas sobre quién conduciría de camino a la comisaría seguían sonando por el hueco de la escalera. Lo primero que hizo fue dirigirse al aparato de música de Susana.

—Vamos a poner algo de música, que recoger los platos de los demás en silencio es completamente deprimente.

Le dio al Play sin saber que CD estaba dentro del equipo y empezó a sonar *Sad Eyes* de Bruce Springsteen.

—¡Pues empezamos bien! Demasiado triste para este momento. —Buscó en su bolso y sacó el móvil. Empezó a sonar un mix con canciones de Enrique Iglesias que, aunque a veces eran un poco machaconas, ahora era algo que le apetecía mucho más oír.

Puso todos los platos y vasos en el lavavajillas, recogió la cocina, recicló los envases de cartón y tiró el resto a la basura. Incluso buscó la comida del gato para dejarle el plato lleno y ponerle agua. Había hecho lo indecible por estar ocupada, pero en lo único que podía pensar es en la chica del vestido rojo. Y en que ahora Pablo tenía su número.

—Fernando, deberíamos ir a la playa a ver a Marta.

Irene llevaba una maceta en la mano y la determinación en la mirada. Había decidido aprovechar la tarde para arreglar un poco el jardín, el viento de los últimos días había revuelto las plantas y llenado de hojas el suelo. Llevaba un jersey de hilo amarillo y sobre este un delantal de flores que solo utilizaba para las tareas de jardinería. Fernando levantó la vista pesadamente del crucigrama que estaba haciendo.

—Diez letras, mezcla homogénea y líquida —dijo finalmente.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? ¿No te estará dando una

embolia? Ni se te ocurra dejarme sola con la que tenemos encima con la niña y el futbolista, y Alejandro y su chico. ¿Me estás oyendo?

—Te he oído perfectamente, mujer, pero tenía la palabra en la punta de la lengua y ahora se me ha ido completamente —dio un suspiro y dejó el crucigrama y el bolígrafo al lado de la mesa. Sabía cuándo su mujer hacía una sugerencia precisamente para que él la convenciera de hacer lo contrario.

Estaba sentado en la mesa del jardín bajo el porche de madera delantero de la casa. Desde que se había jubilado era su sitio favorito, a algunos de sus compañeros les había costado adaptarse a la jubilación, para él había sido una transición natural. Disfrutaba de una existencia tranquila con sus charlas TED, sus crucigramas, sus programas de decoración (que no quería reconocer en público, pero que le encantaban) y sus tardes al solecito disfrutando del jardín. Hasta que a su mujer se le metía alguna idea loca en la cabeza, lo cual estaba pasando bastante a menudo últimamente.

—Pues eso, que deberíamos ir a la playa a darnos un paseo y disfrutar de la puesta de sol.

—¿A la playa? —Levantó las cejas hasta casi tocarse el pelo—. ¿No podemos ver atardecer desde el porche del jardín? ¿O desde la terraza?

—No me seas aburrido, la playa es mucho más bonita. —Irene trataba de convencerlo con una de sus mejores sonrisas, pero él la conocía demasiado bien como para dejarse embaucar.

—Pues está bien, la mejor playa para ver atardecer es Mazarrón, el sol se pone sobre el mar y es...

—Mazarrón está bien, pero yo pensaba que tal vez podíamos ir a La Manga. ¡O mejor aún! A Cabo de Palos. Ver atardecer desde el faro debe ser precioso.

—Ya... A Cabo de Palos... Tú quieres ir a ver a Marta.

—¿Yo? ¡Me ofende que pienses algo semejante! —Arrugó la nariz en un mohín que a Fernando se le antojó adorable.

—Irene, deja de fingir, que llevamos casi cuarenta años casados y te conozco como la palma de mi mano. Si quieres ir a ver a tu hija, simplemente

dilo.

—Está bien, quiero verla. No me coge el móvil y quiero saber cómo se encuentra después de la aparición en *prime time* del inútil de su ex pareja.

—No te coge el móvil porque es la cuarta vez que la llamas hoy, las otras tres sí que has hablado con ella. Además, no creo que debas presentarte delante de ella sin haber mejorado tu puntería. —Esbozó una enorme sonrisa y se recolocó mejor en su sillón.

—No te rías de mí, estaba cabreadísima. Es una pena que no me gusten nada las armas de fuego porque mira que tenía ganas de darle un buen susto a... Bueno, a ese tipo tan impresentable. ¿Te puedes creer que me hizo partícipe de su mentira? ¿Que ahora todo el mundo piensa que yo estoy de parte de él en vez de en parte de nuestra hija? —Se sentó a su lado y estiró la mano para que su marido la cogiera—. ¿Qué clase de madre debe pensar la gente que soy?

—¡A la mierda con la gente!

Irene abrió mucho los ojos, su marido nunca decía tacos, evitaba a toda costa las palabras malsonantes, oírlo decir algo parecido era toda una novedad. La sangre le había subido a las mejillas y había golpeado la mesa con la mano haciendo saltar el bolígrafo en el aire.

—Eres una mujer fuerte, valiente y una madre estupenda y eso, querida mía, tus hijos lo saben de sobra. No hace falta que llames a Marta dos docenas de veces, ni que nos presentemos en su casa con la excusa de haber ido a ver la puesta de sol. Ella lo sabe.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, nunca he dicho nada más en serio. Bueno, sí, cuando te pedí que te casaras conmigo, después de eso, no he dicho nunca nada más en serio. —Volvió a sonreír y su mujer se contagió de esa sonrisa. Le apretó la mano y tiró suavemente de ella hacia él. Acercó su cara a la de ella y aspiró su aroma, cuando la tuvo cerca le dio un beso en la frente y le dijo con suavidad al oído—. Te lo repito, eres la mejor madre que conozco, nuestros hijos son muy afortunados de tenerte.

Irene se pasó la mano por el pelo dejando pequeños rastros de tierra pegados al flequillo. Se dio la vuelta para volver a dedicarse a sus plantas, y ya de espaldas dijo en voz alta.

—*Disolución.*

—¿Cómo dices?

—La palabra que te faltaba es *disolución.*

—¿Cómo eres capaz de mantener una conversación profunda conmigo y al mismo tiempo encontrar la palabra que me falta del crucigrama?

Irene esbozó una sonrisa y se puso a canturrear mientras se acercaba a sus plantas para limpiarlas y cambiarlas de sitio, mientras su marido la miraba embelesado y sonreía para sí. Se había casado con una mujer fascinante, él lo sabía, ahora solo necesitaba que ella lo supiera también.

Habían aparcado el coche en el aparcamiento del puerto y ahora se dirigían hacia la plaza de Héroes de Cavite. Esta plaza se erigía entre el puerto y el Palacio Consistorial y frente a la Muralla de Carlos III. En medio de la gran plaza domina un monumento erigido a los caídos en las batallas navales de Cavite y Santiago de Cuba. Muchos turistas que llegan en los cruceros se toman fotos frente a la gran mole de mármol sin saber que este monumento conmemora una derrota.

Todos los niños cartageneros se han columpiado en las cadenas que rodean el obelisco central en algún momento de su vida. El jardín exterior está formado por parterres de flores y grandes palmeras que dan sombra en los días calurosos. Una extensión de césped invita a los paseantes a sentarse a descansar, a jugar o a leer. Este escenario, muy querido por todos los habitantes de Cartagena, es el favorito de los cartageneros para tomarse fotos de boda, de comunión o de grandes eventos. Al estar en la entrada del puerto es normal ver la plaza tomada por cientos de *cruceristas*, que la fotografían desde todos los ángulos posibles.

En uno de los bancos de la plaza, enfrente del edificio de Aduanas, vieron

a la mujer que identificaron como Jennyfer. Era una chica de tez bronceada, con el pelo muy negro sujeto en una coleta alta que coronaba con un pañuelo rojo para mantenerlo en su sitio. Llevaba unos aretes de oro adornando sus orejas que hacían juego con una medalla de la Virgen de la Caridad, también de oro, que colgaba de su cuello. Llevaba unos pantalones negros ajustados rotos en varios puntos que dejaban al aire su piel curtida bajo el sol y una camisa de cuadros abierta sobre una camiseta blanca. Tenía una mochila azul marino apoyada sobre sus rodillas y miraba el móvil al tiempo que dirigía rápidas miradas a los paseantes.

Iban a dirigirse a hablar con ella cuando un chico de veintipocos, vestido con vaqueros y una sudadera, se sentó a su lado. Sin dejar de mirar al edificio de Aduanas, un establecimiento de corte clasicista construido durante la Segunda República para reemplazar al que se demolió al lado de la Muralla, el chaval sacó un sobre del bolsillo delantero de la sudadera que dejó en el banco entre él y Jennyfer. Ella, por su parte, extrajo algo de la mochila y lo dejó también entre ambos. El chaval cogió el paquete que ella había depositado en el banco, se lo metió en el bolsillo y se marchó por la Plaza del Ayuntamiento hasta perderse de vista. Jennyfer metió el sobre en su mochila y siguió mirando su móvil. En ningún momento hicieron contacto visual, y si se hablaron fue sin mirarse y sin mostrar signos de conocerse. Nadie se dio cuenta de la transacción, salvo los agentes que estaban vigilándola y que ahora se encaminaban hacia ella con más pruebas que antes de que estaba metida en asuntos turbios.

Se acercaron con cautela y se separaron al llegar cerca de Jennyfer. Raúl se apoyó contra el edificio de Aduanas mientras hacía como que miraba su móvil, Pablo cogió un periódico que encontró encima de una papelería y se aprestó a leerlo en un banco cercano y Susana decidió hacer una maniobra más directa y sentarse en el banco junto a la joven.

Primero hizo como que miraba a los turistas montados en el catamarán turístico y después, sin dejar de mirar al mar, habló con Jennyfer casi en un susurro.

—Un compañero de clase me ha dicho que tú puedes pasarme algo para llevar con más calma los exámenes finales.

Jennyfer levantó los ojos de su móvil y, tras dedicarle una larga mirada, suspiró y le respondió hoscamente.

—No creo que vayas a clase, *madero*.

Susana dio un respingo al ser pillada por sorpresa, Jennyfer no pudo evitar soltar una carcajada. Viendo que había sido pillada incluso antes de comenzar a hablar decidió tomar un camino diferente.

—Está bien, soy policía y, si te sirve de algo, no nos interesan tus trapicheos con las drogas. —Jennyfer la miró intrigada, levantando una ceja —. Queremos saber dónde estabas el sábado dieciséis de abril entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana.

La joven se quedó en silencio un instante hasta que con un rápido movimiento cogió su mochila y se puso en pie, lista para echar a correr huyendo por el Paseo del Puerto. Raúl intuyó lo que iba a pasar y se lanzó hacia ella justo a tiempo para agarrarla del asa de la mochila. Pablo tiró el periódico al suelo y se unió a sus compañeros, que ahora tenían rodeada a Jennyfer.

—¿Ibas a dar un paseo? —dijo Raúl sin soltar la mochila de la joven.

—Como no me dejéis largarme me pongo a gritar y, con la cantidad de turistas que hay por aquí, vais a ser el nuevo fenómeno viral de Youtube en menos de cinco minutos.

—A lo mejor la que se hace famosa eres tú. —Susana hablaba de manera cortante. No había sido capaz de intuir que Jennyfer aprovecharía para escapar y eso la había puesto de muy mal humor.

Para alguien que los viera desde fuera, formaban un curioso grupo, Raúl sostenía un asa de la mochila desde atrás para evitar que se la llevara a ningún sitio, Susana estaba situada a su izquierda y la miraba furibunda, y por último Pablo se encontraba justo delante de ella para cortarle el paso. La joven los miraba altiva, con desprecio y sin rastro de miedo. El sol moría ocultándose tras los montes que rodean la ciudad y las farolas de las calles

comenzaban a encenderse. Los turistas iban volviendo a sus barcos o continuaban sus rutas por el centro histórico buscando un lugar donde cenar temprano.

—Vaya, tres maderos para mí solita, ¡menudo honor!

—Vamos a sentarnos para terminar la conversación que hemos empezado hace un rato —dijo Susana hablando de nuevo. Estaba tratando de sonar dialogante pues sabía que había empezado con muy mal pie. Raúl tiró del asa de la mochila hasta obligar a Jennyfer a sentarse en el banco ocupando el mismo sitio del que se acababa de levantar. Susana hizo lo mismo, mientras que Pablo se quedó de pie delante de ambas y Raúl se situó por detrás. Jennyfer tenía las piernas abiertas y la mochila descansaba entre ellas, estaba ligeramente recostada apoyada en el respaldo y tenía los brazos cruzados en posición defensiva. No iba a ser fácil, pensó Susana dando un suspiro—. Solo queremos saber dónde estabas el sábado dieciséis.

Jennyfer levantó los hombros y no dijo nada, pero sostuvo la mirada de Susana sin rastro de miedo. Pasado un minuto de incómodo silencio, Susana volvió a hablar.

—Mira, te repito que nos dan igual tus trapicheos, estamos aquí para solucionar el asesinato de Pepe. —Un ligero temblor de los labios y un fugaz gesto apareció en los ojos de la chica. Apenas un segundo, pero fue suficiente para que Susana se diera cuenta de que podía seguir por ahí—. Nos han dicho que tuvisteis una bronca bastante fuerte en el aparcamiento de la universidad. Estoy contigo, a mí tampoco me gusta cuando un desconocido se mete a hacer mi trabajo.

—¡Ni se te ocurra colgarme el muerto, madero! —Se puso de nuevo de pie, con la cara tan roja como el pañuelo que cerraba su coleta. Raúl y Pablo la rodearon cerrando un poco más el círculo—. ¡Yo no tuve nada que ver!

—Bueno, pues si no tuviste nada que ver no tendrás ningún problema en decirnos dónde estuviste el sábado. Es todo lo que queremos saber. —Susana había hablado de forma calmada, tratando de hacerla hablar. Se acercó un poco más a ella para crear intimidad y se atrevió a esbozar una ligera sonrisa

llena de comprensión.

Jennyfer se sentó de nuevo con los brazos cruzados.

—No pienso decir nada, he pasado por esto varias veces, sé que no podéis obligarme a hablar si yo no quiero. Y no quiero. —Levantó los ojos, con la nariz respingona apuntando al cielo y frunció los labios.

—Jennyfer, hazte un favor, dinos simplemente dónde estuviste el sábado porque ahora mismo las cosas pintan bastante mal para ti. Sabemos que tienes un negocio de venta de droga entre los universitarios y que Pepe decidió hacerte la competencia llevándose algunos de tus clientes, os vieron discutir y te oyeron amenazarle diciendo que lo ibas a matar, y unos días después aparece varado en una playa. ¿Ves a dónde quiero llegar?

—Veo que no tenéis nada salvo mucha imaginación, y como estáis perdidos pues me vais a cargar el muerto a mí, pero ¿sabes una cosa? No tenéis nada, madero. Nada de nada. —Separó con asco cada sílaba de la última frase.

—Bueno, se acabó, estoy ya harto de juegucitos. —Raúl había permanecido callado dejando a su compañera hablar, pero su paciencia había llegado ya al límite. Con un movimiento seco le arrancó la mochila de las manos y, antes de que ella pudiera tratar de recuperarla, Pablo le cortó el paso y la obligó a sentarse de nuevo.

—Veamos qué tenemos por aquí. —Raúl abrió la mochila y empezó a rebuscar en su interior—. Veo marihuana, setas alucinógenas, hachís y estas pequeñas pastillas habrá que mandarlas a analizar, pero es posible que sea ketamina o LSD. —Raúl le puso una bolsita llena de pastillas de distintos colores y formas enfrente de las narices—. Ahora que tengo tu atención, vas a responder a la pregunta de dónde estuviste el sábado dieciséis.

—No te voy a decir una mierda, madero. —Otra vez la mirada altiva, la mandíbula apretada, los ojos de gata con mucho perfilador negro llenos de ira y desesperación. Una auténtica guerrera, una superviviente de la calle.

—Pues date la vuelta que te vienes con nosotros. Hasta los huevos estoy de tus tonterías.

Pablo sacó unas esposas y se las puso a la joven. La rodearon entre los tres y la acompañaron hasta el coche que tenían aparcado en el aparcamiento subterráneo del puerto. Raúl iba con cara de pocos amigos detrás de Jennyfer, mascullando por lo bajo, Susana miraba cabizbaja el suelo encerado del aparcamiento y Pablo, por su parte, parecía el más tranquilo de los tres. La noche ya había caído y las estrellas se reflejaban en el agua tranquila de la dársena del puerto mientras los barcos se mecían al compás de las débiles olas. De camino al aparcamiento se cruzaron con varias parejas que salían a cenar en alguno de los restaurantes de la calle Mayor o de la Plaza del Rey ajenos al hecho de que acababan de cruzarse con tres policías y una detenida.

Cuando Susana llegó a comisaria ya estaba todo el mundo allí. Los agentes habían madrugado y estaban poniendo al corriente a Pili y al inspector Martínez de lo acontecido la noche anterior.

—¡Qué pena me dan esas chicas! —decía Pili cariacontecida—. Cuando empiezan tan mal suelen acabar peor. Y lo doloroso del asunto es que rechazan la ayuda de cualquiera que trate de echarles una mano. ¡Una pena!

—No te aflijas, Pili, no es culpa nuestra, nosotros no la obligamos a vender drogas —dijo Raúl, aunque sonó como un ladrido.

—Ya, pero no puedo evitar pensar en que esa chica hubiera tenido una vida diferente si alguien se hubiera ocupado de ella de verdad. No solo de vestirla y alimentarla, sino de tratar de convertirla en una buena persona.

—No podemos salvar a todos, Pili —dijo Pablo mientras le ponía cariñoso una mano sobre el hombro.

—Eso es verdad, Pilar, no podemos ayudar a todo el mundo. —El inspector Martínez se puso muy serio para seguir hablando con su equipo—. Espero por el bien de todo el mundo que esta pista nos lleve a algún sitio porque los compañeros de Drogas y Crimen Organizado estaban siguiendo a la señorita García porque piensan que está metida en algo más gordo que la simple venta de estupefacientes a estudiantes. Si les hemos reventado una operación a los de Drogas y encima no conseguimos respuestas vamos a ser el hazmerreír de esta comisaria y de los periódicos.

—No se preocupe, jefe, que ahora mismo me bajo a la sala de interrogatorios y ya verá cómo acaba cantando —dijo Raúl, esbozando una sonrisa maliciosa.

—Albaladejo, te vienes conmigo. —La cara de Raúl se transformó en una mueca de disgusto y de decepción—. Yo llevaré la voz cantante y, si te necesito, ahí estarás tú para echarme un cable.

Raúl asintió, aunque seguía sin estar muy convencido. Pablo se fue hasta su mesa mientras sus compañeros bajaban la escalera hasta la sala de interrogatorios. Susana se le acercó con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Dime, ¿has hablado con Nuria?

—Pues la verdad es que no. Ayer después de detener a Jennyfer me quedé haciendo el papeleo y llegué a casa tarde. Ya sabes, me puse un rato con el ordenador y me fui a dormir temprano, que quería estar fresco para hoy.

Susana lo miró de arriba abajo durante un segundo. Lo que decía tenía sentido, y es verdad que cuando llegaron a comisaria él se ofreció voluntario para hacer el papeleo para que Raúl y ella pudieran volver pronto a casa, pero había algo que no le cuadraba. No sabía qué era, pero sabía que había algo. Vio cómo el flequillo castaño le caía sobre la montura de las gafas y le tapaba ligeramente los ojos, y sintió la necesidad de apartárselo como si fuera un niño. Se contuvo en el último momento, sabía que a Pablo no le importaría si lo hacía, pero no quería ponerse demasiado maternal con su compañero de trabajo.

—Está bien, pero llámala, que estoy segura de que haríais una pareja estupenda.

Pablo hizo un involuntario gesto con la boca, una especie de mueca que podría pasar por la necesidad de contener un bostezo pero que Susana conocía perfectamente, era una mueca de disgusto.

—¡No quieres quedar con ella! —dijo triunfante. Le había costado tiempo, pero al menos ya había descifrado el enigma—. Pero ¿qué le pasa? Es una chica estupenda, te lo digo de verdad.

—No me cabe ninguna duda, Susana, pero... No sé si necesito meterme ahora en una relación con una chica que vive a casi quinientos kilómetros de aquí.

Susana lo miró muy seria, sus ojos azules se clavaron en los ojos color miel de Pablo. Este enrojeció en un acto reflejo llenando de color sus mejillas y apartó los ojos avergonzado.

—¡Te gusta otra! —La expresión de sorpresa de Pablo corroboraba lo que

acababa de decir. Pili levantó la cabeza alertada por el alboroto al otro lado de la habitación.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó, dispuesta a levantarse de su silla y unirse a los dos jóvenes.

—No, Pili, es que anoche batí a Pablo en el Candy Crush y he aprovechado para restregárselo por su cara de perdedor ahora —mintió Susana con una gran sonrisa mientras agitaba el móvil delante de la cara de Pablo.

—Bueno, pues dejáros de esas tonterías y volved al trabajo si no queréis que Horatio nos acabe despidiendo a todos.

—Entendido, jefa —dijo Susana con una sonrisa—. Seguiremos hablando luego —le susurró a Pablo al pasar detrás de él camino a su mesa.

Él agachó la cabeza fingiendo leer para evitar el contacto visual con su compañera. Normal que fuera una de las mejores investigadoras de la comisaria, tenía un olfato para descubrir las mentiras buenísimo, y ahora él estaba completamente expuesto. ¿Qué debería hacer? A fin de cuentas, Susana era lo más parecido a una hermana que tenía, siempre le había apoyado y dado consejo, había estado a su lado cuando una relación no funcionaba y se alegraba por él cada vez que él se sentía feliz. Pero por otro lado, era la mejor amiga de Marta y eso la hacía parcial en esta historia. Si tuviera que decantarse por uno de los dos está claro que elegiría su amiga de infancia porque, aunque ellos se conocieron en la adolescencia, no fue hasta que empezaron a trabajar juntos que desarrollaron una verdadera amistad.

La primera vez que se vieron él tardó un poco en saber quién era ella, pero haciendo un esfuerzo escarbó en lo más hondo de su memoria y recordó a aquella chica rubia, menuda, de tez de porcelana que acompañaba en algunas ocasiones a Marta. Ambas llevaban carpetas forradas con fotos de Brad Pitt en *Leyendas de Pasión* y de los primeros años de los *Backstreet Boys*, y camisetas que dejaban a la vista el ombligo. Ella sin embargo fue incapaz de acordarse de él. Ni siquiera le sonaba que Marta tuviera un compañero de clase llamado Pablo. Siempre fue muy discreto y los demás no solían reparar

en él, y a Susana solo la vio unas cuantas veces cuando venía a buscar a Marta al salir del instituto. Fue al enseñarle una foto de aquella época cuando por fin ella empezó a recordar vagamente quién era él. En la foto se veía a un chaval peinado con la raya en medio y el pelo cortado al cazo, vestido con unos pantalones vaqueros anchos y una sudadera Adidas de colores fosforescentes. Ahora se habían vuelto muy buenos amigos y se reían recordando los años noventa y los *looks* que llevaban siendo adolescentes.

Levantó la mirada de su mesa y se encontró directamente con los ojos de Susana, que le miraban fijamente. Sonrió un segundo antes de volver a sus asuntos y Pablo supo que tarde o temprano se acabaría enterando, su compañera era rematadamente buena sacándole a la gente sus secretos.

Marta daba vueltas en la cama sin decidirse a salir, a pesar de que llevaba horas despierta. No le apetecía enfrentarse a la vida, hoy no. Se había pasado media noche en vela pensando en la chica del vestido rojo y en el futbolista declarando su amor en hora de máxima audiencia, y en su madre con una escopeta en la mano. Sabía que lo suyo con Pablo no tenía futuro y que debería pensar en cualquier otro tema, pero una cosa es saber lo que tienes que hacer y otra muy diferente hacerlo. El estímulo que necesitaba para salir de debajo de las sábanas entró por la puerta moviendo insistentemente la cola y subió sus dos enormes patas a la cama. Loken la miraba expectante con la lengua colgando de un lado de la boca. Viendo la inacción de su dueña decidió ponerse a ladrar para animarla.

—Está bien, ya salgo de la cama.

Loken dio un último ladrido y se lanzó raudo escaleras abajo.

—¡Déjame al menos que me vista! ¿O tengo que sacarte a pasear en pijama? —gritó Marta.

Tras vestirse y echar en un termo café lo suficientemente cargado como para despertar al mismísimo Tutankamon de su descanso eterno, Marta salió a la playa con Loken. Llevaba la gorra del Barça que le había prestado Susana cuando Loken encontró al pobre chaval en la playa, y que ahora

utilizaba casi como una broma hacia ella misma. Había cogido la cámara réflex y la llevaba colgada cerca de la cadera con una correa *black rapid*. Hoy hacía un día estupendo, no había ni una nube en un cielo completamente azul y el mar estaba en calma. Marta vio a lo lejos a la pareja de ancianos con los que se había cruzado unos días antes. Tras dar un largo trago a su termo de café, lo dejó apoyado en un banco del paseo marítimo y se puso a fotografiar la playa y los que paseaban a esas horas. Incluso había una pareja de ingleses lo suficientemente valientes como para darse un chapuzón en pleno mes de abril.

Loken la miró durante unos segundos antes de salir a la carrera detrás de unas gaviotas que se reunían tranquilas al borde del agua. Disparó varias veces con la cámara. Siempre había sentido pasión por la fotografía, en Madrid había hecho un pequeño cuarto oscuro en una de las habitaciones de su casa y revelaba ella misma las fotografías que hacía. Tenía incluso una ampliadora que había comprado de segunda por *ebay* y que era uno de los objetos cultos de su casa. Susana había sido su primera modelo, hacía mucho tiempo, cuando aún se revelaban las fotografías en tiendas especializadas y tenías que comprar carretes de treinta y dos fotos como máximo.

Con una de las primeras pagas que obtuvo, se lanzó hacia la tienda de fotografía más próxima y se compró una cámara Canon D40, que en aquellos momentos era lo mejor de lo mejor, y que aún guardaba en su casa. Aquella cámara le costó un dineral, pero se sentía muy orgullosa de haber podido pagarla con su trabajo y su esfuerzo. Ahora no necesitaba esforzarse tanto para conseguir algo que quería, su vida se había vuelto, en ese sentido, mucho más fácil. Loken la sacó de su ensimismamiento. Se había metido en el mar mientras ella disparaba fotos hacia el faro y ahora trataba de secarse restregándose contra las losas del paseo marítimo. A pesar de estar cubierto de sal y de arena, no podía estar más feliz. Marta le hizo varias fotos y pensó en revelar algunas en blanco y negro para ponerlas en casa. Verlo tan feliz la puso de buen humor y se dirigía a casa para lavar al perro cuando su móvil empezó a sonar. Al ver que era su madre quien llamaba decidió contestar

rápidamente para evitar otra crisis.

—Hola mamá, ¿cómo va todo?

—¿Estás despierta ya? ¡Qué raro! ¿Te ha pasado algo? ¿Ha vuelto el futbolista? Si ya sabía yo que no debías quedarte sola en la playa, mira que se lo he dicho veces a tu hermano y tu padre. Y ahora estás allí, aislada del mundo con un acosador, y mentiroso, porque nada de lo que dijo en la televisión era cierto, y yo no puedo hacer nada por evitarlo. —Irene apenas había respirado mientras hablaba a la velocidad de la luz con Marta.

—Tranquila, mamá, no ha venido nadie a verme, simplemente me apetecía aprovechar el día. Ahora estoy en el paseo marítimo con Loken, y he aprovechado para sacar la cámara y echar algunas fotos.

—Bueno, pues entonces me quedo más tranquila. A ver si la próxima vez que vengas a casa te la traes y nos hacemos un retrato de familia que pueda enmarcar y poner en el comedor. —Mientras Irene sonría de oreja a oreja con la idea, Marta ponía los ojos en blanco pensando en que si accedía su madre acabaría pidiendo que fueran vestidos igual o que hicieran algún tipo de pose estúpida solo para la foto—. Oye, y ya que has sacado el tema, ¿cuándo vas a venir por casa que prepare una fideuá para que comamos todos juntos?

Marta se quedó atónita un instante.

—Estoy bastante segura de que yo no he sacado ese tema, mamá.

—¡Claro que sí! —Repuso Irene indignada—. ¡No irás a decirme ahora que estoy perdiendo la cabeza!

—Vale, mamá, lo siento, no quería ofenderte. No sé, pasaré un día de esta semana, pero no te compliques haciendo algo muy esmerado para comer. Unas patatas con huevos me van estupendamente.

—Ya veré yo lo que hago o no hago de comer. Mira, ya que lo dices, llama a tu hermano y queda con él para ver qué día os viene bien.

—Yo no he dicho nada de llamar a mi hermano.

—Marta, no empieces de nuevo, hija. Llámalo y luego me dices que día vais a venir a comer. Y dile que se traiga a Arturo, que tu padre tiene muchas

ganas de conocerlo y le parece muy raro que aún no nos lo haya presentado.

—Pero...

—Ni peros ni peras, no le llesves la contraria a tu pobre madre.

—Está bien —suspiró Marta.

—Gracias, hija, eres un amor. —Y con un chasquido Irene dio por terminada la conversación.

Marta se quedó de pie en el paseo marítimo apoyada contra la barandilla que lo separaba de la playa. Tenía la misma sensación que si hubiera estado en medio de un tifón y hubiera conseguido salir a flote por los pelos. Estaba segura de que su madre había tergiversado toda la conversación y ahora, sin saber muy bien cómo, tenía que llamar a su hermano para invitarlo a comer y convencerlo de que se trajera a su novio con él. Pensándolo fríamente, su madre acababa de demostrar ser una auténtica profesional liando a la gente hasta tal punto que ya no supieran qué era exactamente lo que había dicho cada una. Debería trabajar en el CNI, seguro que conseguía que los espías de otros países le contaran los secretos de sus gobiernos sin ni siquiera darse cuenta.

—Por Dios Santo... ¡Mi madre es Emily Gilmore! —dijo Marta en voz alta sintiendo cómo la revelación escapaba de sus labios. Loken se había quedado echado junto a ella, dejando que el sol de la mañana y la suave brisa marina le secaran el pelaje.

Se volvió a la casa y echó a andar, con Loken siguiéndole a pocos pasos de distancia.

Una vez más estaba frente a esa maldita puerta. Al principio, cuando comenzó en la brigada, le daba un subidón de adrenalina cada vez que tenía que interrogar a un sospechoso. Le venían a la mente las imágenes de *Canción Triste de Hill Street*, imaginándose que era un duro policía patrullando por un Chicago engullido por el crimen. Ahora, viendo esa puerta desde su veteranía, sabía que no hay glamur en un interrogatorio, que los

sospechosos siempre mienten, y que cuando no lo hacen, sale a la luz lo peor de la especie humana.

—¿Va todo bien, inspector? —preguntó Raúl al darse cuenta de que el inspector Martínez había dejado la mano apoyada en el pomo de la puerta pero que aún no la había abierto.

—No, Albaladejo, nada en este mundo va bien —dijo antes de entrar y dejando a su subordinado sorprendido por un mensaje tan crítico.

Jennyfer estaba sentada a la mesa, una noche en el calabozo solo había servido para que tuviera ojeras de haber dormido mal y para deshacer su tirante coleta. El pelo enredado y sin peinar había perdido su lustre, y llevaba la ropa arrugada. El inspector Martínez se sentó en la silla delante de la suya y Raúl se apoyó contra la pared al lado de la puerta.

—Buenos días, señorita García Robles, soy el inspector Martínez y creo que ya conoce al subinspector Albaladejo. —Señaló en dirección a Raúl con un ligero movimiento de la cabeza.

Solo obtuvo un gruñido como saludo.

—Está bien —prosiguió—, la detuvieron ayer en la Plaza de Héroes de Cavite con varias sustancias psicotrópicas en su posesión que, según mis agentes, estaban destinadas a la venta. Eso, como usted bien sabe, es un delito. Pero estamos dispuestos a dejarlo pasar si nos cuenta qué pasó exactamente con el señor José Fernández y dónde estuvo la noche del sábado dieciséis de abril entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana.

Jennyfer cruzó los brazos con fuerza y se revolvió en la silla de madera. La mirada que en un principio era somnolienta estaba ahora despierta, y volvía a tener la misma altivez que cuando la detuvieron. Tras varios minutos de silencio, y justo antes de que Raúl interviniera, el inspector Martínez prosiguió.

—No se hace ningún favor con esta actitud, señorita García. Díganos lo que queremos saber y la dejaremos marchar.

Otro bufido.

—No te pienso decir una mierda, madero.

—¡Eh! —Soltó Raúl, al tiempo que se acercaba y apoyaba ambas manos en gesto amenazante—. Aquí se habla con educación, ¿me estás oyendo?

—Tranquilo Albaladejo, no pasa nada. —Se dirigió entonces a Jennyfer con aire paternal—. No le haga caso, es muy buena persona pero a veces es un poco pasional. ¿Por dónde íbamos nosotros?

—Quiero un abogado, no pienso hablar con nadie hasta que él llegue.

—Claro, claro, tiene todo el derecho del mundo a pedir un abogado, señorita García. Pero estamos de acuerdo en que si no estuviera metida en algún lío un abogado no sería necesario. Supongo que algo relacionado con la venta de droga, o con prostitución, que es algo que ya ha hecho antes según su ficha policial.

—No tenéis nada y me lo queréis cargar a mí. ¿Pues sabes qué? No pienso hablar.

—No es necesario, señorita García, tenemos ADN. —Jennyfer abrió mucho los ojos, habían captado su atención, ahora había que seguir tirando de ese hilo—. Sí, supongo que sabe que además del señor Fernández ha habido recientemente otro homicidio, un señor mayor a la entrada de la Manga. Lo que ocurre es que él consiguió arrancarle un mechón de pelo a su agresor antes de que lo matara, un pelo largo y moreno —hizo una pausa y miró directamente a los ojos a la detenida—, justo como el suyo.

—¿Estás de broma? ¡No me queréis colgar un muerto si no dos! —chillaba histérica mientras se revolvía en su silla—. ¡Sois unos cabrones y unos hijos de puta!

Raúl dio un sonoro manotazo contra la mesa.

—¿Qué hemos dicho de hablar educadamente? —Sus ojos soltaban chispas y su cara se había transformado en una máscara que solo reflejaba enfado.

—Le voy a contar lo que pasó, señorita García. Tuvo una fuerte discusión con José Fernández, pues él se había lanzado a vender marihuana en su territorio. Se vieron en la Manga, no sé si fue una invitación o si uno de los dos siguió al otro, pero no pasa nada, lo averiguaremos. Allí lo mató

ahogándolo en la piscina con la ayuda de su novio que, por lo que sabemos de él, tiene muy malas pulgas. Debieron hacer ruido y Don Miguel, nuestra segunda víctima, salió a ver qué pasaba. Lo mataron al tirarlo contra el separador de hormigón del aparcamiento de la urbanización, no sin que él hubiera tenido tiempo de arrancarle un mechón de pelo. Era un viejo sin familia, así que se deshicieron del cadáver simplemente tirándolo a un contenedor. Como José podía relacionarse con ustedes, robaron un barco en el puerto de la Gola y tiraron su cadáver al mar, con tan mala suerte que el oleaje lo trajo a la orilla en vez de llevárselo mar adentro. ¿Me dejo algo?

—No tienen una mierda. Ese ADN puede ser mío, y lo saben. ¡Yo no estuve en la Manga porque estuve en el Cala Cerrada! —El horror se dibujó en su mirada al percatarse de que había hablado más de la cuenta. Volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y se repantigó en la silla. Estaba enfadada y asustada y fruncía los labios en una mueca de disgusto. Raúl y el inspector Martínez cruzaron sus miradas durante un segundo y Raúl salió de la sala.

—¿Qué hacía en el Cala Cerrada, señorita García?

Solo obtuvo silencio por respuesta. Tas unos minutos el inspector supo que no conseguiría sacarle nada más. Ahora ella estaba ladeada, mirando fijamente a la pared, y al inspector le pareció ver que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sin hacer ruido se levantó de su silla y salió al pasillo a reunirse con Raúl.

—¿Qué opinas?

—Creo que dice la verdad, inspector. La hemos presionado bastante, cuando le hemos dicho que había dos cuerpos ha saltado sin reflexionar, y lo de confesar que estuvo en el Cala Cerrada no creo que estuviera fingiendo.

—Yo tampoco lo creo. ¿Le has pasado la información a nuestros compañeros de Drogas y Crimen Organizado?

—Sí, dicen que sabían que se estaba preparando algo grande y que nuestra Jennyfer estaba metida. Ahora, al menos, ya saben por dónde empezar a buscar. Van a presionarla para ver si consiguen más información. Es posible que esa chica no sea nuestra sospechosa, pero creo que nos va a ayudar a

cerrar más de un caso.

—Solo nos queda resolver una pregunta, Albaladejo, si no ha sido ella ¿quién es el responsable?

—Es posible que fuera su pareja. Tal vez aprovechando que ella estaba en la playa del Cala Cerrada él se fue a la Manga a liquidar a la competencia.

—Habrá que investigarlo. Vayamos a informar a los demás.

Tardaron tan solo unos minutos en subir a la oficina donde se encontraba la unidad. Pablo y Susana levantaron rápidamente la mirada de lo que estaban haciendo, pero fue Pilar quien se dirigió rauda hacia ellos y empezó con su apabullante parloteo.

—¡Ya estáis aquí! Bueno, ¿voy preparando la documentación para dársela al fiscal? ¿Ha confesado ella solita o habéis tenido que sacárselo por las malas? ¡Ay, pobrecita! Que yo sé que lo que esta chica ha hecho está muy mal, pero es tan joven y me da mucha pena. ¿A vosotros no os da pena ver cómo nuestra sociedad puede abandonar a los jóvenes?

El inspector Martínez levantó la mano pidiendo silencio y luego, muy despacio, se pasó el pulgar por la frente.

—¡Por Dios santo y bendito! Pilar, eres una auténtica ametralladora. Albaladejo, pon a tus compañeros al corriente que yo voy a llamar al comisario para decirle que, si bien aún no tenemos al asesino, al menos nuestro esfuerzo ha sido crucial para ayudar a los de Drogas y Crimen Organizado. A ver si eso nos consigue algo más de tiempo.

Y dicho esto se fue hacia su despacho y cerró la puerta para poder hablar con tranquilidad con el comisario. Los compañeros de Raúl estaban expectantes y Pili apenas pudo esperar a que su jefe cerrara la puerta para lanzarse a acribillar a preguntas a Raúl. Pero él se le adelantó y comenzó a contarles con todos los detalles que pudo la conversación que mantuvieron con la detenida. Una vez terminada, fue Pablo el primero en hablar.

—Estoy de acuerdo con vosotros en que me parece que no nos quiere decir

dónde estuvo porque andaba metida en algo de drogas, pero no parece que sea la persona que estamos buscando.

—Ya, pero volvemos a la casilla de salida. ¡Otra vez! Pili, ¿se sabe algo del análisis de ADN del pelo que encontramos en la mano de Don Miguel? ¿O de las hijas de los propietarios? —Susana sonaba abatida.

—Pues de momento no tenemos más información, pero voy a llamar a Murcia a ponerles las pilas a los del análisis de ADN. No sé si amenazarles con plantarme allí y no moverme hasta que tenga el informe o sobornarlos diciéndoles que les voy a llevar magdalenas caseras.

Cavilando cuál de las dos estrategias utilizaría cuando hablara con los patólogos de Murcia, Pili se encaminó a su mesa. Quedaron Susana, Pablo y Raúl formando un pequeño círculo cerca de la cafetera.

—Me hago un café y me pongo a buscar al novio de Jennyfer, es posible que sea una pista vacía, pero ese tipo me da mala espina —dijo Susana y dejó a los dos hombres solos.

—Oye, ¿has hablado ya con la del vestido rojo?

Raúl le guiñó un ojo mientras sonreía maliciosamente; Pablo, por su parte, se revolvió un poco incómodo.

—No he tenido tiempo, ya sabes que ayer me quedé aquí para rellenar el papeleo de la detención de Jennyfer.

—Cierto, gracias tío. Pero llámala, que es guapísima, y tú hace siglos que estás solo.

—Hombre, tampoco hace siglos, algunos meses, diría yo.

—Sí, treinta o treinta y cinco meses querrás decir —sonrió ufano Raúl al tiempo que le daba un codazo guasón en las costillas.

—¡Ay, mi madre! —Pilar se levantó de un salto, pasó por delante de Raúl y Pablo como una exhalación, y entró en el despacho del inspector Martínez sin ni siquiera llamar a la puerta.

—Jefe, no se lo va a creer, se lo digo yo que no se lo creer. ¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre! ¡Que esto es gordísimo!

—Pilar, mujer, cálmate y empieza a hablar en cristiano que veo tu boca moverse pero no sale nada de utilidad.

Pablo y Raúl habían entrado también en el despacho del inspector y estaban justo detrás de Pili, la única que parecía no haberse dado cuenta de lo que ocurría era Susana, que seguía pegada a su ordenador hablando con alguien por el manos libres.

—Pues mire, jefe, que no se lo va a creer, Juan Soto Sánchez, el chico que trabaja en la APD, pues por lo visto acaba de pedir que se le renueve el pasaporte desde el consulado que tenemos en Shanghái.

—¡Venga ya, Pili, no puede ser! —Se le escapó a Raúl. La mirada de Pili lo atravesó de parte a parte y él no pudo evitar enrojecer de vergüenza.

—Ya lo sé que no puede ser, por eso lo he comprobado varias veces, es el mismo nombre, la misma fecha de nacimiento y el mismo número de DNI, es él.

—Eso no puede ser. —El inspector Martínez se había levantado de detrás de su mesa—. Las autorizaciones para la renovación de pasaporte tardan varios días en llegar aquí, y a ese chaval lo vimos ayer.

Un extraño silencio se apoderó de la oficina.

—A lo mejor hemos estado buscando en el sitio equivocado, nunca investigamos al colaborador de la APD porque su coartada nos pareció buena y porque no tenía motivos, pero es posible que estuviera a medias con lo de la venta de marihuana y quisiera quedarse el negocio para él solo —se aventuró a decir Pablo.

—No sé qué está pasando, pero ahora mismo os vais a enteraros, y llevaos a Susana, no quiero sorpresas —dijo el inspector alternando su mirada entre Pablo y Raúl. Se dio la vuelta para sentarse tras su escritorio dando por terminada la conversación. Antes de que todos hubieran salido dijo con voz solemne—: Pilar, muchas gracias. Es posible que hayas resuelto el caso. — La secretaria se hinchó de orgullo y salió cerrando cuidadosamente la puerta.

Había una actividad frenética en el piso, Juan estaba tratando de quemar en el fregadero de la cocina todos los documentos que acreditaban quiénes eran mientras Elena metía en una bolsa de viaje unas cuantas cosas. Trabajaban en un silencio incómodo, Elena sabía que había estirado demasiado la cuerda y que ahora se había roto por su culpa. Toda su vida estaba patas arriba y ella era la única culpable, pues Juan se lo había advertido varias veces.

—¡Elena! —gritó desde la cocina—. ¿Estás segura de que no te queda nada? ¿Ni una nómina, ni una factura de teléfono, nada?

—Ya te lo he dicho, te he dado todos los papeles que tenía en la carpeta —respondió ella desde el baño, donde estaba metiendo los cepillos de dientes y una crema hidratante en una bolsa de aseo.

Juan se había enterado casi por casualidad de que los policías iban a volver a la sede de la APD. Había oído cómo preguntaban específicamente si él iba a estar cuando llegaran y entonces se dio cuenta de que ellos lo sabían, habían descubierto su secreto. Le había dicho a Ana que iba a salir a comprar unos pasteles de carne para comérselos en el almuerzo juntos y que volvería en cinco minutos. Ella, por supuesto, le había dejado salir sin sospechar que su verdadera intención era correr hacia su casa y no volver nunca más a la APD. Antes de escapar de su único trabajo estable, había borrado el historial de búsquedas de su ordenador, sabía que no serviría de nada frente a un técnico experimentado de la policía, pero al menos les haría ganar algo de tiempo. Subió los escalones del piso de dos en dos y no tuvo que explicarle nada a Elena, pues en cuanto ella vio su cara de terror supo que tenían que marcharse.

—¡Nos vamos, Elena!

Ella llevaba una mochila con unas cuantas cosas de aseo, fotos y el portátil, y en la bolsa de viaje había metido algo de ropa y el dinero en efectivo que Juan se empeñaba siempre en tener en casa, ahora entendía por qué. El fuego en el interior del fregadero ardía con una débil llama, ninguno se preocupó en apagarlo. Juan le cogió la bolsa de las manos y cuando estaba

a punto de abrir la puerta para salir al pasillo oyó unos golpes en esta.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

Juan se quedó congelado, parado en mitad del piso como una estatua de mármol. Toda su vida acababa de desmoronarse de nuevo. Elena dio un grito y se llevó las manos a la cara. La mochila que llevaba al hombro resbaló hasta el suelo. Juan recuperó un poco la compostura y se llevó el dedo a los labios pidiéndole silencio. Se oyeron más golpes.

—¡Policía! Sabemos que están ahí dentro, abran la puerta, por favor —dijo Pablo y volvió a golpearla con el puño.

—Vamos a tener que tirarla abajo con una patada como en las pelis americanas —le dijo Raúl a su compañero—. El problema es que esta es una puerta blindada y yo no tengo madera de héroe.

—Abran de una vez o tendremos que pedir un ariete y eso va a ser mucho peor para ustedes.

Y entonces sucedió lo inesperado. Elena, movida por un impulso que no sabía de dónde venía, caminó hasta la entrada y la abrió ante la mirada atónita de Juan. Sus ojos reflejaban traición, pero en los de Elena solo había derrota y cansancio.

Los policías entraron en el piso y se dispusieron bloqueando la salida. Elena había retrocedido hasta quedar a pocos pasos del sofá. Juan levantaba las manos en señal de rendición. Pablo se dirigió a la cocina y abrió el grifo del fregadero para apagar las llamas. Revisó los restos de papel quemado, aunque no quedaba gran cosa.

—Parecen facturas y papeles con datos personales.

Susana había sacado las esposas y se dirigía a ponérselas a Elena, que era a quien tenía más cerca.

—Dejadla en paz, ella no ha tenido nada que ver. Todo ha sido cosa mía —bramó Juan, mirando con intensidad a los policías.

—Hemos estado en esto juntos, Joan, no te pienso dejar.

—De eso nada, Elena, ¿me oyes bien? Prometí que te cuidaría.

—Un momento, ¿quién es Elena? Por los datos que tenemos tu novia se llama Laura Díaz, y tú no te llamas Joan sino Juan. —Raúl estaba desconcertado, al igual que sus compañeros.

—Venga, Joan, di la verdad, llevamos tantos años huyendo y mintiendo que ya ni llevo la cuenta. Este es el momento de soltarlo. —Ella lo miraba con sus enormes ojos marrones llenos de súplica. Él dudó un instante y luego habló.

—Ella no ha tenido nada que ver, ha sido todo culpa mía. —La mandíbula cuadrada y varonil ahora se desdibujaba en una máscara de tristeza.

—Pues dese la vuelta para que le ponga las esposas, queda detenido por el asesinato de José Fernández Cantero en la madrugada del sábado dieciséis de abril.

Ambos jóvenes se pusieron a protestar a voces, sostenían que no habían tenido nada que ver, que su crimen era otro, que se estaban equivocando.

—Bueno, ya está bien. —Pablo, por lo general discreto y tranquilo, había sacado su lado más duro—. Nos vais a decir lo que está pasando porque estamos hartos de dar vueltas. —Miró a Elena, pues comprendió que en esa habitación ella era la que tenía más posibilidades de hablar—. Dinos qué ocurre, y más vale que nos lo cuentes todo.

—No somos Juan y Laura.

—Para, Elena, por favor, te lo suplico.

—Deje hablar a la señorita —sentenció Raúl con una mirada que no admitía réplicas.

Elena se puso a hablar de cómo se conocieron, de su barrio, sus familias, la miseria en la que habían crecido y, mientras lo hacía, gruesos lagrimones le surcaban el rostro.

—Fue hace tres años, estábamos vendimiando en la Rioja y conocimos a estos dos chicos de Cartagena, Juan y Laura y en seguida nos hicimos amigos. Querían viajar por el mundo entero, conocer todos los países y aprender un poco de cada sitio. Nos hablaron maravillas de Cartagena, de su gente, su gastronomía y de su mar. Esa idea nos cautivó, de repente solo

podíamos pensar en ser como ellos, en vivir su vida. Cuanto más lo pensaba más me gustaba Cartagena, con cada anécdota que me contaba Laura más sentía que esa podía haber sido mi vida. Y...

—Déjame a mí, Elena —le suplicó Joan y ella asintió levemente—. Y entonces pensé en que podíamos hacernos pasar por ellos. No por ellos exactamente, pero sí usar sus nombres para empezar de cero lo suficientemente lejos de casa en una ciudad que nos recordara con su Mediterráneo a Barcelona, pero sin todos los recuerdos que nos destrozaron la vida.

—Lo que viene siendo un delito de suplantación de identidad —añadió Raúl, lo que se valió una vinagrada mueca de reproche por parte de Joan.

—Sí, una suplantación de identidad, pero no hemos robado nada. Los dos hemos encontrado trabajo, hemos empezado de cero y ahora somos legales. Solo necesitábamos sus nombres como tapadera.

—Hemos trabajado muy duro para llegar aquí. Incluso nos hicimos socios de la biblioteca y nos empapamos de la historia de la ciudad para poder hacernos pasar por auténticos cartageneros. Si se da cuenta, hemos perdido el acento catalán casi al completo. Ahora sé lo que es una *leja*, un *crepilllo* o un *aladroque*.

Susana asintió, es verdad que no había ni rastro de acento catalán. Elena no pudo más y comenzó a llorar a lágrima viva. Lentamente se deslizó hasta quedar sentada en el suelo con la espalda apoyada en el sofá.

—No saben lo que hemos tenido que pasar —dijo de forma entrecortada—. No se lo imaginan. Nadie se lo puede imaginar, apenas conocí a mis padres, mi mejor amiga murió de una sobredosis, mi hermana es prostituta en la Boquería... —Se puso a hipar de forma inconsolable y Susana le tendió un *kleenex* con el que se sonó ruidosamente—. No le hemos hecho daño a nadie, por fin empezábamos a tener una vida de verdad. ¿Saben que hasta hablábamos de tener niños? —Algo parecido a una sonrisa iluminó por un breve instante su rostro.

Raúl no pudo más y se acercó hasta donde estaba la joven y se puso en

cuclillas al lado de ella. Suavemente le levantó el mentón hasta hacer coincidir sus ojos con los suyos.

—Tienes razón, no sabemos por lo que habéis pasado, yo soy padre y no quiero imaginarme a mi hija pasando por una situación como la tuya. Es verdad que no le habéis hecho daño a nadie y que habéis contribuido con la sociedad trabajando. Tu novio encima se ocupa de preservar el medio ambiente de la zona, pero habéis cometido un delito y tenéis que venir con nosotros. —Ella suspiró amargamente y a punto estuvo de bajar la cabeza, pero Raúl se la levantó de nuevo para seguir mirándola a los ojos—. Nuestro trabajo es hacer cumplir la ley, ¿lo entiendes? Pero yo mismo hablaré con el fiscal para que no sea demasiado duro con vosotros, viendo vuestros antecedentes creo que ya habéis cumplido suficiente penitencia. —Elena asintió y se puso en pie.

—¿Cómo nos habéis encontrado tan rápido? —preguntó Joan.

—Viendo que tardabas en llegar tu jefa nos llamó y vinimos aquí directamente, sin pasar por la APD.

—Se le va a romper el corazón a Ana —dijo el joven casi en un susurro.

—No lo creo, parece una mujer muy íntegra y con unos valores muy fuertes, y si bien no creo que le haga ninguna gracia que le hayas estado mintiendo, cuando se entere de por qué lo has hecho mi instinto me dice que será comprensiva —dijo Susana mientras se ponía a la espalda de Elena y la acompañaba a la puerta. Raúl y Pablo hicieron lo propio con Joan.

—A veces nuestro trabajo es una mierda —dijo Raúl entre dientes, a nadie en particular.

Había decidido que se daría un homenaje, se acercó a una pescadería cercana al puerto y compró almejas reales, berberechos y un filete de pez espada. La cocina olía con las salsas que estaba preparando para acompañar cada plato: las almejas pensaba hacerlas a la marinera, los berberechos tenían tan buena pinta que los haría simplemente al vapor y con un chorrito de

limón y algo de pimienta, y para el pez espada estaba preparando un aliño con perejil y ajos que colocaría sobre el filete una vez que estuviera hecho a la plancha. Descorchó una botella de vino blanco, un vino de Rueda que sus abuelos tenían en la bodega, y se sirvió una copa mientras cocinaba. Había puesto a Sabina, le gustaba oírlo mientras cocinaba, concretamente el directo de *Nos sobran los motivos*, le tenía mucho cariño a ese CD que le pidió a sus padres como regalo de Navidad estando en el instituto. La cebolla chisporroteaba en la sartén y Loken estaba en el salón persiguiendo una araña que había sido más rápida que él y se había escondido debajo del mueble del televisor. Ahora tenía el morro pegado a la parte baja del mueble y le daba con la pata tratando de hacer salir al arácnido.

Tenía que llamar a su hermano para ver qué día le venía bien para ir a comer a casa de sus padres. A pesar de la experiencia que tenía con el tema, le seguía maravillando la capacidad de su madre para conseguir que los demás hicieran siempre lo que ella quería. Se preguntó dónde habría aprendido esa técnica o si era algo con lo que había nacido. Desde luego ella no tenía ese increíble don para la manipulación.

Sabina seguía llenando el aire con su voz rasgada, y *Que se llama soledad* invitaba a dejar de cocinar para escuchar con atención su letra. Siempre le fascinó la capacidad de Sabina de transmitir tanto con sus canciones.

Cuando el alma necesita un cuerpo que acariciar.

Ese verso la hizo estremecerse. Siempre le había parecido especialmente evocador, pero ahora lo veía desde una perspectiva aún más profunda. En su vida había habido varios hombres, y mirando ahora con retrospectiva, se daba cuenta de que ninguno había estado a la altura. Ella siempre se imaginó casada, siendo una madre joven, llevando a los niños al colegio en su monovolumen y llenando el maletero de bicicletas los fines de semana para irse de excursión.

Tenía el todoterreno con espacio suficiente en el maletero, pero le faltaba todo lo demás. Estaba cansada de ir de fiesta en fiesta sentándose en reservados acompañada de las *celebrities* de moda en ese momento. Le

apetecía encontrar a alguien con quien sentar la cabeza y tener una vida en común. Quería encontrar un alma que estuviera siempre dispuesta a acariciar.

—Un excelente trabajo, chicos —dijo el inspector Martínez cuando Susana, Pablo y Raúl entraron—. No era lo que estábamos buscando, pero al menos hemos conseguido algún tipo de respuestas.

—Pues a mí me da una pena tremenda, jefe —añadió Pili, que se había unido a la conversación.

—A mí también, mientras veníamos para acá nos han estado contando cómo ha ido su historia y la verdad es que ha sido una auténtica mierda. Ahora que parecía que sus vidas estaban un poco encauzadas el asesinato de Pepe los ha puesto en nuestro radar. Ya es mala suerte que tu compañero de trabajo la palme y la policía se entere de todo lo que has hecho antes... —Raúl sonaba completamente abatido.

—Y pensar que tenemos políticos que han robado todo lo que pueden y más y siguen campando a sus anchas y esos pobres... En fin, a veces no sé de qué lado estamos.

—Del lado de la ley, Pablo —sentenció el inspector Martínez—. No siempre parece que hagamos lo correcto, pero te aseguro que al final cada uno recibe lo que se merece. Hemos informado al consulado de Shanghái y estamos esperando respuesta de los auténticos Juan y Laura, si no presentan cargos Joan y Elena no tendrán demasiados problemas.

—Eso espero —suspiró Susana.

Cada uno se dirigía hacia su mesa, ya que aún no tenían al asesino que tantos quebraderos de cabeza les estaba dando. Raúl iba cabizbajo y con los hombros hundidos, a pesar de aparentar ser el más duro, en el fondo se tomaba su trabajo muy a pecho; y para él lo más importante era proteger a los débiles. Ahora sentía que estaba fallando.

—Una cosa más —añadió el inspector Martínez—. Nos ha llamado el comisario para felicitarnos. —Todo el equipo se paró en el acto y miraron

intrigados al inspector—. Nuestros compañeros de Drogas y Crimen Organizado han estado presionando a Jennyfer y ha optado por hacer un trato. Por lo visto recibieron hace unas semanas un cargamento de droga proveniente de África en Cala Cerrada y se espera otro para dentro de dos días, están montando todo un operativo para cogerlos con las manos en la masa.

—Bueno, al menos algo bueno ha salido de todo este lío.

—Sí, da la impresión de que Jennyfer está un poco harta de ese tipo de vida, a lo mejor aprovecha esta oportunidad para salir de ese mundo y tener una vida algo más legal.

—Eso es difícilísimo, jefe, pero si la chica necesita ayuda, yo estoy aquí para dársela —se ofreció voluntaria Pili—. Conozco a gente que trabaja en el Proyecto Hombre que seguramente pueden ayudarla a dejar sus adicciones y a tener una buena vida. Esa chiquita se lo merece. Además, está delgadísima, lo primero que necesita es comerse un buen plato de garbanzos con cerdo, y ya verás tú como después de eso ve la vida de forma distinta.

—Sí, Pili, la ve con colesterol y diabetes —bromeó Raúl.

—Di lo que quieras, pero mi abuela nos hacía unos garbanzos que eran capaces de levantar de la tumba al mismísimo San Pedro de lo buenos que estaban.

—Pues a ver si nos haces un *tupper* para que los probemos por aquí, ¿o solo los detenidos tienen derecho a probarlos? —Susana se había sumado a la chanza.

—¿Y si volvemos al trabajo? —comentó el inspector Martínez al tiempo que se daba la vuelta y se dirigía a su despacho—. Pilar, infórmale de lo que hemos recibido de los técnicos, que yo tengo que hablar con el comisario de nuevo.

—Por supuesto, jefe —dijo con una sonrisa la secretaria y se lanzó hacia su mesa, donde cogió unos papeles que entregó a sus compañeros.

—Los técnicos ya han procesado el barco robado en la Manga, no hay absolutamente nada.

—Eso era de esperar, la lluvia que cayó justo antes sirvió para borrar todas las pruebas.

—El puente que le hicieron al motor fue seguramente con un destornillador, algo que se puede encontrar en cualquier caja de herramientas de cualquier hogar español. Lo más probable es que se deshicieran de él tras emplearlo tirándolo al mar o a una papelerera. Buscamos en las papeleras cercanas al punto de amarre pero no encontraron nada. El volante y la palanca de velocidades no tienen restos de ADN ni de huellas.

—El asesino era un chapuza, pero lo suficientemente listo como para que aún o hayamos sido capaces de pillarlo —se lamentó Pablo.

—Pero pronto lo tendremos, estoy segura de eso —dijo Pili con una gran sonrisa que reconfortó a sus compañeros—. Ya habéis oído al jefe, a trabajar se ha dicho.

Todos se dirigieron a sus mesas, aunque algo cabizbajos y con la moral por los suelos.

Irene no cabía en sí de gozo, iba a reunir a sus hijos para comer dos veces en menos de quince días, algo que no pasaba prácticamente desde que Marta se fue a Madrid. Sí que es verdad que a veces le tocaba recurrir un poco al chantaje emocional (en el cual sobra decir que es toda una experta), pero es por una buena causa. Irene se preciaba de no haber robado, ni pegado ni haber obrado con malicia nunca, se consideraba una buena persona, y si a veces «forzaba» un poco la conversación con sus hijos era precisamente porque los quería con locura. Había conseguido convencer a Marta de que fuera ella quien se encargase de invitar a Alejandro a comer, ella le llamaría después para preguntarle qué le apetecía comer y entonces le haría la gran pregunta, ¿cuándo va a venir Arturo a comer a casa? Ya iba siendo hora de que la pareja de su hijo se sentara a su mesa, así ella podría interrogarlo en condiciones, ya que hasta el momento solo obtenía información por boca de Alejandro, y ella la quería de primera mano.

Fernando había salido y tenía la casa para ella sola, así que aprovechó para

darle una limpieza al salón. Irene disfrutaba con una casa limpia y ordenada, y no le importaba dedicar un buen número de horas a tenerla en perfecto estado de revista. Empezó con las fundas de los sillones del salón, las quitó y las puso en el suelo, pues su intención era lavarlas. Luego cogió el plumero y se dedicó con esmero a quitar el polvo de los estantes y del mueble biblioteca. Por último, decidió vaciar el revistero y tirar las revistas atrasadas al contenedor de reciclaje de papel. Justamente, mientras ordenaba las revistas, vio a Marta en la portada de un *Hola* de varios meses atrás, iba a la entrega de premios de una conocida marca y estaba preciosa. El pelo moreno peinado con grandes ondas abiertas, un maquillaje discreto, aunque con unos marcados labios rojos y un espectacular vestido de lentejuelas negro con la espalda al descubierto. Le pudo la curiosidad y abrió la revista para seguir viendo fotos. Entre varias tomas con otros famosos allí estaba ella, radiante, con esa sonrisa tan natural que era su mayor seña de identidad. Y entonces lo vio... El futbolista estaba junto a ella en la foto siguiente, el esmoquin demasiado ceñido, el pelo demasiado engominado, los zapatos demasiado brillantes y el moreno demasiado falso. A Irene no le había caído bien nunca, pero desde su patética aparición en la televisión se había convertido oficialmente en *persona non grata*.

Arrancó la página casi sin darse cuenta y haciendo una bola de papel la tiró al suelo. Ya había tenido suficiente de ese futbolista, y sobre todo su hija, ella se merecía alguien mejor, y a ser posible de Cartagena. Irene no estaba dispuesta a rendirse en su cruzada maternal de traer a su hija a Cartagena de nuevo, y tenía claro que la mejor manera de conseguirlo era echándose un novio de la ciudad. Tendría que hablar con sus amigas, nadie mejor que ellas para encontrar soluciones a sus problemas, seguramente alguna tendría algún sobrino en edad de merecer que pudiera ser del gusto de Marta.

Esa idea le resultó especialmente reconfortante y le sacó una gran sonrisa. Se puso a tararear las estrofas de *Tatuaje* de la gran Concha Piquer.

Tenía por costumbre subir a pie las escaleras hasta la unidad, pero hoy, por

un extraño motivo, no se sentía con fuerzas y cogió el ascensor. La luz mortecina de la lámpara del techo le hacía un flaco favor, y casi dio un traspié al ver su imagen reflejada en el espejo del ascensor. No podía creer que esa imagen fuera la suya, no pudo menos que preguntarse cuándo habían llegado esas ojeras y habían decidido instalarse bajo sus ojos. Es verdad que la noche anterior había estado dando vueltas en la cama y le había costado conciliar el sueño. Ella siempre había hecho gala de entereza, pero este caso también estaba haciendo mella, y además, ya no era ninguna chiquilla. Se miró una vez más antes de que se abrieran las puertas indicando que había llegado a su piso, al salir del trabajo pasaría por la peluquería para pedir hora para el tinte, y se pasaría por su perfumería favorita para que le aconsejaran una buena crema hidratante, porque está visto que la suya no está haciendo el efecto que anuncia.

Llegó como casi siempre la primera a la oficina de la unidad, le gustaban esos pequeños instantes de soledad antes de que llegaran los chicos y el ambiente cambiara por completo. Encendió los ordenadores y puso en marcha la cafetera. Cuando se estiró para coger un filtro del armario situado encima de la cafetera, sintió un pequeño tirón en el hombro, ya no tenía veinte años, de eso no cabía duda. Se dirigió a su mesa y dejó el bolso encima del escritorio, al lado de la foto con sus hijos en la Navidad de hace un par de años y de una imagen de San Judas Tadeo, patrón de las causas perdidas.

Miró a la silenciosa oficina y al reparar en los escritorios de cada uno se dio cuenta de cuán diferentes eran los que allí trabajaban. En el de Raúl había un pisapapeles con forma de cabina azul de noséqué serie de televisión, se lo había explicado varias veces, pero nunca había entendido de qué iba realmente, y un marco con forma de robot con una foto de su mujer y su hija. Había papeles por todos lados, bolígrafos de colores y rotuladores esparcidos por la mesa, y un *flyer* de un concierto de rock debajo de todos los papeles. El de Susana sin embargo estaba immaculado, todo ordenado, los bolígrafos en el lapicero, no había nada que estuviera fuera de lugar. Solo se permitía como decoración un porta-notas con forma de flor donde tenía una foto de su gata.

«Esta muchacha nunca encontrará marido si tiene fotos de su gata en su escritorio», pensó para sí Pilar antes de pasar a revisar el escritorio de Pablo. Ordenado, a su manera, con un pisapapeles con forma de barco, *souvenir* de una regata que disputó hace años y varios bolígrafos con forma de los personajes de Star Wars. «Este tampoco se casa como siga a este ritmo», pensó Pilar dando un sonoro suspiro.

El inspector Martínez entró unos minutos después, parecía tan cansado como ella misma. La saludó con una inclinación de cabeza y se fue directo a su despacho. Ella tenía tantas ganas de cerrar ese caso como él, sabía que la moral del equipo estaba en juego y tenía la sensación de que la detención de los dos jóvenes el día anterior no había ayudado para nada. Es la cara amarga de este trabajo en el que a veces hacer lo correcto no significa necesariamente hacer lo mejor.

Un par de horas más tarde todo el mundo estaba en la unidad trabajando frenéticamente. El teléfono sonó en la mesa de Susana y, tras un par de segundos hablando, se puso en pie de un salto. El gesto no pasó desapercibido para ninguno de sus compañeros y Raúl y Pablo dejaron lo que estaban haciendo y fueron directos a la mesa de Susana. Esta tenía una expresión ceñuda de tremenda concentración y asentía al tiempo que repiqueteaba con un bolígrafo en la mesa.

—Gracias por todo, sois estupendos. —Un ligero silencio al otro lado de la línea—. Inés, no te lo vas a creer, pero creo que acabas de resolver este caso.

Antes de que terminara de colgar Raúl la avasalló con varias preguntas.

—¿Era Inés? ¿Qué ha dicho?

Susana sonrió de oreja a oreja.

—Sí, era Inés, acaba de recibir el informe del ADN que le han mandado de Murcia, y ya sé quién mató a Don Miguel, y creo que me hago una idea de quién pudo haber matado a Pepe.

El sonido del timbre inundó el campus de El Paseo, marcaba el final de la hora de clases, y los estudiantes comenzaban a dirigirse a sus casas o a la cafetería para comer. Poco a poco el patio se iba vaciando y solo se veían unos cuantos estudiantes sentados bajo los árboles o dirigiéndose a la biblioteca. Raúl vio al grupo parado cerca del parking de bicicletas y le hizo un gesto a sus compañeros para que se dirigieran todos hacia allí. Antes de llegar, Susana le había enviado un mensaje a Cristina para comunicarle que habían hecho un gran avance en la investigación. Cristina miraba incómoda a todos lados mientras Iván, al que Raúl había decidido llamar *carapero*, hablaba sin apenas separar los labios dando un aspecto feroz. Elsa y Pedro estaban cogidos de la mano y miraban al suelo sin dirigirse la palabra.

Los tres agentes se dirigieron hasta donde estaban los jóvenes y los saludaron con un gesto amistoso. Cristina tomó la palabra antes incluso de que llegaran a su nivel.

—¿Han hecho progresos en el asesinato de Pepe? —Su voz sonaba aguda, estridente, llena de precipitación.

—No exactamente, pero estamos un paso más cerca de conseguirlo.

—Pero... No entiendo, por teléfono me ha dicho que habían hecho grandes progresos.

—Los haremos, estoy seguro de que los haremos —dijo Raúl con una media sonrisa—. De momento nos vamos a llevar al asesino de Don Miguel.

Mientras sus compañeros hablaban, Pablo se había colocado detrás de Pedro y, cuando Raúl comenzó a hablar, le llevó los brazos a la espalda y le puso las esposas. La conmoción estalló en un milisegundo, Pedro trató de resistirse, pero vio que era inútil y finalmente se dejó hacer. Elsa tenía la boca abierta sin saber si echarse a llorar o ponerse a gritar para pedir ayuda.

—Pedro Morales Fernández, queda detenido por el asesinato de Miguel Ros Ortega. Tiene derecho a guardar silencio, y a estar representado por un abogado...

—¡No digas nada, Pedro! —Ladró Iván—. No tienen nada contra ti, no digas nada.

—Don Miguel tenía un mechón de su pelo entre los dedos, nos ha llegado esta mañana el informe del laboratorio forense. Nos lo llevamos a comisaría para tomarle declaración y luego lo pondremos a disposición del juez. Estamos bastante seguros de que también intervino en el asesinato de Pepe, ahora solo falta saber si hubo premeditación o algún otro tipo de agravante. En cualquier caso, irá a la cárcel seguro.

Pedro lanzó una última mirada a sus amigos con los ojos vidriosos por las lágrimas que pugnaban por salir. Iván alternaba su mirada furibunda entre sus compañeros y los dos policías que llevaban a Pedro esposado hasta el coche. Susana se quedó unos instantes entre los jóvenes.

—Siento que hayáis tenido que presenciar esto, pero era la única manera de evitar que Pedro estuviera sobre aviso. —Miró a Elsa directamente a los ojos—. Lo siento, no va a ser fácil para ti, primero pierdes a uno de tus amigos y ahora te enteras de que tu novio es un asesino, es mucho para asimilar. No dudes en buscar ayuda psicológica si la necesitas.

Elsa la miró con una súplica dibujada en sus ojos, iba a dar un paso hacia la inspectora pero Iván le puso los brazos alrededor de los hombros en un gesto paternal.

—No se preocupe, inspectora, nosotros cuidaremos de nuestra amiga.

Susana asintió, pero no le pasó desapercibido el hecho de que Iván apretaba el hombro de Elsa con excesiva presión y la mueca de disgusto que hizo ella cuando él la tocó. Se dirigió a Cristina, que había quedado inmóvil, siendo una muda espectadora de todo lo que había pasado.

—Pensamos que los dos casos pueden estar relacionados, ya se sabe que a veces incluso los mejores amigos pierden los nervios. Podemos demostrar que Pedro mató a Don Miguel, y si también podemos demostrar que acabó con la vida de Pepe pasará muchísimo tiempo en la cárcel.

Elsa se puso a llorar desconsoladamente y Cristina solo pudo asentir levemente. Susana se dio media vuelta y se dirigió al coche con sus compañeros, dejando tras de sí a tres estudiantes cuyas vidas no volverían a ser las mismas nunca más.

Tenía el teléfono puesto en manos libres mientras terminaba de dar los últimos retoques a una campaña que estaba preparando para una nueva empresa de informática que quería cambiar su logotipo. Le estaba quedando realmente bien, y pensaba enseñárselo al cliente en la reunión que tendría con ellos por la tarde. La llamada de Marta le pilló por sorpresa, pues había hablado con ella un par de días antes, y su hermana no era de las que llamaban con demasiada frecuencia.

—Pues mira, siento molestarte en el trabajo, pero es que mamá me ha liado y ahora resulta que tengo que invitarte a comer a su casa para aun día de estos.

Su hermano estalló de risa al otro lado del hilo telefónico.

—Sí, eso es algo que le pega a mamá. De hecho, siempre me he pregunta si en los setenta no habría trabajado para la CIA o el KGB, porque sus métodos de interrogatorio y de manipulación son dignos de los mejores espías de la Guerra Fría.

—¡Yo pensé exactamente lo mismo! —Y Marta estalló en una carcajada ella también.

Arturo levantó la vista de la ilustración que estaba terminando, intrigado por el estruendo que salía del móvil de Álex. Este le hizo un gesto con la mano y Arturo se dirigió a la mesa de su compañero y se sentó en el borde para poder seguir escuchando la conversación.

—Marta, estás en manos libres y Arturo está justo a mi lado.

—¡Hola, cuñado! Mira, me viene fenomenal que estés escuchando, mi madre quiere invitarnos a comer y quiere que vengas tú también. Habrá fideuá, o cualquier cosa que digas que te gusta, creo que te va a mimar más a ti que a nosotros.

Arturo dio un ligero respingo al escuchar la invitación y Alejandro se apresuró en desviar el tema de conversación.

—Ya veremos, hermanita, ahora mismo tenemos mucho trabajo, te lo digo por mensaje si al final podemos ir los dos. Por cierto, ¿cómo llevas lo de tu novio en la tele pidiendo perdón en horario de máxima audiencia?

Marta se explayó de nuevo en lamentar esta situación en la que el futbolista la había puesto y durante diez buenos minutos vació su corazón contándole a su hermano cómo se sentía y lo mal que se lo estaban haciendo pasar los *haters* de internet. Se despidieron con cariño y Alejandro se acercó y rodeó a Arturo por la cintura con sus brazos tras colgar el teléfono.

—No tienes que ir si no quieres, ya sabes que mi madre es un poco pesada con estas cosas.

Hubo un instante de silencio y al fin Arturo se decidió a hablar.

—No, en verdad no lo sé.

Esta respuesta pilló completamente por sorpresa a Álex, que soltó a su pareja y se situó delante de él mirándolo a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A que a veces pienso que te avergüenzas de mí y por eso no me quieres presentar a tus padres. Tú has venido decenas de veces a comer a casa de mis padres, hasta tienes tu propio cepillo de dientes en el cuarto de baño, pero yo nunca he visto a los tuyos salvo de lejos. Y con tu hermana solo hemos coincidido en un par de ocasiones, entiendo que vive fuera y que viene poco a Cartagena, pero es que cuando viene nunca la veo.

—No tenía ni idea de que eso fuera tan importante para ti.

Arturo no respondió, se limitó a mirarlo con intensidad esperando a que él siguiera hablando.

—Es posible que haya estado evitando un encuentro con mis padres... —comenzó a admitir Alejandro.

—¡Lo sabía! No quieres que me conozcan

—No, no es eso. Es... —enmudeció, no sabía cómo continuar la conversación. Arturo se dio cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo por sacar algo que llevaba durante un tiempo queriendo decir y que no era capaz de hacerlo. Se acercó y le cogió la mano entre las suyas, con cariño se la besó invitándolo a seguir.

—Tú siempre supiste que eras gay, y actuaste en consecuencia. Yo lo

sabía, pero no quería admitirlo y tuve un par de novias, sólo para ser *como la gente normal* —Se notaba la angustia en su voz al hablar sobre ese tema.

—Eso ya lo sabía, tú mismo me lo contaste.

—Sí, pero mi madre es una bocazas, y seguro que acaba sacando el tema solo para humillarme, me molestaré, nos peharemos y me iré de allí jurando que no volveré nunca a más a pisar su casa. O, como ya he dicho que es una bocazas, hará algún tipo de comentario completamente desafortunado sobre ti, o nosotros, o nuestro trabajo, o cualquier otra cosa y te sentirás incómodo, así que me molestaré, nos peharemos y me iré de allí jurando que no volveré nunca a más a pisar su casa. Porque así es mi madre, la conozco, y la quiero con toda mi alma, pero es que a veces saca lo peor que llevo dentro.

Arturo se acercó y le dio un beso que completó con un largo abrazo.

—No te preocupes, no creo que tu madre sea tan mala como la pintas.

—No, si mala no es, lo que pasa es que a veces no tiene filtros, habla sin pensar y acaba haciendo mucho daño.

—Bueno, estaremos juntos comiendo fideuá, podremos con eso, te lo prometo.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido —dijo con una enorme sonrisa y volvió a besarlo—. Aunque tal vez deberíamos tener alguna palabra de socorro, cuando veamos que el tema se pone candente, la decimos y tratamos de cambiar de tema por todos los medios. Así nadie se molesta y podrás volver a casa de tus padres sin haberte cabreado con ellos.

—Es una idea estupenda, ¡cómo se nota que tú eres el listo de la pareja!

—Claro que sí, yo soy el listo y tú el guapo, cada uno con su rol —dijo Arturo, y su sonrisa volvió a aflorar inundando el estudio y contagiándose a Alejandro.

Lo habían llevado esposado a la comisaria, y ahora estaba en un cuarto sin ventanas y con una luz mortecina temblando de miedo y con un sudor frío

recorriéndole la espalda. Por más que trataba de explicarse cómo había llegado allí solo era capaz de encontrar ruido dentro de su cabeza. Le habían dejado solo, y este tiempo para meditar estaba acabando con él. Llevaba el pelo pegado a la frente por el sudor, a pesar de que no hacía calor en la habitación. Miraba nervioso a la puerta y con cada sonido que oía proveniente del otro lado daba un pequeño salto involuntario. Trataba de relajarse respirando con tranquilidad, pero sus esfuerzos eran inmunes, seguía tiritando de miedo. Oyó pasos en el exterior de la puerta y entonces vio el pomo girar y la puerta abrirse.

El subinspector Albaladejo entró en la sala de interrogatorios llevando una carpeta en la mano y la decepción pintada en el rostro. Estaba serio, mucho más que las otras veces que lo había visto. Lo recordaba como alguien afable, con una gran sonrisa, pero en este momento no quedaba ni rastro de ella. Se sentó en una silla al otro lado de la mesa y se puso a ojear los papeles que tenían en la carpeta deliberadamente despacio. Al cabo de unos minutos que fueron eternos para Pedro, dejó la carpeta encima de la mesa y se repantigó en la silla. Miró a Pedro directamente a los ojos y este tembló de pies a cabeza.

—Tus padres van a estar muy decepcionados, chaval.

Pedro tembló una vez más, había tratado de evitar pensar en sus padres desde la detención, el subinspector tenía razón, su padre iba a estar muy decepcionado, pero es que a su madre se le iba a romper el corazón. Una lágrima pugnó por salir al pensar en ella, pero decidió contenerla. No se dejaría amedrentar por el inspector.

—Como veo que no te apetece mucho hablar, te voy a contar lo que creo que pasó aquella noche, y tú me dices si voy bien encaminado o no. Quedaste con Pepe en la Manga, te enteraste de su negocio clandestino y querías sacar tajada, él, que venía de una familia de dinero, no quería compartir los beneficios contigo, eso te cabreó y lo mataste. Elegiste la urbanización porque en invierno suele estar vacía, pero no contabais con que Don Miguel es un residente permanente, os oyó discutir y te vio ahogar a tu amigo en la

piscina, así que tuviste que matarlo a él también para eliminar al testigo. Luego te fuiste de fiesta con tus amigos para que nadie sospechara. ¿Voy bien?

Pedro no dijo nada, solo acertaba a mantener la vista fija en sus zapatos para así no tener que mirar a Raúl a los ojos.

—Tu mejor amigo, Pedro, él te dio una puñalada traperera al no querer hacerte partícipe de su negocio, y tú se la devolviste. Es normal, él no quería compartir los beneficios, era un egoísta de clase alta, y tú el hijo de un mecánico, no podías permitir que te tratara como a un empleado.

Pedro apretó los dientes con fuerza, la vena en su sien comenzó a palpar con fuerza.

—El viejo también se lo merecía, todo el mundo dice que es un cascarrabias, además de que no tiene familia, nadie iba a echarlo de menos.

Empezó a frotarse las manos compulsivamente, le estaba costando respirar. Por favor, se decía, que el subinspector se marche pronto. Por favor, por favor.

—Lo malo es la situación en la que has puesto a Elsa. —Al oír su nombre dio un salto en su silla y paró el movimiento de las manos que tan ocupado lo tenía hasta unos instantes antes. Raúl supo que era por ahí por donde debía tirar del hilo si quería conseguir algo—. Ahora ella quedará estigmatizada, será una paria social. La chica que salió con un asesino ¿te lo imaginas? Es la novia del tipo que mató a su mejor amigo y a un anciano a sangre fría reventándole la cabeza contra el cemento. ¿Crees que se sobrepondrá a eso?

Pedro tenía los ojos vidriosos, su respiración se agitaba por momentos.

—Le lloverán las críticas en las redes sociales, ya sabes cómo es la gente con estas cosas, seguramente le rayen el coche, o la insulten por la calle. Y todo eso será culpa tuya, tú eres el asesino, mataste a Pepe, y mataste a Don Miguel, pero él pudo arrancarte un mechón de pelo antes de que lo mataras a golpes.

—¡Fue un accidente! —gritó Pedro mientras se ponía de pie—. Yo no quise hacerle daño a nadie, fue un accidente...

—¿Y pretendes que me crea eso? —Los ojos de Raúl brillaban como dos esmeraldas, el contacto visual con ellas hacía daño, como si te cortara un cuchillo afilado—. Cuando se comete un accidente no se tira el cadáver al contenedor.

—Fue Iván, Iván nos dijo que lo hiciéramos. —Pedro dudó unos instantes, se notaba en su rostro que tenía miedo, pero poco a poco otro sentimiento fue abriéndose paso, era la determinación. Con los ojos aún vidriosos se sentó, se apartó el pelo de la cara y comenzó su relato.

—Fue Iván. Él nos obligó.

—¿Os obligó? ¿A quiénes?

—A todos, incluido a Pepe. No pasó como ustedes piensan, el daño colateral no fue Don Miguel sino Pepe.

—Cuéntame qué pasó y tal vez podamos hablar con el fiscal.

—Nos fuimos a la playa, a casa del padre de Cristina.

—No nos consta que su padre tenga ninguna propiedad allí.

—No es su padre biológico, pero lleva con su madre más de quince años. Ella siempre dice que con una boda que acabó en divorcio tiene más que suficiente, y por eso nunca se casó con ese hombre.

Raúl pensó que por eso no habían sido capaces de encontrar nada en los archivos, a pesar de los esfuerzos de Pili revisando bases de datos.

—Como hacía buen tiempo estábamos fuera, pedimos unas pizzas y estábamos escuchando música. No estábamos montando demasiado escándalo, pero Don Miguel es un borde y en cuanto nos vio salió a echarnos la bronca. Iván se rio de él y le llamo «viejo estúpido» o algo parecido, él se cabreó y en vez de tomarla con Iván me pegó un tirón del pelo. Yo me volví instintivamente y le di un empujón, no demasiado fuerte, lo prometo, pero se cayó y se golpeó la cabeza. Al principio nos reímos de él, íbamos todos un poco borrachos, pero al ver que no se movía comenzamos a preocuparnos. Tratamos de buscarle el pulso, pero no tenía.

—En efecto, según nuestra forense la muerte fue en el acto, al menos no

sufrió.

Pedro asintió, no estaba demasiado convencido, pero prefería pensar que tuvo una muerte rápida y no dolorosa.

—Iván se hizo cargo de la situación, dijo que como no tenía familia nadie lo iba a echar de menos y entre todos lo metimos en el contenedor. Ya le he dicho que íbamos algo borrachos, además de que estábamos muertos de miedo por lo que acababa de pasar. Entonces Pepe, que era el que menos había bebido, empezó a decir que estaba mal, que teníamos que llamar una ambulancia, explicar que había sido un accidente, pero Iván se puso hecho una fiera. Tuvieron una discusión enorme, Pepe trataba de convencernos de hacer lo correcto, pero Iván solo decía que él era un niño rico y su padre le pagaría un abogado de lujo mientras los demás nos pudriríamos entre rejas.

—¿Y qué más?

—Se pusieron a forcejear y cayeron a la piscina. Iván es muy fuerte, y le sujetaba la cabeza bajo el agua, Cristina gritaba instándome a que hiciera algo pero yo estaba petrificado, era como si algo me hubiera congelado la sangre en las venas y no pudiera moverme. No pude hacer nada. Al cabo de unos instantes Pepe dejó de agitar los brazos y ya no se movía. Iván lo arrastró hasta la piscina y me gritó varias veces hasta que salí del bloqueo y lo ayudé a sacarlo del agua. Nos amenazó con ser los siguientes si no le ayudábamos a deshacernos del cadáver. Ya habíamos visto de lo que era capaz, así que no nos quedó más remedio que ayudarlo.

—Y ahí fue cuando robasteis el barco.

—Él lo robó. Se llevó a Elsa con él para asegurarse de que no llamábamos a la policía mientras él no estaba. Robaron el barco y lo llevaron hasta la orilla al lado de la urbanización. Él y yo subimos el cuerpo al barco, las chicas no tuvieron nada que ver, lo juro, y lo tiramos en alta mar. Pensamos que la marea lo llevaría hacia adentro. Cuando volvimos a la casa de Cristina nos dijo que teníamos que ir a la fiesta de una chica de la carrera porque necesitábamos una coartada. Nos amenazó de nuevo, es un tipo peligroso, no queríamos correr más riesgos, así que hicimos lo que nos dijo. Subimos fotos

a nuestras redes sociales para que todo el mundo supiera que estábamos en la fiesta y alejar las sospechas de nosotros, pero veo que no ha servido de nada.

—Ha servido para entretenernos durante demasiado tiempo —dijo Raúl con enfado.

—Las chicas no han tenido nada que ver, de verdad.

—Han sido cómplices y al no decirnos nada han obstruido a la Justicia, yo diría que sí que han tenido algo que ver.

—Estaban bajo amenazas. Iván es muy peligroso.

—Ya veo que lo es, nos pondremos ahora con él —dijo Raúl levantándose y dirigiéndose rápidamente a la puerta, tenía que atrapar a Iván antes de que huyera. Al salir le dio un último vistazo al joven, ahora que por fin había confesado se permitió llorar mansamente pensando en todo lo que iba a perder por culpa de sus errores.

Pablo y Susana habían estado escuchando el interrogatorio de Pedro, y en cuanto entendieron lo que había pasado realmente se fueron a buscar al verdadero culpable.

—Pili, da orden de búsqueda para Iván y su coche —dijo Pablo desde la puerta mientras salía disparado detrás de Susana, que ya estaba bajando los escalones de dos en dos.

Llegaron al piso cerca de la Plaza del Lago en pocos minutos, Julio les abrió la puerta y se echó a un lado cuando Pablo entró con violencia en el piso.

—¿Dónde está Iván? —preguntó Susana.

—No... No lo sé. Subió, estuvo dos minutos en su cuarto y salió escopeteado escaleras abajo. Parecía que tenía mucha prisa.

—¡Mierda! —Bufó—. Al llevarnos a Pedro lo hemos puesto sobre aviso, nos lleva casi una hora de ventaja.

—Volvamos a comisaría, una patrulla ha ido a buscar a Elsa y a Cristina y tenemos que interrogarlas para ver si nos cuentan lo mismo.

—Escucha, chaval, si ves a Iván, nos llamas en seguida, ¿entendido? — dijo Susana entregándole una tarjeta, a lo que el joven solo pudo asentir en silencio. No entendía nada de lo que acababa de pasar. Y entendió aún menos después de cerrar la puerta y quedarse solo en el piso.

Llegaron a comisaría con el ánimo abatido, y ni siquiera el buen humor de Pili pudo levantarles la moral.

—Estábamos tan cerca... —se lamentó Pablo, dejándose caer en su silla.

—Bueno, tenemos tres de cuatro, y lo que es mejor, podemos darles respuesta a los padres de Pepe. —El inspector Martínez estaba de pie apoyado en el quicio de la puerta de su despacho. Se le notaba de mejor humor que estos últimos días—. He llamado a los padres del chaval y van a venir a comisaría para conocer todos los detalles, cuando les dije que sus amigos estaban implicados la madre entró en shock.

—¡Normal! La novia y los amigos de tu hijo lo matan porque quiere llamar a la policía por un accidente mortal. ¡Nada de esto tiene sentido!

—Los asesinatos nunca lo tienen, Raúl. Sacan lo peor de la raza humana, nuestras bajezas, todo lo vil y lo mezquino que somos capaces de hacer se ve reflejado en un asesinato. Lo de Don Miguel fue un accidente, y si hubieran llamado a una ambulancia y hubieran tratado de pedir ayuda así lo habría tratado el fiscal. Pero al esconder su cuerpo y cometer un segundo asesinato para tapanlo, eso es harina de otro costal.

—¿Qué va a pasar con los demás? —preguntó Pablo.

—Son todos cómplices, aunque las chicas no ayudaran directamente tampoco hicieron nada para detener a Iván y siguieron sus instrucciones a pies juntillas. Sus abogados van a tener que sudar mucho para que no vayan a la cárcel.

—¿No pueden decir que estaban bajo amenaza?

—Sí, supongo que tratarán de sacar por ahí algún resquicio legal, pero lo veo muy complicado. —Se paró un instante a tomar aire—. En cualquier

caso, el comisario me ha llamado para felicitarnos, hemos cerrado el caso y además hemos ayudado a los de Drogas y Crimen Organizado, se puede decir que hemos cumplido con nuestro deber perfectamente.

—Iván aún sigue libre.

—Hemos enviado su foto a los aeropuertos y estaciones de tren, también hemos dado su número de matrícula por si trata de huir en su coche. No te preocupes, Susana, no llegará lejos.

El teléfono los interrumpió y se quedaron en silencio mientras Pili respondía, cada uno reflexionaba sobre este caso a su manera. Los crímenes pasionales son siempre un misterio, cómo alguien en quien confías se puede volver contra ti hasta el punto de acabar con tu vida.

—¡Jefe! ¡Jefe!

—Pilar, por Dios Santo y Bendito, te he dicho mil veces que no me grites, que de momento no estoy sordo.

—Lo siento jefe, ya sabe que cuando me ponga nerviosa la voz me sale más aguda. Una octava más alta me dijo una vez una maestra que tuve en las monjas, pero eso fue... ¡Uf! Hace ya tanto que ni me acuerdo, y mira que yo tengo una memoria excelente para algunas cosas, pero otras, ya sabe, se van perdiendo poco a poco, será la edad. Y mira que yo tomo uvas pasas que mi madre decía que son buenísimas para la mem...

—Pili, ¿no tenías algo que contarnos? —preguntó Pablo, sin poder ocultar su impaciencia.

—¡Cierto! Pues que lo han pillado.

El inspector Martínez se pasó el pulgar por la sien y negó en silencio.

—¿A quién, Pilar? ¿A quién? Que lo mismo hablas sin parar sobre cosas que no vienen a cuento que tenemos que sacarte la información relevante con una cucharilla.

—Pues a Iván, ¿a quién va a ser? Lo ha pillado la Guardia Civil por la carretera comarcal que va a Águilas.

—Yendo por carreteras secundarias, ese tío es más listo de lo que

pensábamos.

—Sí, pero no lo suficiente, por lo visto iba a ciento cuarenta por carreteras en las que la velocidad máxima es de noventa y lo han pillado en un radar móvil. Como ya habíamos dado el aviso, los compañeros de la Guardia Civil lo han detenido y nos lo traen para aquí.

—Pues ahora ya sí que podemos decir que este caso está cerrado. Buen trabajo, equipo —dijo el inspector Martínez con una sonrisa—. Voy a comunicárselo al comisario, ahora tiene aún mejores noticias que darle a la prensa.

—Para seguir con la tradición, mañana en Casa Paqui, ¿no?

—Eso no se pregunta, Pablo —le respondió Raúl sonriendo.

—Yo voy a llamar a Marta, supongo que le gustará saber que hemos pillado a los asesinos y que ya no es testigo de nuestro caso.

—Dale saludos de mi parte —dijo Pili—. Y dile que le dé una oportunidad al pobre mozo, que con lo guapo que es y lo que se humilló el otro día en la televisión mucho debe de quererla.

Susana puso los ojos en blanco y decidió no responder, hoy era un día lleno de buenas noticias y no quería enfrascarse en una bronca con Pili. Habló durante unos minutos con Marta, que se sintió aliviada al saber que los asesinos estaban encerrados y les felicitó por su trabajo. También le propuso algo que a Susana le encantó al instante y prometió que convencería a los demás para llevarlo a cabo.

—Acabo de hablar con Marta y nos invita mañana a una barbacoa en su casa de la playa, las parejas y los hijos están invitados —dijo mirando a Raúl y a Pili.

—Cuenta con nosotros tres —dijo Raúl sin meditarlo—. ¿Hay que llevar algo?

—Dice que no, pero yo de ti no llegaría con las manos vacías.

—¡Ay, cariño! Yo no voy a poder ir, ya he quedado con mis hijos, que les gusta comer conmigo cuando cerramos un caso, y más este que nos ha

llevado por el camino de la amargura.

—No pasa nada, Pili, Marta seguro que lo entiende.

—Pero dile que se venga a cenar con nosotros luego a donde tu tía, que me apetece que me cuente cosas de la tele. —Pilar estaba de un humor excelente.

—¿Y tú qué dices, Pablo?

—Bueno, si vais todos yo también voy.

—Chaval, dilo con algo más de entusiasmo —le reprochó Raúl, lo que consiguió que Pablo se pusiera rojo hasta las orejas y Susana le lanzara una mirada suspicaz.

—Pues ya está hablado, nos vemos mañana en casa de Marta. Y recordadlo, nada de llegar con las manos vacías.

Hacía un día espléndido, un cielo azul sin un atisbo de nubes enmarcaba el mar Mediterráneo que se mecía plácidamente al ritmo de las olas. Unas gaviotas jugaban a planear en el aire mientras lanzaban graznidos de satisfacción. En la playa, unos chavales habían desplegado una red de volley-playa y estaban organizando un partido bajo la atenta mirada de una pareja de jubilados que charlaban apoyados en la barandilla del paseo marítimo. En definitiva, era un día estupendo. O eso, al menos, era lo que pensaba Marta mientras abría la mesa plegable del porche y la bajaba a la zona de jardín.

Quería festejar con Susana y sus compañeros el que hubieran cerrado el caso y que los culpables se encontrasen ahora a disposición de la justicia, y había decidido invitarlos a una barbacoa en casa. Había colocado el Ipod en los altavoces y había puesto una larguísima lista de reproducción en modo aleatorio, lo mismo sonaba una balada de Adele que algún tema de Selena Gómez, pasando por bandas sonoras de películas o incluso alguna colaboración de Pitbull.

La mesa de plástico plegable ya estaba abierta y había puesto algunas sillas alrededor. Subió a la casa con Loken pisándole los talones y bajó cargada con vasos, platos y servilletas de papel con adornos navideños, pues eran las únicas que había encontrado en casa. Había puesto unas copas de cristal en la mesa auxiliar y había ido a buscar dos botellas de Rioja al supermercado que acompañarían la carne estupendamente. Loken estaba encantado con tanto ajetreo, le gustaba ver a Marta tan feliz, y sabía que una barbacoa suponía una inmejorable oportunidad para que algún trozo de carne acabara entre sus fauces.

El primero en llegar, quince minutos antes de la hora indicada, fue Raúl, que vino acompañado de su mujer y su hija. Rocío, la mujer de Raúl, no era para nada como ella se la había imaginado, era una chica entrada en kilos,

con el pelo negro muy rizado, y que tenía una perpetua sonrisa en la cara. Raúl llegó desplegando buen humor y, tras hacer las presentaciones de rigor, le entregó a la anfitriona una ensaladilla rusa hecha por él mismo. Preguntó a Marta a qué podía ayudar y ella en seguida le dio trabajo y le encomendó organizar el resto de bebidas que había comprado para la ocasión.

—La vista desde aquí es preciosa —dijo Rocío.

—Es, sin duda, lo mejor que tiene la casa. A mis abuelos les han ofrecido auténticas fortunas por vender esta casa, pero no han aceptado nunca. Es parte de nuestra familia, de nuestra infancia.

—Lo entiendo perfectamente.

Loken se había acurrucado en lo alto de la escalera rehuendo el contacto con los recién llegados. No le gustaba especialmente la gente, sobre todo de primeras, con el tiempo acababa cogiendo más confianza. La hija de Raúl, de unos cinco años de edad, era una perfecta mezcla de ambos, tenía el pelo rizado de Rocío y los increíbles ojos verde esmeralda de Raúl. Ya se encaminaba a la escalera para acariciar a Loken cuando su madre la paró antes de que pudiera llegar al último escalón.

—¡Estrella! Deja en paz al perro. Ven, vamos a ver las flores tan bonitas que tiene Marta en el jardín —dijo la madre señalando un par de cactus y unos hibiscos que habían conocido mejores momentos.

—Tranquila, Loken es muy bueno con los niños —dijo Marta tratando de calmar la lógica inquietud de una madre al ver a su pequeña cerca del Labrador.

—Está bien, pero si la niña molesta al perro dímelo y la mando a ella fuera —dijo sonriendo.

—Por cierto, qué nombre más bonito tiene tu hija.

—Gracias, es por la Virgen María, patrona de los marineros, ya sabes que se le llama Stella Maris, la estrella del mar.

—De eso nada —dijo Raúl, que bajaba cargado con varias botellas de refrescos y un par de botellas de cerveza—. Es por la Estrella de la Muerte, de Star Wars —dijo con una enorme sonrisa, lo que le valió una mirada de

reproche por parte de su mujer.

—No le hagas ni caso, siempre está bromeando. Aunque a estas alturas ya te tienes que haber dado cuenta, ¿no?

—Sí, algo he notado —dijo Marta sin parar de reír.

Ente los tres terminaron de preparar la mesa, Raúl ayudó a montar la barbacoa mientras Marta iba al frigorífico a buscar la carne. Justo cuando empezaban a sonar los primeros compases de *Sweet Home Alabama*, Susana y Pablo llegaron cargados con frutos secos y patatas.

Loken se levantó de un salto y con un par de rápidos pasos llegó hasta donde estaban Susana y Pablo. Como Susana les había pedido, no llegaron con las manos vacías, sino que traían exploradores y empanadillas de la panadería *Cornelio*. El perro se acercó moviendo la cola contento y tras dar un par de vueltas alrededor de Susana se dirigió hacia Pablo y le trajo una ajada pelota de tenis para que se la lanzara. Susana miró extrañada la escena y se fue a saludar a Rocío y a Marta, que hablaban mientras encendían la barbacoa. Pablo las había saludado rápidamente con la mano y ahora empleaba toda su energía en tratar de arrebatarse la pelota al labrador, que ladraba de contento y no paraba de agitar la cola.

—Loken se ha vuelto muy sociable últimamente —dijo Susana a modo de saludo antes de darle dos besos a cada una.

—No creas, sigue siendo un cascarrabias con la gente que no conoce.

—Pues parece que se está llevando de maravilla con Pablo —dijo Susana acompañando el comentario de una elocuente mirada. Marta enrojeció ligeramente y trató de desviar la conversación hacia otros derroteros.

—Bueno, os van a poner una medalla o algo de eso por haber detenido a los culpables.

—Eso es un poco peliculero eso de la medalla, además solo hemos hecho nuestro trabajo.

—Pues yo creo que os merecéis eso y más —dijo Rocío—. Raúl lo ha pasado muy mal con este caso, y lo de los dos chavales que venían de Barcelona se lo tomó como algo personal. Se ha vuelto incluso más protector

que antes con Estrella.

—¿Más aún? —preguntó Susana con una sonrisa—. El día que tu hija llegue a casa con su primer novio va a ser un drama en tu casa.

—Calla, no me lo quiero ni imaginar —rio Rocío.

Loken se puso a ladrar a la puerta del jardín justo en el momento en el que Álex hacía su aparición acompañado de Arturo. Habían traído varias barras de pan para acompañar las salchichas, los choricillos y las hamburguesas de la barbacoa y un par de botellas de vino. Marta salió a saludarlos y los presentó a todos los demás.

—Bueno, hermanita, ahora que he llegado ya puedes dejarme a mí el tema de la barbacoa.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Soy el señor de la llama —dijo Álex cogiendo las pinzas de la barbacoa y dando un par de golpes en el aire—. Soy un auténtico especialista de la carne a la brasa, un Rembrandt del choricillo, el Da Vinci de la longaniza frita.

Marta puso los ojos en blanco y le pasó la bandeja con la carne, no merecía la pena discutir con su hermano por algo como quién debía cocinar en un día como hoy. Miró a su alrededor y no pudo sino sentirse completamente agradecida por la vida que tenía. Unas pocas semanas antes su vida se había desmoronado y no sabía si sería capaz de volver a reconstruirla y ahora se encontraba rodeada de gente que quería y que la querían, con su perro, con la playa de su niñez y mirando al futuro con muchísimo optimismo. La sacó de su ensimismamiento Raúl, que dio un sonoro silbido y después se echó a reír mientras le pasaba el móvil a Susana. Tras un rápido vistazo ella negó con la cabeza y se dirigió a Marta.

—Es un capullo —dijo al tiempo que le tendía el móvil a su amiga, que lo miraba sin entender.

La falta de entendimiento se disipó al cabo de unos segundos. El móvil mostraba unas fotos de noche, y a pesar de que la iluminación no era buena y estaban algo borrosas, los protagonistas eran inconfundibles, el futbolista

besaba apasionadamente contra el capó de su R8 a la reportera rubia que la había reemplazado durante su ausencia. Marta iba a decir algo pero le tendió el móvil en silencio a Susana.

—Son tal para cual —, admitió al fin—. Espero que les vaya todo estupendamente juntos, porque yo ya no tengo nada que ver con ellos.

—Menos mal que no le diste otra oportunidad, hermanita. —Álex la miraba con una mezcla de compasión y de alivio—. Susi tiene razón, ese tío es un capullo, y tú la tía más inteligente que conozco por alejarte de ese mal bicho.

Raúl se acercó a Marta con una copa de vino en la mano y se la tendió.

—Amigos, alcemos nuestras copas y brindemos por esta *mujera perdonadora* que no perdonó, gracias a Dios, si se me permite decirlo, y por la vida que le espera lejos de ese impresentable. ¡Salud! —dijo Raúl apurando la bebida de un trago.

Todos le imitaron y brindaron en honor de Marta y de su nueva vida ahora que ya no tenía que preocuparse por su exnovio. Esperaba que la opinión pública cambiara la visión que tenían de ella y que ya no fuera la mala de la historia.

La comida discurrió entre risas, bromas y anécdotas. Álex no dejaba escapar la ocasión para hablar de Marta y Susana cuando eran adolescentes e incluso consiguió rescatar un par de fotos de casa de los abuelos que hizo circular entre los asistentes.

—Dejad de reiros, las mechas naranjas y los collares de plástico pegados al cuello estaban súper de moda en los noventa —dijo Susana tratando de sonar ofendida pero muerta de risa en el fondo.

—Por cierto, no hay ni una sola foto en la que salgáis con el vientre cubierto —dijo Arturo sumándose a la broma—. De hecho, eso es un jersey de cuello vuelto de lana, pero cortado por encima del ombligo. Es una aberración se mire por donde se mire.

Marta les quitó las fotos y se las llevo dentro para ponerlas a buen recaudo.

—Ni Britney Spears lucía palmito como lo hacíamos nosotras en el instituto —dijo Marta llena de orgullo.

—Vaya peligro debías de tener —dijo Pablo entre risas.

—No lo sabes tú bien —atajó rápidamente Álex.

—Bueno, ya está bien de reiros de nosotras. Hablemos de otras cosas, anda —dijo Marta tratando de desviar el tema de conversación hacia algo que no fuera su pelo de hacía quince años.

La pequeña Estrella acabó rendida a los brazos de Morfeo y Raúl la instaló en la cama del cuarto de invitados, Loken yacía a los pies de Susana y Marta se levantó para preparar café para la sobremesa.

Ed Sheraan llenaba el aire con su *Thinking out loud* y Marta lo iba tarareando mientras llenaba la cafetera y sacaba las tazas del armario y las ponía en una bandeja.

When your legs don't work like they used to before.

Pablo salió del baño justo en ese momento, secándose las manos en el pantalón vaquero. No habían tenido ni una sola oportunidad de hablar a solas en toda la mañana. Pablo se sonrojó al verla y tras un instante de dubitación se acercó hacia ella.

—Te echo una mano, dime qué necesitas.

And darling I will be loving you 'til we're 70.

A Marta le costó reaccionar al principio, Pablo se había parado justo a su lado y podía sentir el roce de su cuerpo justo al lado de ella.

And baby my heart could still fall as hard at 23

—Puedes coger el azúcar que está en aquel estante.

Pablo se estiró y, al hacerlo, se le levantó la camiseta justo por encima de la cintura del pantalón y pudo ver aquellos abdominales de los que había oído hablar varias veces.

And I'm thinking 'bout how people fall in love in mysterious ways.

Pablo dejó el azucarero en la bandeja y rozó sin querer la mano de Marta.

Maybe just the touch of a hand.

Se miraron y no hubo necesidad de nada más. El flequillo le caía ligeramente sobre los ojos y ella se vio reflejada en el cristal de las gafas antes de ver su silueta dibujada en la pupila de Pablo. Tal vez fuera la canción, el hecho de que Marta acababa de saber que su exnovio era aún peor persona de lo que ella creía o que Loken se mostrara tan alegre por tener a Pablo alrededor cuando él era bastante huraño con los desconocidos. Tal vez fuera todo eso, o simplemente era que se había enamorado de Pablo despacito, como se hace el buen café, sin prisas para que no se quemara.

Take me into your loving arms.

Pablo le acarició la cara con la mano en un gesto lleno de ternura, y ella se dejó hacer. Apretó su mejilla contra la mano de Pablo y cerró los ojos disfrutando del momento.

Kiss me under the light of a thousand stars.

Pablo se acercó un poco más, y Marta respondió acercándose ella también, ya no había ni un suspiro entre ambos, se miraron a los ojos y sonrieron como dos colegiales. Pablo se inclinó hacia ella y sus labios estaban a punto de rozar los de Marta.

—¿Se puede saber qué pasa con ese caf...? —Susana se paró antes de poder terminar la frase. Pablo y Marta se separaron de un salto, y él a punto estuvo de tirar la bandeja con las tazas al suelo.

—Ya... Ya llevo yo esto —dijo rescatando las tazas del destino de convertirse en pequeños pedazos de porcelana y llevó la bandeja al jardín.

—¿Qué acaba de pasar aquí? —preguntó Susana, estaba de un humor excelente.

—Nada, no ha sido nada.

—Si no era nada, ¿por qué habéis saltado en cuanto he entrado como si os hubieran echado aceite hirviendo? ¿Y por qué Pablo tiene las orejas coloradas? —Su sonrisa se ensanchaba con cada pregunta.

—No era nada, en serio. Creo que ha sido lo del futbolista que me ha trastocado todo. —Susana iba a responder, pero Marta ya había cogido la cafetera y en otra bandeja se la llevaba al jardín con los demás.

—Ya... Que no ha sido nada —dijo Susana a una habitación vacía. Ella sabía lo que había visto, y no podía estar más feliz por ellos.

Un par de horas más tarde se fueron despidiendo todos. Para el equipo era ya una tradición irse a cenar a *Casa Paqui* cuando cerraban un caso, invitaron a Marta, ya que ella había sido la primera testigo de este caso. No había hablado prácticamente con Pablo desde que estuvieron a punto de besarse en la cocina, un par de frases de cortesía o comentarios sin importancia, pero daba la impresión de que se estaban evitando. Susana no paraba de sonreír y Raúl mostraba su buen humor habitual, ajeno a lo que ocurría en el corazón de su compañero de trabajo.

Marta se quedó recogiendo la casa con Loken mirándola desde su cesto, donde estaba dando cuenta de un trozo de carne que Arturo le había pasado a escondidas. Cada día le caía mejor el novio de su hermano, incluso Loken parecía empezar a tolerarlo, y eso es siempre buena señal. Además, se había ofrecido para fregar la barbacoa, lo cual le había granjeado un montón de puntos positivos con ella. Ahora que todos se habían ido y que la casa se había quedado vacía pensó que aún tenía por delante un par de horas antes de empezar a arreglarse para irse a cenar con los chicos.

Se puso a leer un rato, pero no era capaz de avanzar en la lectura, se quedaba ensimismada mirando la misma frase una y otra vez sin entender nada. Decidió ponerse un DVD de *Doctor Who*, pero le pasaba lo mismo que con el libro, no miraba la pantalla, se quedaba embobada mirando sin ver las aventuras del Doctor y de Rose.

—¿Salimos a dar una vuelta?

El labrador, tan deseoso de salir siempre, agachó la cabeza y la metió entre las patas.

—¿En serio? ¿Ni siquiera puedo contar contigo? Está bien, me voy a arriba a ver qué me pongo para esta noche.

Veinte minutos después tenía toda la ropa que se había traído de Madrid puesta encima de la cama. Loken la había seguido escaleras arriba y seguía

divertido sus movimientos desde el marco de la puerta de la habitación. Sobre la cama había varios pantalones, un par de jerséis, camisas, algunas camisetas e incluso un vestido de cóctel.

—Estoy por echarle una foto a todo esto y mandárselo a Ana Antic para que sea ella la que elija. —Suspiró y se dejó caer en la cama, el labrador se levantó de su sitio y vino a apoyar su cabeza en el muslo de Marta. Pasó un rato en esta posición, sin decir nada, solo dándole vueltas a la idea, hasta que la lengua del labrador empezó a dejar una marca en su pantalón vaquero.

—¿Crees que es bueno para nosotros? —se lo preguntó a Loken, aunque en verdad la pregunta iba dirigida a ella misma. Le rascó detrás de la oreja y se dirigió a la ducha, tal vez un poco de agua caliente la ayudara a aclarar su mente, ya que todo lo demás no había servido para nada.

¿Había estado a punto de pasar lo que él creía? Pablo estaba en el cuarto de baño recortándose la barba y no paraba de sonreír como un adolescente enamorado. Se acababa de duchar y llevaba una toalla anudada a la cintura y los calcetines, no le gustaba pisar el suelo del baño con los pies descalzos y lo primero que hacía la salir de la ducha era siempre ponerse los calcetines. De nuevo ahí estaba, la sonrisa bobalicona que le devolvía el tipo del espejo. Pero había sido cierto, ¿verdad? No habían sido imaginaciones suyas, había estado a punto de besar a Marta.

Seguía sin creerse que hubiera sido real toda aquella escena. El salía del baño con las manos aún mojadas y el olor al jabón de manos de mango impregnándole cuando la vio en la cocina. Se acercó para ayudarla con el café y entonces... Entonces no sabía muy bien cómo había sacado el valor necesario para besarla. Claro que el beso no se había completado porque justo en ese momento entró Susana a por su dosis de cafeína.

Nota mental: hablar con su compañera y decirle que se compre parches o caramelos de café, pero que no lo vuelva a interrumpir cuando esté a punto de besar a la chica de la que lleva colado quince años.

Se miró una vez más al espejo, le gustaba lo que veía, un hombre que a

pesar de su timidez y de su falta de medios económicos comparados con el último novio de Marta, acaba de estar a punto de besar a la mujer más maravillosa que conocía. Esperaba con ansias la cena de esta noche para poder hablar un poco más con ella. Tras el *casi beso* le había dado vergüenza acercarse a ella, pero ahora había decidido tomar cartas en el asunto. Esta noche se volvería a casa con un beso de verdad, nada de *casi*. Quería contarle tantas cosas, llevarla a tantos sitios, enseñarle tantas cosas que le apasionaban y que pensaba que podían gustarle a ella...

Salió del baño tarareando *Burning Love* de Elvis, una de sus favoritas, e incluso se permitió hacer un par de movimientos con las caderas imitando al Rey. Se puso una camisa azul celeste que todo el mundo decía que le sentaba muy bien, bueno, todo el mundo se refería a su madre, a Pili y a Susana, pero él también pensaba que le quedaba especialmente bien. Se puso unos chinos grises y se dirigió al restaurante, antes de salir le dirigió una última mirada al espejo y se dijo a sí mismo que esta iba a ser una gran noche.

Katinka se paseaba por el piso desde la cocina hasta el dormitorio de Susana, se subió a la cama de un ágil salto y aterrizó encima de una blusa de flores que estaba estirada sobre la almohada.

—¿En serio? —dijo Susana disgustada mirando directamente a la gata—. Tienes toda la cama para ti y te tienes que acostar encima de mi ropa. ¡Los gatos sois incorregibles!

Katinka le sostuvo la mirada y se desperezó estirando su esbelto cuerpo encima de la blusa de Susana. Esta arrancó la prenda de ropa de debajo de la gata de un tirón, lo que le valió una mirada de reproche de parte del felino.

Susana estaba de un humor excelente, ella y Pablo habían vuelto juntos de la playa y, aunque al principio el subinspector trató de negarlo todo, al final acabó confesando que estaba enamorado de Marta desde que tenía uso de memoria y que habían estado a punto de besarse. Y Susana no podía dejar de sonreír porque estaba encantada con la noticia. Si bien nunca pensó en que sus dos amigos pudieran estar juntos, cuantas más vueltas le daba mejor los

veía como pareja. Pablo aportaba sensatez y calma, y Marta sería capaz de hacerlo salir de su zona de confort. Solo veía como problema el hecho de que Marta viviera en Madrid, pero bueno, aún quedaba un mes antes de que ella debiera volver a su antigua vida. Tenían tiempo de solucionarlo.

Se puso la blusa tras diez minutos de estar quitándole pelos de gato, se maquilló rápidamente y, cogiendo su bolso, se encaminó hacia la puerta. Habían resuelto un caso que los llevaba de cabeza, sus dos mejores amigos iban a estar juntos y el agente Castillo había quedado con ella para ir a hacer senderismo el sábado próximo. La vida no podía pintar mejor.

Al fin, tras darle muchas vueltas, se había decidido por un jersey fino negro y unos pantalones pitillo de cuero. Sabía que un *look* en *total black* era siempre una buena apuesta, además de que ese color siempre le había sentado de maravilla.

Se maquilló con esmero, y mientras lo hacía no podía dejar de sentir una bandada de mariposas dando vueltas en su estómago. No había estado tan nerviosa desde que tuvo que presentar su primer directo. Ahora, varios años después, volvía a sentir las mismas sensaciones, la adrenalina, el miedo que te paraliza antes de dar el primer paso, las manos frías y las mejillas calientes.

Esperaba no estar equivocándose. La lista de errores en su vida era tan larga que daba muchísima pereza leerla, así que esperaba no tener que añadir otro error más a una lista ya de por sí bastante extensa. No iba con grandes esperanzas, esperaba a ver la reacción de Pablo primero, sí, esa era una buena idea, esperar a que él le mande alguna señal. Porque también podía ser que lo que lo que pasó, o mejor dicho, que a punto estuvo de pasar en la casa de la playa fuera solo producto de la euforia de haber cerrado el caso y del Rioja. Decidió no darle más vueltas y que sea lo que Dios quiera, esta noche saldría de dudas.

Se había puesto una chaqueta y ya tenía las llaves del coche en la mano cuando su móvil se puso a sonar tocando una alegre canción de Måns Zelmerlöw, era la melodía que tenía para la cadena. Le parecía muy raro que

contactaran con ella ya que, incluso con las bochornosas declaraciones que hizo el futbolista antes de ser pillado enrollándose con la presentadora, nadie había querido saber su opinión. Si esperaban que hablara ahora después de dos semanas de silencio es porque no la conocían lo suficiente.

Dejó que el teléfono terminara de sonar pero para sorpresa suya una vez acabada la llamada volvió a comenzar. Lo dejó sonar y empezó una tercera llamada. Se dijo que mejor responder o se arriesgaba a que se pasaran la noche llamándola, más le valía zanjar el tema pronto. Se sentó en el sofá y descolgó el móvil.

El inspector Martínez estaba sentado a la mesa con su mujer mientras charlaba amistosamente con Paqui, que le estaba dando la enhorabuena por haber cerrado el caso sin parar de sonreír. Pilar fue acompañada de su marido y Raúl llegó solo, pues Rocía había decidido quedarse finalmente cuidando a Estrella. La dueña del local había dispuesto varios platos con embutido ibérico y con quesos manchegos para ir abriendo el apetito mientras iban llegando los demás. Susana llegó con un ramo de flores para Paqui y saludó a todo el mundo efusivamente.

Pablo entró y miró en todas direcciones, sintió una punzada de desilusión al ver que Marta no estaba allí, pero se dijo que a las chicas como ella les tiene que gustar hacerse esperar. Se sentó al lado de Susana, que le dedicó una enorme sonrisa y le dijo en un susurro:

—Tranquilo, está a punto de llegar —lo que hizo que Pablo enrojeciera hasta las orejas.

Paqui había servido un revuelto de *perrechicos* y unas almejas a la marinera y Pablo no paraba de mirar nervioso a la puerta cada pocos segundos. El inspector Martínez felicitaba a su equipo por el trabajo bien hecho y les transmitía las felicitaciones de parte del propio comisario.

—Ha sido una tarea ardua, no seré yo quien diga lo contrario, pero, una vez más, hemos conseguido completar nuestro trabajo de la mejor manera posible. —Levantó su copa y brindó a la salud del equipo.

—Yo quisiera decir algo, jefe —intervino Pili.

—Por supuesto, Pilar, eres un miembro incalculable de este equipo. Adelante.

—Yo quisiera felicitaros a todos, porque habéis hecho un trabajo maravilloso a pesar de que las circunstancias no eran las mejores. Porque lo de los dos chavalitos catalanes era como para que se te partiera el corazón, y

la pobre Jennyfer, ¡qué niña con más mala suerte! Así que yo doy gracias porque seáis todos tan maravillosos y ayudéis a la gente a encontrar el camino correcto cuando se pierden, porque mira que es fácil perderse en estos tiempos tan aciagos, que una pone la televisión y solo ve miseria y muerte, y menos mal que este país os tiene a vosotros. Porque, ¿qué sería de las próximas generaciones si no hubiera jóvenes como vosotros para cuidar de ellos?

Pilar hizo un alto para tomar aliento, que Raúl aprovechó para ponerse en pie y aplaudir cortando así el discurso de su compañera. Todos le imitaron y brindaron luego con ella.

—A veces me da pena cortarla, pero es que si la dejamos hablar estamos aquí hasta mañana por la noche —le confesó a Pablo en voz muy queda.

La puerta se abrió y Marta entró con gesto sombrío, Pablo sintió un ligero escalofrío en la base de la espalda y Susana mudó el semblante por completo. Conocía a Marta de toda la vida, sabía perfectamente cuándo iba a anunciar malas noticias, y este era uno de esos momentos.

—Señorita Ortiz, bienvenida —dijo el inspector Martínez poniéndose de pie e invitando a Marta a tomar asiento con ellos.

Marta se quedó de pie durante unos segundos meditando qué hacer a continuación y entonces se decidió a hablar.

—Gracias por la invitación, inspector, pero no creo que pueda quedarme, voy a cenar con mis padres.

—Estoy de acuerdo en que la familia es muy importante, pero puedes cenar con ellos cualquier otro día, sin embargo, nosotros solo cerramos el caso una vez —dijo Raúl con una gran sonrisa e indicándole con el dedo la silla que habían dejado libre enfrente de Pablo.

—No... No puedo, Raúl. Voy a cenar con mis padres para despedirme, mañana me vuelvo a Madrid.

La noticia cayó como un jarro de agua fría y todos necesitaron varios segundos para recomponerse y continuar la conversación. Marta no podía mirar a Pablo, y cada vez que él lo intentaba ella rehuía su mirada. Él estaba

mudo de sorpresa, y ella de vergüenza.

—Pero, ¿no se supone que vuelves dentro de un mes? —preguntó Susana, cuyo tono comenzaba a sonar a disgusto y enfado, y no solo a sorpresa.

—La presentadora que iba a llevar el reality de supervivencia con famosos ha entrado en rehabilitación por drogas, y como ahora mismo yo soy portada de todas las revistas del país me han llamado a mí. Tengo que ir a Madrid cuanto antes para grabar las promos, hacer las entrevistas a los concursantes y dentro de un mes me voy a Guatemala cuatro meses a rodar el programa.

—Es decir, que no volveremos a verte el pelo hasta dentro de cinco meses. —Ahora sí, Susana estaba enfadada y no hacía nada por ocultarlo.

—Susi, es mi carrera, una oportunidad increíble.

—¿Ver a famosos de cuarta fila afligidos porque durante un tiempo no tienen servicio de habitaciones y crema hidratante? ¡Por favor! No vengas con excusas, las dos sabemos por qué te marchas.

Pablo agachó la cabeza hasta casi hundir el mentón en el pecho, mientras todos los demás se miraban entre sí sin entender qué estaba pasando.

—Susi, vamos fuera y te lo explico.

—Sí, será mejor no dar un espectáculo en el restaurante de mi tía. —El disgusto en sus palabras era patente, pero lo fue más aún cuando se puso en pie y salió delante de Marta.

Salieron al exterior del local y se quedaron en la puerta. La noche era despejada y un ligero frescor recordaba que aún estábamos en abril. Susana se encontraba parada con los brazos en cruz mirando fijamente a Marta, estaba tan cabreada con ella que no era capaz ni de articular palabra, así que dejó que fuera su compañera quien hablara primero.

—Sé que estás molesta conmigo porque me voy, pero debo hacerlo. La nueva presentadora de mi espacio ha aprovechado sus quince minutos de fama con mi ex y va a hacerse todos los platós contando su historia. Así que los productores no quieren moverla de mi programa, y si yo no quiero irme al paro me toca presentar *Survivors en Guatemala*.

Susana seguía callada, aún esperaba.

—Es bueno para mi carrera, Susi, ya me han remplazado en mi propio programa por otra chica más joven, no puedo dejar pasar esta oportunidad.

—¡Pero si ese trabajo ni siquiera te gusta! Además, ¿qué pasa ahora con Pablo?

Marta desvió la mirada avergonzada. Susana, mucho más bajita que Marta, se erguía imponente con la furia dibujada en sus ojos, mientras que Marta parecía haberse encogido durante la discusión. Tras unos segundos de silencio que parecieron eternos, Susana retomó la conversación.

—No has respondido, ¿qué va a pasar con Pablo?

—No va a pasar nada porque no hay nada entre nosotros. —Susana bufó pero Marta siguió hablando—. Fue el calor del momento, él había cerrado un caso, yo me acababa de enterar de que mi novio se estaba liando con mi sustituta... No significó nada para ninguno de los dos.

Susana apretaba los dientes y se le marcaban los músculos maseteros.

—Mira, por si no lo recuerdas soy policía y los interrogatorios son parte de mi trabajo, así que sé cuándo alguien me está mintiendo. —Susana la miró directamente a los ojos y Marta los apartó al instante. A veces la mirada de su amiga quemaba, y esta era una de esas veces—. Es posible que para ti, la gran presentadora famosa a nivel internacional, solo fuera ¿cómo has dicho? «el calor del momento», pero Pablo, que es solo un pobre funcionario de una ciudad costera, lleva enamorado de ti desde el instituto —escupió cada una de las palabras.

Marta abrió mucho los ojos, la afirmación la había pillado con la guardia baja, no se esperaba esa revelación.

—Pero tú no te diste ni cuenta, y ahora lo vas a dejar con el corazón partido. A menos que entres ahora mismo y digas que todo esto es un malentendido y que no te vas a ninguna parte.

—No puedo, Susi, de verdad que no.

—¿No puedes o no quieres? Esto no tiene nada que ver con esa mierda de

trabajo, tiene que ver con que por primera vez has sentido algo de verdad, algo real por alguien, y te da miedo admitirlo. Te da miedo ser vulnerable y que te vuelvan a hacer daño. —Ahora se había acercado y tenía a su amiga a menos de medio metro—. Pero Pablo no lo va a hacer, créeme.

Marta estaba de pie, parada en la acera bajo el rótulo luminoso del Casa Paqui que se dibujaba en los adoquines. La noche estaba tranquila, apenas pasaban coches y tan solo un perro callejero se permitió romper el momento cruzando la calle. Suspiró. Suspiró una vez más y dio un pequeño paso atrás.

—No puedo Susana, de verdad. Despídeme de los demás, por favor.

Susana se había puesto roja de ira, incluso empezó a temblar debajo de la blusa de flores con restos de pelo de gato.

—Si te marchas, si nos dejas así no solo estarás dando por terminada tu relación con Pablo, sino también conmigo, ¿me oyes?

—Susana...

—No, no vengas de víctima, porque en este caso eres el verdugo. Eres tú quien elige: tu programa o tus amigos.

El silencio se podía cortar con un cuchillo, las dos mujeres seguían paradas mirándose en silencio. Marta dio un paso atrás, y luego otro, y otro más.

—Lo siento —dijo a modo de despedida y se dio la vuelta para dirigirse a su coche, dejando a una figura rubia plantada delante del mesón sin saber muy bien cómo darle la noticia a su mejor amigo. Susana pensaba realmente que podría hacerla cambiar de opinión, pero su amiga era demasiado testaruda.

Recorría con su coche los mismos kilómetros de autovía que había recorrido en sentido inverso unas semanas antes. Si en aquel momento sentía congoja por su carrera, por ser el hazmerreír de la televisión, por no poder enfrentarse al «te lo dije» que su madre le tenía reservado, ahora solo sentía pesar por ella misma.

La noche anterior había cenado con sus padres y su hermano, que por fin se había decidido a presentar a Arturo de forma oficial. Su madre, por extraño que parezca, se comportó de manera impecable. No dijo nada fuera de tono, y ni siquiera sacó los álbumes de fotos para mostrar a Álex vestido de primera comunión o en los festivales de fin de curso del colegio. Había sido una noche perfecta, pero no se sentía bien consigo misma. Las palabras de Susana no habían dejado de resonar en su cabeza, incluso cuando trató de dormir solo podía verla parada delante de la puerta del mesón echando chispas por los ojos. No podía haberle dicho en serio que su amistad se había acabado, ¿verdad? Susana era como una hermana para ella, era su mejor amiga, su confidente, su faro en las noches de tormenta. No, no podía estar hablando en serio.

Comenzó a sonar *Shook me all night long*, una canción que siempre la ponía de buen humor, pero en este caso apagó la radio pues quería pensar con claridad. Susana la conocía desde niña, y siempre se jactaba de conocerla mejor que ella misma, ¿tendría razón al enfadarse con ella por marcharse? Pero es que no tenía elección, su carrera estaba al borde del precipicio y si quería recuperarla esto es lo que tenía que hacer.

Loken estaba en la parte trasera del coche con el hocico entre las patas, él también se sentía desdichado. Se había acostumbrado a sus paseos por la playa, a perseguir gaviotas y a los nuevos amigos de Marta; ahora le tocaba volver a Madrid, donde pasaba gran parte del día solo esperando a que Marta

volviera del trabajo.

Marta seguía en silencio, los kilómetros pasaban raudos y, cuanto más se alejaba de Cartagena, más sentía una opresión en el pecho, pero no le quedaba más remedio que continuar. Había tomado una decisión y no estaba dispuesta a echarse atrás, se lo debía a sí misma.

Ahora sí, volvió a encender la radio y al ritmo de *It aint' me* se dejó llevar hasta Madrid, hasta una nueva etapa de su vida.

Nota de la autora

Como en cualquier novela hay licencias literarias que son imprescindibles para dar sentido a la historia, en este caso la principal licencia ha sido trasladar la investigación de un cuerpo aparecido en Cabo de Palos a la Policía Nacional de Cartagena en vez de ser investigado por la Guardia Civil de Cabo de Palos. Espero que el lector me disculpe por este cambio, pero era necesario para la continuidad del relato.

Agradecimientos

Debo empezar este apartado dándole las gracias de todo corazón a mis padres, que me inculcaron desde pequeña el amor por la literatura y que me han animado siempre a seguir mis sueños, por muy extraños y desquiciados que pudieran parecer al principio. A mi marido por acompañarme en estos diez años y por ser un amigo y un padre excepcional. A mis hijos, que lo son todo, y sin los cuales hubiera terminado esta novela en muchísimo menos tiempo.

A mis primeras lectoras: Tamar, que es como de la familia y a la que le debo muchísimo; a Paula, que es una gran compañera de trabajo y mejor amiga, y a Sofía, que tuvo que dejar completamente desatendido su cactus durante el tiempo que leía el primer manuscrito.

Al equipo de Selección BdB por darme la oportunidad de trabajar con ellos y demostrarme su gran profesionalidad. A Lola Gude, Ilu Vilchez y el resto de profesionales que me han permitido cumplir este sueño.

Y por supuesto, tengo que darte las gracias a ti, querido lector, que has llegado hasta aquí y que te mereces todo mi cariño. Te espero en el siguiente libro.

Si te ha gustado

Las orillas del pasado

te recomendamos comenzar a leer

No te recuerdo

de Mari Díaz

Selección RNR

MARI DÍAZ

*No te
recuerdo*



Romance Actual

Capítulo 1

Las mañanas despejadas y soleadas siempre me gustaron, me llenaban de energía; especialmente ese día. Hacía un poco de calor: encendí el aire acondicionado del coche poniéndolo en marcha. Repentinamente una preocupación irrumpió mis pensamientos, lo que me generó cierta angustia. Tenía que solucionar pronto la situación o me vería afectada. Nunca fui alguien que aprobara los actos ilícitos y jamás me atreví a cruzar la línea de lo legal, pero tener conocimiento de ello —sin denunciarlo— me hacía cómplice. Traté de ocupar mi mente en otra cosa: pensé en salir con mis amigas aquel fin de semana. Hacía tiempo que no las veía y tal vez me relajaría un poco salir a dar una vuelta con ellas: colocaría mis pies nuevamente sobre la tierra y, con sus alocadas ocurrencias, me regresarían a la realidad. Conocí a Carla hacía poco más de un año y a Sandra, hacía apenas unos meses atrás; juntas eran geniales, divertidas y tenían ese ávido deseo por la vida que yo había perdido. Solía ser como ellas: entusiasta, bromista y espontánea, pero luego todo cambió.

Sin embargo, la inquietud que me embargaba no se disipó con esos simples y vagos pensamientos. Después de vacilar un poco, tomé el celular, conecté el altavoz e hice la llamada telefónica que tantos nervios me causaba y debía hacer. Al tercer repique escuché una voz femenina, que contestó de forma rápida:

—Buen día.

—Buen día, ¿con la Dirección General de la Policía? —pregunté.

—Sí, ¿en qué podemos ayudarla? —Respiré profundamente antes de contestar.

—Hola, habla Evelyn Bonett, ¿me comunica, por favor, con el oficial Ruíz?; es muy importante.

Enfaticé la última parte de la frase con la esperanza de que buscara al oficial de inmediato. Luego de una pausa, la telefonista regresó y me informó:

—El oficial Ruíz no se encuentra en este momento, pero puede dejar su mensaje.

Dejé caer los hombros y mi cuerpo se relajó un poco. Realmente necesitaba hablar con él, ya que la semana anterior había faltado a una cita previamente acordada por ambos.

—Por favor, dígame que tengo información muy importante que, con seguridad, le interesará. Trabajo en la oficina de Agentes Aduanales Soni Dei & CO y pasaré por allá al salir, como a las cinco de la tarde. Que tenga un buen día, gracias.

—Le daré su mensaje cuando él llegue. Gracias a usted por comunicarse con nosotros.

Al finalizar la llamada, me dije en voz alta: «¡Tranquila, Eve, todo terminará pronto!».

Encendí el iPod y comencé a cantar una de mis canciones preferidas: *I'm alive*, de Celine Dion.

Al tomar la larga carretera que llevaba al puerto, me sentí más relajada y pisé el acelerador con confianza —a sabiendas que conducía bastante rápido—, aunque con precaución y destreza. Se sentía fabuloso estar frente al volante de ese moderno y veloz deportivo azul; no era igual que cuando viajaba en el antiguo Escarabajo Volkswagen que tenía cuando estaba en la universidad y que me dejó accidentada en muchas ocasiones. Sonreí al recordar aquellos viejos tiempos... Todo era más sencillo en esa época.

La vista era impresionante a esa hora de la mañana: el sol saliente se reflejaba sobre el mar, emanando hermosos destellos dorados que iluminaban el espléndido paisaje que brindaba la bahía. A pesar de que la carretera tenía tramos sinuosos y peligrosos, estaba acostumbrada a transitarla a diario y solo me tomaba veinte minutos recorrerla.

Cantaba en voz alta cuando, repentinamente, un fuerte golpe estremeció la parte trasera del coche, lo que me hizo perder el control durante varios segundos. Cuando logré estabilizarlo, miré desconcertada por el espejo retrovisor y pude visualizar al conductor. «¿¿Quién carajo era ese tipo?! ¿Qué rayos quería? ¿Por qué intentaba golpear mi coche?».

Un hombre de piel blanca, barba rubia abundante y gafas oscuras sonreía

detrás del volante de un camión de carga. Parecía estar disfrutando de lo que hacía.

Volvió a embestir con más fuerza, sacándome de la carretera, para luego lanzarme en picada hacia el despeñadero. Apreté el volante, y luego perdí el control; ya nada podía hacer... Lo solté para cubrir mi rostro con ambos brazos; mientras el cinturón me mantenía sujeta, chocaba contra los peñascos, dando vueltas y golpeando mi cuerpo por todas partes.

Me sentí mareada y un fuerte dolor de cabeza no me dejaba pensar. Traté de moverme, pero no pude. Había mucho ruido a mi alrededor: voces, gente hablando en voz alta, sirenas... No podía abrir los ojos, los párpados me pesaban mucho y todo el cuerpo me dolía... Me costaba un mundo respirar...

Al recuperar el conocimiento traté de ubicarme y de recordar cómo había llegado ahí. Tal vez me habría desmayado. «¡Uff qué dolor! —Era el único pensamiento que hasta ese momento cruzaba por mi mente—. ¿Dónde estoy? ¡Es un hospital! ¿¡Por Dios, qué me había sucedido!?!».

—Doctor, la paciente ha despertado. —Escuché una voz femenina.

De pie, a un costado de la cama, un médico me observaba con atención y una enfermera lo acompañaba. Vestían sus respectivos atuendos blancos. El hombre, de baja estatura, regordete y de ojos color café se acercó despacio hasta quedar muy cerca de mi rostro. Con una pequeña linterna dirigió la luz hacia mis ojos..., lo cual me incomodó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con gentileza.

—Bien, creo, aunque me duele mucho la cabeza y el cuerpo; es como si me hubiesen sacado de un triturador. —Mi voz sonó ronca.

Esbozó una sonrisa; al parecer, le había causado gracia mi comentario.

—No fue un triturador —me aclaró—, pero te golpeaste muy fuerte la cabeza; además, sufriste fracturas leves en una costilla y en tu pierna derecha. También tienes varios golpes y traumatismos en el resto del cuerpo que, con seguridad, sanarán más pronto... Sufriste un accidente, ¿recuerdas cómo ha sucedido?

Respiré profundo y un fuerte dolor me oprimió el pecho haciéndome

gemir. Intenté recordar durante unos segundos, pero increíblemente nada relacionado con el accidente venía a mi cabeza.

—No doctor, no recuerdo nada.

El médico se alejó un poco.

—Voy a hacerte unas preguntas sencillas. —Asentí levemente; aún estaba mareada y muy confundida.

—¿Cuál es tu nombre?

—Evelyn.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Cerré los ojos e intenté buscar entre las imágenes que, confusamente, cruzaban por mi mente.

—Terminé mi último examen en la universidad y luego quedé en reunirme con unos amigos para celebrar... No recuerdo haber llegado al sitio con ellos... ¿El accidente sucedió en ese trayecto? —indagué.

El médico se alejó un poco y me miró asombrado.

—¿Recuerdas que fecha es hoy? —preguntó observándome con atención.

—Sí, 17 de septiembre de 2008.

Hizo un extraño gesto; tal vez no era la fecha correcta.

—Muy bien, trata ahora de descansar. Hablaré con tu familia, están muy preocupados por ti; te recetaré un medicamento para el dolor y también para que puedas dormir. Pasaré luego a conversar contigo.

Hizo una señal a la enfermera, quien se apresuró a preparar una jeringa. Inmediatamente, comenzó a pasar un líquido transparente a través de la vía intravenosa adherida a mi brazo y que colgaba de un pedestal metálico.

—Doctor, quiero ver a mi mamá —le supliqué.

—Por ahora no es recomendable; descansa un poco y luego te trasladaremos a una habitación más cómoda donde podrás recibir visitas. Como verás, estás en la sala de observación.

Asentí mientras recorría con la mirada todo el lugar. Había muchos equipos y aparatos alrededor. Lentamente mis ojos se fueron cerrando hasta

que caí en un profundo sueño.

No supe por cuánto tiempo dormí; desperté percibiendo un agradable aroma a flores frescas que inundó mis sentidos... Apenas abrí los ojos me percaté de que estaba en una habitación privada del hospital; las paredes *beige* contrastaban con la fiesta de colores que aportaban los ramos de flores que ocupaban casi todo el lugar; mi hermana dio un salto y de inmediato se acercó.

—Tranquila, nena, aquí estoy. ¿Cómo te sientes?

Me sentía confundida. Mi hermana lucía diferente: un poco más delgada, había cortado y teñido su cabello de rubio. Solían mirarla con especial admiración debido al contraste de su cabello negro y sus ojos verdes; en cambio, yo siempre llevaba mis rizos al natural, tal vez porque creía que era la forma más bonita de lucir una cabellera pelirroja. Por otra parte, no solo éramos distintas físicamente, sino también en el temperamento. Ella era sumisa, dulce y atenta; yo, en cambio, era rebelde, siempre decía lo que pensaba, sin importarme a quién podía molestar, lo que me ocasionó muchos problemas con mis padres. Sin embargo, siempre fui la consentida por ser la menor.

—Me duele un poco el costado y la cabeza, pero estoy bien —le respondí un poco aturdida.

—El médico me ha dicho que no recuerdas lo que sucedió —manifestó preocupada.

—Sí, es verdad, solo me informó que había sufrido un accidente, pero no me explicó nada. Lo último que recuerdo es haber salido dando saltos de felicidad por haber aprobado el último examen en la universidad. Iba a ver a unos amigos para celebrar.

Diana abrió sus hermosos ojos verdes al tiempo que palideció y dejó escapar unas palabras que parecieron un susurro.

—¡Por Dios, Eve, eso sucedió hace siete años!

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

